MIKE LIGHTWOOD

Verdad o reto



ÍNDICE

PRÓLOGO
PRIMERA PARTE
1.
2.
3.
4.
5.
6.
7.
8.
9.
10.
11.
12.
13.
14.
15.
16.
17.
18.
19.
20.
21.
22.
23.
SEGUNDA PARTE
24.
25.
26.
27.
28.
29.
30.

31.
32.
33.
34.
35.
36.
37.
38.
39.
40.
41.
42.
43.
TERCERA PARTE
44.
45.
46.
47.
48.
49.
50.
51.
52.
53.
54.
55.
56.
57.
58.
59.
60.
61.
62.
63.
64.
65.
66.
EPÍLOGO

PRÓXIMAMENTE
Agradecimientos
Sobre el autor

VERDAD O RETO

MIKE LIGHTWOOD

MIKE LIGHTWOOD

Verdad o reto



Todos los personajes de esta historia son ficticios y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es mera coincidencia.

Copyright © Mike Lightwood, 2025

Título: Verdad o reto

Todos los derechos reservados

No se permite la distribución, comercialización, reproducción ni el uso en obras derivadas sin permiso expreso del autor.

ISBN: 9798261711339

Sello: Independently published

Diseño de cubierta e ilustraciones: Adela Aragón

Maquetación: Mike Lightwood y Juan Carlos Domínguez

Revisión: Juan Carlos Domínguez y Francesc Delgado

Para todos los que me habéis hecho saber
que os enamorasteis de Víctor al leer
El chico de la habitación vacía.
Este va para vosotros.

OTRAS PUBLICACIONES DEL AUTOR

EL CHICO DE AL LADO
El chico de la habitación de al lado
El chico de la habitación vacía
El primer cumpleaños (relato extra)

SERIE FUEGO Y HIELO
El fuego en el que ardo
El hielo de mis venas
La estrella de mis noches
Las llamas del incendio

FUEGO Y HIELO (RELATOS CORTOS)
El día de los enamorados
La luz de las velas
La noche de los regalos

LIBROS INDEPENDIENTES
Al otro lado
Lo que nunca fuimos (I Premio eLit LGTBI)
Biónico

NOVELA CORTA
El fantasma de los huevos

NOTA DEL AUTOR

¡Hola! Muchas gracias por animarte a leer esta novela. Pero, antes de que empieces, me gustaría decirte un par de cosas.

Verdad o reto es un *spin-off* independiente de mi bilogía *El chico de al lado* (compuesta por *El chico de la habitación de al lado* y *El chico de la habitación vacía*). Aunque esta novela se puede leer de forma totalmente independiente, si te interesan esos libros, te recomiendo que los leas por orden.

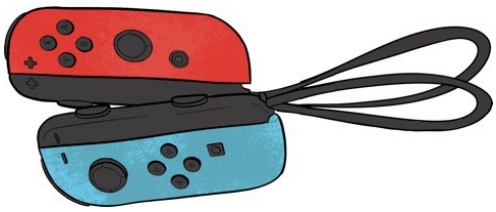
Eso sí, un aviso: a diferencia de *Verdad o reto*, esa bilogía tiene contenido sexual muy explícito entre dos chicos, así que **no es apropiada para menores de dieciocho años.** Si no eres mayor de edad, puedes limitarte a leer esta novela y dejar la bilogía para más adelante.

Por otro lado, te cuento también que este es un libro autopublicado. Eso significa que yo me encargo de todo, desde pagar la maravillosa ilustración de cubierta y las imágenes interiores (obra de Adela Aragón) hasta maquetar y todas las labores de promoción. Por lo tanto, tu apoyo en esta aventura es esencial.

Si comienzas a leer esta historia, me haría mucha ilusión que subieras una foto a tus redes sociales y me etiquetaras (soy @Mike_Lightwood en Instagram, @mikelightwood.bsky.social en BlueSky y @M_Light_Books en Twitter/X). Y, si te gusta el libro, me encantaría que pudieras dejar una valoración y a ser posible una reseña en Amazon y Goodreads.

Además, si subes alguna reseña a tus redes, también me encantaría que me etiquetaras para poder leerla y compartirla. Tal vez para ti sea algo insignificante, pero para mí significaría mucho y me ayudarías un montón en esta aventura, ¡y a que haya muchos más libros en el futuro!

En cualquier caso, muchas gracias por haber elegido esta novela. ¡Espero que te guste!



PRÓLOGO

No sé qué estoy haciendo aquí.

La música suena estridente a mi alrededor, pero, mientras los demás bailan, yo me siento como un idiota aquí plantado, sin saber muy bien qué hacer. Me he tomado una copa y siento un calorcillo extraño en el estómago, pero no sé si quiero beber más.

De pronto, una voz familiar suena cerca de mi oído, sobresaltándome.

—Bro. —Levanto la mirada y allí está Adri, mi mejor amigo. Está impresionantemente guapo con su jersey negro; no necesita nada más—. ¿Estás bien?

—Sí. ¿Por?

—Estabas ahí todo empanado, mirando a la nada —dice con una sonrisa que hace que me tiemble el corazón.

Bajo la mirada, avergonzado; no es la primera vez que me pilla disociando.

—Nah, no te ralles. Estoy bien.

Él abre la boca para contestar, pero entonces la música se detiene de golpe y los dos miramos a nuestro alrededor, sorprendidos.

—¡Atención, chavales! —grita Mati, el cumpleañero—. Vamos a jugar a la botella. Sentaos todos en círculo.

Hago una mueca. ¿De verdad es necesario?

Sin embargo, y por alguna razón que no alcanzo a entender, todo el mundo parece entusiasmado por la idea. Comienzan a reunirse en lo que hasta hace unos segundos era la pista de baile.

—Qué coñazo —le murmuro a Adri mientras los miro—. Yo paso. ¿Crees que dejarán libre la tele? Podríamos echar unas carreras.

—¿Qué dices, bro? —replica él, con cara de incredulidad—. Vamos con ellos.

—No me apetece, Adri. Estos juegos son una mierda.

—Venga, anda —insiste, mirándome con ojos de cachorrito—. Seguro que es divertido.

Y yo nunca soy capaz de negarle nada cuando me mira así, de modo que…

—Bueno, vale.

—¡Guay! —exclama, y se acerca para darme un abrazo. Me quedo paralizado un instante; es la primera vez que me abraza en público. Debe de estar un poco achispado—. Venga, vamos.

A regañadientes, me acerco con él al centro del salón, donde ya están casi todos sentados en círculo. Antes de que podamos buscar un sitio, se acerca Sandra, una de nuestras compañeras de clase, con su sonrisa de miles de euros.

—¡Adri! —lo saluda, muy sonriente—. Vente conmigo.

Y entonces lo toma de la mano y se aleja con él, ignorándome por completo. Genial. Conociéndola, seguro que tratará de forzar la situación para hacer manitas con él, besarle o vete a saber qué.

Sabía que esto era una idea de mierda.

Estoy a punto de darme la vuelta para coger el abrigo e irme a mi casa cuando veo que mi amigo Andrés me llama con la mano desde el círculo. Me doy cuenta de que está solo, y también de que hay un hueco a su lado, y eso me hace sentir mal. Sé que también se siente fuera de lugar aquí, así que voy con él.

—No veas cómo soba Sandra a Adri, ¿eh? —comenta cuando me siento, mirándolos. No sé si es cosa mía, pero me da la impresión de que le molesta.

—Ya ves —respondo con una mueca, aunque me niego a mirar.

—Venga, chicos, vamos a empezar —dice Mati, con una botella en la mano—. Todos sabéis jugar, ¿verdad? Yo hago girar una

botella, y a quien le toque, tendrá que responder a una pregunta o hacer un reto que yo le diga. Después, esa persona hará girar la botella, y así sucesivamente.

Entonces, comienza el juego. Mati hace girar la botella, y todos miramos con expectación hasta que se detiene delante de una chica que no conozco; debe de ir a otro instituto.

—¿Verdad o reto? —pregunta él.

—Reto —responde ella.

—Ponte de pie y dale un beso en la boca al chico que tú elijas.

Pongo los ojos en blanco. Sabía que este juego iba a acabar consistiendo en esto; es que lo sabía. Le echo un vistazo a Sandra y puedo ver por su sonrisita que está deseando que a ella le toque hacer lo mismo. Me dan ganas de potar.

Sin dudarlo, la chica se pone en pie y le da un pico rápido a otro de los desconocidos. No sé si habrá algo entre ellos, pero tampoco me importa.

A continuación, hace girar la botella, que pasa peligrosamente cerca de mí pero se detiene en una chica justo a mi lado.

—¿Verdad o reto? —le pregunta ella.

—Verdad.

—¿Te gusta alguien?

—No.

El juego continúa con pocas variaciones durante unas cuantas rondas y, mientras mejor se lo pasan los otros, más aburrido estoy yo. Nadie es demasiado original con las respuestas; casi todos los retos consisten en besar a alguien y casi todas las preguntas son para saber quién le gusta a quién, con muy pocas variaciones.

Estoy tratando de encontrar alguna excusa para levantarme y marcharme cuando la boca de la botella señala a Adri, y eso atrae mi atención de inmediato. Con un poco de suerte, tal vez responderá alguna verdad interesante.

—Adri —dice Carlota, la última que ha jugado—. ¿Verdad o reto?

Él parece dudoso durante un instante antes de responder.

—Reto.

Carlota se ríe y se acerca a Marta, su mejor amiga. Cuchichean algo entre risitas antes de volver a mirarlo.

—Vale —dice Carlota—. Te reto a besar en la boca… a un chico.

Todos nos quedamos de piedra al oírlo, y yo el primero. ¿De verdad ha dicho lo que creo que ha dicho? Miro a Adri; ni de coña va a hacerlo, y menos delante de todos. Suenan risitas alrededor del grupo, y de inmediato siento un retortijón incómodo en el estómago. ¿Qué está pasando aquí?

—¿A qué chico? —pregunta él, con calma. Parece mucho más tranquilo de lo que esperaba.

—A quien tú quieras. Pero tiene que ser por lo menos un minuto entero.

Lo miro de reojo, fingiendo desinterés. ¿Tratará de negarse y de optar por responder una verdad para no tener que cumplir el reto?

—Vale —dice él como si tal cosa, y todos se quedan en silencio de golpe.

Contra todo pronóstico, se pone en pie mientras los demás lo miramos, a cuál más sorprendido. Con una mezcla entre curiosidad y náuseas, lo observo mientras se pone en pie, preguntándome a quién elegirá. Entonces, comienza a caminar hacia mi mitad del círculo. Miro de reojo a mi alrededor para ver cuáles son las opciones. ¿Luis? ¿O tal vez Carlos? Andrés es imposible; los tres somos demasiado amigos como para que nos elija a nosotros. Sé que sería demasiado raro para él.

Pero, cuando quiero darme cuenta, se está dirigiendo directamente hacia mí, mirándome. Siento una especie de neblina extraña en la cabeza, y me pregunto si el alcohol me estará haciendo más efecto de lo que pensaba. Mirándome a los ojos, se detiene frente a mí y traga saliva de forma visible. Su expresión es seria, pero también decidida.

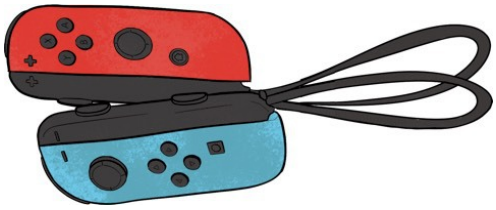
Comprendo lo que va a hacer apenas un instante antes de que ocurra. Sin dejar de mirarme, hinca una rodilla con lentitud en el suelo, y después la otra, con el rostro completamente serio. Sus ojos grises arden como dos estrellas perdidas en la galaxia. El corazón se me acelera dentro del pecho mientras trato de asimilar lo que está pasando. Pero, ¿está ocurriendo de verdad? Me siento como si todo esto fuera una especie de sueño extraño; ¿tal vez me he quedado dormido en el sofá después de beber o algo por el estilo?

Aunque todo parece demasiado real. Todavía mirándome fijamente, Adri coloca las manos a ambos lados de mi cuello y me roza las mejillas con los dedos. Jamás me había tocado de esta manera, y el escalofrío que siento bajo su caricia y se extiende por todo mi cuerpo es demasiado real como para formar parte de un sueño.

El corazón se me acelera todavía más, y mis sentidos parecen estar asimilando toda la situación a cámara lenta mientras Adri se inclina hacia mí y cierra los ojos. Se detiene a apenas unos milímetros de mi boca; puedo sentir su respiración contra mi piel.

Titubea durante apenas un instante y, entonces, me besa de lleno en los labios y yo me quedo sin aire.

De repente, algo explota en mi interior con la fuerza de un volcán en erupción.



1.

UNA SEMANA ANTES…

Ha llegado el momento más difícil de la semana: la clase de Educación Física.

No es por la asignatura en sí, que, en realidad, no se me da mal del todo. A ver, no es que sea como Adri, mi mejor amigo, que es atlético y se le dan bien todos los deportes. Pero tampoco me pasa como a Andrés, que, como es gordo, el gilipollas del profesor se piensa que eso le da derecho a humillarlo y ridiculizarlo delante de los demás. Supongo que yo estoy en un punto intermedio, con un cuerpo normal y corriente, y puedo cumplir con las exigencias de la asignatura lo suficiente como para ir aprobando, pero sin llegar a destacar nunca.

El problema viene después, cuando llega la hora de la ducha y nos vamos todos al vestuario. Si me dieran la opción de eliminar cualquier momento de la vida académica, exámenes incluidos, yo borraría las duchas después de Educación Física. No tendría ni que pensármelo.

En realidad, no sé cuándo comenzó exactamente. Hace unos años no me pasaba, no le daba importancia. Pero, poco a poco, este sitio comenzó a resultarme incómodo. A veces, hasta me resulta hostil. Mientras mis compañeros de clase se desnudaban sin ninguna

vergüenza y se iban a las duchas como si tal cosa, yo me sentía extraño, como si estuviera fuera de lugar. Cuando quise darme cuenta, había comenzado a sentir un pudor que nunca había experimentado, hasta el punto de que el ambiente me resultaba casi violento. Por si fuera poco, a veces mi cuerpo reaccionaba de forma inoportuna, y esos momentos eran los peores. Pero, por lo general, trataba de darme prisa en ducharme y cambiarme, de no mirar a nadie y de pasar lo más desapercibido posible. Cuanto más breve fuera el tiempo que pasaba entre esas paredes, mejor.

Hoy no es una excepción. Por el rabillo del ojo, puedo ver que Adri, Andrés y Juan se desnudan sin ninguna vergüenza junto a mí. Es normal, supongo. Andrés y yo hemos crecido juntos, y tener que compartir vestuario dos veces por semana desde hace casi diez años significa que nos hemos visto desnudos cientos de veces. Juan, por su parte, llegó de Argentina cuando estábamos en quinto y enseguida se integró con nosotros, hasta el punto de que ha perdido prácticamente todo el acento. Como Andrés era el gordo, yo el friki, y Juan el del «acento raro», según nuestros compañeros de clase, no tardamos en hacer piña y llegar al mismo nivel de confianza con él.

En cuanto a Adri… En fin, con él la cosa es diferente. Había estado en un centro donde no había secundaria, así que llegó al nuestro al comenzar primero de la ESO, cuando ya empezábamos a dejar atrás la infancia. Era guapete ya desde esa edad, tan carismático como descarado, y lo habría tenido fácil para convertirse en uno de los populares de la clase, para montar su propia pandilla creada alrededor de él y elegida a dedo. Pero el destino quiso que le tocara sentarse en el pupitre vacío que había junto al mío y no tardamos en hacer buenas migas, sobre todo cuando vio que me había llevado la Switch para el recreo. Cuando terminó el primer día de curso, ya éramos amigos. Al finalizar la primera semana, nos habíamos hecho inseparables. Y, tras un mes de clases, no solo se había integrado a la perfección en mi pequeño grupo, sino que prácticamente se había convertido en mi mejor amigo, con perdón de Andrés.

Por supuesto, cuando comenzó mi sensación de incomodidad en el vestuario, no tardé en darme cuenta de que tenía mucho que ver con él, al menos en parte. Era el cuerpo de Adri lo que había comenzado a despertar mi curiosidad en esos momentos de desnudez. Tal vez porque lo tenía menos visto, tal vez porque se había desarrollado de una forma diferente a Andrés, Juan y yo. Y eso no habría sido malo, ¿verdad? Se supone que la curiosidad es natural, sana incluso.

Pero, en el fondo, yo sabía que también era posible que fuera por otra razón, por mucho que al principio no quisiera admitirlo. Y esa razón no era buena; sobre todo cuando, con el paso de los meses, me he ido quedando sin excusas y soy cada vez más consciente de la realidad.

De hecho, es precisamente esa razón lo que me atormenta cuando me voy a la cama y me acompaña durante las largas noches en vela.

—Bro.

Su voz me saca de mi ensimismamiento. Aunque no la reconociera, sabría que se trata de Adri; nadie más me llama así. Puedo ver por mi visión periférica que está desnudo junto a mí, pero no lo miro. En su lugar, hago como que rebusco en mi bolsa de deporte, como si no hubiera más que cuatro cosas mal contadas dentro.

—¿Qué pasa?

—No sé, es que te has quedado empanado o algo. ¿Te vienes o qué?

—Sí, sí. Ve yendo, que ahora voy yo.

—Va.

Por suerte, se marcha sin insistir. Echo un vistazo fugaz a mi alrededor y veo que estoy solo en los bancos. Perfecto. Me apresuro a desnudarme y, tan rápido como puedo, me rodeo la cintura con la toalla y saco mis botes de gel y champú de la bolsa. Dejo la ropa limpia fuera y preparada; así no tendré que tardar tanto en cambiarme. Acto seguido, me dirijo hacia la zona de las duchas. La suerte o el destino quieren que tres de mis compañeros estén terminando justo en este momento, de modo que me planto frente a

la primera ducha de todas, a dos de distancia de la siguiente que está ocupada y, sobre todo, bien lejos de Adri. Normalmente me toca estar rodeado de gente y muy cerca de él, así que comienzo a enjabonarme el pelo y el cuerpo con más calma de lo habitual. Me ducho despacio y con los ojos cerrados, obligándome a no mirar nada, tratando de bloquear mentalmente el bullicio a mi alrededor.

Pero, por supuesto, mi suerte dura exactamente lo que tardo en terminar de ducharme. Pensaba que había sido rápido, pero entonces me doy la vuelta y veo que mis amigos justo acaban de terminar y se están dirigiendo hacia los bancos, aunque al menos no están mirando en mi dirección. Adri va en último lugar, y no puedo evitar fijarme en su espalda húmeda por encima de la toalla que lleva alrededor de la cintura, en sus piernas mientras camina con la calma de quien se siente completamente cómodo donde está.

Trago saliva, notando que un calorcillo agradable pero al mismo tiempo molesto se enciende en mis mejillas. Al mirar hacia la derecha, veo que ya solo quedan unos pocos compañeros en las duchas, a suficiente distancia como para no fijarse en mí, de modo que decido entretenerme un poco más. En lugar de ir hacia los bancos y secarme allí, como suelen hacer mis compañeros y tal como están haciendo ahora mismo Adri y los demás, me seco donde estoy, primero el pelo, y después el resto del cuerpo. Solo entonces me rodeo la cintura con la toalla y voy hacia los bancos.

La parte positiva es que Adri ya se ha vestido; justo está poniéndose los zapatos cuando llego. Juan y Andrés están hablando de algo, distraídos; con un poco de suerte, no se fijarán demasiado en mí. Pero la parte negativa de esto es que siempre salimos los cuatro juntos y lo más probable que me esperen, así que tengo que ser rápido. En primer lugar, me pongo a toda prisa la camiseta que ya he dejado sacada antes de ir a las duchas, y después, me siento en el banco y me pongo los calzoncillos a toda prisa por debajo de la toalla. Justo estoy a punto de incorporarme un poco para terminar de subírmelos cuando una mano me toca el hombro, sobresaltándome.

—Bro. —Es Adri, cómo no—. ¿Tienes desodorante? Es que se me ha olvidado.

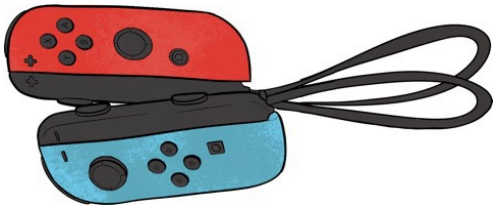
Trago saliva. Al menos, no ha llegado a ver nada.

—Eh… Creo que sí, espera. —Rebusco en mi bolsa y encuentro el bote de Axe chocolate que usamos los dos—. Toma.

—Gracias, tío.

Sonríe sin dejar de mirarme, y no puedo evitar mirarlo yo también mientras se mete la mano por debajo de la camiseta para ponérselo. El tejido se levanta ligeramente, ofreciéndome una visión parcial de su vientre, y me apresuro a apartar un poco la mirada. Por suerte, Adri no tarda en devolverme el desodorante y después se gira hacia sus cosas, momento que yo aprovecho para terminar de subirme los calzoncillos, quitarme la toalla y ponerme los pantalones a toda prisa.

Cuando salimos los cuatro del vestuario, me doy cuenta de que el corazón me late tan fuerte que parece que vaya a explotar.



2.

Cuando por fin terminan las clases del viernes, me voy con mis amigos hacia la parada del autobús, tal como hacemos siempre. El frío de principios de diciembre nos muerde las mejillas y los cuatro caminamos muy juntos, para darnos calor.

—Joder —comenta Andrés por el camino, apartándose el pelo oscuro de los ojos—. Qué ganas tenía de puente.

—Ya ves —dice Adri, con una sonrisa que hace brillar sus ojos grises—. Estaba deseando largarme unos días de aquí.

—Qué envidia —replica Juan, frunciendo el ceño—. Y Víctor y yo aquí tirados.

Estos días vamos a tener el puente más largo de nuestra vida. El martes y el jueves de la semana que viene son festivos, así que no vamos a tener clase hasta el viernes que viene: seis días enteros de libertad. No sé por qué no nos dejaron el viernes también libre ya que estaban, pero en fin, supongo que los que hacen los calendarios escolares son unos amargados.

La parte negativa de todo esto es que voy a estar solo. Tanto Andrés como Adri se irán de puente con sus respectivas familias, mientras que Juan y yo jamás hemos quedado a solas. Nos llevamos genial y funcionamos bien como parte del mismo grupo, pero Andrés siempre fue el pegamento entre los dos, el nexo de unión que hizo que surgiera la amistad entre nosotros. Tanto él como yo somos

demasiado callados y sé que apenas tendríamos temas de conversación si quedáramos por nuestra cuenta, así que nunca lo hemos propuesto.

Mi único consuelo es que mi padre también se irá para estar con mis abuelos en el pueblo, así que al menos no tendremos que aguantarlo. Las cosas en casa siempre van mucho mejor cuando solo estamos mi madre, mi hermana Vero y yo. Pero, aun así, me gustaría poder pasar estos días con mis amigos.

Al menos, no hablamos mucho más del tema; para cuando llegamos a la parada, Andrés ha comenzado a hablar con Juan de no sé qué libro de ciencia ficción. Yo nunca he sido muy de leer y tampoco se me ocurre ningún tema de conversación que sacarle a Adri, así que desconecto un poco.

Cuando llega el autobús, vemos que hay un grupo de cuatro asientos libres, de modo que nos apresuramos a quitarnos los abrigos para ocuparlos. Ya tenemos nuestros sitios preestablecidos: como son los primeros en bajarse, Andrés y Juan se sientan juntos, en los asientos que se encuentran de espaldas al conductor, mientras que Adri y yo nos sentamos frente a ellos.

Hoy yo soy el último en sentarse, y justo estoy comenzando a hacerlo cuando el autobús se pone en marcha de repente y casi me caigo encima de Adri. Él me sujeta con ambos brazos, aunque planto una mano sobre su muslo de forma instintiva para mantener el equilibrio. Un calor explota de inmediato en mis mejillas.

—Ten cuidado, bro —me dice con una sonrisa que enciende ese cosquilleo en la tripa ya tan familiar.

Un cosquilleo que se extiende por todo mi cuerpo cuando me doy cuenta de que tiene una mano sobre mi brazo y la otra contra mi torso para ayudarme a estabilizarme.

—Gracias —acierto a mascullar, apartando la mirada.

—De nada.

Me incorporo un poco, levanto la mano de su muslo, y solo entonces Adri me suelta para que pueda sentarme. Siento que me arden las mejillas. Noto una especie de calor latente en la palma, el brazo y el costado, los lugares donde hemos estado en contacto.

Frente a nosotros, Juan y Andrés siguen enfrascados en su conversación, ajenos al momento. Mejor, la verdad.

Entonces, Adri se acerca un poco más a mí, apretando ligeramente mi muslo con el suyo. Nuestros brazos se rozan, y me pregunto si podrá notar que se me ha puesto la carne de gallina.

—¿Has pensado qué vas a hacer estos días? —me pregunta.

—Nada especial. —Me encojo de hombros—. Jugar a la Switch y tal, supongo.

—Pues qué envidia.

—Venga ya —digo entre risas—. Tú al menos puedes irte.

—Ya, bueno. Pero preferiría quedarme aquí, que viajar con la familia es un coñazo. —Hace una mueca—. Y así podría escaparme para jugar contigo a la Switch en vez de tener que aguantar al pesado de mi hermano y a su novia todo el día.

El corazón me da un vuelco. ¿De verdad ha dicho que preferiría estar conmigo antes que irse de vacaciones? Porque eso no te lo dice cualquiera, ¿verdad?

—Estaría bien, sí —respondo, sin mostrar mis emociones.

—Pero bueno, podemos ir hablando. Solo son unos días.

—Ya, bueno.

—Y, a ver, no sé si voy a tener internet —añade—. Pero, si tengo, podríamos echar alguna partida. Te puedo llamar y charlamos mientras, y así no estás tan solo.

—Genial —respondo sin muchas esperanzas; aunque me hace ilusión la propuesta, sé que va a ser complicado cuadrarlo.

Entonces, Adri se acerca todavía más para chocar el hombro con el mío.

—Anímate, anda. Que solo van a ser unos días.

Me tenso un poco. ¿Lo dice porque se ha dado cuenta de que lo voy a echar de menos? ¿O porque sabe que van a ser unos días aburridos para mí? Y, sobre todo, ¿se estará dando cuenta de cómo reacciona mi cuerpo últimamente ante cualquier clase de contacto con el suyo? Es más, ¿lo estará haciendo a propósito? Pero, si es así, ¿por qué iba a hacerlo? No tiene ningún sentido; sé muy bien que él es completamente hetero.

Yo, por otro lado…

Aunque no tengo tiempo para rallarme demasiado, porque pronto llega la parada de Juan. Se levanta y nos choca el puño rápidamente a cada uno antes de marcharse.

—Bueno, tíos. Nos vemos a la vuelta.

Ahora que ya no lo tiene al lado para hablar de libros, Andrés dirige su atención hacia nosotros.

—¿De qué hablabais?

—De nada importante —responde Adri con una sonrisa—. Que este se va a pasar todo el puente viciando a la Switch.

—Joder, qué envidia —dice Andrés con anhelo—. En casa de mis abuelos están prohibidas las «maquinitas», como dicen ellos, así que lo único que puedo hacer para entretenerme es leer.

—Ni que no te gustara —señalo entre risas.

—A ver, eso es verdad —admite, y se ríe también—. Pero tampoco como para estar leyendo veinticuatro siete.

—Siempre te puedes llevar la Switch de todos modos y jugar a escondidas por la noche —sugiere Adri.

—Ya, supongo. Lo malo es que no tienen internet, así que no podré conectarme con vosotros. Jugar solo tiene menos gracia.

—Joder, qué mal —respondo, aunque no soy del todo sincero. Los cuatro solemos jugar mucho cuando estamos juntos, pero en esta ocasión, me atrae bastante más la propuesta de Adri de llamarme por teléfono mientras jugamos él y yo solos.

—Bueno, no pasa nada. A la vuelta.

—Sí.

—Míralo por el lado positivo —le dice Adri, con una sonrisa burlona—. Si juegas solo, al menos tendrás alguna posibilidad de ganar.

—Ja, ja —responde Andrés, y yo trato de contener la risa.

No decimos mucho más. La siguiente parada es la de Andrés, así que nos choca los puños antes de colgarse la mochila de los hombros para bajarse.

—Bueno, pues nos vemos la semana que viene —se despide.

—Adiós —decimos Adri y yo al unísono.

—Pásalo bien —añado.

—Gracias, tío. Ánimo.

Entonces, Andrés se baja, las puertas se cierran, y nos quedamos solos. Mientras el autobús comienza a moverse otra vez, soy agudamente consciente de la sensación de la pierna de Adri contra la mía, separadas solo por el tejido de nuestros pantalones, de su brazo contra el mío, esta vez sin barreras. Su piel es cálida y, mientras siento su fino vello contra el mío, no puedo evitar preguntarme cómo será acariciarla.

—Bueno, pues ya estamos solos —comenta.

Una vez más, no sé muy bien cómo interpretar sus palabras. ¿Es un comentario sin importancia, como quien dice el tiempo que hace? ¿O es que tenía ganas de que nos quedáramos solos?

—Pues sí —respondo, tratando de disimular mi nerviosismo.

Se recuesta en el asiento y cierra los ojos.

—Se me va a hacer raro este finde —añade.

—¿Por?

—Me había acostumbrado a nuestras tardes. Y nuestras noches.

Enrojezco ligeramente. Por supuesto, no es que haya pasado nada en esas tardes y en esas noches; simplemente se trata de una costumbre que tenemos. Todos los fines de semana pasamos al menos una tarde juntos, normalmente viciando a la Switch y viendo alguna película, y después, uno de los dos se queda a dormir en la casa del otro. Normalmente voy yo a la suya, salvo cuando mi padre no está y se viene Adri a la mía. La última vez que se quedó a dormir estando mi padre fue hace cosa de un año, y me dio demasiada vergüenza que no dejara de preguntarnos cosas como «cuántas novias teníamos» o «por qué no salíamos a buscar titis en vez de quedarnos encerrados en casa».

Sí, lo dijo así: «titis». Me estremezco solo de recordarlo.

Nuestros planes se suelen adaptar según lo que vayamos a hacer con Andrés y Juan, pero lo de dormir juntos se ha vuelto prácticamente ineludible. Si quedamos un sábado para ir los cuatro al cine, después Adri y yo dormimos en casa de uno de los dos y pasamos el domingo juntos, jugando a la Switch durante horas, o también a la Play si estamos en su casa. Y, si quedamos con Juan y Andrés el domingo, lo que hacemos es viciar el sábado, despertarnos

tarde el domingo y después viciar un par de horas más antes de ir con ellos.

Lo peor es cuando quedamos con estos los viernes, tal vez porque se estrena una película que tenemos demasiadas ganas de ver en el cine o en alguna plataforma. En esas ocasiones, dormimos juntos el mismo viernes y el sábado cada uno se va a dormir a su casa, lo que significa que el domingo no puedo ver a Adri y tengo que esperar hasta el lunes. Y, si veinticuatro horas sin él ya se me hacen largas, no me quiero ni imaginar cómo va a ser tener que esperar hasta el viernes que viene. Es casi una semana, joder.

Pero, aunque me encantan las tardes de videojuegos con él, la cercanía, los piques y las bromas, lo mejor son las noches, sin duda. No por nada especial, ojalá. Es simplemente por la situación en sí. Quedarnos los dos en pijama; algo mucho más íntimo que cuando estamos en el sofá o incluso la cama con la ropa corriente. Meternos bajo las sábanas y quedarnos hablando hasta tarde en la oscuridad, sintiendo su voz cerca de mí, como una caricia en el aire. Él siempre es el primero en dormirse, lo que significa que puedo abrazarme a la almohada y escuchar el sonido de su respiración, arrullándome hasta que yo tampoco tardo en quedarme dormido.

—Bro. —Me da un golpecito en el brazo, devolviéndome a la realidad—. Te has quedado empanado otra vez.

Su media sonrisa me desarma por completo, y eso me dificulta la tarea de encontrar una excusa convincente.

—Perdona. Es que tengo sueño, no estoy durmiendo mucho últimamente.

Es lo primero que se me pasa por la cabeza, pero me arrepiento al instante. Al fin y al cabo, no es mentira, pero eso no significa que quiera contarle las razones.

—¿Y eso? —pregunta con una preocupación tan evidente que me enternece—. ¿Estás bien?

—Sí, sí —me apresuro a mentir—. Es solo que a veces me rallo con los exámenes y tal, nada más.

—Buah, te entiendo. —Al menos, parece que ha colado—. A mí también me pasa.

—Es una mierda.

—Ya ves. Pero ya sabes que al final siempre sacas buenas notas. Tú no te preocupes.

—Sí, bueno. —Me encojo de hombros, tratando de meterme en el papel—. Supongo.

—Y, si estos días ves que necesitas hablar o lo que sea, me lo dices. ¿Vale?

De nuevo, vuelvo a sentir ese familiar cosquilleo en la tripa ante sus palabras.

—Vale. Gracias, tío.

Él vuelve a hacer eso de acercar su cuerpo al mío para darme un golpecito con el hombro.

—De nada, bro.

Me esfuerzo por contener una sonrisa, disfrutando de la cercanía; está tan pegado a mí que siento su calor corporal extendiéndose por mi propio cuerpo. El autobús se detiene y, unos segundos más tarde, aparece una chica que ocupa el asiento que había utilizado antes Andrés. Adri ni se inmuta, pero yo me aparto un poco de él, repentinamente cohibido por alguna razón. Me arrepiento de hacerlo al instante, pero ahora ya no soy capaz de obligarme a acercarme más a él. Y, para cuando quiero darme cuenta, ya estamos en nuestra parada.

—Bueno —dice Adri cuando bajamos del autobús—. Pues nos vemos a la vuelta.

—Sí.

Entonces, se acerca a mí y me abraza. Es algo que ha empezado a hacer hace poco, y casi siempre logra pillarme por sorpresa porque siempre es él quien lo inicia. Yo apenas he abrazado a Andrés y a Juan unas pocas veces en mi vida y, que yo sepa, Adri tampoco los abraza a ellos. Pero un día, así de repente, me abrazó para despedirse después de una noche en su casa. Desde entonces, lo hace siempre que estamos solos, cada vez que nos vemos y cada vez que nos despedimos. Y en todas y cada una de esas ocasiones siento el mismo cosquilleo agradable en la tripa. Hoy, con la cara contra la curva entre su cuello y su hombro mientras inhalo ese aroma que tanto voy a echar de menos y las yemas cálidasde sus dedos me rozan la nuca, no es una excepción.

Cuando nos separamos, siento el frío de la calle de golpe, así que me apresuro a ponerme el abrigo.

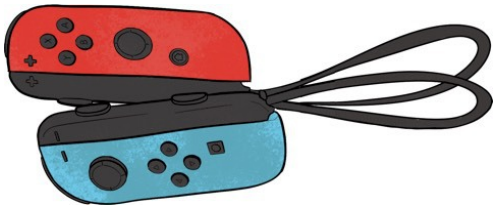
—Bueno, bro —dice, con su habitual sonrisa tranquila. Sus ojos grises parecen joyas esculpidas en hielo—. Pues vamos hablando.

—Sí. Pásalo bien.

—Gracias.

Entonces, me choca el puño, da media vuelta y se marcha. En lugar de echar a andar yo también en dirección a mi casa, me quedo mirándolo mientras se aleja en dirección contraria, hasta que dobla una esquina y desaparece de mi vista.

Suelto un suspiro. Algo me dice que estos días sin él van a ser muy largos.



3.

Prácticamente acabo de quedarme dormido cuando suena mi móvil para anunciar la llegada de un mensaje. Me había tumbado en la cama para echarme una siesta, pero, cuando oigo la segunda notificación, me maldigo a mí mismo por no haber dejado el teléfono en silencio. Me planteo ignorarlo y ya está, pero entonces entra un tercer mensaje.

Molesto, toqueteo a ciegas la mesita de noche en busca del móvil. Lo miro y entrecierro los ojos ante la claridad de la pantalla. Entonces, termino de despertarme de golpe al ver que quien me ha escrito es Adri.

Bro bro bro

Tas en casa?

????

Parpadeo un par de veces y me apresuro a responder, esforzándome por tocar las letras correctas mientras mis ojos terminan de adaptarse.

Si por?

Q pasa?

Su respuesta no se hace esperar.

Se me ha ocurrido una locura

Sorpréndeme

A ver, es un poco random

Si no quieres no pasa nada

Me pone histérico cuando empieza en este plan, en serio.

Dime, coño

Quieres q vaya a dormir a tu casa?

Abro mucho los ojos, sorprendido. Esto no me lo esperaba.

Esta noche?

No, el mes q viene 😂 pues claro

Pero solo si tu quieres

¿Está de coña o qué? ¿Cómo no iba a querer?

A ver, por mí guay

Pero no te ibas mañana?

Sí, pero vivimos cerca, y en coche más todavía

A mis padres no les cuesta nada pasar a recogerme

Va a ser un madrugón y a lo mejor solo dormimos tres horas, pero bueno 😅

El corazón me da un vuelco al leer sus palabras. Durante estos años he llegado a conocer muy bien a Adri, y sé perfectamente lo mucho que odia madrugar. Si se queda a dormir en mi casa, tanto él como yo somos conscientes de que nos acostaremos tarde y de que nos quedaremos dormidos todavía más tarde, pero está optando precisamente por eso para pasar unas cuantas horas más conmigo, aunque eso signifique pasarse todo el día muerto de sueño.

Y, sinceramente, no sé cómo interpretarlo.

Por mí genial, obviamente

Le pregunto a mi madre, vale?

Ahora te digo

Va

Mientras me levanto de la cama, me doy cuenta de que se me ha acelerado el pulso durante la conversación con Adri. Había dado por hecho que no lo vería hasta dentro de una semana, así que la perspectiva de poder pasar una noche más juntos antes de que se vaya es como un regalo caído del cielo. Sobre todo porque ni siquiera ha sido una propuesta mía; la iniciativa ha sido completamente suya.

Salgo de mi habitación a hurtadillas para no hacer ruido; no me apetece cruzarme con mi padre y que haga estallar la burbuja de felicidad que se ha hinchado en mi pecho tras la conversación con Adri. Avanzo unos pocos metros en dirección al salón y me detengo, aguzando el oído. Por la puerta sale el estruendo de lo que parece una persecución en coche de esas películas de acción genéricas que suenan a toda hostia. Hago una mueca. Mi padre es el único que ve esas cosas en casa, así que eso significa que todavía no se ha marchado. Sabía que se iba a ir por la tarde y tenía la esperanza de que ya no estuviera en casa cuando me despertara de la siesta, pero el mensaje sorpresa de Adri ha hecho que me levantara mucho antes de lo esperado.

Aunque a mi madre tampoco le entusiasman esas películas, suele quedarse a verlas con él en el salón para evitar discusiones, de modo que me acerco a la puerta de puntillas para comprobarlo. Tal como pensaba, su cabeza sobresale ligeramente por encima del respaldo del sofá, lo que significa que voy a tener que entrar. Hago una mueca al ver la mesa con tres latas de cerveza vacías y los pies de mi padre acompañándolas.

—¿Mamá? —la llamo mientras me acerco, tratando de alzar la voz por encima del sonido atronador de la televisión—. ¿Puedes venir un momento a mi cuarto?

Ella hace ademán de levantarse, pero mi padre le pone una mano sobre el muslo para detenerla.

—¿Qué pasa? —pregunta él, sin apartar la mirada de la tele.

—Nada, solo quería enseñarle una cosa.

—¿El qué?

—Nada importante.

—Entonces, ¿por qué molestas? Estamos viendo la tele.

Contengo la necesidad casi física de poner los ojos en blanco; parece que su único objetivo en la vida sea fastidiarme. Como si mi madre se lo estuviera pasando bien con él… sé que agradecerá cualquier oportunidad para salir de aquí, aunque solo sea un momento.

Por suerte, conozco bien a mi padre y no me cuesta encontrar una excusa convincente.

—Es que me he manchado una camiseta. Quería ver si mamá me la podía mirar para lavarla, pero no la he traído para no molestarte mientras veías la película.

Él me mira fijamente durante unos segundos, y entonces suelta un gruñido de satisfacción y levanta la mano del muslo de mi madre: ha funcionado. Por supuesto, cualquier cosa relacionada con la ropa no podría interesarle menos, y hasta dudo que sepa poner la lavadora siquiera. Añadir el detalle de que no quería molestarlo ha sido la guinda del pastel.

Mi madre se pone en pie y me sigue en silencio hasta mi habitación. No habla hasta que me siento en la cama.

—Dime, cariño —dice, con cierta preocupación en sus ojos siempre tristes mientras toma asiento a mi lado. Se aparta el pelo rubio de la cara para colocárselo tras la oreja—. ¿Pasa algo?

Como es evidente, ella sabe tan bien como yo que lo de la ropa no era más que una excusa.

—No, nada. Es que me ha hablado Adri… dice que si puede venir a dormir esta noche a casa.

Su rostro se ilumina.

—Uy, claro que sí, cariño. Sabes que yo siempre estoy encantada de recibirlo. ¿Pero no se iba de puente temprano? Pensaba que por eso no habíais quedado hoy.

—Sí, bueno. —Me encojo de hombros—. Pero vamos a estar una semana sin vernos, así que…

Dejo la frase inconclusa; no sé muy bien cómo terminarla. Hoy hemos estado juntos en el instituto y en el autobús hasta hace menos de una hora, pero si a mi madre le resulta extraño, no da ninguna muestra de ello. Al contrario, me mira con una leve sonrisa que no sé cómo interpretar.

—Por mí estupendo, cariño. Pero os acostáis temprano, ¿vale? Si no, el pobre va a estar muriéndose de sueño mañana.

—Claro —miento descaradamente; Adri y yo no nos hemos acostado temprano ni una sola vez de todas las que hemos dormido juntos, y sé que no vamos a empezar a hacerlo ahora—. ¿Entonces le digo que sí?

—Sí, díselo. ¿Qué queréis para cenar? Hoy tengo turno de noche en el restaurante, pero puedo dejaros algo preparado.

—No te preocupes —respondo—. Ya sabes que nos apañamos con cualquier cosa.

—Pero algo tendréis que comer —insiste.

—No te preocupes, en serio. Cualquier cosa que podamos calentar o lo que sea.

Ella sonríe y, por un momento, la tristeza habitual desaparece de sus ojos.

—Pues voy a mirar en la cocina a ver qué hay y te digo algo.

—Vale, mamá. —Me acerco más a ella para abrazarla con fuerza —. Gracias.

—De nada, cariño. ¿Necesitas algo más?

—No, nada más.

—Bueno, pues voy a ver qué hay —dice, poniéndose en pie—. Avísame cuando vaya a venir, ¿vale?

—Vale. ¿Sabes cuándo se irá papá?

—Cuando termine la película. —Pone los ojos en blanco; es evidente que está deseando que llegue el momento—. No creo que tarde más de una hora.

—Genial. Gracias.

Ella asiente con la cabeza y se marcha de mi habitación. El corazón vuelve a latirme con fuerza mientras cojo el móvil para hablar con Adri.

Ey

Mi madre dice que guay

Te vienes dentro de una hora y media o dos?

Prefiero darle un poco de margen a mi padre para que se marche; cuanto menos se cruce con Adri, mejor.

Guay bro!

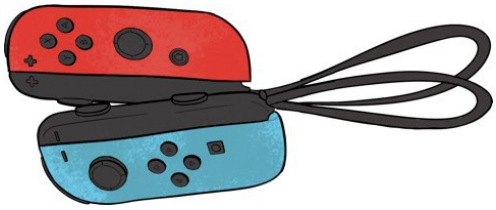
Yo iré preparando la maleta mientras tanto, que ni la he tocado todavía

Luego nos vemos!

Guay!

Entonces, con un agradable cosquilleo en el estómago, me tumbo en la cama para retomar mi siesta interrumpida. Pongo la alarma para dentro de una hora; sé que me vendrá bien dormir un poco para aguantar mejor la noche con Adri. A continuación, dejo el móvil sobre la mesilla de noche, me abrazo a la almohada y cierro los ojos, sonriendo.

Pensaba que no volvería a verlo hasta dentro de una semana, pero voy a poder pasar parte de la tarde con Adri. Vamos a dormir juntos. Y, ahora mismo, no podría ser más feliz.



4.

Unos golpes suaves en la puerta me despiertan de la siesta.

—¿Cariño? —Es la voz de mi madre—. Tu padre va a marcharse ya.

Suelto un gruñido. Me habría gustado despertarme y que ya no estuviera en casa, pero siempre tenemos que hacer el paripé de ir a despedirlo, como si alguno de los tres fuéramos a echarlo de menos. Suelto un prolongado bostezo y me estiro antes de levantarme de la cama y salir de mi habitación a regañadientes.

Cuando llego a la entrada, mis padres y mi hermana Vero ya están allí, esperándome.

—¡Venga, hombre! —se queja él, frunciendo el ceño al verme acercarme con andares perezosos—. Que parece que no quieras despedirte de tu padre.

—Que no, papá… —digo sin entusiasmo.

Entonces, me acerco a él con esa incomodidad que se ha estado instaurando entre nosotros de un tiempo a esta parte. Nunca ha sido un padre cariñoso, pero recuerdo que de pequeño me abrazaba de vez en cuando y, en raras ocasiones, hasta me daba algún beso. Pero desde que «empecé a convertirme en un hombre», como él dice, esas muestras de cariño han desaparecido por completo. Lo máximo que hace es darme unas palmadas en el brazo o en la espalda, pero sin llegar a abrazarme por completo.

Por supuesto, hoy no es una excepción, pero lo agradezco. Mi padre no me cae demasiado bien; ni siquiera sabría decir si lo quiero, y cuanto menos contacto tenga con él, mejor.

—Pórtate bien —dice, dándome las consabidas palmadas en la espalda—. Recuerda que tú eres el hombre de la casa mientras yo no estoy. No dejes que estas dos se desmadren.

—Sí, papá —respondo mientras contengo la necesidad de poner los ojos en blanco.

Debe de haberse despedido ya de Vero mientras yo llegaba, porque le da un beso rápido a mi madre y se marcha sin más ceremonias.

—Por fin se va el gilipollas —murmura mi hermana cuando la puerta se cierra.

—No digas eso —la reprende mi madre, aunque sin esforzarse demasiado—. Que es tu padre.

—No es culpa mía.

Y, sin más, se marcha a su habitación, dejándonos solos.

—¿A qué hora viene Adri, cariño?

Me saco el móvil del bolsillo. Faltan tres minutos exactos para que suene la alarma, de modo que la cancelo, desactivo el modo sueño y compruebo las notificaciones. Tengo un par de mensajes suyos.

—Dice que vendrá en media hora, pero ya sabes cómo es él. Seguro que tarda casi una hora.

Ella se ríe.

—Bueno, pues vete a recoger tu cuarto, anda. Que lo tienes todo manga por hombro.

Asiento con la cabeza; esa era una de las razones por las que me había programado la alarma con antelación. Vuelvo a mi habitación, abro la ventana para ventilar un poco, y dedico la siguiente media hora a recoger el desastre que siempre parece formarse solo de una semana para otra. Me permito poner música; cuando está mi padre, siempre se queja si oye algún sonido saliendo de mi habitación y la de Vero que perturbe el sonido de su televisión a todo volumen.

Como no podía ser de otra manera, el ambiente en casa parece mucho más tranquilo de lo habitual. Cuando está él, todo es tenso,

incómodo. Desagradable, incluso. Pero, por suerte o por desgracia, sus padres están ya muy mayores y necesitan ayuda, así que él suele ir a verlos cada vez que puede. Se marcha prácticamente todos los fines de semana, y ahora que tenemos un puente largo no ha sido una excepción. No me lo había planteado hasta ahora, pero voy a estar casi una semana sin verlo… la sensación de alivio es indescriptible.

Al terminar de recoger no he recibido ningún mensaje de Adri avisándome de que ya viene en camino, así que me voy a la ducha. Aquí sí que puedo relajarme, no como en el instituto, así que me permito dejar que pasen los minutos mientras el agua caliente cae sobre mi cabeza, mis hombros y mi espalda, aliviando parte de la tensión que siempre me acompaña últimamente.

Cuando salgo de la ducha, veo que tengo un mensaje de Adri de hace cinco minutos avisándome de que llegará dentro de diez, así que me apresuro a secarme y vestirme para estar preparado. El corazón comienza a latirme con fuerza, como siempre que vamos a vernos, pero me esfuerzo por ignorarlo. Para tratar de tranquilizarme, me tumbo en la cama y me pongo a ver tiktoks, tratando de ignorar los latidos acelerados que parecen retumbar dentro de mi pecho.

De repente, el timbre suena y el corazón me da un vuelco.

—¡Voy yo! —grito, levantándome a toda prisa, y corro hacia la entrada. Tomo aire para que no se me note la respiración acelerada antes de descolgar el telefonillo—. ¿Sí?

—Bro, soy yo. Abre.

Presiono el botón, cuelgo el telefonillo y cierro los ojos, muy consciente de las reacciones desmedidas de mi cuerpo. Hace tan solo unas horas que nos hemos visto, ¿de verdad tengo que ponerme tan nervioso? ¿Será porque no contaba con verlo hasta dentro de una semana? Trato de respirar hondo para tranquilizarme, demasiado consciente de los latidos acelerados de mi corazón, de mi pecho subiendo y bajando. Apenas he conseguido calmarme un poco cuando suena el timbre y todos mis intentos se van a la mierda: mi corazón vuelve a acelerarse de inmediato.

Cuando le abro, su sonrisa es casi cegadora.

—¿Qué pasa, bro? —dice mientras me da uno de sus abrazos de oso—. ¿Qué tal?

Suelto una risa nerviosa.

—Pues bien, como antes. Si nos hemos visto hace unas horas.

—Oye, que si te molesto me voy.

—¡No! —respondo entre risas—. Claro que no.

—Más te vale, que hacía mucho frío por la calle al venir.

Todavía riendo, echamos a andar hasta mi habitación para que pueda dejar la mochila que se ha traído con sus cosas. Lo observo mientras la deja en un rincón de mi habitación.

—¿Te recogen muy temprano?

—A las ocho.

—Uf… Entonces, deberíamos irnos pronto a la cama.

Él sonríe.

—Ya veremos. —Bajando la voz, añade—: ¿Está tu padre?

—Ya se ha ido, y menos mal.

Su alivio es evidente; sé que a él tampoco le cae demasiado bien precisamente.

—Sigo sin saber qué vio tu madre en él.

—Eso me gustaría saber a mí.

Suelto un suspiro.

—Bueno, ¿qué, echamos unas carreras?

—No podías esperar, ¿eh? —le pregunto con una sonrisa.

—Piensa que a lo mejor nos pasamos una semana entera sin poder jugar. Habrá que aprovechar ahora que podemos, que luego nos entra el mono.

Puede que Adri y yo seamos más básicos que el arroz blanco, pero hay algo de lo que jamás nos cansamos: jugar al *Mario Kart*. Probablemente, decir que estamos obsesionados se quedaría corto. El día que nos conocimos nos hicimos amigos precisamente así, echando unas carreras en el recreo, y desde entonces, no hemos parado. Hemos llegado a montar campeonatos épicos de varias horas con Andrés y Juan, aunque ellos siempre se acababan aburriendo porque no tenían forma de subir del tercer puesto. Desde entonces, Adri y yo jugamos sobre todo cuando estamos los dos solos, y eso es precisamente lo que hacemos cada vez que nos

quedamos a dormir el uno en la casa del otro. También solemos ver películas juntos, pero podemos pasarnos horas y horas con la Switch sin darnos ni cuenta.

Estoy a punto de responder cuando suenan unos golpecitos en mi puerta.

—¿Sí?

—Cariño, soy yo —dice mi madre, entrando en la habitación. Sonríe ampliamente al ver a Adri y se acerca para darle un abrazo—. ¿Cómo estás, cielo?

—Bien, todo bien.

—He estado mirando en la cocina, pero no hay gran cosa porque no pensaba ir a la compra hasta mañana. Si queréis os podéis hacer unos sándwiches, o si no, os puedo dejar dinero para pedir unas pizzas. Lo que prefiráis vosotros.

Adri y yo nos miramos durante apenas una fracción de segundo antes de responder.

—Pizza —decimos al unísono.

—Me lo suponía —dice ella con una sonrisa—. Pero mirad alguna oferta, ¿vale? Que están muy caras últimamente.

—Claro —respondo.

—Yo me voy ya, que no quiero llegar tarde al restaurante. Os dejo el dinero en la entrada, ¿vale?

—Vale. —Me acerco a ella para darle un abrazo—. Gracias, mamá.

—De nada, cariño. Portaos bien. Y no peguéis muchos gritos jugando cuando sea tarde.

—No sé de qué me hablas —digo con fingida inocencia, y ella se ríe. Entonces, me da un apretón en el brazo y se marcha de mi habitación—. Bueno… ¿pues qué hacemos? —le pregunto a Adri.

—A ver, lo de la pizza me ha dado hambre, la verdad —admite con una sonrisita, frotándose la tripa. Se saca el móvil del bolsillo para echarle un vistazo—. Ya son más de las ocho. Entre que las pedimos, las traen y todo, que encima es viernes y siempre tardan un huevo, se nos hace la hora de cenar.

Yo también estoy empezando a tener hambre porque se me ha olvidado merendar, así que asiento con la cabeza.

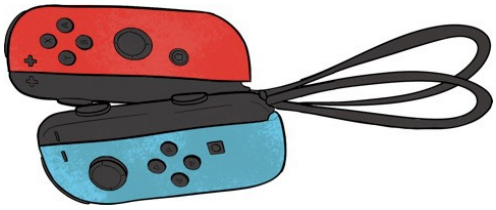
—Vale, pues las vamos pidiendo.

Nos pasamos casi media hora revisando todas las páginas y las aplicaciones de todas las pizzerías cercanas, hasta que al fin encontramos una oferta con palitos de mozzarella incluidos que no es demasiado cara. Después, tardamos un rato más en elegir los ingredientes que queremos cada uno. Hemos hecho bien en empezar con tiempo, porque entre unas cosas y otras, cuando terminamos ya son casi las nueve, y la página avisa de que nuestro pedido tardará unos cincuenta minutos en llegar.

—Pues nada, ahora a esperar —digo—. Podemos ir eligiendo la peli.

—Vale, guay. Pero espera que me cambie, que así estoy muy incómodo.

Y entonces, sin darme tiempo siquiera para reaccionar, comienza a desnudarse frente a mí.



5.

Me quedo paralizado, sin saber cómo reaccionar.

Por supuesto, Adri nunca ha sido pudoroso conmigo; soy yo el que ha cambiado de un tiempo a esta parte. Desde el primer día que tuvimos que ducharnos juntos después de Educación Física cuando comenzamos el instituto hasta esta misma mañana, pasando por todas las veces que hemos ido a la piscina o esas vacaciones que pasamos juntos en la playa, jamás le ha dado vergüenza desnudarse frente a mí. Lo ha hecho muchas veces en esta misma habitación, y también en la suya estando yo presente cuando me quedo a dormir en su casa.

Pero, desde hace tiempo, eso que es tan natural para él ahora tiene un significado diferente para mí. Al principio, me fijaba en su cuerpo por curiosidad; como siempre ha sido mucho más atlético que yo, no podía evitar compararme con él, observar las líneas de sus músculos bien definidos. Sin embargo, la cosa fue cambiando poco a poco, tan despacio que ni me daba cuenta y, cuando al fin fui consciente del cambio, ya era demasiado tarde para dar marcha atrás.

Ahora, la curiosidad que despierta su cuerpo en mí es diferente. No me pregunto cómo será tener su físico, cómo será tener esos músculos que parece desarrollar sin el más mínimo esfuerzo. No; lo que me pregunto es cómo será tocarlos, cómo será acariciar su piel.

Cómo será rozar con los dedos el escaso vello que se adivina sobre su pecho y su vientre, cómo será sentir su cuerpo contra el mío, cómo será la sensación de tener su peso sobre mí. Son unos pensamientos que siempre logran encenderme las mejillas, y hoy no es ninguna excepción.

Por suerte, no se ha dado cuenta, al menos todavía. Acaba de quitarse la camiseta, y justo se está bajando los pantalones cuando me doy la vuelta y camino hacia la ventana que había dejado abierta para ventilar, tratando de disimular.

—Voy a cerrar, que si no se va a quedar la habitación helada para cuando nos vayamos a dormir.

—Va.

Me tomo mi tiempo cerrando la ventana, asegurándome de que el cierre esté bien ajustado, y después bajando la persiana con lentitud. Por el reflejo puedo ver a Adri sacando el pijama de la mochila, así que aguardo hasta que se lo pone para darme la vuelta. Mi maldito corazón ha empezado a latir a toda velocidad otra vez, pero en esta ocasión no puedo respirar hondo para tratar de calmarme.

—Bro —me llama, mirándome con el ceño fruncido—. ¿Estás bien?

La pregunta me deja descolocado. ¿Qué cojones le digo yo ahora?

—Sí. ¿Por?

—No sé. —Se encoge de hombros sin apartar la mirada—. Te veo raro.

—Pues no sé —miento descaradamente—. Serán cosas tuyas.

Él continúa mirándome, y como siga haciéndolo, voy a ponerme más nervioso todavía. Pero, por suerte, vuelve a encogerse de hombros y deja de mirarme al fin.

—Será eso. ¿Vamos a elegir la peli?

—Vale.

Aliviado por haber esquivado la bala, lo sigo en dirección al salón. Una vez allí, nos pasamos otra media hora revisando todas las plataformas que tenemos en busca de algo que nos apetezca ver a los dos. En el momento en que Adri propone ver una de terror,

acepto de inmediato: siempre es una buena excusa para poder pegarme más a él.

Justo estamos a punto de poner la película cuando Vero aparece en el salón.

—Chicos, yo voy a salir. Portaos bien, ¿vale? Y no montéis mucho escándalo jugando hasta las tantas.

—Que sí… —digo, arrastrando las palabras. Quiero mucho a Vero, pero a veces se excede un poco en su papel de hermana mayor.

—Por cierto, a lo mejor mañana viene Fran, que no está muy allá últimamente. Le he dicho que se venga a pasar el puente con nosotros.

—¿En serio? —pregunto, sonriendo ampliamente, y ella asiente con la cabeza—. ¡Qué guay!

Fran es mi primo mayor, pero en realidad, es casi como si fuera mi hermano mayor. Es del lado bueno de la familia, hijo de la hermana de mi madre, y aunque desde que tengo memoria ha estado muy unido a Vero, siempre se ha portado muy bien conmigo. Lo quiero muchísimo, y aunque jamás se lo diría a la cara, también lo idolatro un poco. Es guapo, va a la universidad y ha tenido pareja, todas esas cosas que ahora mismo veo demasiado lejanas.

Pero hay una cosa más. Sé que a Fran le gustan los chicos, y al ser mayor que yo, también tiene mucha más experiencia con estas cosas. Si hay alguien que puede ayudarme con todo lo que me está pasando últimamente, ese es él. Llevo semanas planteándome escribirle para hablar del tema, pero al final siempre acabo acobardándome. Que vaya a pasar el puente con nosotros me ofrece la oportunidad perfecta, sobre todo cuando van a ser unos días complicados lejos de Adri.

Aun así, no se me escapa el detalle que ha mencionado Vero.

—¿Por qué dices que no está muy allá? ¿Qué le pasa?

—Nada, problemas amorosos y tal. Cosas suyas.

Asiento con la cabeza, consciente de que no va a decirme nada más. Vero jamás me contaría nada que le hubiera confiado Fran, así que si quiero saber lo que le pasa, voy a tener que preguntárselo yo personalmente. Otra cosa es que vaya a contármelo, porque tampoco tenemos esa clase de confianza.

Entonces, me despido de mi hermana y voy a la cocina para preparar unas palomitas; algo habrá que comer en lo que llegan las pizzas. Hay una botella de Coca-Cola a medias, de modo que la saco del frigorífico y la llevo al salón con un par de vasos.

—¿Apagamos las luces? —me propone Adri, con una sonrisa diabólica.

Aunque me gustan las películas de terror, por lo general prefiero verlas con un poco de luz ambiental, pero la propuesta de Adri podría suponer tantas cosas que no soy capaz de negarme. El corazón me late con fuerza mientras asiento con la cabeza.

—Vale, pero espérate a que vuelva con las palomitas —respondo, y coloco la Coca-Cola y los vasos sobre la mesa frente al sofá—. Que no quiero matarme.

Él se echa a reír, y el sonido despreocupado hace que brote ese calorcillo en la tripa que suele acompañarme siempre que estoy con él. No sé qué más decir, de modo que doy media vuelta y regreso a la cocina para esperar a que terminen las palomitas.

Dos minutos después, ya estoy otra vez en el salón, con el cuenco de palomitas en la mano y los nervios revoloteando por mi estómago.

—Entonces, ¿apago la luz?

—A ver, si ves que te va a dar miedo, tampoco hace falta —responde con cierto aire burlón.

Me ha calado por completo, aunque jamás lo admitiría delante de él, de modo que resoplo fingiendo una valentía que estoy muy lejos de sentir.

—Ya te gustaría.

Sin dudar, voy directamente hasta el interruptor para apagar las luces. Adri ha dejado la película pausada justo en uno de los primeros fotogramas sombríos de la película, casi completamente negro, de modo que el salón está mucho más oscuro de lo que pensaba. Me acerco al sofá a ciegas, pero calculo mal y me choco contra la mesa.

—Ten cuidado —dice—. Ven.

Entonces, su mano me roza el brazo, buscando la mía, y me hace dar un respingo. Trago saliva mientras se la doy, sintiendo la calidez

de cada uno de sus dedos que se cierran sobre los míos, y me dejo guiar hasta el sofá; juraría que nunca habíamos hecho esto antes. Me acomodo mientras él pone la película y me coloco el cuenco de las palomitas en el regazo. Soy profundamente consciente de la presencia de Adri a mi lado, de la calidez que emana su cuerpo, de su aroma y del sonido de su respiración. El corazón me late tan fuerte que no me extrañaría que fuera capaz de oírlo, así que me dedico a comer palomitas mientras trato de concentrarme en las imágenes de la pantalla, en el pueblo bajo la lluvia y los niños que hacen un barquito de papel.

—Oye, acércate un poco —me pide mientras uno de los niños camina por una casa a oscuras—. Que yo también quiero palomitas.

Podría haberme dicho que dejara el cuenco en medio, pero lo que me ha pedido es que me acerque, de modo que eso es justo lo que hago. Ahora, nuestros brazos y nuestros muslos se rozan, separados solo por el tejido de nuestros respectivos pijamas, y ese familiar calorcillo vuelve a aparecer en mi tripa y no tarda en extenderse hacia arriba y hacia abajo. Cuando mete la mano en el cuenco en busca de un puñado de palomitas, sus dedos rozan los míos, provocándome un escalofrío.

Agradezco estar tan pegado a él, porque el niño está bajando un sótano a oscuras. Por suerte para su corazón y para el mío, no le pasa nada, y no soy capaz de contener un suspiro de alivio que hace reír entre dientes a Adri.

—Cállate.

—No he dicho nada —responde, pero puedo oír la sonrisa en su voz.

Continúo comiendo palomitas, disfrutando del roce de nuestros brazos y nuestras manos, mientras el niño hace navegar el barquito de papel a través de las calles inundadas por la lluvia, hasta que se le cae por una alcantarilla.

Entonces, aparece el puto payaso y me dan siete infartos seguidos.

Casi se me caen las palomitas del susto, y hasta me agarro del brazo de Adri sin darme cuenta. Avergonzado, me apresuro a soltarme.

—Perdón —susurro, con la cara ardiendo.

—Tranqui, bro. Yo también me cagué la primera vez que la vi.

—Espera, ¿entonces la habías visto ya? Eso es trampa.

—Se siente.

Después de la primera escena del payaso asesino hay un rato sin sustos, aunque, por suerte o por desgracia, no dura demasiado. No tardamos en terminamos las palomitas, pero continuamos estando muy pegados. Adri tampoco hace ademán de separarse, y algo me dice que él también tiene un poco de miedo por mucho que esté tratando de hacerse el valiente.

De repente, suena el timbre y nos hace soltar un grito a los dos. Acto seguido, nos miramos y nos echamos a reír, nerviosos. Me gustaría pedirle que viniera a abrir conmigo, pero no quiero que piense que soy un cobarde, así que me levanto solo. Voy encendiendo todas las luces del pasillo al ir a abrir; tengo el miedo metido en el cuerpo. Después, enciendo la lámpara del rincón para que podamos ver mejor mientras cenamos y comenzamos a comer en silencio, sin quitar los ojos de la pantalla.

—Bro —susurra Adri cuando nos terminamos las pizzas—. Apaga la lámpara, ¿no?

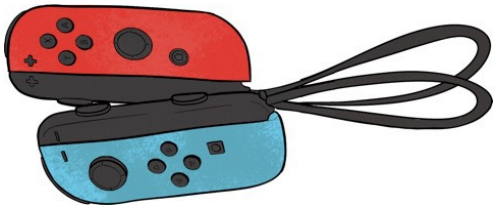
Sigo tratando de hacerme el valiente, así que asiento con la cabeza y me pongo en pie. Tras apagar la lámpara, el salón queda ligeramente iluminado porque ahora los niños de la película se están bañando en el río a la luz del día, así que me apresuro a volver al sofá. Me siento muy pegado a Adri; sé que el momento de calma no durará mucho. Por suerte, a él no parece molestarle.

Como no podría ser de otra manera, pronto vuelven los sustos. Pero, aunque estoy pasando miedo con la película, tengo que reconocer que verla con Adri tiene algo especial. No es como cuando hemos visto películas de miedo con Andrés y Juan, que lo hacemos para reírnos, siempre con las luces encendidas y diciendo gilipolleces todo el rato. Esta vez estamos viéndola como se debería ver una película de terror. Y es evidente que tiene sus alicientes.

Durante lo que queda de película, me agarro un par de veces más a su brazo cuando me sobresalto, y hasta Adri lo hace también en una ocasión. Él no me suelta como había estado haciendo yo,

sino que deja la mano sobre mi brazo, como si fuera lo más normal del mundo. En el siguiente susto, me aprovecho de la situación y coloco mi mano sobre la suya. Es suave y cálida, ligeramente más grande que la mía. Al principio, pienso que tal vez le ha molestado. Pero, entonces, separa los dedos entre ellos, dándome espacio para entrelazarlos con los míos. El corazón me late tan fuerte que retumba en mis oídos, y no es solo por el miedo que estoy pasando con la película.

Nunca me habría imaginado que pensaría esto, pero me quedaría viendo cine de terror con él para siempre.



6.

Por suerte o por desgracia, la película no tarda en terminar.

Nos hemos quedado con las manos unidas, pero ahora que el payaso de los cojones ya no está presente me parece un poco raro seguir haciéndolo y me da miedo que Adri se sienta incómodo, así que aparto la mía. Unos segundos después, él aparta la suya de mi brazo.

—Bro —me llama, y su voz suave es como una caricia.

—¿Sí?

—¿Te ha gustado?

—Bueno, no ha estado mal.

—El próximo día podríamos ver la siguiente.

—¿Cómo que la siguiente?

—Sí, es que son dos. Por eso hacen una promesa al final.

—No me jodas, ¿en serio voy a tener que ver otra película con el puto payaso?

Él se echa a reír.

—A ver, que si no quieres, no pasa nada.

Pero no verla significaría privarme de la oportunidad de ver otra película bien pegado a él y de agarrarme a su brazo de vez en cuando, así que no me va a quedar otra que aguantar al payaso de los cojones.

—No, no. Ahora quiero saber cómo acaba todo.

Adri vuelve a reír, encendiendo de nuevo ese cosquilleo agradable en mi tripa. Sus ojos grises brillan en la penumbra.

—Pues podemos verla a la próxima.

—Me parece guay.

Entonces, suelto un prolongado bostezo sin poder evitarlo.

—¿Quieres que nos vayamos a dormir? —me pregunta.

—¿Justo después de ver la peli? Los cojones, paso de soñar con el puto payaso. —Él se ríe—. Mejor si echamos unas carreras o algo primero.

—Venga, va.

Le paso los mandos de la Switch y me levanto para encender la lámpara (menos mal) mientras él prepara el juego. Entonces, elegimos a nuestros personajes habituales, él a Link y yo a Yoshi, y comenzamos la carrera.

Como no podría ser de otra manera, Adri me gana en el primer circuito, aunque por los pelos. En el segundo, un caparazón azul lo golpea justo antes de que cruce la línea de meta, lo que hace que yo me quede en el primer puesto, y él, en el cuarto. En el tercer circuito vuelve a quedar en el primer puesto. Pero, ahora, un nuevo caparazón azul lo ha golpeado cuando vamos por la tercera vuelta y me ha permitido tomar la delantera. Gracias a su cuarto puesto en la segunda carrera, su puntuación es más baja de lo habitual. Contra todo pronóstico, parece que estoy a punto de ganarle.

Adri es muy bueno jugando al *Mario Kart*. Demasiado bueno. Pero yo estaba harto de que siempre me ganara, así que últimamente he estado jugando por mi cuenta en cada momento libre que tengo. Y sí, puede que solo esté oliendo la victoria gracias a esos dos caparazones azules, pero no habría logrado estar tan cerca si no hubiera mejorado mucho durante estas últimas semanas.

Doblo una curva y la línea de meta aparece frente a mí, a lo lejos pero a mi alcance. Ya nada puede pararme.

Voy a ganar la carrera.

Le echo un vistazo de reojo a Adri y me parece ver una sonrisita en su cara, pero me apresuro a volver a mirar mi pantalla para no

perder la concentración. La línea de meta se encuentra cada vez más cerca.

—¡Voy a ganar! —digo sin poder evitarlo, emocionado.

—¿Tú crees?

Entonces, todo ocurre muy rápido. De la nada, un caparazón rojo me golpea desde atrás, lo que hace que Yoshi se ponga a dar vueltas sobre su kart. Apenas un segundo más tarde, la moto hyliana del Link que controla Adri pasa zumbando junto a mí gracias a un champiñón y atraviesa la línea de meta. Trato de recuperarme para quedar al menos en el segundo puesto, pero Canela y Shy Guy se me adelantan antes de que pueda conseguirlo.

Patético.

Cuando aparece la pantalla de la clasificación final de la copa, se confirma mi temor: Adri ha quedado en el primer puesto, y yo, en el segundo. Como siempre.

—Se siente, bro —dice con una sonrisita de suficiencia mientras yo lo miro con el ceño fruncido.

—No es justo —replico, dándole un manotazo en el brazo—. Seguro que es cosa del Joy-Con, el mío tiene que estar mal o algo. Por eso siempre quieres el azul. Es imposible que ganes tú siempre.

Me giro hacia él en el sofá y trato de alcanzar el mando, pero él se inclina hacia el respaldo para alejarse de mí, entre risas.

—O a lo mejor es que soy buenísimo.

—Los cojones.

Me estiro para tratar de coger el Joy-Con, pero él lo levanta todavía más.

—Venga, cógelo si puedes.

—¡Dámelo!

Él me planta una mano en el pecho para mantenerme alejado. Trato de quitármela de encima, pero es más fuerte que yo y logra mantenerse firme.

Encima, el muy cabrón no deja de reír. Aunque lo peor de todo es que yo también lo estoy haciendo; por mucho que odie admitirlo, me lo estoy pasando bien.

Picado, sujeto su brazo con ambas manos y consigo quitármelo de encima. Con la rodilla izquierda sobre el sofá, planto el pie

derecho en el suelo para elevarme un poco y alcanzar el mando de una vez, pero Adri levanta los brazos y sigue manteniéndolo fuera de mi alcance. De repente, pierdo el equilibrio y caigo hacia él. Mi pierna derecha acaba justo entre las dos de Adri, y mi mano izquierda, justo sobre su muslo. Los dos dejamos de reír al instante mientras nos miramos a los ojos.

—¿Tan desesperado estás por ganarme? —dice en voz baja, todavía sonriendo. Su boca está tan cerca de la mía que puedo sentir su respiración contra mis labios mientras habla.

—Más bien estoy desesperado porque dejes de chulearte.

Estiro el brazo libre para tratar de alcanzar el Joy-Con una vez más, pero Adri me sujeta la muñeca antes de que pueda hacerlo. Lentamente, me hace bajar la mano hasta colocarla sobre su otro muslo, como si no hubiera más lugares posibles. Entonces, cierra ambas manos sobre mis muñecas.

—Atrapado —susurra con esa sonrisa que tanto adoro y que tanto odio ahora mismo.

Es como si el tiempo se detuviera a nuestro alrededor. Los dos tenemos la respiración acelerada, y es como si hubiera algo en el ambiente, una tensión casi tangible que amenaza con explotar de un momento a otro. Sus manos son cálidas alrededor de mis muñecas, y el contacto hace que surjan unas oleadas de fuego que se extienden por mis brazos y recorren el resto de mi cuerpo, hasta acabar en una parte de mi anatomía muy poco apropiada ahora que estoy prácticamente sentado sobre él.

Trago saliva. Podría apartarme, pero no lo hago. Y él tampoco me suelta.

—¿Te rindes? —me pregunta sin dejar de sonreír. Tiene la boca tan cerca de la mía que siento cosquillas en los labios cuando habla. Podría inclinarme hacia él, cruzar esa distancia, pero sé que jamás sería capaz de hacerlo.

Forcejeo un poco, pero lo único que consigo con eso es masajear sus muslos, y eso es peor.

—Te odio.

—Qué va. Me adoras.

¿Y cómo voy a negarlo?

De nuevo, nos quedamos en silencio, los dos mirándonos sin apartar la vista, como atrapados en un punto muerto. Es como si ninguno de los dos supiéramos qué hacer; como si no supiéramos qué paso dar a continuación. Como si ninguno de los dos quisiera romper el momento.

Pero el tiempo pasa, la postura es incómoda y pronto se me empiezan a agarrotar los músculos, así que no creo que vaya a aguantar mucho más.

—Oye, bro —dice como si estuviera leyéndome la mente, a solo unos centímetros de mis labios, y el corazón se me detiene al instante.

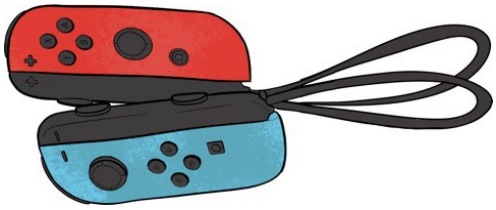
—Dime —acierto a susurrar.

—Deberíamos irnos a dormir, que ya es mazo de tarde. Tengo que levantarme en menos de cinco horas.

Entonces, me libera las muñecas y yo trago saliva mientras levanto las manos de sus muslos.

Al fin, me levanto de encima de él, con el corazón acelerado. Adri me tiende una mano, y al principio no entiendo por qué, pero entonces le acerco la mía para ayudarlo a levantarse. Con una sonrisita, me pone el Joy-Con en la mano. Me da la impresión de que sigue rozándomelas un poco más de la cuenta antes de soltármelas. Todavía está muy cerca, demasiado cerca.

Pero, al mismo tiempo, también está tan lejos que duele.



1.

Dormir con Adri siempre tiene una parte agridulce. Lo que hacemos esos días antes de irnos a la cama siempre suele ser una variación de lo que hemos hecho hoy: jugar al *Mario Kart*, ver alguna película. A veces cenamos pizza, o a veces es comida preparada por sus padres o por mi madre. En ocasiones es una película, y en otras, alguna serie. No necesito más, la verdad; con estar con él, siempre es suficiente.

Aunque nunca había sentido la tensión que he sentido hoy, tal vez porque es la primera vez en mucho tiempo que estamos solos por completo en casa. Y, sinceramente, todavía no sé ni cómo explicar lo que ha pasado hoy entre nosotros, esos roces, esos momentos de cercanía.

Pero, inevitablemente, siempre llega el momento de irnos a dormir. Y, aunque ese es precisamente mi momento favorito de la noche, también es el momento que me hace sentir cierta angustia en el estómago, porque indica que esto está a punto de acabarse. Cuando nos despertamos unas horas más tarde (sería absurdo decir al día siguiente), o bien uno de los dos se marcha a su casa, o bien pasamos la mañana juntos, pero ya no es lo mismo. Normalmente no podemos disfrutar de la misma soledad, de la misma complicidad que nos proporciona la noche.

Hoy no es una excepción, sobre todo cuando sé que voy a pasarme casi una semana sin verlo cuando se vaya, y esa sensación agridulce tan habitual me invade por completo mientras salimos del salón. Pero, al menos, voy a tratar de disfrutar del momento.

Nos turnamos para ir al baño, lavarnos los dientes y esas cosas, y después nos vamos a mi habitación y cerramos la puerta. Este es siempre el momento más íntimo, cuando mi corazón se desboca y todo parece posible, y mi mente divaga con toda clase de situaciones que jamás ocurrirán.

Siempre me siento muy relajado cuando dormimos juntos. O sea, no juntos, juntos. Hoy yo duermo en mi cama, y él, en una supletoria. Obviamente. Pero entre una y otra apenas hay unos centímetros de distancia, así que puedo oír el sonido de su respiración. Él siempre se queda dormido primero, y la verdad es que a veces ronca un poco, pero no me importa. Al contrario, ese sonido es lo que siempre termina de amodorrarme hasta que no tardo en dormirme yo también. Por muy tarde que nos acostemos, nunca duermo tan bien como cuando estoy con él.

Acabamos de meternos en la cama. Cada uno en la nuestra, claro. Me tumbo sobre el costado izquierdo y de espaldas a la pared, justo mirando hacia Adri mientras abrazo mi almohada. Él se ha colocado hacia el lado contrario, mirándome a mí, así que puedo ver el débil reflejo de la escasa luz ambiental en sus ojos mientras se acomoda.

—Buenas noches, bro —dice en voz baja.

Por lo general, solemos hablar un rato antes de dormir, en ocasiones durante horas. Recuerdo que una vez no nos fuimos a dormir de verdad hasta que las primeras luces del amanecer comenzaron a colarse por las rendijas de la persiana; fue una de las mejores noches de mi vida. Pero él tiene que madrugar, y ya es tarde como para encima ponernos a charlar. No quiero que se pase todo el día cayéndose de sueño por mi culpa, de modo que me trago las ganas y decido no insistir.

—Buenas noches.

Entonces, cierro los ojos y me preparo para relajarme. Aunque hoy no pueda hablar con él como me gustaría, sonrío al recordar

todos esos momentos de complicidad nocturna que hemos compartido durante los últimos años y que se han vuelto más numerosos de un tiempo a esta parte. Muchas veces las conversaciones son sobre cosas que nos gustan pero sin demasiada importancia, como películas o videojuegos, o bien sobre temas más mundanos, como el instituto y nuestros amigos.

Pero, en ciertas ocasiones, nuestras charlas se vuelven más profundas, más intensas, y es en esos momentos cuando nos hacemos confidencias que jamás nos haríamos a la luz del día. Fue en uno de esos momentos cuando le confesé que no quiero a mi padre, que pocas cosas me harían más feliz que si mi madre se separara de él. Fue en uno de esos momentos cuando él me contó que nunca había tenido demasiados amigos, que los demás siempre se habían acercado a él por interés. Que empezar en mi instituto era una forma de hacer borrón y cuenta nueva, y que se alegraba de haberme conocido. Todavía recuerdo las cosquillas en el estómago que sentí ese día.

En otra ocasión, le dije que a veces me imaginaba lo que pasaría si huía sin avisar, solo para ver si alguien me echaba de menos de verdad, y Adri me dijo que él lo haría. Después, él me confesó que no soportaba la presión de ser «el bueno» de su familia, el único de sus hermanos que había sido medianamente buen estudiante, porque los demás no podían ver lo cansado que estaba por dentro.

Es en esos momentos cuando creo que todo es posible entre nosotros, aunque, por supuesto, al final nunca pasa nada.

—Oye, bro —me llama de pronto, sacándome de mis pensamientos, y el sonido de su voz susurrada en la oscuridad me produce un hormigueo en la piel, como si fuera una caricia.

—¿Qué pasa?

Abro los ojos y, en la penumbra, puedo ver los suyos mirándome.

—Te quería preguntar una cosa.

—Dime.

Él no contesta de inmediato; es como si estuviera buscando las palabras apropiadas.

—¿A ti te gusta alguien? —pregunta al fin, en voz tan baja que me cuesta oírla.

El corazón me da un vuelco. ¿A qué viene eso? ¿Por qué justo ahora? ¿Y qué voy a responderle?

—No —digo sin perder más tiempo, para no levantar sospechas —. ¿Por?

—Ah, vale.

¿Parece decepcionado o no es más que mi imaginación?

—¿Por qué lo dices?

—Nada, por saber.

—¿Y a ti? —inquiero; es más que evidente que me lo está preguntando por algo.

De nuevo, tarda un momento en responder.

—No lo sé. Creo que no. Pero hay una persona que a veces… No sé, es raro.

De nuevo, el corazón me da un vuelco, aunque esta vez con cierto temor.

—¿La conozco?

—No lo sé —responde, aunque no parece estar diciéndome toda la verdad—. Diría que no.

—¿Quién es?

—Da igual, si tampoco es nada importante. Ya es tarde, deberíamos dormir.

Quiero insistir, pero, al mismo tiempo, no estoy seguro de si debería hacerlo. Comienzo a notar una sensación molesta en el estómago muy diferente al cosquilleo cálido habitual y, por alguna razón, también siento un escozor extraño en los ojos. La alegría que siempre siento cuando dormimos juntos se ha desvanecido un poco.

—Vale. Buenas noches.

—Buenas noches, bro.

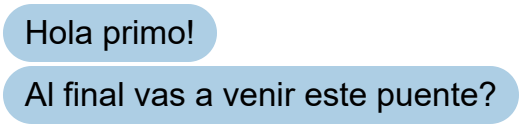
Aunque al principio odiaba que lo hiciera y hasta me enfadaba con él, últimamente he empezado a sonreír cada vez que me llama «bro», aunque siempre trato de ocultarlo.

Sin embargo, ahora me siento intranquilo. A Adri le gusta alguien, o eso cree, pero no quiere decirme de quién se trata. Por supuesto, no puedo echárselo en cara, sobre todo porque yo

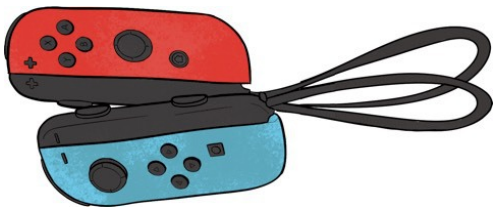
tampoco he sido del todo sincero con él. Vale, puede que no tenga claro que sí que me guste alguien, porque todavía sigo hecho un lío. Pero tampoco tengo claro que no me guste nadie, así que me encuentro en una especie de limbo, sin saber qué es exactamente lo que siento. ¿Es solo amistad, una muy fuerte, pero amistad al fin al cabo? ¿O se trata de algo más?

El problema es que él es precisamente la última persona a la que podría contárselo.

De pronto, una bombilla se enciende en mi cabeza. Recuerdo a Vero contándome que mañana vendrá Fran a pasar unos días en casa… Fran, mi primo mayor, que es gay. Si hay alguien que puede ayudarme, ese es él. Y, aunque llevo un tiempo queriendo sacarle el tema y nunca me he atrevido a hacerlo, que vaya a estar aquí durante el puente me ofrecerá la oportunidad perfecta. Saco el móvil para mandarle unos mensajes rápidos; aunque ya es tarde, supongo que me contestará por la mañana.



Después, dejo el teléfono sobre la mesita de noche y me abrazo bien a la almohada. Adri no ha comenzado a roncar todavía, pero su respiración profunda invade la habitación de forma agradable, como si fuera el ruido de las olas rompiendo en la playa. Cierro los ojos, concentrándome en el sonido y en su cercanía, y muy pronto el sueño comienza a apoderarse de mí.



8.

APENAS ACABO DE CERRAR LOS OJOS, O ESA ES LA SENSACIÓN QUE TENGO, cuando noto una mano zarandeándome el brazo con suavidad para despertarme. Trato de aferrarme al sueño; estoy demasiado cansado. Sin embargo, la mano sigue insistiendo.

—Víctor… —susurra alguien desde un lugar muy lejano—. Vic, tengo que irme ya.

Reconozco la voz como la de Adri, y eso es lo que termina de despertarme. Me doy cuenta de que está sentado en el borde de mi cama, con la mano sobre mi brazo.

—¿Qué pasa? —pregunto, frotándome los ojos. Suelto un prolongado bostezo sin poder evitarlo, y a él se le contagia. Los dos nos reímos.

—Tengo que irme ya —repite, y esta vez logro comprender el significado de sus palabras—. Mis padres pasarán a recogerme dentro de cinco minutos.

Le echo un vistazo bajo la escasa luz que se cuela entre las rendijas de la persiana y me percato de que ya está vestido y todo; ni siquiera me había dado cuenta de que se hubiera levantado. Me invade la vergüenza al darme cuenta de que me habrá estado viendo mientras dormía a pierna suelta, pero en fin, tampoco es como si fuera la primera vez.

—Jo… Pues qué mal.

Es lo único que se me ocurre decir.

—Ya ves… con lo a gustito que estaba en la cama.

—¿Quieres que baje contigo a esperar?

—No, tú tranqui, bro. Hará mucho frío fuera y te vas a desvelar, mejor quédate aquí.

La perspectiva no es muy agradable que digamos, pero estaría dispuesto a sufrirlo con tal de pasar unos cuantos minutos más con él.

—¿Seguro? A mí no me importa.

—Seguro —insiste con una leve sonrisa—. Quédate y duérmete, anda. Ya hablamos cuando te despiertes.

—Bueno… como quieras.

—No te preocupes, en serio. Pero me voy ya, ¿vale?

—Vale.

Entonces, todavía sentado en mi cama, se inclina hacia mí. Se me detiene el corazón un instante al pensar que va a besarme, pero lo que hace es abrazarme. Y, aunque un abrazo no sea lo mismo que un beso, también es especial. Sobre todo teniendo en cuenta que, a pesar de que hemos empezado a abrazarnos recientemente, esta es la primera vez que lo hacemos en la cama. Inhalo profundamente su aroma; sé que voy a pasar demasiados días sin él.

Me da un apretón en el brazo y, al fin, se pone en pie. Me mira con una sonrisa antes de dirigirse hacia la puerta.

—Bueno, bro. Nos vemos a la vuelta.

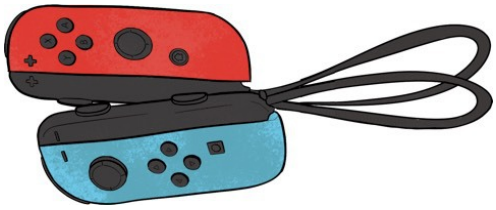
—Adiós. Pásalo bien.

—Gracias.

Lo observo mientras abre la puerta y sale al exterior. Aguzo el oído, pero no oigo sus pasos por el pasillo; es evidente que está tratando de no hacer ruidos que puedan despertar a mi madre o a mi hermana. Lo que sí oigo es el levísimo sonido de la puerta de la entrada cerrándose. De inmediato, una sensación de pérdida me invade por completo. Me entran ganas de llorar, como si fuera a irse durante meses y no solo una semana, como si no fuéramos a estar juntos otra vez el viernes que viene. ¿Qué cojones me está pasando?

En estos minutos, mis ojos se han acostumbrado un poco más a la escasa claridad, y me quedo mirando la cama supletoria a solo medio metro de la mía, las sábanas arrugadas donde ha estado durmiendo. Y entonces, sin pensarlo siquiera, me bajo de mi cama y me meto en la suya. Las sábanas todavía están cálidas por su calor corporal; debe de haberse preparado para marcharse en tiempo récord. Me tapo hasta arriba para mantener el frío a raya, y entonces me abrazo a la almohada, la misma que ha utilizado Adri para dormir. Apenas la ha usado durante unas pocas horas, pero logro captar un ligero atisbo de su olor.

Y así, envuelto en su calor corporal y respirando su aroma mientras recuerdo su abrazo y trato de proyectar mentalmente la calidez de sus brazos en la almohada, dejo que el sueño me invada por segunda vez.



9.

Cuando vuelvo a despertar, ya es tarde y estoy cansado después de una noche de haber dormido mucho menos de lo habitual, pero entonces miro el móvil y sonrío al ver que tengo una ristra interminable de mensajes de Adri que se extienden a lo largo de toda la mañana. Una parte de mí se temía que fuera a estar raro conmigo después de los momentos extraños de anoche, pero no parece que sea el caso.

7:59

Joder, no sabes el frío q hace aquí abajo

Con lo bien q se estaba en la cama

Seguro q ya estás dormidísimo otra vez, q envidia

8:10

Pues de momento llegan 10 minutos tarde 😡

Podría haberme quedado 10 minutos más en la cama, me mato

8:12

Ya estoy en el coche

Resulta q han ido primero a recoger a mi hermano y a su novia 🙄

Voy a ver si consigo dormir un rato

8:57

Spoiler… ni de coña

No son ni las 9 y estoy q me caigo, ya verás q mierda d día

9:41

Hemos parado a desayunar y no tenían churros… para esto me qdaba en casa 😭

10:05

Bueno pues ya estamos a medio camino

Voy a intentar dormir un rato otra vez, a ver si ahora

10:55

Creo q he conseguido dormir como media hora, algo es algo

11:19

Ya falta menos, yo creo que antes de las 12 llegamos

A ver si m dejan dormir un rato aunque sea, q si no no aguanto hasta la noche ni de coña

11:53

Hemos llegado! Mi madre está aparcando ahora mismo

Me dejan dormir hasta las 2 que saldremos a comer, menos mal!

Y tu durmiendo desde hace horas, q envidia… ojalá me hubiera quedado contigo 😢

Como no podría ser de otra manera, el último mensaje me hace sentir ese familiar cosquilleo en la tripa que ya parece sinónimo con las conversaciones con Adri. Vale, sí, lo dice porque preferiría haberse quedado durmiendo hasta tarde y después echar unas carreras conmigo… pero ese «ojalá estar contigo» me afecta mucho más de lo que me gustaría admitir. Su último mensaje es de hace apenas unos minutos, así que le escribo para ver si sigue despierto.

Pasan un par de minutos sin que me responda y ni siquiera aparece en línea, de modo que entro en TikTok para matar el rato y darle un poco de tiempo. Me da demasiada pereza salir de la cama, sobre todo cuando se trata de la misma cama donde ha estado durmiendo Adri, aunque solo fueran unas pocas horas.

Cuando quiero darme cuenta, ya ha pasado más de media hora y todavía no he recibido ninguna respuesta, así que me obligo a levantarme para irme a la ducha. Pongo el agua muy caliente y dejo que el chorro a presión me alivie la tensión del cuello y los hombros.

Al salir de la ducha, la pantalla de mi móvil me indica que he recibido un par de mensajes más, y entonces me doy cuenta de que lo que me ha dicho Adri antes de irse a dormir no es la única razón que tengo para sonreír: mi primo Fran me ha contestado.

En principio sí!

Tengo que hablar con mi madre y tal, pero no creo que haya problema

Teniendo en cuenta que ayer mismo no podía tener menos ganas de puente sabiendo que iba a quedarme aquí solo, ahora la situación ha cambiado por completo. Van a ser muchos días y mi padre se ha ido al pueblo a ver a mis abuelos, lo cual es bueno, pero tampoco había nada que me hiciera especial ilusión estos días, más allá de aprovechar el tiempo libre para tratar de pasarme un par de videojuegos. Pero ahora resulta que va a venir Fran, así que lo que iba a ser un puente larguísimo y aburrido podría convertirse en unas minivacaciones mucho mejores de lo que esperaba. Su mensaje es de hace apenas un par de minutos, así que me apresuro a responder.

Qué guay!

Jajajaja

Tienes ganas de verme o qué?

Pues si jajaj

Y yo a ti, enano



Siempre me hace ilusión ver a Fran, pero ahora hay una razón más, y es que necesito hablar con él. Jamás podría abrirme con Vero, Andrés o Juan sobre lo que me está pasando con Adri, pero sí con mi primo; sé que lo más probable es que él me comprenda mejor que nadie. Y sí, puede que me dé mucha vergüenza hacerlo, pero también sé que Fran podrá ayudarme, y tal vez hasta pueda darme algún consejo. Que venga a pasar el puente con nosotros es la oportunidad perfecta para mantener esa conversación, aunque primero tengo que reunir el valor. Por suerte, voy a tener unos cuantos días para tratar de hacerlo.

Cuando salgo del baño, estoy muerto de hambre, así que voy a la cocina para prepararme unos cereales rápidos. Voy por el segundo cuenco cuando entra Vero y se me queda mirando, levantando los ojos.

—Son más de las doce.

—¿Y qué?

—¿Qué haces desayunando tan tarde? Sabes que comeremos dentro de un par de horas.

—¿Y qué? —repito, encogiéndome de hombros—. Tenía hambre.

Ella pone los ojos en blanco, aunque está sonriendo.

—Eres un pozo sin fondo —dice entre risas; su frase habitual.

—Como si no lo supieras ya.

—Vale, pero más te vale darte prisa y que mamá no te vea.

—Tranqui, que ya acabo.

Me da la impresión de que me mira más de la cuenta mientras se toma un vaso de agua y yo me acabo los cereales, pero trato de no darle importancia; Vero a veces es así de rara. Cuando termino de comer un par de minutos más tarde, meto las cosas del desayuno en el lavavajillas y vuelvo a mi habitación.

Todavía están las dos camas deshechas, así que hago lo que suelo hacer desde hace unos meses cada vez que Adri se queda a dormir en casa. Primero, saco mis sábanas, incluida la funda de la

almohada, y lo llevo todo al cesto de la ropa sucia. Después, quito las sábanas con las que ha dormido Adri y las coloco en mi propia cama. En otras ocasiones, cuando duerme más horas, toda la cama se queda impregnada de su aroma, de modo que cuando me voy a dormir por la noche puedo abrazarme a la almohada e imaginarme que lo estoy abrazando a él. Esta vez no he tenido tanta suerte, pero tendrá que valer.

Como sé que Adri no se despertará a las dos y tampoco tengo nada mejor que hacer, aprovecho el rato que queda hasta la hora de la comida haciendo deberes y estudiando un poco. A fin de cuentas, si Fran se va a pasar unos días aquí, prefiero quitarme cosas de encima para estar más libre después.

Son las dos en punto cuando recibo unos mensajes de Adri.

Buenas!

Joder, q bien he dormido

Encima tenían la calefacción a tope, así q me he quedado en gayumbos, me he metido en la cama y creo q me he dormido como en 10 segundos 😂

Un calorcillo brota en mis mejillas ante esa imagen; una que conozco demasiado bien. Tanto él como yo solemos dormir en ropa interior cuando hace calor, y hasta hace unos meses, eso jamás había supuesto ningún problema para mí. Pero todo comenzó a cambiar durante el verano, cuando me di cuenta de que estaba empezando a verlo de una forma diferente.

Su cuerpo siempre me había llamado la atención por su tendencia natural a la definición sin grandes esfuerzos por su parte, pero ahora había algo distinto. Me llamaba la atención de una forma nueva, me hacía sentir algo que no había sentido antes. Durante esas noches de verano que pasábamos juntos, acalorados y sudorosos bajo el ventilador del techo, llegué a pensar que no iba a ser capaz de aguantar sin hacer alguna locura que muy probablemente se cargara nuestra amistad para siempre.

Pero al final logré hacerlo y, cuando llegó el otoño y las temperaturas bajaron, Adri comenzó a utilizar más ropa y esas

noches de tentación prácticamente semanales comenzaron a hacérseme más fáciles. Ahora, la mayoría de momentos difíciles tienen lugar durante el rato de las duchas después de Educación Física, pero, por suerte o por desgracia, hay demasiada gente como para hacer las locuras que se me pasaban por la cabeza durante esas bochornosas noches de verano.

Aunque de vez en cuando acaba habiendo algún momento como el de anoche antes de irnos a dormir, y esos son precisamente los que me matan.

Al volver al presente y echar un vistazo al móvil, veo que me ha escrito otro mensaje.

Tú cómo estás? Q tal el día?

Suelto un suspiro y le cuento lo que he estado haciendo desde que me levanté, que no es demasiado, aunque omito convenientemente la parte de las sábanas. Me lo pienso durante unos segundos antes de enviar el último mensaje que he escrito, pero entonces respiro hondo y toco el botón.

Estaba mucho mejor ayer contigo, la verdad

Ya ves bro

Ojalá estar contigo para pasarnos todo el día viciando a la Switch 😢

De pronto, suenan unos golpes en la puerta.

—Enano, ya va a estar la comida —me avisa mi hermana—. Ven a poner la mesa.

—¡Voy!

Me apresuro a despedirme de Adri antes de ir a la cocina. En realidad, supongo que no pasaría nada si me escribo un poco con él mientras comemos, pero mi padre está tan obsesionado con que mi hermana y yo no utilicemos el móvil cuando estamos en la mesa que ya es algo automático. Eso sí, cuando hay partido o cualquier otra de sus mierdas siempre está más pendiente del móvil o de la tele que de la comida, pero claro, él sí que lo tiene permitido.

—Ya me ha dicho Fran que al final sí que se viene —comento después de poner la mesa, mientras nos sentamos a comer.

—¡Sí! —contesta mi madre, entusiasmada—. Después de comer llamaré a vuestra tía, para ver cómo nos organizamos.

—Vale, guay.

—Acuérdate de recoger tu habitación, ¿eh? —le advierte a Vero mientras sirve la tortilla de patatas—. Que no se la encuentre hecha un desastre.

Ella pone los ojos en blanco.

—Mamá, que es Fran. Hay confianza.

—Me da igual. No puedes tenerlo todo hecho un asco.

—Yo nunca tengo mi cuarto hecho un asco —replica Vero.

—Bueno, lo que tú digas. Pero recógelo.

Suelto una risita entre dientes mientras las escucho sin participar en la discusión, pero entonces me pongo serio. Mientras comienzo a comer, me doy cuenta de algo: como ocurre siempre que no está mi padre, Fran va a dormir con Vero, no conmigo. Y, teniendo en cuenta que lo más probable es que se pasen el resto del tiempo juntos, creo que buscar un momento para hablar con él a solas va a ser mucho más complicado de lo que pensaba.

—Enano, ¿estás bien? —me pregunta Vero de repente, sobresaltándome.

—¿Eh? Sí, ¿por?

—No sé, te has quedado muy serio de repente.

—Nada, me he empanado pensando una cosa. Mierdas mías.

Después de comer quiero seguir estudiando, pero no tardo en darme cuenta de que no voy a ser capaz de concentrarme. Así pues, me meto en la cama, me arropo a gustito entre las sábanas que ha utilizado Adri, y me paso la tarde con el móvil, perdiendo el tiempo entre mensajes, tiktoks y redes sociales. De vez en cuando hablo con él, que me va contando lo que está haciendo cada poco rato, como si tuviera tantas ganas de hablar conmigo como yo. También hablamos un poco con Andrés y Juan en el grupo que compartimos los cuatro. Admito que no es la forma más productiva de pasar el primer día del puente, pero así al menos no tengo que echarlo de menos.

Un par de horas más tarde, me voy al salón para echar unas carreras al *Mario Kart* aprovechando que no está mi padre para acaparar la tele, pero la dejo a medias después de ganar las dos primeras vueltas sin despeinarme: no es lo mismo sin Adri.

Estoy tirado en el sofá, otra vez con el móvil en la mano, cuando mi madre se asoma al salón.

—Cariño, he estado hablando con tu tía. Les he dicho que se vengan todos a cenar, ¿vale? Así conocemos mejor a su nueva familia.

—Ah, vale. Pero Fran se queda estos días igualmente, ¿no?

—Sí, tranquilo. Pero hazme el favor y recoge todo esto un poco, ¿vale? Voy a preparar cena mexicana y es mucho trabajo.

—Vale, mamá. Ahora voy.

Ella me dirige una sonrisa de agradecimiento antes de marcharse; me doy cuenta de que sus ojos parecen un poco menos tristes ante la perspectiva de esta noche.

—Gracias, cariño.

Cuando se va, hago una mueca; si ya iba a ser difícil sacar un momento para hablar con Fran a solas, va a ser peor con toda su familia por aquí. Pero bueno, ya iba a ser complicado que pudiéramos hablar hoy de todos modos, y si va a quedarse todo el puente con nosotros, supongo que ya encontraré la oportunidad en algún momento.

Con un suspiro, me levanto del sofá, aliso la funda y coloco bien los cojines. Después, me pongo a limpiar el polvo y barrer el salón, aunque tardo mucho más de lo necesario porque no dejo de parar cada pocos segundos para responder a los mensajes de Adri. Cuando termino, me voy al cuarto de baño para darme una ducha larga y caliente; aunque ya me he dado una esta mañana, vuelvo a necesitar otra.

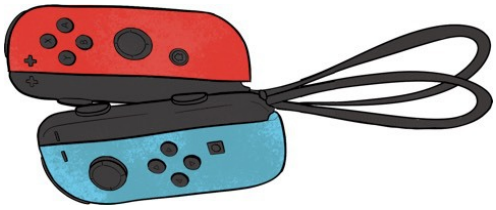
Media hora más tarde, me asomo a la cocina, donde mi hermana y mi madre ya están empezando con los preparativos para la comida.

—¿Ayudo en algo? —pregunto.

—Pues mira, ve poniendo la mesa —me pide mi madre—. Así ya estará todo listo cuando lleguen.

Y eso es lo que hago. A continuación, para no descolocar nada en el salón, vuelvo a mi habitación y me tiro en la cama para seguir hablando con Adri.

Ya que no puedo estar físicamente cerca de él, tampoco se me ocurre una forma mejor de pasar la tarde.



10.

Cuando quiero darme cuenta, ya son las nueve de la noche y está sonando el timbre.

—¡Voy yo! —dice Vero, así que me apresuro a despedirme de Adri y me quito el chándal que uso para estar por casa para ponerme ropa un poco más decente mientras los invitados suben en el ascensor. Estoy contento; después de tener que aguantar a mi padre casi todos los días, me hace feliz que en su lugar vaya a poder estar con mi tía y mi primo. Bueno, y con el resto de su familia, claro. Aunque a ellos todavía no los conozco demasiado, así que no puedo evitar sentirme un poco nervioso.

—¿Se puede? —grita la voz de Fran a lo lejos mientras salgo de mi habitación.

—¡Pasa, cariño! —contesta mi madre desde la cocina—. Estoy terminando de preparar la cena.

Doblo la esquina del pasillo y sonrío al ver a mi primo.

—¡Hola! —lo saludo alegremente, y él abre los brazos.

—Ven aquí, enano. —Me acerco para darle un abrazo, pero, antes de que pueda hacerlo, Fran se queda quieto un segundo, mirándome de arriba abajo—. ¿Se puede saber qué te están dando de comer? Antes no eras tan alto.

Me río al oírlo.

—Ya no soy tan enano, ¿eh?

—Siempre serás mi enano —replica, revolviéndome el pelo. De pequeño odiaba que lo hiciera, pero ahora me encanta, aunque jamás lo admitiría.

Fran se acerca a la cocina para saludar a mi madre mientras yo voy hacia la puerta.

—¡Víctor! ¿Estás más alto o es cosa mía? ¡Pero si no han pasado ni dos meses!

Es Belén, mi tía favorita, y la única que me cae bien. Todas las demás son por parte de padre, y no hay nadie de ese lado de la familia que me guste. Ella, por el contrario, es maravillosa y muy cariñosa. Se parece mucho a mi madre, con la cara muy parecida, los mismos ojos castaños y el mismo pelo rubio, aunque mi madre suele llevarlo más descuidado. Tal como hace siempre, se acerca para darme un abrazo y unos besos.

Detrás de ella se encuentra Antonio, su nuevo marido, con quien se casó hará cosa de un mes y medio. Junto a él van Marcos y Natalia, sus hijos y los nuevos hermanastros de Fran. Aunque mi primo siempre los criticaba mucho con Vero porque no le hacía mucha gracia que su madre volviera a casarse, a mí me parecieron majos en la boda.

—Hola —los saludo en general con un gesto torpe de la mano; no tengo tanta confianza con ellos como para abrazarlos. Técnicamente son mi nuevo tío y mis nuevos primos, así que son familia, pero la idea todavía se me hace rarísima.

Después de los saludos de rigor, nos vamos todos a la cocina para que puedan saludar a mi madre. Mi primo se tensa nada más vernos entrar, y no se me escapa que le lanza una mirada rápida a Vero.

—Fran, ¿te vienes un momento a mi cuarto? —le dice ella—. Quiero enseñarte una cosa.

—Voy.

Extrañado, frunzo el ceño mientras salen de la cocina. ¿Tan mal se lleva con su nueva familia? Por lo que han comentado mi madre y Vero durante estas últimas semanas, pensaba que las cosas habían mejorado. En cualquier caso, me siento un poco fuera de lugar estando con tres personas prácticamente desconocidas, así que

vuelvo a mi habitación hasta que llegue la hora de la cena; por suerte, sé que no me echarán de menos.

Media hora más tarde, ya estamos todos alrededor de la mesa. Yo suelo sentarme con Fran, pero hoy somos unos cuantos más de lo habitual y es Vero quien se ha encargado de distribuir los asientos. Esta noche estoy sentado frente a mi primo en un extremo de la mesa, con mi hermana en el lado más estrecho.

Me paso casi toda la comida callado, en parte porque no sé qué decir, y en parte porque tampoco me apetece demasiado hablar. Fran y Vero se pasan casi todo el rato charlando entre ellos, y él también se dirige a mí de vez en cuando, pero yo no estoy muy hablador; sigo dándole vueltas a toda la situación con Adri. Con un poco de suerte, pronto podré hablar con Fran del tema, y tal vez él me ayude a aclararme un poco.

Mientras como en silencio, observo a los demás, sobre todo a los nuevos hermanos de Fran… no, «mis nuevos primos», me corrijo. Natalia parece animada, hablando alegremente con mi madre y mi tía. Pero Marcos está casi tan callado como yo, y no se me escapa el hecho de que de vez en cuando su mirada se desvía hacia Fran. Teniendo en cuenta cómo actuó mi primo cuando entraron en la cocina y el hecho de que no están interactuando en absoluto entre ellos, me pregunto si habrán tenido alguna pelea o algo por el estilo.

En un momento dado, mi madre se dirige a ellos, sonriente.

—Bueno, ¿y vosotros cómo lo lleváis ahora que sois tres hermanos? —pregunta—. ¿Hacéis muchas cosas juntos?

Fran, que está comiéndose una quesadilla, se queda inmóvil. Hay un silencio incómodo durante unos segundos.

—La verdad es que no —comienza Natalia.

Comenta algo sobre Marcos, y después este comienza a discutir con su padre sobre sus idas y venidas, la facultad y no sé qué movidas. Me cuesta seguir el hilo de la conversación, pero es todo un poco incómodo. Miro a Fran de reojo; no podría estar más tenso ahora mismo. ¿De verdad se llevan tan mal?

Mi madre trata de interceder, pero no sirve de mucho. Vero y Fran se miran, y eso me deja claro que mi hermana también está en

el ajo, sea lo que sea.

La discusión entre Antonio y su hijo aumenta en intensidad. Yo clavo la mirada en mi plato; la situación es cada vez más incómoda. Pero, al fin, Marcos se rinde y la cosa termina.

—Oye, Belén —interviene Vero como si tal cosa, como para quitarle hierro al asunto—. ¿Qué tal es esto de tener una hija? ¿Mejor que con el desastre de Fran o qué?

—Ja, ja —replica él con sorna, aunque le dirige una sonrisita.

—Ay, cariño, soy tan feliz… —responde mi tía—. Siempre quise tener la parejita, pero no pudo ser… Me alegra haber podido tener al final una hija tan maravillosa como Natalia.

—Venga ya, que me vas a poner roja —dice ella, apartándose el pelo castaño de la cara. Está un poco roja.

—Es la verdad.

—Podríamos irnos las cuatro de compras algún día —propone Vero—. ¿Te apetece, Natalia?

—¡Sí! Claro que sí.

—Muy buena idea, cariño —responde mi tía.

—Pues sí —añade mi madre—. Yo también me apunto.

Parece que las cuatro chicas han encontrado puntos en común, pero dudo que a los cuatro chicos nos vaya a pasar lo mismo. Me da la impresión de que Fran no va a querer hacer nada en lo que esté involucrado Marcos, y tampoco es que yo vaya a sentirme muy cómodo entre mi nuevo primo y su padre, a los que no conozco de nada. Por suerte, nadie lo propone, y la conversación no tarda en volver a los grupitos de antes, lo que significa que puedo continuar comiendo en silencio.

En un momento dado, las manos de Fran y Marcos se chocan cuando van a coger nachos a la vez y los dos se quedan inmóviles, como si se hubieran quemado al tocarse, y eso termina de confirmármelo: ha pasado algo entre ellos. Algo grave. Tal vez una pelea, tal vez algo peor. Miro de reojo la cara de aturdimiento de mi primo y tomo nota para preguntarle al respecto cuando surja la ocasión; con suerte, cuando también pueda hablarle de lo mío.

Después de la cena, mi tía y su nueva familia se preparan para marcharse. Ella me da un abrazo, y yo me despido de los demás con

un escueto «adiós» antes de ir a sentarme al sofá. Saco el móvil y me apresuro a leer y responder a los mensajes de Adri, que para mi desgracia ya se ha ido a dormir después de un día muy largo. Pero lo que hago en realidad es observar la escena con disimulo. Mi tía abraza a Fran, y después Antonio y Natalia hacen lo mismo. Parece que con ellos sí que se lleva bien, lo que confirma mi sospecha de que el problema lo tiene únicamente con su nuevo hermano. Entonces, los dos se miran brevemente y se despiden con un simple gesto de cabeza que no podría ser más tenso. Mientras Marcos se marcha, Fran se queda mirándolo, y me doy cuenta de que Vero le susurra disimuladamente algo que no alcanzo a oír.

—Bueno, chicos —dice mi madre cuando vuelve al salón después de ir a despedir a los demás—. Ya es tarde. ¿Nos vamos a la cama?

Tal como suelen hacer cuando no está mi padre para molestar con sus gilipolleces de cromañón, Fran va a dormir en la habitación de Vero. Pero, antes de irse con ella, se acerca para darme un abrazo.

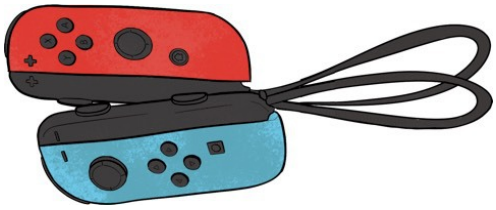
—Buenas noches, enano.

—Buenas noches —respondo, obligándome a sonreír.

Sin embargo, mientras los dos se marchan, no puedo evitar sentir un poco de envidia. Si fuera yo quien durmiera con Fran, al menos podría distraerme. Tal vez podría contarle todo lo que me pasa por la cabeza últimamente, pedirle consejo, algo que me ayudara a aclararme un poco.

Pero, en vez de eso, me espera una noche en vela pensando en Adri.

Otra más.



11.

Me despierto sobresaltado, con unos finos rayos de luz derramándose a través de las rendijas de la persiana. Anoche me dormí muy tarde porque no era capaz de conciliar el sueño, y ahora ya es casi mediodía… otra vez. Miro el móvil y suelto un gruñido malhumorado; no tengo ningún mensaje de Adri. Él tiene que haberse levantado ya por cojones y lo normal sería que me mandara su habitual mensaje para saludarme, pero no lo ha hecho, y eso me molesta mucho más de lo que me gustaría admitir. ¿Se habrá enfadado porque no pude hacerle caso durante la cena? Porque ya le había advertido que no iba a poder estar con el móvil y, si de verdad se ha picado por eso, me molestaría bastante.

En cualquier caso, me estoy meando, así que me apresuro a levantarme para ir al cuarto de baño. La puerta está cerrada y me parece oír ruido dentro, así que doy unos golpecitos.

—¿Hay alguien?

—¡Termino enseguida! —responde Fran desde dentro. Cuando sale, me mira durante un instante antes de revolverme el pelo—. ¿Tú también te levantas ahora, enano?

Me encojo de hombros.

—Sí, ¿por?

—No, por nada.

Entonces, se marcha sin decir nada más y puedo entrar por fin en el baño.

Cuando salgo y voy a la cocina para desayunar, mi madre anuncia que han pensado hacer un brunch. Normalmente me haría ilusión la idea porque es algo que solo hacemos cuando no está mi padre para criticar, pero entre la falta de sueño y que no dejo de darle vueltas a lo de Adri, me cuesta mostrar el entusiasmo habitual. Fran me ayuda a preparar las fresas y me da la impresión de que me mira de reojo de vez en cuando, pero no dice nada y yo tampoco lo hago.

Las tortitas no tardan en estar listas, llenando toda la cocina de su delicioso aroma, así que nos sentamos todos alrededor de la mesa. Me lleno el plato hasta arriba y lo baño en sirope de chocolate y nata montada antes de añadir un buen puñado de fresas en trocitos. Está todo buenísimo y eso me anima un poco, aunque apenas intervengo en la conversación mientras Fran habla con mi madre y mi hermana sobre el viaje a Canarias que hizo con su nueva familia después de la boda. Yo, mientras tanto, no dejo de mirar el móvil de reojo, pero Adri todavía no me ha dicho nada. Miro su Instagram, pero tampoco ha subido stories desde ayer por la tarde. A regañadientes, le mando un escueto «hola?» para recordarle que existo. Un segundo más tarde, no puedo evitar sentirme un poco patético.

Guardo el móvil y continúo comiendo, tratando de disfrutar del momento. Después de todo, en casa rara vez podemos hacer cosas así. El troglodita de mi padre dice que son «mariconadas de modernos» y «americanadas estúpidas», y que «ni brunch ni bronch, aquí somos españoles». Pero, en fin, ¿qué se puede esperar de alguien que no permite que Fran duerma en la habitación de Vero desde que ella empezó a usar sujetador? En su lugar, siempre que está presente lo obliga a dormir conmigo, lo cual tiene su gracia, porque en todo caso sería mucho más probable que Fran y yo hiciéramos algo a que lo hagan él y Vero. Aunque eso sería imposible de todos modos; jamás podría ver a mi primo de esa manera. Nunca lo admitiría en voz alta, pero lo quiero como si fuera mi hermano.

Pensar en mi padre agria todavía más mi mal humor por la ausencia de mensajes. Después de todo, creo que hay pocos días que no escuche de su boca la palabra «mariconada» o derivados, y cada una de esas veces me siento como si recibiera una puñalada en el estómago. Hay una razón por la que todos en la familia saben que Fran es gay menos mi padre: si lo supiera, lo más probable es que no le dejara volver a venir por aquí. Y, si supiera que yo…

¿Que yo qué, exactamente? Porque ni siquiera yo mismo sé muy bien lo que me pasa. ¿De verdad es posible que me guste…?

Trago saliva; me cuesta hasta pensarlo.

¿De verdad es posible que me guste Adri? ¿O tan solo es una amistad muy, muy fuerte, muy profunda, tanto como para confundirla con otra cosa? No lo sé, no del todo, y esa es precisamente la razón por la que necesito hablar con Fran lo antes posible.

Pero, si de verdad es lo que tanto me temo… ¿cómo voy a compatibilizar eso con un padre al que solo le falta colgar del balcón la bandera del aguilucho y empezar las mañanas cantando el Cara al sol?

Y, por si todo eso no fuera lo suficientemente malo de por sí, después voy yo y soy tan gilipollas que permito que me amargue los pocos momentos de tranquilidad sin él.

Cuando terminamos de comer, Vero y Fran se van a la habitación para seguir a lo suyo mientras yo me voy a la mía para quedarme tirado en la cama con el móvil; he comido tanto que soy casi incapaz de moverme. Sigo sin tener noticias de Adri, así que pruebo una estrategia nueva: escribir en el grupo que compartimos con Andrés y Juan para ver cómo están. El primero no tarda ni unos segundos en responder, como si hubiera estado esperando a que alguien lo sacara del infierno de aburrimiento en el que tiene que estar.

ANDREW

Fatal, gracias

Quiero volver ya 😭

JUANILLO

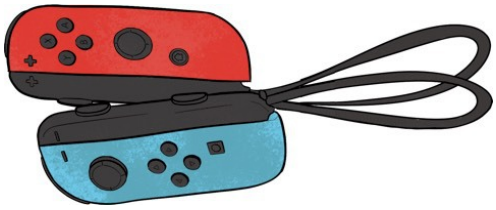
Pues todavía te quedan cinco días…

ANDREW

NO ME LO RECUERDES!!!

Entre risas, contesto para darle ánimos y les pregunto lo que han estado haciendo. Reviso constantemente los mensajes que mando, pero la aplicación no indica que Adri los haya leído. Cuando terminamos de ponernos al día, sigo hablando con ellos de tonterías para distraerme y, poco a poco, mi humor va mejorando ligeramente.

Sin embargo, Adri sigue sin dar señales de vida desde ayer. Y, con cada minuto que pasa, mi preocupación no hace más que aumentar. Antes pensaba que podría estar enfadado conmigo, pero ahora empiezo a plantearme seriamente si le puede haber pasado algo malo.



12.

A MEDIA TARDE, ALGUIEN LLAMA A MI PUERTA.

—¿Se puede? —pregunta Fran.

—¡Pasa!

Dejo el móvil a un lado y me incorporo mientras entra. Me da la impresión de que frunce un poco el ceño, aunque tal vez solo me lo he imaginado.

—¿Te apetece jugar un rato a la Switch? —me propone.

—¡Vale! —respondo con entusiasmo—. ¿Al *Mario Kart*?

—Ya sabes que tu hermana lo odia —me recuerda—. ¿Al *Mario Party*? Así podemos jugar también con tu madre.

Eso me emociona menos, pero asiento con la cabeza; es mejor que nada, y siempre agradezco poder pasar tiempo con mi madre y mi hermana cuando no está mi padre en casa.

—Bueno, vale. Pero me debes unas carreras al *Mario Kart*, ¿vale? Que hace mucho que no jugamos.

—Eso está hecho. Tenemos días de sobra.

Entonces, me pongo en pie y voy con él hasta el salón para preparar el juego. Mi madre y mi hermana no tardan en llegar. Vero ocupa el sillón, donde se sienta medio tumbada con las piernas sobre el reposabrazos (cosa que jamás podría hacer delante de mi padre porque le daría un síncope) mientras los demás nos sentamos juntos en el sofá.

Entre unas cosas y otras, tardamos más de dos horas en terminar la partida de veinte rondas. Yo quedo en el tercer puesto y, aunque no es de mis juegos favoritos, tengo que reconocer que al final me lo he pasado bien mientras jugábamos entre risas y bromas.

—Bueno, yo voy a tener que ir preparándome —dice mi madre, que vuelve a tener turno de noche en el restaurante—. Cenad una tortilla francesa, un sándwich o algo ligerito, ¿vale? Que estamos comiendo un montón, y ya sabéis que mañana toca lasaña.

Nos despedimos de ella y, cuando se marcha por la puerta, me invade una sensación de pánico al pensar que tal vez Fran y Vero quieran irse a la habitación y vayan a dejarme solo toda la noche. Ahora mismo, lo último que me apetece es estar solo, sobre todo porque Adri sigue sin contestar y ya estoy empezando a preocuparme.

—¿Queréis ver una peli? —me apresuro a proponer.

—Claro —responde Fran, sonriente—. ¿Qué te apetece?

—¿Marvel? —sugiero, sabiendo que le gustan—. Acaban de subir la última, y…

—Mejor no —me interrumpe, y frunzo el ceño al ver que se pone serio de repente.

—¿Una de miedo? —propone mi hermana.

—No —responde él.

Me siento algo aliviado; después del viernes, he tenido suficiente terror hasta la próxima vez que vuelva a dormir con Adri.

—Bueno, pues elige tú, venga —dice Vero—. Que eres el invitado.

Fran coge el mando y comienza a revisar las plataformas.

—¿*Shrek*? —propone al cabo de un rato.

Ellay yo nos miramos, sonrientes; es una de nuestras películas favoritas. De pequeño, me empeñaba en verla varias veces por semana, hasta tal punto que acabé rayando la copia que teníamos en Blu-Ray. Mi padre se negó a comprarnos otro, así que tardamos varios años en volver a verla.

—¡Vale!

Nos acomodamos los tres en el sofá mientras Fran pone la película. Apenas llevamos veinte minutos cuando siento que me vibra el móvil en el bolsillo, así que lo saco a la velocidad del rayo. Contengo un suspiro de alivio al ver que se trata de Adri.

Eyyyyy perdona bro

Anoche se me olvidó poner a cargar el móvil y llevo todo el día incomunicado

Tremendo coñazo, t lo juro 😭

Como estás? Q tal con tu primo?

Algo más animado, le digo lo que hemos estado haciendo y voy contestando mientras él me cuenta que ha estado todo el día de caminata por las montañas con su familia. Ni siquiera ha podido hacer fotos, aunque me dice que ya me pasará las que han hecho los demás. Después, le hablo brevemente de la cena de ayer, y de lo tenso que está todo entre Fran y Marcos. Adri, que ya sabe que mi primo es gay, sugiere que a lo mejor se han liado y después se han peleado, y yo tengo que contener una risotada. No se me ocurre una idea más absurda.

La película está a punto de terminar cuando Adri se despide para irse a la ducha antes de irse a cenar con su familia. Trato de volver a concentrarme en la tele, pero no soy capaz. Ahora que ha vuelto a irse, tengo que enfrentarme a lo ridículo de la situación: me he pasado todo el día de bajón simplemente porque no podía hablar con él, pensando toda clase de motivos desastrosos diferentes cuando la realidad no podría haber sido más sencilla.

Y eso significa que lo que me está pasando es mucho más grave de lo que esperaba.

—Bueno, yo voy a darme una ducha —anuncia Vero cuando termina la película, unos pocos minutos más tarde—. Si queréis, podemos preparar la cena después.

—Vale —respondo, y vuelvo a mirar la pantalla de mi móvil. Todavía no me ha contestado.

—Oye, enano —me llama Fran cuando mi hermana se marcha—. ¿Estás bien?

No sé qué responder a eso, así que me encojo de hombros.

—Sí. ¿Por?

—Te veo raro.

Aparto la mirada, sin saber muy bien qué decir. Me gustaría hablar con él, pero ahora no es el mejor momento, sobre todo porque puede verme la cara.

—Nada —miento—, es que estoy un poco agobiado con los exámenes y todo eso.

—¿Seguro? —Yo asiento—. Me lo puedes contar, ¿vale?

—No es nada —insisto; aunque sé que necesito contárselo todo, ahora mismo me siento incapaz.

—Bueno, vale. Pero, si necesitas algo, que sepas que puedes decírmelo, ¿eh?

—Gracias. —Me quedo en silencio unos minutos, con la mirada clavada en el móvil mientras se me empiezan a humedecer ligeramente los ojos. Entonces, susurro—: Oye, Fran.

—Dime.

—Pues… ¿Quieres dormir en mi cuarto esta noche?

Él parpadea; está claro que no se lo esperaba.

—Claro.

—Así podemos jugar al *Mario Kart* —me apresuro a añadir para disimular—. Hace mucho que no jugamos.

Fran asiente con la cabeza, sonriendo.

—Me parece genial, enano.

Cuando se marcha para darse una ducha, me apresuro a volver a mi habitación y trato de adecentarla un poco. Me doy cuenta de que huele a cerrado, así que abro la ventana para que se ventile. Acabo de alisar la colcha de mi cama cuando Vero me llama para que vaya a ducharme, así que saco ropa interior y un pijama limpio del armario y me voy al cuarto de baño.

Después de la ducha, preparamos entre los tres un buen montón de sándwiches de jamón y queso y un par de paquetes de palomitas. A continuación, volvemos al salón para cenar y nos ponemos *Shrek 2*, como no podría ser de otra manera.

Llevamos casi media película cuando recibo un nuevo mensaje de Adri.

Ya estoy! Q haces?

Holaa

Pues nada, con mi hermana y mi primo viendo Shrek 2

Joee q guay!

Yo también quiero 😭

Podría hacerte un hueco en el sofá

Eso molaría 😀

Siento un estúpido revoloteo en el estómago que me hace reprenderme a mí mismo. Sin embargo, no quiero que interprete mis mensajes como que le estoy tirando la caña, de modo que trato de parecer más neutro.

Pues sí

Tú qué haces?

Ponerme el pijama

Me iré a dormir en 0, q estoy reventado 😂

Me esfuerzo al máximo por no imaginármelo mientras se cambia de ropa; no necesito tener esa clase de imágenes en la cabeza mientras estoy con Fran y Vero.

Yo me iré en un rato también, cuando acabe la peli

Ayer se me hizo rarísimo no dormir contigo 😂

El corazón me da un vuelco al leer sus palabras. ¿Será que él también me echa de menos, al igual que yo lo echo de menos a él? Trato de tantearlo sin mostrarme demasiado entusiasmado.

Y eso?

Pq estoy acostumbrado a dormir en mi cama o en la q tienes en tu cuarto

Pero la de aquí es diferente, se m hace rara

Mi gozo en un pozo.

A ver, es normal

Bueno bro

Mañana hablamos va??

Si no se te olvida cargar el móvil otra vez… 🙄

Jajajja q cabron

Enga me voy a dormir ya

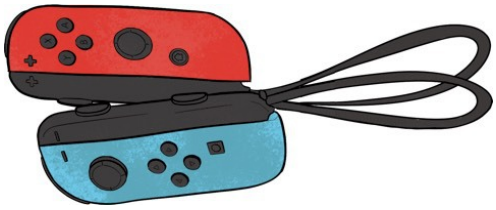
Va

Buenas noches

Buenas noches!

Cuando deja de aparecer en línea, releo rápidamente nuestra breve conversación; por algún motivo, me parece que no ha sido del todo sincero con su explicación. La posibilidad de que haya algo más hace que me entren ganas de sonreír, aunque intento no hacerme ilusiones que después puedan estallarme en la cara.

A continuación, me guardo el móvil en el bolsillo y trato de concentrarme en lo que queda de película.



13.

Cuando termina la película son poco más de las doce y media, mucho antes de la hora a la que solemos acostarnos cuando estamos juntos. Pero es evidente que ninguno de los tres dormimos demasiado anoche, porque no hemos dejado de bostezar durante los últimos veinte minutos. Así pues, recogemos las cosas de la cena, nos turnamos para ir al baño, y después Fran y yo nos despedimos de Vero y vamos a mi habitación; por suerte, parece que él ya se ha encargado de darle explicaciones y ella no hace ninguna objeción. Juntos, sacamos la cama supletoria de debajo de la mía, aunque siento un pinchazo en el estómago porque hace solo cuarenta y ocho horas era Adri quien iba a dormir aquí. Para disimular mi cara, voy al armario y saco sábanas limpias.

—¿Quieres una manta? Está haciendo bastante frío últimamente.

—Sí, vale. Gracias.

Colocamos las sábanas juntos, los dos en silencio. Entonces, Fran se quita la camiseta para ponerse el pijama. No es la primera vez que lo hace, pero después de los momentos en el vestuario de estos últimos meses, tengo los nervios un poco a flor de piel, así que me apresuro a darme la vuelta. Me pongo el pijama de espaldas a él, y después cojo la Nintendo Switch y me tumbo en mi cama.

—Pero solo cuatro carreras, ¿vale? —me advierte—. Que ya es tarde.

—Vaaaleee… —respondo, y él sonríe.

Escogemos una copa cualquiera y comenzamos a jugar. Vamos casi empatados durante toda la carrera, pero, en el último momento, Fran logra adelantarme con un derrape y queda en el primer puesto.

—Vas a flipar, chaval —le digo, algo picado—. En esta te voy a dar una paliza.

—En tus sueños, enano.

De nuevo, vamos muy igualados, pero logro ganar la segunda carrera y también la tercera; está claro que las incontables horas que me paso jugando con Adri y practicando para vencerle han dado sus frutos.

—¿Has visto? —me burlo.

—Prepárate —me advierte él—. En esta no me vas a ganar ni de coña.

—Eso ya lo veremos.

Vamos tan igualados como siempre, con él un poco por delante de mí. Sin embargo, cuando ya estoy a punto de cruzar la línea de meta y pienso que voy a ganar, un caparazón rojo me alcanza y me hace quedar el cuarto.

—¡No es justo! —protesto al ver que he quedado segundo en la clasificación final—. Quiero la revancha.

—Venga, una copa más, pero ya está. Que es más de la una.

—Ya verás. Te vas a cagar.

De nuevo, la cosa está muy igualada. Yo gano la primera carrera, y Fran la segunda. Vuelvo a ganar la tercera, pero en la cuarta comienza a sacarme demasiada ventaja, así que no voy a ganar a menos que alguien le lance un caparazón azul. Por suerte, poco antes de llegar a la meta, se estampa contra un lateral al derrapar, lo que me permite adelantarlo por los pelos.

—¡Toma! —exclamo al ver que esta vez soy el primero de la clasificación—. Te lo dije.

Él deja la Switch sobre la cama.

—Pues venga, vámonos a dormir.

—¿Y si echamos otra?

—Ni de coña.

—Tú has ganado la primera copa y yo la segunda, así que hay que desempatar —insiste.

—Mañana. Es tarde.

—Vaaaleee… —Sonriendo por mi impresionante victoria, me levanto para dejar la Switch sobre el escritorio mientras él guarda la suya en su mochila—. Bueno… pues buenas noches —digo mientras vuelvo a la cama y apago la luz.

—Buenas noches. —Ahora sería el momento perfecto para sacar el tema de Adri, pero no sé cómo hacerlo. De pronto, como si Fran me estuviera leyendo la mente, pregunta—: ¿Estás mejor?

—¿Qué? —digo, algo alarmado—. ¿Mejor de qué?

—Bueno, lo de esta tarde y tal. Como estabas agobiado…

—Ah. Sí, bueno. Sí.

Qué bien me explico, no me jodas.

—Recuerda, si necesitas algo…

—Vale. Gracias.

Joder. Soy gilipollas. Era el momento perfecto para contárselo, él mismo me ha dado pie, pero he dejado pasar la oportunidad como el imbécil que soy.

¿Por qué me da tanto miedo? Fran es gay. Si hay una sola persona en mi vida que no va a tomarse mal la posibilidad de que puedan gustarme los chicos, ese es precisamente él. Pero, entonces, ¿por qué me resulta tan difícil?

Los minutos transcurren en silencio mientras trato de armarme de valor, hasta que al fin…

—Oye, Fran —susurro—. ¿Estás despierto?

—Sí. ¿Qué pasa?

—¿Te puedo preguntar una cosa?

—Claro. —Abro la boca para hablar, pero las palabras no salen. ¿Cómo cojones se lo digo? Joder, debe de pensar que soy gilipollas. —. ¿Vic? ¿Te has dormido?

—No, perdona. Es que estaba pensando.

—Bueno, pues tú dirás.

De nuevo, permanezco en silencio unos minutos.

—Tú eres… gay, ¿verdad? —digo al fin.

Ahora que lo pienso, creo que esta es la primera vez que pronuncio esa palabra en voz alta, y hacerlo es casi como saltar por un precipicio.

—Eh… Sí, claro —responde—. Si ya lo sabías. ¿A qué viene eso ahora?

Los minutos se extienden entre nosotros mientras trato de reunir valor una vez más.

—¿Y cómo…? —Me noto la voz rara, así que carraspeo un poco antes de continuar, con la voz temblorosa—. ¿Cómo te diste cuenta de que te gustaban los chicos?

Él no contesta de inmediato, como si estuviera planteándose cómo responder.

—No sabría decirte un momento exacto —dice al fin—. Creo que fue como una suma de pequeñas cosas, detalles de los que no me daba cuenta al principio. A lo mejor había un chico con el que tenía muchas ganas de estar y entonces me daba cuenta de que con él no era como con otros amigos, cosas así. O también había veces que…

Pero no termina la frase, dejándome en ascuas.

—¿Qué pasa? ¿Qué ibas a decir?

Fran suelta un suspiro.

—A ver, Vic, es que hay ciertos temas… Joder, que eres mi primo pequeño.

Ya estamos otra vez con eso. Tengo quince años y en unos meses cumpliré los dieciséis; tampoco soy ningún bebé.

—Oye, que no soy un crío, ¿vale? —replico, algo molesto.

De nuevo, él se queda unos instantes en silencio.

—A veces puede pasar que estés con un chico y tu cuerpo… reaccione. ¿Sabes lo que te digo?

Enrojezco casi de golpe; por supuesto que lo sé. Mucho mejor de lo que me gustaría.

—Sí —respondo; esta simple palabra me resulta violenta de pronunciar.

—Bueno… pues eso.

—Vale.

No sé qué mas decir, pero, a juzgar por el calor de mis mejillas, debo de tenerlas incandescentes ahora mismo. Nos quedamos de

nuevo en silencio, en mi caso, dándole vueltas a sus palabras. Lo que me ha dicho es exactamente lo mismo que me está pasando a mí, pero eso ya lo sabía, ¿no? No sé si con esto es suficiente.

—Oye, Fran —susurro tras unos minutos.

—Dime.

—Es que creo que me está pasando eso.

—¿Que te gusta un chico?

Trato de obligarme a continuar, pero es demasiado difícil. Pienso en mi amistad con Adri, en cómo podría verse resentida si se enterara de todo lo que se me pasa por la cabeza cuando estoy con él, y también cuando estoy lejos de él. Pienso en mis otros amigos, ¿me seguirán aceptando tal y como soy? Nunca me ha parecido que fueran homófobos, aunque Andrés… Pero no, no creo que lo sea. Sin embargo, ¿qué pasa si comienzan a mirarme de forma diferente? ¿Y si dejan de hacer planes conmigo, tanto ellos como Adri?

Pienso en mi madre, y también en Vero. Ellas saben la sexualidad de Fran, así que lo mío no debería suponer un problema para ninguna de las dos. Pero… ¿y si solo aceptan a Fran porque no es un familiar tan cercano? ¿Y si mi madre tiene la esperanza de que le dé nietos algún día, y si mi hermana quiere un sobrino? ¿Y si las decepciono, y si dejan de quererme como antes?

Por supuesto, también pienso en mi padre. Con él no tengo dudas, tan solo una certeza: jamás lo aceptará. En casa, deja claro como mínimo una vez a la semana lo que opina de los maricones, y sé que no va a consentir que su único hijo varón sea uno de ellos. La verdadera pregunta es lo que me hará. ¿Me pegará? ¿Me castigará? ¿Se limitará a prohibirme salir con chicos?

¿Me echará de casa?

Me escuecen los ojos mientras pienso en ello, en todas las posibilidades horribles. El precipicio que tengo delante es más elevado que nunca, y sé que saltarlo podría cambiarlo todo, muy posiblemente para mal. Y me da miedo.

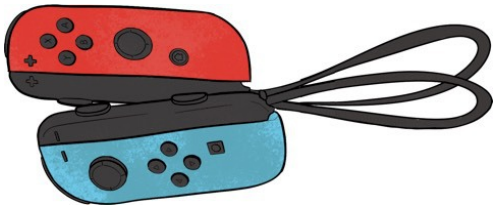
No, no es solo que me dé miedo: me aterroriza.

Pero, por el momento, no se lo voy a contar a ninguno de ellos, y eso me tranquiliza ligeramente. Joder, que es Fran. Me recuerdo una vez más que nadie podría entenderme mejor que él. Si hay alguien

que puede ayudarme con todo esto, ese es precisamente mi primo. Mi hermano mayor, aunque no sepa que pienso en él de esa forma.

—Sí —logro decir al fin, y casi siento el movimiento físico de mis piernas al saltar, la sensación de ingravidez en el estómago.

Ahora, ya no hay vuelta atrás.



14.

Por suerte, Fran es tan comprensivo como esperaba.

—Sabes que no pasa nada, ¿verdad? Eso no tiene nada de malo.

—Ya, bueno. Supongo. —Aunque tuviera suerte con los demás, sé demasiado bien que mi padre no pensaría lo mismo, y se me humedecen los ojos una vez más al recordarlo. Sé que va a ser duro —. Es que es difícil.

—Qué me vas a contar a mí —añade él, riendo—. Es una mierda. ¿Quién te gusta?

Lo pregunta con naturalidad, como quien pregunta por el tiempo que hace. Y me doy cuenta de que así debería ser, que estas cosas no deberían ocultarse. Al menos, mientras esté a solas con Fran puedo tratar de hacer el esfuerzo.

Sin embargo, me cuesta decirlo en voz alta, porque hacerlo es como si todo fuera más real todavía. Pero ya he empezado, así que…

—Es Adri. Mi mejor amigo.

—¿Y crees que tú podrías gustarle a él?

El corazón me da un vuelco ante esa simple posibilidad. Sin embargo, sé que antes del verano se lio con una chica, aunque fue algo breve. Eso no termina de sellarlo, pero…

—No lo sé. No lo creo. —Recuerdo también esa conversación de hace dos noches, cuando me dejó caer que le gustaba alguien—.

Que yo sepa, él es… es hetero.

—Joder. Lo siento, enano.

Me quedo un minuto en silencio, sin saber muy bien qué decir.

—¿A ti te ha pasado? —pregunto, odiando que la voz me suene tan temblorosa, delatando las lágrimas que han comenzado a acumularse en mis ojos—. ¿Que te gustara un amigo y tal?

—Sí.

—¿Y qué hiciste?

—No me quedó otra que asumirlo, Vic. A veces hay que aceptar las cosas tal y como vienen.

—Pero tú sabías que era… que era hetero, ¿verdad?

—Sí. ¿Por? ¿No tienes claro que Adri no lo sea?

—No lo sé… Es que estoy hecho un lío últimamente. —A fin de cuentas, lo de esa chica de antes del verano no duró, y Adri es tan guapo que podría estar con quien quisiera. Además, cuando trato de recordar esa conversación de hace dos noches… ¿de verdad especificó que se tratara de una chica? Diría que no, ¿y acaso no es raro que no lo hiciera?—. Creo que alguna vez ha mencionado que le gusta alguna chica, pero a veces… es como que me mira, ¿sabes? No sé cómo explicarlo.

—Bueno, la bisexualidad existe —dice él, avivando un poco esa esperanza que no sé si quiero sentir—. Que le hayan gustado las chicas no significa que no puedas gustarle tú también.

—Ya, bueno. Supongo.

—Siento si no puedo ser de más ayuda, pero es más difícil cuando no lo conozco a él.

—¿Y no podrías darme algún consejo?

—Se me da fatal dar consejos. Pero lo que sí puedo decirte es que intentes ser natural con él. Que dejes que la cosa fluya, sin forzar las cosas pero también sin ocultar nada. Y, si tú tienes claro lo que sientes…

—Es que tampoco lo tengo claro —lo interrumpo, sin saber muy bien por qué—. A ver, me gusta estar con él y me pongo nervioso cuando vamos a vernos, y a veces me pasa… lo que tú has dicho del cuerpo y tal. —Lo digo susurrando, muerto de vergüenza—. Pero no

sé si eso significa que me gusta. A lo mejor solo lo quiero mucho porque es mi amigo y ya está, ¿no?

—Puede ser —responde, aunque no sé si se lo termina de creer del todo—. A ver, a tu edad es normal tener dudas. Aun así, te digo lo mismo que antes: tú deja que la cosa fluya entre vosotros. Esa es la mejor forma de aclarar lo que sientes, y la mejor forma de averiguar lo que siente él.

—Vale. Gracias.

—De nada.

Tengo que reconocer que la conversación me ha ayudado mucho más de lo que esperaba; no solo me siento más aliviado, sino que haberlo dicho en voz alta ha sido como quitarme un peso enorme de encima, uno con el que ni siquiera sabía que estaba cargando.

Pero, muy a mi pesar, siento ganas de llorar.

—Me… —comienzo, pero tengo la garganta seca y necesito tragar saliva antes de continuar—. ¿Me das un abrazo?

—Claro que sí, enano.

Entonces, se levanta de la cama y se sube a la mía. Sus brazos me rodean con cariño, igual que cuando era pequeño, algo que llevaba años sin hacer. No porque él no quisiera, sino porque yo mismo empecé a creerme demasiado mayor para eso, a poner distancia física entre los dos y, desde entonces, nuestros abrazos se volvieron escasos y breves.

Pero hoy necesito este abrazo, necesito volver a ser un niño pequeño, volver a ser su enano, así que me refugio entre sus brazos mientras tiemblo ligeramente por la oleada de emociones que invade mi cuerpo. Él me acaricia el pelo y la espalda, transmitiéndome su cariño y reconfortándome por dentro. De nuevo, me doy cuenta de que Fran es mucho más que un primo para mí; es mi hermano mayor, y sé que él también me ve como su hermano pequeño, que lo ha hecho desde el día en que nací. Me arrepiento de no haber permitido que me siguiera tratando como tal y de haberme alejado un poco durante el último par de años, pero tal vez podamos recuperarlo ahora que le he abierto mi corazón.

—Cuéntame, anda —me pide al cabo de unos minutos, cuando ya estoy más tranquilo—. ¿Hay algo más que te preocupe?

—Es que… —comienzo, de nuevo con la voz temblorosa—. Me da miedo.

—¿Que te puedan gustar los chicos?

Asiento con la cabeza contra su pecho y sorbo por la nariz.

—Sí —susurro.

Entonces Fran me abraza más fuerte y, sin poder evitarlo, empiezo a llorar.

—Ey, ey, ey. ¿Qué pasa, Vic?

No soy capaz de hablar; tengo un nudo en la garganta tan grande que me impide articular palabra alguna. Lo único que puedo hacer es seguir llorando, descargando toda esta tensión acumulada durante semanas y meses, tal vez años, y Fran no deja de abrazarme ni un segundo, acariciándome el pelo y la espalda con el cariño infinito que tanto necesito. Me avergüenza estar haciendo esto, me avergüenza estar poniéndolo en esta situación, pero mentiría si dijera que no me consuela tenerlo aquí conmigo.

—Lo si-siento —susurro tras unos minutos, cuando comienzo a calmarme.

—No tienes nada que sentir. Cuéntame, anda. ¿Por qué tienes miedo?

—Me da mi-miedo que cambien las c-cosas —confieso.

—Sé que da miedo darse cuenta de algo así, pero hoy en día es algo muy normalizado. No creo que tus amigos te vayan a dejar de lado por esto, la verdad.

—Ya, bueno. Supongo. —En realidad, eso no es lo que más me preocupa—. Pero, con mi padre y todo eso…

Fran suelta un suspiro.

—Mira, no te voy a mentir. Sabes que tu padre no me cae muy bien…

—No, ni a ti ni a nadie —lo interrumpo, y él se ríe.

—Cierto. Pero lo importante es que tienes a tu madre. Y a Vero. Y ellas van a estar contigo pase lo que pase. Ya lo verás.

—Bueno —respondo, aunque no sé si con eso basta.

—Y, ¿sabes qué? Ahora hay una habitación vacía en mi casa. Si la cosa se pone fea, puedes venirte con nosotros una temporada.

—¿De verdad? —pregunto con esperanza; aunque echaría de menos a mi madre y a mi hermana, eso sería mucho mejor que vivir con mi padre.

—Te lo prometo.

—Gracias. —En voz baja, añado—: Pero ojalá se divorcien, la verdad.

—Pues sí. Ojalá. —Seguimos así durante un rato, abrazados mientras Fran me acaricia lentamente la espalda. Ya he dejado de llorar, y mi respiración se ha calmado un poco—. Vamos a dormir ya, ¿vale? Que es tarde.

—Vale.

Entonces se separa de mí, pero me da un beso en la mejilla antes de volver a su cama; otra cosa que llevaba años sin hacer. Y, aunque jamás lo admitiría en voz alta, ahora que hemos hablado no puedo evitar desear que realmente fuera mi hermano mayor, alguien a quien pudiera tener conmigo todos los días.

—Oye, Fran.

—Dime.

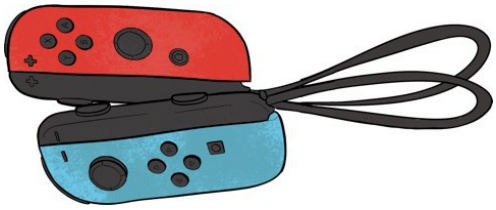
—Gracias por todo. Eres el mejor.

—De nada, enano. Buenas noches, ¿vale?

—Buenas noches.

Entonces, me tapo bien con las sábanas y hundo la nariz en la almohada, tratando de aspirar lo poco que puede haber del aroma de Adri.

Y así, con el corazón más tranquilo de lo que me he sentido desde hace varios meses, dejo que el sueño se apodere de mí.



15.

Cuando despierto el lunes por la mañana, con Fran todavía roncando suavemente a mi lado, sonrío al recordar nuestra conversación de hace unas horas. Me siento mucho más aliviado, mucho más tranquilo. Ya no cargo solo con todo esto, ya no tengo que ocultárselo a todo el mundo. Ahora lo tengo a él, y aunque eso no significa que el futuro vaya a ser más fácil, sé que al menos no voy a tener que enfrentarme a ello solo.

Entonces miro el móvil y veo que hoy sí que tengo un mensaje de buenos días de Adri, así que sonrío todavía más.

Durante el desayuno con Vero y Fran, los tres decidimos que él seguirá turnándose para dormir con nosotros durante el resto del puente, lo que significa que me queda al menos una noche más. Ahora que está abierta la veda de mi posible sexualidad, hay un sinfín de preguntas que quiero hacerle cuando volvamos a tener un momento a solas.

Después de desayunar, dedico el resto de la mañana a terminar deberes y a estudiar, aunque me distraigo más de lo que debería con los mensajes que intercambio con Adri; es inevitable. El corazón me da un vuelco cuando me manda un selfi suyo en la montaña, rodeado de nieve. Lleva puesto un gorro de lana de color azul oscuro que realza el gris de sus ojos, tiene las mejillas sonrosadas por el frío, y está tan guapo mientras sonríe que apenas soy capaz

de contener las ganas de darle un beso a la imagen. Me planteo brevemente la posibilidad de ponerme esa foto como fondo de pantalla, al menos, hasta que termine el puente, pero al final la descarto; no quiero tener que darles explicaciones a mi madre y a Vero si lo ven, al menos por el momento.

Por la tarde, decidimos repetir el mismo plan de ayer. Primero, una épica partida al *Mario Party* con mi madre, que por suerte hoy tiene el día libre. Después, ella se marcha a hacer sus cosas y nosotros nos quedamos viendo la tercera de *Shrek,* como no podría ser de otra manera.

Cuando anochece, ayudamos a mi madre a preparar la cena y comemos los cuatro juntos alrededor de la mesa, con Fran ocupando el lugar donde siempre se sienta mi padre. Suelto un suspiro; ojalá fuera así siempre. Ojalá pudiera tener a mi primo aquí todos los días, ojalá no estuviera mi padre. Nunca lo he visto ayudando a mi madre en la cocina; no recuerdo una comida tranquila entre risas y bromas estando él presente.

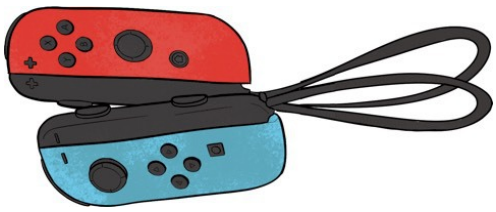
Es increíble lo que puede llegar a cambiar una casa solo con la ausencia de una persona; ahora que no está, me siento feliz y en calma, siento que de verdad estoy en mi hogar. Lo que le dije a Fran cuando me abrí con él era totalmente cierto: ojalá mis padres se divorcien.

Después de la cena, mi madre se va a dormir temprano para aprovechar que hoy no trabaja y puede descansar, y nosotros hacemos unas palomitas y nos quedamos en el salón para ver la última de *Shrek*. Continúo intercambiando mensajes con Adri de vez en cuando, aunque hoy también vuelve a acostarse antes que yo.

Cuando termina la película, nos damos las buenas noches y me voy a mi habitación, esta vez solo. Me gustaría volver a estar con Fran, pero sé que él y Vero también tienen que hablar de sus cosas y no puedo acapararlo. Todavía sigo sintiéndome mucho más ligero que antes de la conversación de ayer, así que me meto en la cama bastante más tranquilo de lo habitual, sin preocuparme por la posibilidad de pasarme otra noche en vela. En lugar de eso, abro mi conversación con Adri y leo todos sus mensajes desde que se

marchó, sonriendo con sus gestos de cariño, riéndome de sus tonterías y suspirando al volver a ver su selfi en la montaña.

Trato de grabar esa imagen en mi mente y, una vez más, me abrazo a la almohada mientras cierro los ojos, aspiro su aroma y dejo que me invada el sueño.



16.

El martes, Fran se va a comer con sus amigos, aunque vuelve antes de la hora de cenar. Eso significa que el día es un poco menos animado que los anteriores, pero al menos puedo aprovechar para estudiar un poco más; sé que me arrepentiré cuando se reanuden las clases si no he aprovechado el puente.

Por la noche, después de una sesión de *El gato con botas* con palomitas junto a Vero y Fran, este vuelve a dormir conmigo. Y, ahora que me he abierto con él, estoy lleno de preguntas. Aunque todavía me invade la vergüenza al hablar de estas cosas, es como si la conversación del otro día hubiera roto una especie de muro entre nosotros. Se me sigue haciendo raro, pero en cierto sentido también es natural, como si lo hubiéramos hecho siempre.

—¿Cómo fue tu primer beso? —le pregunto.

Él se ríe.

—Joder, enano. Pues no sé, normal, supongo. También era su primer beso, así que estábamos los dos un poco torpes.

—¿Fue difícil?

—A ver, no difícil exactamente. Pero al principio es raro. Es normal empezar haciéndolo mal.

—¿Y te costó aprender? —pregunto, tratando de ocultar mi preocupación.

—Tú tranquilo —dice, calándome por completo—. Es algo que se aprende solo, ya lo verás. Y, con la práctica, todo el mundo mejora.

—Si tú lo dices…

—Que sí, en serio. Ya lo verás cuando llegue el momento.

Cuando llegue el momento… Siento un cosquilleo agradable en la tripa al pensar en ello, sobre todo, porque mi mente no deja de imaginarse que ese momento podría tener lugar con Adri. Por supuesto, la parte más racional de mí sabe que eso jamás pasará, pero durante estas noches, es como si todo fuera posible.

—Bueno… Vale.

—¿Algún interrogatorio más que quieras hacerme? —me pregunta entre risas.

Sé que hace unos meses estuvo saliendo con un chico pero la cosa salió mal, así que le pregunto detalles también.

—Pues mira, ahora que lo dices, resulta que hace un mes y pico descubrí que me puso los cuernos.

Me quedo boquiabierto al oírlo.

—¿Qué dices? ¿En serio?

—Pues sí. El muy gilipollas subió una foto poniendo los meses que llevaba con su nuevo novio, y resulta que ya estaba con él antes de cortar conmigo.

—Joder. Qué cabrón.

—Ya ves. Los tíos son una mierda.

—Ah, pues qué bien.

Él se ríe.

—A ver, no todos. Tampoco quiero que te desanimes. Pero no te voy a mentir… a veces es difícil encontrar a alguien decente. Y, cuando parece que lo encuentras, luego van y te salen rana.

—No me estás animando, ¿eh? —señalo entre risas.

Él suelta un suspiro.

—Perdona, es que ando un poco rallado últimamente. Vamos a dormir ya, ¿vale?

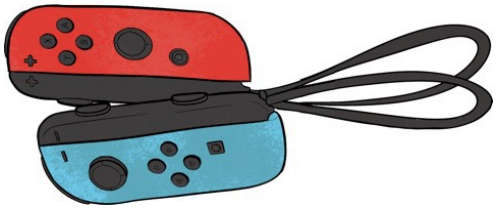
—Vale.

Me abrazo a la almohada, dándole vueltas a esto último.

Adri es decente o, al menos, jamás me ha dado muestras de lo contrario. Es mi mejor amigo, una de las personas en las que más

confío en el mundo. Sé que es casi imposible que yo pueda llegar a gustarle; no soy ningún iluso.

Pero también sé que no es como esos chicos de los que habla Fran.



17.

El miércoles, Fran se va a comer fuera otra vez; en esta ocasión, con sus amigos de la universidad. Yo estoy comiendo con mi madre y mi hermana cuando me vibra el móvil un par de veces. Lo saco pensando que podrían ser mensajes de Adri, pero en realidad son de Andrés, en el grupo que comparto con mis amigos.

ANDREW

Tios q tal?

El puente bien?

Todo bien!

Vosotros q tal?

ANDREW

Ha sido un poco coñazo, pero bueno

Estamos volviendo ya, llegaremos en una hora o por ahí

Os apetece hacer algo esta tarde?

JUANILLO

Oooh, por mí genial!

Me parece guay!

ANDREW

Genial! Q hacemos?

JUANILLO

Os queréis venir a mi casa?

Mi familia llegará para cenar, pero voy a estar toda la tarde solo

Siento una punzada de culpa en el estómago; he estado tan centrado en Fran y en Adri estos días que no había vuelto a pensar en que uno de mis amigos tampoco se había ido de vacaciones. Puede que Juan y yo nunca hayamos quedado a solas, pero tal vez tendría que haber dado el paso o, como mínimo haberle preguntado cómo estaba.

ANDREW

Por mi genial

Y por mí!

JUANILLO

A las 4, 5?

ANDREW

Mejor a las 5, q voy a llegar cansado

Así me echo una siesta

Me doy cuenta de que este es el momento perfecto para compensar un poco lo mal amigo que he sido, así que decido aprovechar la oportunidad.

Juan, quieres que vaya a las 4?

Así hacemos algo los dos para variar

JUANILLO

Oooh vale!

Por mí genial

ADRI

Chicos, yo no llego hasta mañana 😢

Vais a tener q quedar sin mí

ANDREW

Tú tranqui, q seguro q lo superamos 😂

ADRI

Gilipollas

ANDREW

Tu madre no piensa lo mismo 😂😂😂

ADRI

🖕🖕🖕

Entre risas, salgo de la conversación para ir a hablar directamente con Adri. Para mi sorpresa, recibo un mensaje suyo justo cuando voy a comenzar a escribirle.

Q envidia 😢

Por qué?? Qué pasa??

Nada, estos

Q vais a poder quedar y yo mientras aquí

Joooo 😢

Bueno, tú no te preocupes

Que mañana ya vuelves

Opto por no añadir el «por fin» que estoy pensando.

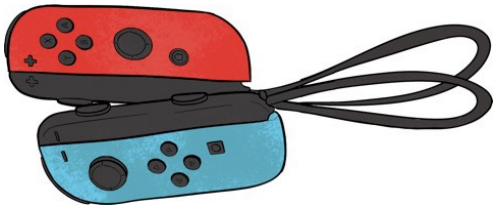
Ya era hora 😂

Pues sí 😂

Sin embargo y aunque finjo no darle mucha importancia en mis mensajes, siento un cosquilleo en el estómago mientras releo la breve conversación. Dice que le da envidia que podamos quedar, pero no lo ha dicho por el grupo, como tal vez sería lo esperable. Me lo ha dicho a mí directamente, y no puedo evitar preguntarme si eso significará algo, si tal vez lo que le da envidia es que ellos puedan quedar conmigo y él no.

Pero sé que eso es una gilipollez como un castillo y que estoy siendo paranoico de cojones, así que vuelvo a guardarme el móvil en el bolsillo para seguir comiendo. Me doy cuenta de que Vero me está mirando con cara rara, pero los dos apartamos la mirada sin decir nada. Supongo que debe de haberse dado cuenta de que me pasa algo. Y, después de la conversación con Fran de hace unas noches, supongo que ella debería ser la siguiente, aunque todavía no sé cuándo voy a poder encontrar el momento.

Anoche volví a dormir menos de la cuenta y solo son las dos y media, de modo que decido echarme una siesta de cuarenta y cinco minutos antes de salir para ver a Juan. Me aseguro de poner la alarma para que no se me haga tarde, me meto en la cama y, esta vez sí, no tardo en quedarme dormido.



18.

Cuando suena la alarma, tengo tantas ganas de quedarme en la cama que me arrepiento de haberle propuesto a Juan que quedáramos antes, pero me desperezo y me obligo a levantarme. Voy directamente al cuarto de baño para darme una ducha; la necesito urgentemente si quiero despejarme. Termino cerca de las tres y media, así que me apresuro a vestirme. Después, paso por el salón para despedirme de mi madre y salgo de casa.

De camino a la parada del autobús, paso por el bazar de la esquina para comprar paquetes gigantes de Cheetos y Ruffles, dos de nuestros alimentos habituales. Camino rápido para huir del frío y no tardo en llegar a la parada, donde la pantalla me informa de que solo quedan tres minutos para que pase el autobús. Mientras espero, frotándome el cuerpo con los brazos para mantener el calor, recuerdo de repente la última vez que nos vimos Adri y yo aquí, cuando me abrazó antes de despedirse. Al igual que hizo antes de irse de mi casa el sábado por la mañana.

Últimamente siempre me abraza al vernos y al despedirnos y, aunque todavía se me hace un tanto extraño, me he acostumbrado tanto a ello que ahora me resulta raro llevar varios días sin sus abrazos.

Al fin, el autobús llega. Está casi vacío, así que ocupo un asiento justo en la parte delantera. Llevo toda mi vida montando en este

autobús para ir a clase y volver. Pero, desde que Adri llegó a mi vida, probablemente podría contar con los dedos de una mano los trayectos que he hecho sin él. ¿Cómo es posible que eche de menos algo tan mundano como ir a clase a su lado?

Estoy tan distraído con mis pensamientos que casi se me pasa la parada; hace mucho que no vamos a casa de Juan, así que estoy acostumbrado a pasarme más tiempo en el autobús. Por suerte, una señora se ha bajado aquí, así que me levanto a toda prisa y salgo corriendo antes de que se cierren las puertas. Fuera vuelve a recibirme el frío de diciembre y, una vez más, echo de menos los abrazos de Adri.

Por suerte, Juan vive a un par de minutos de la parada, así que no tardo en llegar a su casa, en un edificio bonito pero claramente antiguo. Vive en un quinto piso, así que aguardo pacientemente hasta que llegue el ascensor prehistórico. Los demás siempre bromeamos con que cualquier día nos quedaremos encerrados en él y nos moriremos de hambre, pero Juan jura que en toda su vida jamás se ha estropeado. Y, como a todos nos da demasiada pereza subir cinco plantas a patita, siempre acabamos corriendo el riesgo y subiendo en él. Para bajar es otra historia; la mayoría de las veces preferimos no jugárnosla y hacerlo a pie.

Cuando me abre la puerta, al principio no sé muy bien cómo reaccionar; a él no lo abrazo como a Adri, aunque a veces me apetecería hacerlo. Pero entonces me tiende el puño, así que yo hago lo mismo y se lo choco.

—¿Qué tal? —me pregunta con una sonrisa. Es evidente que se alegra de verme, y a mí también me alegra verlo a él, aunque no me haya portado demasiado bien últimamente.

—Bien, aquí estamos —respondo sin entrar en detalles, tal como suele ser habitual entre nosotros—. He traído provisiones —añado, levantando la bolsa con las patatas.

—¡Genial! Yo tengo refrescos. ¿Vamos a mi cuarto?

—Vale.

Pasamos por la cocina para pillar los refrescos, y después vamos a su habitación. Es un fiel reflejo de la personalidad de Juan; todo está siempre limpio y ordenado, con un montón de estanterías a

rebosar de libros perfectamente colocados. Me consta que les limpia el polvo como mínimo una vez por semana; no soportaría que se le estropearan.

Entonces lo miro y veo que él también me está observando, entrecerrando ligeramente sus ojos marrones. Nos quedamos los dos en silencio, sin saber muy bien qué decir. Él deja los refrescos sobre el escritorio, pero sigue sin decir nada.

—Bueno… ¿querías enseñarme algo? —le pregunto, mirando de nuevo a mi alrededor.

—¿Te sientas un momento? —me pide, sentándose sobre la cama perfectamente hecha y dando una palmadita a su lado.

—Claro. —Preocupado, hago lo que me pide; ¿a qué viene todo esto?—. ¿Te pasa algo?

Él frunce el ceño, sorprendido.

—¿Por qué lo dices?

—Porque estás raro.

—Eso era lo que iba a decirte yo a ti —responde entre risas.

—¿Que estoy raro?

Juan asiente con la cabeza.

—Y que si te pasaba algo.

—No, nada. Es que no dormí muy bien anoche.

—No, si no lo digo por eso.

—¿Entonces?

—No sé, es como que estás raro desde hace tiempo. —Se encoge de hombros—. Igual desde que empezó el curso, no lo sé. Estás distinto.

Un calorcillo comienza a extenderse por mis mejillas, pero no puedo permitir que me delate, así que aparto la mirada.

—Pues no sé, bro. Estoy normal. —Juan me mira fijamente durante unos segundos, y entonces rompe a reír—. ¿Qué pasa?

—«No sé, bro» —me imita—. Creo que pasas demasiado tiempo con Adri.

Me río yo también al darme cuenta.

—Mierda. Al final me lo ha pegado, joder.

—Era inevitable.

Sin embargo, a pesar de lo ligero de su tono, no puedo evitar pensar en su sutil reproche. Dice que paso demasiado tiempo con Adri, y es verdad. Mucho más con él y con Andrés, que estaban en mi vida desde antes. ¿Será eso lo que le molesta?

—¿Estás enfadado conmigo? —me atrevo a preguntar.

—¿Qué? No, ¿por qué lo dices?

—No creo que haya sido un buen amigo últimamente.

—Qué va, para nada. Es solo que… No sé, estoy preocupado.

—Porque estoy raro —digo, y él asiente—. Perdón.

—¿Por qué?

Buena pregunta.

—No lo sé, la verdad —admito—. ¿Por estar raro?

Él se ríe.

—Entonces, lo admites.

—Yo no he dicho eso.

—Ya, bueno. Pero te pasa algo.

Tardo un rato en responder, pero al fin asiento con la cabeza.

—Puede ser.

—¿Y quieres hablar de eso?

Esta vez tardo un poco menos en pensármelo.

—Todavía no.

—Vale. —Si parece dolido, lo disimula bien—. Lo entiendo.

—No me pasa nada contigo —le aseguro; no me gustaría que pensara cosas que no son—. Y no es que no quiera contarte nada. Es solo que… No sé, estoy hecho un lío últimamente.

Él se queda pensativo un momento, como si no supiera si debería continuar. Entonces, traga saliva y vuelve a hablar.

—Mira, ya sé que tú y yo nunca hablamos de nuestras cosas. Y lo entiendo, de verdad. Andrés y tú os conocéis desde críos, así que tenéis más confianza que nadie. Y con Adri, pues bueno, todo el mundo sabe que lo vuestro es diferente. —El corazón me da un vuelco al oír sus palabras; ¿las habrá escogido a propósito?—. Pero yo también soy tu amigo, bro. Y me importas mucho.

A estas alturas, tengo los ojos húmedos, llenos de unas lágrimas que amenazan con derramarse de un momento a otro. Entonces, me doy cuenta de algo y me echo a reír.

Él frunce el ceño.

—Oye, que no me estaba sincerando contigo para que te rías en mi cara.

—No es eso —respondo—. Tú también lo has dicho. «Yo también soy tu amigo, bro». Lo has dicho.

—Joder, puto Adri —dice, y los dos nos echamos a reír; una oportunidad perfecta para que las lágrimas caigan de mis ojos disimuladamente. Unos segundos después, Juan vuelve a ponerse serio y continúa—: No, pero lo digo de verdad. Eres mi amigo, y no quiero que estés mal. Sobre todo si no puedo hacer nada para ayudarte.

—Gracias —respondo, con la voz temblorosa—. De verdad.

—De nada. Y, oye… No tienes que contarme nada hasta que no estés preparado, ¿vale? Como si decides no hacerlo nunca. Tan solo… No desaparezcas, ¿vale? No te alejes. No me gusta cuando lo haces.

—Vale —respondo, sintiendo que se me humedecen los ojos de nuevo—. Lo intentaré.

—¿Qué hacemos hasta que venga Andrés? —me pregunta.

—No sé. —Me encojo de hombros—. ¿Vemos vídeos de risa?

—Me parece guay.

No es que sea el plan más apasionante del mundo, pero por algo habrá que empezar. Es la primera vez que quedamos solos, así que esto es territorio nuevo para los dos. Pero supongo que es cuestión de seguir quedando, de ver cómo encajamos cuando no estamos con nadie más y qué cosas nos gusta hacer juntos.

Tras media hora de ver vídeos absurdos que se me pasa volando, suena el telefonillo.

—Ese es Andrés —dice Juan—. Voy a abrir.

Mientras él se marcha, yo recojo la botella de refresco y el paquete de patatas que hemos dejado a medias; la habitación no es tan grande como para que estemos tres personas, así que vamos a estar en el salón. Estoy sustituyendo el refresco medio caliente por uno frío del frigorífico cuando aparece Andrés.

—Ey, ¿qué pasa, tío? —me saluda con una sonrisa—. ¿Qué habéis hecho?

Se acerca a mí para chocarme el puño mientras habla; nuestro saludo habitual.

—Pues nada, estábamos viendo vídeos graciosos y esas mierdas. ¿Qué quieres hacer?

—¿Echamos unas carreras? Tengo un monazo de viciar que flipas. Luego nos podemos poner una peli si queréis.

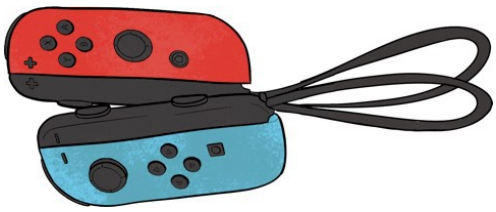
—Me parece guay —dice Juan—. Vamos al salón.

Mientras preparamos el juego, escucho a Andrés despotricando sobre lo aburrido que ha estado estos días. Se ha terminado tres libros enteros que le recomendó Juan, y desconecto un poco cuando empiezan a hablar sobre ellos; nunca me ha interesado demasiado la lectura. Enseguida empezamos a jugar y nos turnamos para contarnos las cosas que hemos hecho durante el puente y que no nos hemos dicho por el grupo, aunque dejo fuera lo más importante, que son las conversaciones con Fran.

Pronto estamos los tres riéndonos y picándonos mientras jugamos. La cantidad ingente de horas que le he echado al juego con Adri significa que les resulta imposible ganarme, pero siempre compiten entre ellos por ver quién queda en segundo y en tercer lugar, y también por quién me putea más a base de caparazones rojos y azules.

Pero, aunque apenas soy capaz de dejar de reír más de cinco segundos seguidos mientras juego con ellos, también noto una sensación molesta en la boca del estómago. Al principio no logro entender la razón, pero entonces vuelvo a quedar el primero y lo comprendo al fin. Normalmente no me resulta tan fácil ganar, y es porque hoy falta un elemento clave del grupo: Adri, mi verdadero rival en el juego. Y es que, por muy bien que me lo pase con ellos y por muy contento que esté después de la conversación con Juan, no puedo evitarlo: lo echo de menos.

Más de lo que me gustaría admitir.



19.

Mi tía Belén se pasa a recoger a Fran el jueves, después de desayunar. La casa parece extrañamente vacía ahora que él no está. Ayer estuvimos cenando los cuatro, con la alegría habitual de cada vez que estamos juntos. Ahora, mi madre, Vero y yo estamos comiendo en silencio. Y no es solo porque echemos de menos a Fran, ni porque no disfrutemos de nuestra compañía. Es porque sabemos que mi padre está por llegar, y eso siempre basta para extraer toda la felicidad de la casa.

Al menos, mientras él sigue fuera, el ambiente en la casa está tranquilo. Pero, por desgracia, la sensación no dura demasiado. Mi padre llega a media tarde, y su mal humor habitual se filtra por las paredes con rapidez, como un veneno tóxico que no tarda en cargarse el buen ambiente que hemos tenido durante todo el puente. Supongo que yo también estaría hasta los huevos si tuviera que cuidar de sus padres insoportables, ¿pero por qué tiene que pagarlo con nosotros?

Con la excusa de que tengo que estudiar para un examen inexistente que supuestamente tendré mañana, me encierro en mi habitación para no tener que verlo hasta la hora de cenar. Al menos, suele respetar mis horas de estudio, aunque la mayoría de las veces sean falsas.

Por suerte, no ha pasado mucho tiempo cuando mi móvil suena para anunciar la llegada de un par de mensajes de Adri, como un salvavidas inesperado.

Brooo q tal??

Llego a casa en menos de media hora, nos vemos un rato??

Uf

Por favor, sí

Uy jajajaja

Tantas ganas tenías d verme??

A ver, sí

Pero es que acaba de llegar mi padre, y en fin…

Ya sabes

Me lo imagino

Te vienes a mi casa, en 40 o así?

Puedes quedarte a cenar si quieres

Y, aunque la idea es demasiado tentadora, sé que no debo pensar solo en mí mismo

Guay lo de quedar, pero no creo que me quede a cenar, vale?

Este está de mala hostia, así que no quiero dejar a Vero y mi madre mucho tiempo solas con él

Pero en 40 estoy allí

Vale bro

Sin perder el tiempo, me meto en el cuarto de baño para ducharme y me aseguro de lavarme bien los dientes. Después, me visto a toda prisa y me asomo al salón, donde mi padre está viendo el fútbol en la tele mientras mi madre lee algo.

—Mamá, papá —los llamo—. Me voy a casa de Adri a ayudarle con el examen, que lo lleva fatal.

—Así me gusta —dice él—. Que estudies mucho, como tiene que ser.

—¿Vendrás para cenar? —me pregunta mi madre, y me parece percibir cierta esperanza en su voz.

—Sí, tranquila. Después de estar casi una semana sin papá en casa, no voy a perderme la cena con él.

Él suelta un gruñido de satisfacción, claramente ajeno a la ironía de mi voz.

Al salir por la puerta, estoy tan nervioso que ni siquiera espero a que llegue el ascensor; en vez de eso, bajo las escaleras corriendo. Cuando salgo a la calle me doy cuenta de que tengo el corazón acelerado, pero no sé si es por los nervios o por la carrera. Hoy la tarde está especialmente fría, la típica tarde de finales de otoño perfecta para pasarme jugando a algo con una manta, pero no me importa. Poder ver a Adri otra vez lo compensa todo.

Cuando llego a su edificio, me doy cuenta de que estoy sin aliento y el corazón me late con fuerza, así que aguardo antes de llamar al timbre mientras intento tranquilizarme y que todo vuelva a la normalidad. Tras unos segundos, mi respiración se relaja un poco, aunque mi corazón sigue latiendo más rápido de la cuenta. Todavía nervioso, levanto la mano para llamar al timbre.

—¿Sí? —responde, y el sonido de su voz hace que sienta un cosquilleo en la tripa.

—Soy yo.

—¡Sube, bro!

La puerta emite el característico zumbido, así que la empujo para pasar. Camino directamente hasta el ascensor; no quiero que mi cuerpo vuelva a alterarse por subir las escaleras. Espero con paciencia hasta que llegue, y después presiono el botón del tercer piso. Mi corazón sigue acelerado, pero ya es demasiado tarde para tratar de calmarlo.

Justo acabo de salir del ascensor cuando se abre la puerta de su casa, y ahí está él. Aunque no he dejado de mirar sus fotos desde

que se marchó, creo que durante esta semana se me ha olvidado lo guapo que era en persona.

—¿Qué pasa, bro? —me saluda con su habitual sonrisa deslumbrante. Lleva su uniforme habitual para estar por casa, el típico pantalón de chándal gris con una sudadera a juego de un tono un poco más oscuro. Probablemente sea la ropa más básica de todo el universo y, aun así, le queda genial.

—¡Hola! —respondo mientras me acerco a su puerta.

Entonces, sale de su casa y me abraza con fuerza. Lo hace como si estuviera contento por verme, como si me hubiera echado de menos tanto como yo lo he echado de menos a él. Es un abrazo tranquilo, sin prisa. Mientras inhalo su aroma y me impregno de su calidez, siento tanto cariño que ese cosquilleo en la tripa que había sentido antes explota hasta convertirse en toda una oleada de sensaciones que recorren mi cuerpo de arriba abajo.

Quiero que el abrazo dure para siempre, pero inevitablemente se acaba.

—Venga, pasa —me dice—. Que aquí fuera hace frío.

Una vez dentro, me quito los zapatos y los dejo en la entrada; es una norma que tienen en su casa y ya lo hago de forma instintiva. Mientras caminamos hacia su cuarto, me doy cuenta de que todo está curiosamente tranquilo.

—¿Y tus padres?

—Se han ido a pasar la tarde con mis tíos.

Lo dice como si tal cosa, pero mi mente acelerada no puede evitar preguntarse si el hecho de que fuera a quedarse solo en casa tendría algo que ver con el hecho de que me haya invitado a pasar la tarde con él. Un segundo después, trato de quitarme esa idea de la cabeza; es absurda.

Cuando llegamos a su habitación, tengo que contener las ganas de inhalar profundamente. Echaba de menos el olor de Adri, y su cuarto es precisamente el lugar que más huele a él. Tal vez esa sea la razón por la que es uno de mis lugares favoritos del mundo.

A estas alturas, conozco muy bien cada centímetro de la estancia. Hay dos estanterías grandes repletas de mangas; una de las pocas cosas que no tenemos en común. Eso de leer al revés no

es lo mío, y cuando me ha puesto algún anime para ver si me gustaba, tampoco acababa de conectar. En las paredes hay pósters; algunos de ellos son de manganimes varios, pero también los hay de lo que mi padre llama muy elocuentemente «tías pechugonas»: Angelina Jolie, Beyoncé y un par más. Son mujeres que a mí me gustan como artistas, aunque diría que las razones de Adri para tenerlas en su pared son un poco distintas, y eso me hace torcer un poco el gesto.

En un lado de la habitación se encuentra su escritorio, y enfrente, la cama. Está medio deshecha, así que supongo que se habrá tumbado un rato mientras esperaba a que llegara. Por alguna razón, esa imagen hace que el corazón se me vuelva a acelerar un poco. De verdad, ¿qué cojones me pasa?

Pero mi rincón favorito de su habitación es lo que llamamos «la zona de juegos». Allí tiene una tele vieja pero bastante decente, la que utilizaban en el salón antes de actualizarla, junto a la también vieja PlayStation 4 y su Nintendo Switch, esta ya más nueva. Pero lo mejor es que el suelo que hay enfrente está completamente lleno de cojines de todos los tamaños y hasta un par de pufs, así que cuando venimos a su casa, siempre nos despatarramos ahí para jugar a gusto.

Si fuera en casa de cualquier otra persona, tal vez me daría cosita, pero algo que poca gente sabe de Adri es que es muy escrupuloso con la limpieza; jamás he encontrado ni una sola mota de polvo en su habitación. Me consta que la barre todos los días y que la friega él mismo una o dos veces por semana… Espero que mi madre no se entere jamás, porque entonces seguro que me obligaría a seguir su ejemplo.

—¿Qué quieres hacer, bro? —me pregunta mientras se sienta en la cama.

La verdadera respuesta no se la puedo decir, así que me encojo de hombros.

—Me da un poco igual. Lo que tú digas.

—¿Quieres ver fotos del viaje?

—Venga, va.

—Pues vente.

Pensaba que iba a hacerse a un lado para que me sentara junto a él, pero en vez de eso, lo que hace es tumbarse en la cama boca abajo. Se acerca a la pared, y entonces da una palmadita sobre el colchón para que me tumbe junto a él.

El familiar calor de mi tripa comienza a subir hasta mis mejillas. No es la primera vez que nos tumbamos en la misma cama, pero tampoco es algo que tengamos costumbre de hacer. Mientras me subo con él, Adri dobla la almohada para colocarla bajo su barbilla, y me da un cojín para que pueda hacer lo mismo. Huele a él, y de nuevo tengo que contener las ganas de inhalar profundamente.

El corazón comienza a latirme tan deprisa que no me extrañaría que pudiera oírlo. Adri no es demasiado corpulento, pero sí que es un tío tirando a grandote, y yo tampoco es que sea un palillo, lo que significa que tenemos que estar muy pegados en su cama de noventa; tanto, que nuestros hombros y nuestros brazos se tocan. Decir que estoy nervioso ahora mismo sería el eufemismo del siglo. Si quisiera, solo tendría que girar la cara y acercarme apenas un par de centímetros para rozar sus labios con los míos.

Pero, por supuesto, eso no va a pasar jamás.

Adri desbloquea el móvil y comienza a enseñarme las fotos del viaje. Hay varias que ya me ha ido mandando estos días, la mayoría selfis que por suerte he podido guardar en mi móvil, pero muchas de las que veo ahora son nuevas para mí. Me va contando lo que es cada sitio, lo que estaba haciendo en cada momento, lo que comió. Yo lo escucho embelesado, como siempre que me cuenta cosas y, aunque trato de mantener la mirada fija en la pantalla, no puedo evitar mirarlo de reojo cada pocos segundos, siempre pendiente de sus expresiones, fijándome en su risa o en sus muecas cada vez que me habla de algo que no le gustó demasiado. Y, sobre todo, me fijo en su boca, en cómo se mueve mientras habla, en como se lame los labios de vez en cuando, esos labios gruesos, rosados y carnosos, esos labios que me encantaría poder besar.

Cuando me quiero dar cuenta, cierta parte de mi anatomía ha tenido precisamente la reacción que siempre trato de evitar cuando estoy con él. Por suerte, en este momento estoy boca abajo, pero

trato de fijarme menos en su cara y más en las fotos que me está enseñando en la pantalla.

Unos minutos después, termina de enseñarme las fotos y se da la vuelta para quedarse boca arriba. Mi cuerpo ya ha vuelto a la normalidad, así que lo imito.

—¿Tú qué? —me pregunta—. ¿Todo bien con tu primo?

—Sí, la verdad. Me ha gustado pasar el puente con él.

—Pues qué envidia.

Parpadeo un par de veces, confuso.

—¿Qué?

—Que a mí también me habría gustado pasar el puente contigo —dice como si tal cosa, completamente ajeno a la reacción que provocan sus palabras en mí, sin darse cuenta de que el corazón se me ha detenido durante un segundo al oírlo. Su mano me roza el brazo sobre la cama, y juraría que puedo sentir una especie de corriente eléctrica que pasa entre nosotros en este momento.

—A ver, tampoco es que hiciéramos nada especial —acierto a responder, tratando de aparentar una calma que estoy muy lejos de sentir—. Jugar al *Mario Party*, al *Mario Kart* y ver películas. Poco más.

—Pues a mí me parece de locos. No me habría importado pasar un puente así.

Entonces, suelta un prolongado bostezo. Me lo contagia al instante, tal como siempre nos pasa, y los dos nos echamos a reír.

—¿Tienes sueño? —me pregunta.

—Sí, un poco. Es que no he estado durmiendo mucho estos días.

—¿Y eso?

La auténtica respuesta sería que mi falta de sueño casi siempre es consecuencia directa de estar pensando en él, pero eso no puedo contárselo.

—Nada, por tener a Fran en casa y todo eso.

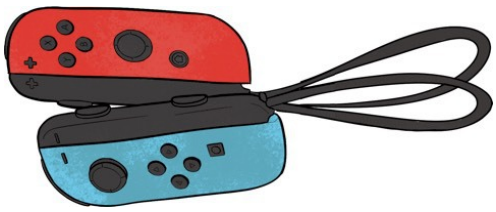
—Ah, claro.

Entonces, como si tal cosa, mueve la mano que me está rozando y la coloca sobre mi brazo, dejándome sin aliento una vez más. Lo miro y veo que tiene los ojos cerrados, pero es imposible que se haya quedado dormido en solo un segundo, por muy cansado que

esté. El corazón se me acelera una vez más y, de nuevo, ese calorcillo se extiende desde mi tripa hasta el resto de mi cuerpo. Pero ahora que estoy boca arriba es el peor momento posible para tener reacciones inesperadas, de modo que clavo la mirada en el techo y trato de concentrarme en él, en las grietas que lo salpican de aquí y allá, en su rugosidad y los distintos tonos de blanco según las sombras y el ángulo de la luz.

Cuando quiero darme cuenta, Adri está roncando suavemente a mi lado. Me permito mirarlo al fin y veo que tiene la boca entreabierta mientras su pecho sube y baja con suavidad, y la tentación de besar esos labios es más fuerte que nunca.

Pero sé que no puedo hacerlo, que jamás podré, así que me conformo con lo que tengo. Cierro los ojos yo también y, profundamente consciente de su mano sobre mi brazo y del sonido de su respiración, dejo que la modorra se apodere también de mí.



20.

—Bro. Despierta, bro. Nos hemos dormido.

Es la voz de Adri, y me está zarandeando, pero al principio no entiendo muy bien lo que está pasando.

Entonces, abro los ojos y me doy cuenta de que estoy en su habitación; concretamente, en su cama. Parpadeo un par de veces mientras recuerdo lo que ha pasado.

—¿Qué hora es? —pregunto, todavía algo desorientado.

—Pues son casi las nueve ya.

Mierda.

—Joder, tengo que volver a casa.

—Puedes quedarte a cenar si quieres. Seguro que a mis padres no les importa, tienen que estar a punto de llegar.

—No puedo. Le dije a mi padre que volvería para cenar.

—Uf. —Sé perfectamente que no necesito decir nada más—. Vale, no pasa nada. Otro día.

—¿Mañana? —propongo esperanzado.

—Por mí guay, pero mañana es la fiesta, bro. ¿Recuerdas?

—¿La fies…? Joder, ya. La fiesta de Mati. Ni me acordaba.

Hace un par de semanas, un compañero de clase nos invitó a su fiesta de cumpleaños, que será mañana. Tampoco es que seamos tan amigos suyos, pero es bastante majo y, personalmente, me hizo bastante ilusión que me invitara a mí también. Juan dijo desde el

principio que no iba a poder ir porque tenía entradas para el teatro con su familia, pero Andrés, Adri y yo aceptamos sin dudarlo.

El problema es que ahora no podría apetecerme menos. Después de estar casi una semana sin ver a Adri y, sobre todo, después de lo que ocurrió la última vez que dormimos juntos, lo único que me apetece es estar a solas con él. Pero ya nos hemos comprometido, así que…

—Tus padres no saben nada, ¿verdad? —me pregunta.

—Qué va, mi padre me mata si se entera de que voy a una fiesta por la noche, por mucho que sea en una casa. Y tampoco creo que a mi madre le hiciera mucha gracia.

Esa es la razón por la que habíamos planeado que me quedaría a dormir en casa de Adri, tal como hacemos casi todos los fines de semana; así, mis padres no sospecharán nada. Pero no vamos a cenar aquí como le he propuesto hace un momento, sino que nos iremos a la fiesta. Casi puedo notar de forma física cómo la pereza se apodera de mi cuerpo.

—No te apetece mucho, ¿verdad? —adivina.

—A ver, no es eso. Es solo que… No sé.

¿Qué le voy a decir? ¿Que lo único que quiero es pasarme toda la noche pegado a él, como hicimos la semana pasada?

—Ya, bro, si te entiendo. A mí también se me hace raro. Pero para una vez que nos invitan a algo…

Adri es demasiado educado para decirlo, pero, en realidad, a él siempre lo están invitando a toda clase de cosas, aunque la mayoría de las veces pasa de ir. Esta es simplemente la única vez que nos han invitado a todos.

—Bueno, tampoco es muy lejos de aquí, ¿no? Si es un coñazo, siempre podemos largarnos —sugiero, tratando de no mostrar en mi voz la esperanza que siento.

—Claro —me asegura con una sonrisa—. Podemos ir a ver qué tal, y cuando quieras nos vamos.

Algo más animado, me levanto de la cama y me pongo en pie.

—Bueno… pues me voy yendo ya.

—Vale.

Echamos a andar hasta la puerta en silencio, y seguimos así mientras me pongo los zapatos. De repente, me siento invadido por una timidez extraña, cohibido y sin saber muy bien qué hacer. Estos días sin él me pesan más de lo que pensaba.

—Pues nada… me voy.

Por suerte, Adri toma la iniciativa y se acerca a mí para abrazarme. De nuevo, el calor de sus brazos a mi alrededor parece filtrarse hacia mi cuerpo y recorre todo mi ser en forma de agradables oleadas. Es un abrazo largo, bastante más que los habituales, más largo que el de antes. En él trato de transmitirle lo que siento, todo lo que me callo. Que lo echaba de menos, que lo voy a echar de menos. Que… En fin, que le quiero. Aunque sé que jamás podré decírselo.

Al fin, inevitablemente, acabamos separándonos. Me pongo el abrigo y abro la puerta, odiando cada momento.

—Bueno… Hasta mañana.

—Hasta mañana, bro.

Entonces, abro la puerta y salgo. Adri no cierra, sino que se queda esperando mientras llamo al ascensor.

—Vas a coger frío —señalo, y él se ríe.

—Da igual.

Con esa sonrisa que tanto adoro, continúa mirándome hasta que llega el ascensor. Cuando entro, presiono el botón del bajo y se cierran las puertas, todavía no he oído la suya cerrándose.

Fuera hace más frío que antes, y es todavía peor después de haberme quedado dormido junto a Adri, después de su abrazo tan lleno de calidez. Además, mientras que antes caminaba deprisa por las ganas de llegar a su casa lo antes posible, ahora voy tirando a despacio; no podría apetecerme menos la idea de volver a la mía y tener que cenar con mi padre.

La cosa empeora en cuanto entro por la puerta.

—¡Hola! —saludo en voz alta—. Ya estoy aquí.

—¿Se puede saber qué horas son estas? —grita mi padre desde el salón—. Dijiste que ibas a volver para cenar.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Y he vuelto, no?

—¡No me rechistes! Ven a ayudar ahora mismo, anda.

Es increíble cómo la simple existencia de una persona puede hacer que tu estado de ánimo pase de cien a cero en los veinte minutos que he tardado en llegar desde la casa de Adri.

Contengo las ganas de mandarlo a la mierda porque sé bien que con eso me ganaría un bofetón o algo peor y paso por la cocina, donde mi madre y mi hermana están preparando la comida.

—¿Qué pasa, enano? —dice Vero.

—Hola, cariño —me saluda mi madre, y me acerco para darle un abrazo. Ella me da un beso en la mejilla—. ¿Has estudiado mucho?

—Pues sí, la verdad —miento descaradamente—. Se nos ha echado la hora encima, pero es que es un examen chungo.

—Tú no te preocupes, ya sabes cómo es tu padre. En cuanto se llene el estómago, se le pasará.

Mi hermana resopla junto a ella; los dos nos hemos preguntado en incontables ocasiones por qué siguen casados siquiera. Me resulta imposible pensar que mi madre pueda seguir queriéndolo.

Entonces, comienzo a sacar platos y cubiertos para llevarlos al salón. Como no podría ser de otra manera, mi padre está viendo los deportes en la tele, con una lata de cerveza vacía en la mesa. Pongo los ojos en blanco. ¿Para qué va a ayudar él a poner la mesa cuando podemos hacerlo nosotros? En las escasas ocasiones en las que alguien se ha atrevido a insinuar algo, siempre pone la excusa de que él trae el dinero a casa, como si mi madre no trabajara también, como si Vero y yo no tuviéramos que ir a clase y estudiar. Pero, con el paso de los años, he aprendido que decirle algo solo provoca represalias en forma de castigos y a veces hasta algún bofetón, así que ahora simplemente me quedo callado mientras pongo la mesa en silencio.

—¿Has terminado? —me pregunta cuando estoy terminando de colocar las servilletas.

—Sí.

—Siéntate conmigo, anda.

Hago una mueca.

—Ya sabes que no me gusta el fútbol.

—Ya estamos con las mariconadas —dice, y la palabra es como un cuchillo hundiéndose lentamente en mi pecho—. Además, no es fútbol.

A regañadientes, me siento junto a él; sé que será peor si no lo hago.

Por alguna razón, mi padre tiene la manía de que «tenemos que pasar tiempo juntos como padre e hijo», así que me obliga a hacer algo con él al menos una vez por semana. Y, por alguna razón, parece tener la extraña teoría de que obligarme a sentarme con él a ver el fútbol o cualquier otro deporte ya cuenta como pasar tiempo juntos. Teniendo en cuenta la alternativa, la verdad es que lo prefiero.

Antes se esforzaba más, pero sus planes casi siempre consistían en llevarme a ver algún partido de fútbol o carreras de coches, que siempre se me hacían interminables. Una vez me llevó a pescar, como en las películas, pero entre que nos llovió, me subió la fiebre y que no conseguimos pescar absolutamente nada, fue uno de los peores días de mi vida. Otras veces me llevaba al cine a ver películas de acción aburridísimas, aunque, comparado con lo demás, esos eran los mejores planes. Al menos había aire acondicionado, refresco y palomitas.

Pero lo peor de todo fue cuando cumplí los trece años y me llevó a una corrida de toros en secreto; ni siquiera se lo había dicho a mi madre, que jamás lo hubiera consentido. Yo no sabía adónde íbamos hasta que nos bajamos del coche y nos dirigimos a la plaza; quise negarme a entrar, pero mi padre me obligó a hacerlo. Y, aunque prefiero no pensar mucho en ese día, recuerdo que vomité y que después me encerré en los servicios malolientes y me quedé ahí hasta que llegó la hora de irnos a casa.

Desde ese día, todas las semanas tengo que hacer el paripé de sentarme junto a él mientras está viendo algo, ya sea un partido, una película malísima o un documental sobre caza. Al principio, pensaba que realmente solo intentaba «hacer cosas de padre e hijo» conmigo, que de verdad quería que pasáramos tiempo juntos. Pero, con los años, me di cuenta de que en realidad no se interesaba por mí, de que no le importaba lo que me gustara o lo que yo quisiera

hacer. Comprendí que, en el fondo, lo único que quería era moldearme a su imagen y semejanza. Aunque, para entonces, ya era lo bastante mayor y lo había llegado a conocer lo suficiente como para saber que jamás querría parecerme a él. Al menos, he llegado a perfeccionar la habilidad de clavar los ojos en la pantalla con la mirada totalmente perdida, sin ver absolutamente nada mientras pienso en mis cosas.

Y, como no podría ser de otra manera, hoy tan solo puedo pensar en Adri.

Por suerte, el partido de rugby o lo que sea que esté viendo ya está terminando, y justo entonces mi madre avisa de que la comida está lista.

La cena no podría ser más diferente a la de estos últimos días con Fran. Las risas y las bromas han quedado atrás; ahora solo hay tensión y silencios incómodos. Y, cuando alguien habla, la cosa no va mucho mejor. Si mi madre, Vero o yo decimos algo, mi padre gruñe, como si le molestara tener que escucharnos. Y, cuando es él quien habla…

—No comas tanto, que te estás poniendo gorda —dice de pronto.

Tanto mi madre como mi hermana levantan la mirada; conociendo a mi padre, el comentario podría estar dirigido a cualquiera de las dos, pero hoy está mirando a mi hermana.

—Peso lo mismo de siempre —responde ella con un hilo de voz.

Mi padre frunce el ceño mientras la observa, claramente evaluándola con la mirada.

—Qué va. Estás más gorda que cuando me fui.

—¿Y qué más da? —replico, enfadado—. Está bien como está.

—Tú cállate. Y más te vale que nunca te tires a una gorda.

Mis mejillas enrojecen de inmediato.

—Jesús, por favor —dice mi madre en voz baja.

—¿Qué pasa? Ya es casi un hombre, tiene que saber lo que se merece.

—Por favor, que estamos en la mesa —susurra ella, mortificada.

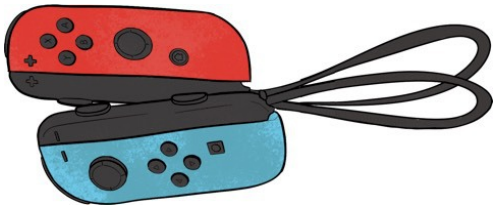
Por suerte, el bochorno no dura demasiado. Pronto, mi padre termina de comer, se pone en pie y se marcha, dejándolo todo por

medio. Nosotros tres intercambiamos una mirada, sin saber muy bien qué decir. La diferencia con los días anteriores no podría ser más evidente.

—Ya recojo yo —les digo—. Que vosotras habéis hecho la comida.

—Gracias, cariño —responde mi madre, con una sonrisa cansada, y se acerca para darme un beso en la cabeza. No se me escapa el hecho de que la tristeza ha vuelto a sus ojos.

Por la noche, lo que me mantiene despierto por primera vez en mucho tiempo no es Adri. Mientras doy vueltas en la cama, lo único en lo que puedo pensar es en cuándo llegará el día en que pueda perder de vista para siempre al gilipollas de mi padre.



21.

UNA MAÑANA MÁS, ME DESPIERTO CANSADO DESPUÉS DE HABER DORMIDO mucho menos de lo que debería.

Al menos, las mañanas siempre tienen algo bueno, y es que muy pronto veré a Adri. Por mucho sueño que tenga y mucha pereza que me dé salir de la cama, la perspectiva de verlo en la parada del autobús y volver a abrazarlo siempre hace que prepararme para el instituto me resulte mucho más fácil.

Me tiembla el corazón cuando doblo la esquina y lo veo a lo lejos, esperándome en la parada. Levanta la mirada y me ve, y puedo distinguir su amplia sonrisa desde aquí mientras levanta el brazo para saludarme. Acelero el paso, emocionado por verlo.

—Hola —lo saludo cuando me detengo al fin frente a él, prácticamente sin aliento.

—¿Qué pasa, bro?

Sin esperar respuesta, se acerca de mí y me rodea con los brazos. Por suerte, las capas de ropa que llevamos los dos deberían impedir que se dé cuenta de los latidos acelerados de mi corazón. Y, con un poco más de suerte, tal vez atribuirá al frío el rubor que debe de ser evidente en mis mejillas.

Apenas acabamos de separarnos cuando aparece el autobús. Nuestros asientos habituales están vacíos, de modo que nos quitamos los abrigos y nos sentamos, brazo contra brazo y muslo

contra muslo. Me doy cuenta de que él se ha quitado también la sudadera; así que lo imito. No debería parecerle raro porque él lo ha hecho primero, y así podré rozar su piel sin que haya ninguna clase de barrera entre nosotros. Por supuesto, lo que realmente me apetecería sería acariciarle el brazo, o al menos tocárselo con la mano, pero tengo que conformarme con esto. Y, ahora que puedo sentir su cálida piel contra la mía, un agradable cosquilleo se extiende por mi cuerpo.

Permanecemos sentados en silencio, algo que ha empezado a ocurrir entre nosotros desde hace algún tiempo. Durante los primeros años de nuestra amistad, siempre hablábamos mucho cuando estábamos juntos, de cualquier cosa, de todo y de nada. Pero, de un tiempo a esta parte, los silencios han empezado a hacer acto de presencia. Supongo que tiene sentido; entre que pasamos mucho tiempo juntos y que ya nos contamos por mensaje cualquier cosa relevante que hacemos, es normal que por las mañanas no se nos ocurra qué decir. Pero, en lugar de ser un silencio incómodo, es tan agradable como cualquier otra cosa que hagamos juntos.

Además, hoy tengo sueño, así que tal y como suelo hacer, cierro los ojos y me permito quedarme ligeramente amodorrado mientras disfruto del contacto de nuestros brazos.

Unas palmaditas en el hombro me despiertan de inmediato.

—¿Qué tal, tíos?

Es Andrés; ni siquiera me había dado cuenta de que estuviéramos llegando ya a su parada. Siempre nos sincronizamos por el grupo para montar los cuatro en el mismo autobús, pero supongo que habrá sido Adri quien lo ha mantenido informado.

Como yo ya los he visto desde que volvieron de sus respectivos viajes, desconecto un poco mientras se ponen el día. Enseguida llegamos a la parada de Juan, que me dirige una sonrisa mientras toma asiento junto a Andrés. Yo se la devuelvo; desde que estuvimos hablando el otro día, me siento más unido a él.

Mucho antes de lo que me gustaría, llegamos al instituto y nos enfrentamos a una nueva jornada de clases. La primera hora es Educación Física, muy a mi pesar. Según el profesor, es buenísimo que comencemos el día haciendo ejercicio, pero a mí lo único que

me apetece hacer tan temprano es morirme. Sobre todo porque después de la clase toca ir a las duchas, y ese es sin duda el peor momento de toda la semana.

Hoy la clase ha sido especialmente agotadora, así que estoy sudando mucho más de lo habitual mientras nos dirigimos hacia los vestuarios. Voy arrastrando las piernas, fingiendo mucho más cansancio del que siento ya de por sí para entrar más tarde. Cualquier segundo que pueda ganar será bueno.

—Bro, ¿no vienes? —me llama Adri desde la puerta, a diez metros de distancia. Mierda.

—Es que me duelen las piernas. —Para darle realismo, me detengo y apoyo las manos sobre mis rodillas, agachándome un poco hacia delante—. Ve entrando tú.

—No, hombre. Te espero. —Y no solo lo hace, sino que retrocede para acercarse a mí—. ¿Estás bien?

—Sí, sí, tranquilo. Solo estoy cansado. Ve yendo, en serio.

—Que no, bro. Te espero.

Joder. Me derretiría por lo adorable que es si no fuera porque ha escogido el peor momento posible para hacerlo. Pero sé que va a quedar raro si sigo insistiendo para que se vaya.

—Venga, vamos —le digo tras un minuto—. Ya estoy mejor.

—Te ayudo.

Sin esperar respuesta, me rodea los hombros con un brazo para que me apoye contra él. Comienzo a caminar de nuevo, aprovechando la trola para seguir yendo despacio. Soy profundamente consciente del contacto entre nuestros cuerpos, de su torso contra mi torso, su brazo a mi alrededor, sus dedos casi rozándome el cuello. Está sudado, pero no me importa; ahora mismo, esta cercanía lo es todo para mí. Pero la parte negativa es que, si en general suelo ponerme nervioso cuando llega este momento, hoy es todavía peor.

De nuevo, cruzar esa puerta es como entrar en zona hostil. Por suerte, retrasarme ha servido para que la mayoría de nuestros compañeros estén ya en las duchas, incluidos Juan y Andrés. Solo quedan un par de chicos en el otro extremo de los bancos.

—¡Ey, chavales! —nos llama uno de ellos, Mati, cuando nos ve entrar—. Al final os venís a la fiesta, ¿no?

—Claro —responde Adri—. ¡Allí nos vemos!

—Guay, tío.

Entonces se va a las duchas con su amigo, dejándonos solos. Adri se quita la camiseta y comienza a bajarse los pantalones mientras yo aparto la mirada.

—¿Vamos? —me pregunta.

—Ve yendo tú. Así reposo un poco las piernas.

—Nah, me quedo contigo.

—Tío, que estás en bolas. De verdad que no hace falta.

—Bueno, como quieras. Pero no será nada grave, ¿no?

—Que no, pesado. Vete ya.

—Va.

Y, sin decir nada más, se aleja de mí en dirección a las duchas. Yo me obligo a mantener la mirada clavada en mis deportivas, y no me permito levantar la vista hasta que veo que dobla la esquina por el rabillo del ojo. Entonces, me desnudo a toda velocidad, me ajusto la toalla con fuerza a la cintura y me pongo en pie. Como siempre, dejo mi ropa fuera sobre el banco, para poder vestirme lo más rápido posible después.

Cuando llegan dos de mis compañeros, recién duchados, me apresuro a dirigirme hacia las duchas, mirando fijamente al frente para que mis ojos no capten nada por debajo de la altura de la cintura de nadie. Con un vistazo rápido compruebo que mis amigos están en el extremo más alejado, como siempre, así que ocupo una de las duchas que han dejado atrás los otros dos.

Hoy he entrado más tarde de lo normal, así que no tardo en quedarme solo en la zona de las duchas. Aguardo un par de minutos más para dar tiempo a los últimos a que se vistan, y solo entonces cierro el agua y vuelvo a la zona de bancos.

Para mi sorpresa, Adri sigue allí. Está vestido, pero sigue sentado en uno de los bancos.

—¿Qué haces aquí?

Él se encoge de hombros.

—Esperarte. ¿Qué tal las piernas?

—Bien, bien. Me ha sentado bien la ducha.

—Me alegro, bro.

Titubeo un instante, sin saber qué hacer. Está sentado justo al lado de mi ropa, pero no puedo cambiarme junto a él. Ya no. Pero sé que no querrá marcharse sin mí después de haberse quedado a esperarme, así que me estrujo el cerebro para tratar de pensar una alternativa que pueda sonar medianamente convincente.

—Oye, creo que me he dejado la ducha abierta. ¿Puedes ir a comprobarlo?

—¿Qué? —pregunta, claramente confuso.

—Pues eso, que como voy tarde, creo que con las prisas me la he dejado abierta.

—¿En serio?

—Sí. ¿Te importa ir a mirar? Que luego nos echan la bronca.

—Ah. —Frunce el ceño—. Sí, claro. Voy.

No pierdo ni un segundo. En cuanto me da la espalda, me quito la toalla a toda velocidad para ponerme los calzoncillos limpios. Acto seguido, me pongo los pantalones, y después, ya más tranquilo ahora que ha pasado lo peor, vuelvo a sentarme en el banco, me pongo la camiseta y me agacho para ponerme los calcetines.

—Estaba cerrada, bro —grita Adri desde las duchas.

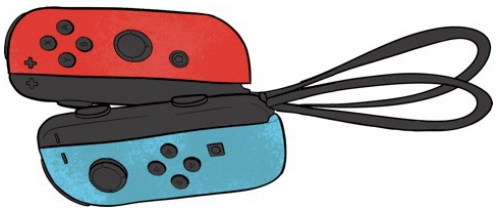
—Ah, vale —respondo mientras empiezo a atarme las deportivas —. Perdona.

—Nada, tranqui —responde. Levanto la mirada y lo veo caminando hacia mí—. ¿Ya estás?

—Casi. —Entonces, termino de atarme las deportivas y me pongo en pie—. ¿Vamos?

Él me da una palmada sobre el hombro, sonriente.

—Vamos.



22.

Una vez pasado lo peor, el resto del día se me hace mucho más llevadero. A tercera hora tenemos el examen de Inglés para el que he estado estudiando durante el puente, aunque no tiene ni de lejos la dificultad que había dejado creer a mis padres. Tan solo han pasado cuarenta minutos cuando termino de hacerlo. Lo repaso por encima, pero no se me ocurre nada que pueda mejorar, así que levanto la mano. Adri me echa un vistazo, sorprendido.

Pero Eric, nuestro tutor y profesor de Inglés, está ocupado corrigiendo exámenes en su escritorio y no se da cuenta.

—¿Eric? —lo llamo, un poco avergonzado.

Él levanta la mirada.

—Dime, Víctor. ¿Tienes alguna duda? Sabes que no puedo…

—No, no es eso. Es que ya he terminado.

Si está sorprendido, no lo demuestra.

—Ah, pues estupendo —responde con una sonrisa—. ¿No quieres revisarlo antes de entregarlo?

—Ya lo he revisado.

—Bueno, pues tráemelo. —Me pongo en pie y me acerco a él para entregárselo—. Puedes irte al recreo si quieres.

—Vale, gracias.

Recojo mis cosas en silencio, tratando de no molestar. Capto la mirada a Adri, pero él me hace un gesto para indicarme que me

vaya yendo; conociéndolo, supongo que necesitará apurar hasta el último segundo.

Después de la tensión de esta mañana, agradezco tener estos minutos de tranquilidad para mí. Tengo ganas de ir al baño, así que voy hacia allí. Por suerte, a esta hora está vacío; siempre lo prefiero cuando no hay nadie. Me planto frente al urinario y, sin poder evitarlo, mi mirada se desvía hacia la burda pintada con rotulador que hay un poco más allá: «Eric el de ingles come poyas». Suelto un suspiro.

Eric es de los mejores profesores que he tenido jamás, y eso que nosotros somos su primera tutoría. Un día nos contó que entró a trabajar en el colegio como monitor de Inglés y le gustó tanto la experiencia que acabó sacándose el máster y las oposiciones para ser profesor. Pero se rumorea que está liado con Rubén, uno de los profesores que tuve en Primaria, y hay gente que se ríe de él por eso. Y, aunque ni siquiera sean un grupo especialmente numeroso, siempre hacen el ruido suficiente como para que se los oiga.

Cada una de esas burlas me duele por partida doble. En primer lugar, porque Eric es un profesor estupendo; no se merece que se rían de él. Pero, además, esos comentarios me duelen porque es como si se estuvieran riendo de mí también. A excepción de mi primo Fran, nadie sabe que me gustan los chicos, si es que eso es lo que me está pasando con Adri. Pensar en lo que podría pasar si los demás se enteraran es una de las razones por la que me ha costado tanto lidiar con esto durante las últimas semanas, los últimos meses. Y ese es también el motivo por el que me siento un poco bloqueado con Andrés desde hace algún tiempo.

Cuando me quiero dar cuenta, ya está sonando el timbre que señala el comienzo del recreo; debo de haberme quedado como diez minutos aquí empanado. Me apresuro a subirme la cremallera, me lavo las manos, y cruzo el pasillo en dirección a mi clase, donde ya están saliendo mis compañeros.

—Joder, bro —se queja Adri—. Ha sido jodido.

—Qué dices, tío —replica Andrés—. Si estaba tirado.

—¿No has estudiado estos días o qué? —pregunta Juan.

—Qué va, tío. Si estaba de vacaciones. —Entonces me mira a mí —. ¿Y tú? Lo habrás clavado, seguro.

—Bueno, yo creo que me ha salido bien.

—Joder, macho. Siempre soy el tonto del grupo.

Y así continúa durante la mitad del recreo, quejándose de su mala suerte como si no se lo hubiera buscado él solito. Cuando terminan las clases y nos montamos todos en el autobús para volver a casa, vuelve a empezar con la misma cantinela.

—Tendrías que haber estudiado —le reprendo ligeramente cuando se marchan Juan y Andrés—. Sabías que íbamos a tener el examen.

—¿Para qué? Si soy un negado con el inglés, bro.

—Bueno, pero podemos estudiar juntos. Ya sabes que a mí se me da bien.

Él se lo piensa durante unos segundos, y entonces asiente con la cabeza.

—A ver, no es mala idea.

Contento ante la perspectiva de tener una excusa más para pasar todavía más tiempo juntos, continúo hablando animadamente con él hasta que llegamos a nuestra parada.

—Bueno… pues nos vemos esta noche —dice mientras bajamos —. ¿A las ocho en mi casa?

—Vale, guay.

El abrazo que me da es un tanto más breve de lo habitual, aunque, teniendo en cuenta que nos veremos dentro de unas pocas horas, supongo que es normal.

—Hasta luego, bro.

—Hasta luego.

Echo a caminar en dirección a mi casa, animado y nervioso a partes iguales. Nunca he estado en una fiesta. O sea, a ver, sí que he estado en fiestas de cumpleaños y tal cuando era pequeño. Pero nunca he estado en una fiesta «de verdad»; desde que soy mayor, los únicos cumpleaños a los que he ido son celebraciones pequeñas de mis amigos o familiares. Y, aunque tengo ganas, tengo que admitir que me preocupa no saber comportarme, no saber socializar

con gente con la que normalmente apenas intercambio un par de palabras a la semana, como mucho.

Mi estado de ánimo no tarda en agriarse cuando llego a casa. Mi madre está terminando de preparar la comida, así que me encargo de poner la mesa con Vero mientras mi padre se rasca los huevos en el sofá… literalmente, compruebo con una mueca de asco.

—Recordad que esta noche tengo turno en el restaurante —avisa mi madre mientras nos comemos su deliciosa tortilla de patatas—. He hecho una tortilla de más para que podáis cenar.

—¿Otra vez sobras recalentadas? —se queja mi padre.

—Bueno, siempre puedes cocinarte algo tú si no te parece bien —responde ella con suavidad. Vero y yo intercambiamos una mirada, tratando de sofocar la risa—. Víctor, tú vas a dormir en casa de Adri, ¿verdad?

Asiento con la cabeza.

—Hemos quedado a las ocho, así que ya cenaré en su casa.

—Bueno, había tortilla para ti también, pero te la puedes comer mañana si quieres. De un día para otro también está buena.

—O puedo repetir plato ahora, que seguro que con Adri cenamos tarde.

Mi padre ha estado observando la conversación con el ceño fruncido.

—Pasas demasiado tiempo con el Adri ese. A tu edad, deberías estar conociendo chicas, no encerrado jugando a los videojuegos.

—Vamos a estudiar —miento—. Además, ya conozco a muchas chicas.

—¿Como quién? Porque nunca te veo traerlas por casa.

¿Lo estás diciendo en serio? La situación es tan ridícula que no puedo resistir la necesidad de reírme un poco a su costa.

—Pues a ver… —Levanto las manos y comienzo a enumerar—. Ariana Grande, Sabrina Carpenter, Rosalía, Lola Índigo, Ana Mena, Belén Aguilera…

Él continúa mirándome con el ceño fruncido, como tratando de averiguar si le estoy diciendo la verdad. Vero tiene los labios tan apretados para contener la risa que temo que vaya a explotarle la cabeza.

—¿Y son chicas de tu clase o qué? A tu edad son muy espabiladas, tienes que buscarlas de un par de cursos por debajo.

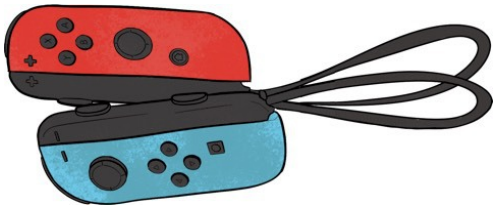
—Papá, déjalo en paz —interviene mi hermana—. A mí no me dejabas salir con nadie a su edad.

—Porque tú eres una chica —sentencia, como si eso lo aclarara todo.

Después de eso, desconecto totalmente de la conversación; es una habilidad que he ido perfeccionando cada vez más durante los últimos meses.

Cuando terminamos de comer, me dedico a hacer deberes y estudiar; sé que lo más probable es que mañana no vaya a hacer nada. A eso de las siete, preparo la mochila con todas las cosas que suelo llevarme para dormir en casa de Adri y me voy a la ducha. Estoy nervioso, así que permanezco un buen rato bajo el chorro de agua caliente, tratando de tranquilizar mi corazón y mi respiración.

De vuelta en mi habitación, me pongo la ropa que ya había escogido previamente. Vaqueros negros, mis Converse del mismo color, y mi sudadera azul favorita sobre una camiseta blanca sencilla. Nada demasiado arreglado, pero tampoco creo que tenga que ir especialmente bien vestido para un cumpleaños de un compañero de clase. Entonces, compruebo que lo llevo todo en la mochila, paso por el salón para despedirme y salgo de casa, rumbo a lo desconocido.



23.

Cuando Adri me abre la puerta, el corazón se me detiene un instante: está todavía más guapo de lo habitual. Y no es porque él sí se haya esforzado un poco, sino porque cualquier cosa le sienta bien siempre. Mientras me abraza para saludarme, temo una vez más que pueda oír los latidos de mi corazón.

—Vamos del revés —señala con una sonrisa.

—¿Qué?

—Sí, bro; tú fíjate. —Acerca el brazo a mi pecho—. Tú llevas la sudadera azul y los vaqueros negros. Y yo llevo jersey negro y vaqueros azules.

—Es verdad —digo con una risita.

—¿Quieres dejar la mochila en mi cuarto y vamos saliendo ya?

—Vale, guay.

Normalmente, cuando duermo en su casa sacamos la cama supletoria y la hacemos entre los dos. Pero, al entrar en su habitación, veo que hoy ya está fuera y hecha; supongo que habrá pensado que igual nos da pereza ponernos a ello si llegamos tarde. Y, por tonto que parezca, ese detalle me enternece.

Veinte minutos más tarde, ya estamos esperando a Andrés en el portal de Mati, que no vive demasiado lejos de nosotros.

—¿Estás nervioso? —me pregunta Adri de repente.

—¿Qué? ¿Por qué lo dices?

—No, por nada. Me lo parecía. Mira, ahí viene Andrés.

Lo saludamos con la mano mientras se acerca, y entonces llamamos al timbre. Se oye tanto ruido al otro lado que no entendemos absolutamente nada cuando contestan al telefonillo, pero nos abren la puerta de todos modos.

Cuando subimos en el ascensor y llamamos a la puerta, es Mati quien nos abre.

—¡Hola! —nos saluda con una sonrisa—. Muchas gracias por venir.

Ya hay bastante gente en la casa; por suerte, la mayoría son compañeros de clase. Aunque no sean amigos exactamente, al menos nos conocemos de vista, así que supongo que la cosa no será tan incómoda. Mati nos hace una pequeña visita guiada para explicarnos dónde está todo. Se nota que su familia tiene dinero, porque tienen un comedor aparte del salón. La enorme mesa del comedor se encuentra pegada a la pared, y en ella hay cajas de pizzas cortadas en porciones, cuencos de palomitas, patatas fritas, frutos secos y golosinas, y también un montón de vasos y botellas de refrescos varios, y hasta me parece ver alcohol. Por su parte, en el salón hay unos cuantos chavales jugando a la consola frente a una tele gigantesca, y también un amplio espacio vacío que según Mati es «la pista de baile».

Empiezo a pensar que sobro, pero bueno. Al menos, puedo estar con Adri y Andrés.

La primera media hora transcurre sin contratiempos. Me quedo con mis amigos cerca de la mesa del comedor, comiendo y bebiendo mientras hablamos de nuestras cosas, como si fuera un día cualquiera y no estuviéramos en una fiesta de cumpleaños.

De pronto aparece Sandra, una de nuestras compañeras. Es bastante maja, y en general me cae bien, pero se le nota a la legua que le gusta Adri. Y, como no podía ser de otra manera, hoy ha venido derechita hacia él en cuanto lo ha visto. Tampoco me extraña, la verdad. Adri siempre ha sido guapo, pero lo de esta noche es diferente. No es solo que sea guapo, sino que, además, está guapo.

Ella, por su parte, está despampanante. Parece como si tuviera dieciocho años, más que quince.

—¡Adri! ¿Qué tal la fiesta? —le pregunta, apartándose el pelo oscuro de la frente con un gesto claramente coqueto—. ¿Te lo estás pasando bien?

—Eh… Sí, está guay.

—Yo acabo de llegar. ¿Me enseñas un poco todo esto?

Sin esperar respuesta, lo coge del brazo y se lo lleva lejos de nosotros. Andrés me mira, muy serio, y yo trato de quitarle importancia al tema mientras cojo un trozo de pizza.

Los minutos pasan. Transcurre media hora, y después otra media más. Adri sigue con Sandra. A veces los veo yendo a por algo de comer o de beber; otras, riendo mientras ella le habla muy cerca del oído, siempre tocándolo de todas las formas posibles. Cuando salen a la zona de baile improvisada, decido que ya estoy harto. No tendría que haber venido a esta puta fiesta. Sinceramente, no sé qué estoy haciendo aquí.

La música suena estridente a mi alrededor, pero, mientras los demás bailan, yo me siento como un idiota aquí plantado, sin saber muy bien qué hacer. Me he tomado una copa y siento un calorcillo extraño en el estómago, pero no sé si quiero beber más.

De pronto, una voz familiar suena cerca de mi oído, sobresaltándome.

—Bro. —Levanto la mirada y allí está Adri, impresionantemente guapo con su jersey negro; no necesita nada más—. ¿Estás bien?

—Sí. ¿Por?

—Estabas ahí todo empanado, mirando a la nada —dice con una sonrisa que hace que me tiemble el corazón.

Bajo la mirada, avergonzado; no es la primera vez que me pilla disociando.

—Nah, no te ralles. Estoy bien.

Él abre la boca para contestar, pero entonces la música se detiene de golpe y los dos miramos a nuestro alrededor, sorprendidos.

—¡Atención, chavales! —grita Mati, el cumpleañero—. Vamos a jugar a la botella. Sentaos todos en círculo.

Hago una mueca. ¿De verdad es necesario?

Sin embargo, y por alguna razón que no alcanzo a entender, todo el mundo parece entusiasmado por la idea. Comienzan a reunirse en lo que hasta hace unos segundos era la pista de baile.

—Qué coñazo —le murmuro a Adri mientras los miro—. Yo paso. ¿Crees que habrán dejado libre la tele? Podríamos echar unas carreras.

—¿Qué dices, bro? —replica él, con cara de incredulidad—. Vamos con ellos.

—No me apetece, Adri. Estos juegos son una mierda.

—Venga, anda —insiste, mirándome con ojos de cachorrito—. Seguro que es divertido.

Y yo nunca soy capaz de negarle nada cuando me mira así, de modo que…

—Bueno, vale.

—¡Guay! —exclama, y se acerca para darme un abrazo. Me quedo paralizado un instante; es la primera vez que me abraza en público. Debe de estar un poco achispado—. Venga, vamos.

A regañadientes, me acerco con él al centro del salón, donde ya están casi todos sentados en círculo. Antes de que podamos buscar un sitio, se acerca Sandra una vez más, con su sonrisa de miles de euros.

—¡Adri! —lo saluda, muy sonriente—. Vente conmigo.

Y entonces lo toma de la mano y se aleja con él, ignorándome por completo. Genial. Conociéndola, seguro que tratará de forzar la situación para hacer manitas con él, besarle o vete a saber qué.

Sabía que esto era una idea de mierda.

Estoy a punto de darme la vuelta para coger el abrigo e irme a mi casa cuando veo que Andrés me llama con la mano desde el círculo. Me doy cuenta de que está solo, y también de que hay un hueco a su lado, y eso me hace sentir mal. Sé que también se siente fuera de lugar aquí, así que voy con él.

—No veas cómo soba Sandra a Adri, ¿eh? —comenta cuando me siento, mirándolos. No sé si es cosa mía, pero me da la impresión de que le molesta.

—Ya ves —respondo con una mueca, aunque me niego a mirar.

—Venga, chicos, vamos a empezar —dice Mati, con una botella en la mano—. Todos sabéis jugar, ¿verdad? Yo hago girar una botella, y a quien le toque, tendrá que responder a una pregunta o hacer un reto que yo le diga. Después, esa persona hará girar la botella, y así sucesivamente.

Entonces, comienza el juego. Mati hace girar la botella, y todos miramos con expectación hasta que se detiene delante de una chica que no conozco; debe de ir a otro instituto.

—¿Verdad o reto? —pregunta él.

—Reto —responde ella.

—Ponte de pie y dale un beso en la boca al chico que tú elijas.

Pongo los ojos en blanco. Sabía que este juego iba a acabar consistiendo en esto; es que lo sabía. Le echo un vistazo a Sandra y puedo ver por su sonrisita que está deseando que a ella le toque hacer lo mismo. Me dan ganas de potar.

Sin dudarlo, la chica se pone en pie y le da un pico rápido a otro de los desconocidos. No sé si habrá algo entre ellos, pero tampoco me importa.

A continuación, hace girar la botella, que pasa peligrosamente cerca de mí pero se detiene en una chica justo a mi lado.

—¿Verdad o reto? —le pregunta ella.

—Verdad.

—¿Te gusta alguien?

—No.

El juego continúa con pocas variaciones durante unas cuantas rondas y, mientras mejor se lo pasan los otros, más aburrido estoy yo. Nadie es demasiado original con las respuestas; casi todos los retos consisten en besar a alguien y casi todas las preguntas son para saber quién le gusta a quién, con muy pocas variaciones.

Estoy tratando de encontrar alguna excusa para levantarme y marcharme cuando la boca de la botella señala a Adri, y eso atrae mi atención de inmediato. Con un poco de suerte, tal vez responderá alguna verdad interesante.

—Adri —dice Carlota, la última que ha jugado—. ¿Verdad o reto?

Él parece dudoso durante un instante antes de responder.

—Reto.

Carlota se ríe y se acerca a Marta, su mejor amiga. Cuchichean algo entre risitas antes de volver a mirarlo.

—Vale —dice Carlota—. Te reto a besar en la boca… a un chico.

Todos nos quedamos de piedra al oírlo, y yo el primero. ¿De verdad ha dicho lo que creo que ha dicho? Miro a Adri; ni de coña va a hacerlo, y menos delante de todos. Suenan risitas alrededor del grupo, y de inmediato siento un retortijón incómodo en el estómago. ¿Qué está pasando aquí?

—¿A qué chico? —pregunta él, con calma. Parece mucho más tranquilo de lo que esperaba.

—A quien tú quieras. Pero tiene que ser por lo menos un minuto entero.

Lo miro de reojo, fingiendo desinterés. ¿Tratará de negarse y de optar por responder una verdad para no tener que cumplir el reto?

—Vale —dice él como si tal cosa, y todos se quedan en silencio de golpe.

Contra todo pronóstico, se pone en pie mientras los demás lo miramos, a cuál más sorprendido. Con una mezcla entre curiosidad y náuseas, lo observo mientras se pone en pie, preguntándome a quién elegirá. Entonces, comienza a caminar hacia mi mitad del círculo. Miro de reojo a mi alrededor para ver cuáles son las opciones. ¿Luis? ¿O tal vez Carlos? Andrés es imposible; los tres somos demasiado amigos como para que nos elija a nosotros. Sé que sería demasiado raro para él.

Pero, cuando quiero darme cuenta, se está dirigiendo directamente hacia mí, mirándome. Siento una especie de neblina extraña en la cabeza, y me pregunto si el alcohol me estará haciendo más efecto de lo que pensaba. Mirándome a los ojos, se detiene frente a mí y traga saliva de forma visible. Su expresión es seria, pero también decidida.

Comprendo lo que va a hacer apenas un instante antes de que ocurra. Sin dejar de mirarme, hinca una rodilla con lentitud en el suelo, y después la otra, con el rostro completamente serio. Sus ojos grises arden como dos estrellas perdidas en la galaxia. El corazón se me acelera dentro del pecho mientras trato de asimilar lo que está pasando. Pero, ¿está ocurriendo de verdad? Me siento como si todo

esto fuera una especie de sueño extraño; ¿tal vez me he quedado dormido en el sofá después de beber o algo por el estilo?

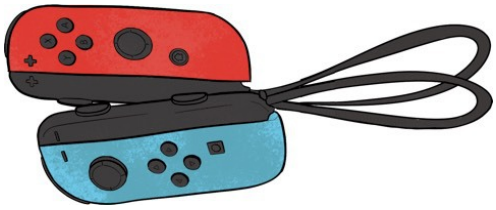
Aunque todo parece demasiado real. Todavía mirándome fijamente, Adri coloca las manos a ambos lados de mi cuello y me roza las mejillas con los dedos. Jamás me había tocado de esta manera, y el escalofrío que siento bajo su caricia y se extiende por todo mi cuerpo es demasiado real como para formar parte de un sueño.

El corazón se me acelera todavía más, y mis sentidos parecen estar asimilando toda la situación a cámara lenta mientras Adri se inclina hacia mí y cierra los ojos. Se detiene a apenas unos milímetros de mi boca; puedo sentir su respiración contra mi piel.

Titubea durante apenas un instante y, entonces, me besa de lleno en los labios y yo me quedo sin aire.

De repente, algo explota en mi interior con la fuerza de un volcán en erupción.





24.

El corazón me late tan fuerte que, por un momento, tengo la sensación de que va a darme un infarto. Tengo las mejillas rojas, ardiendo, completamente incandescentes. La sangre hierve en mi interior como si fuera lava; ese habitual calorcillo que suelo sentir con Adri ha crecido hasta volverse completamente abrasador. Al principio, no soy capaz ni de reaccionar. Esto me ha pillado por sorpresa y, durante unos segundos, me quedo completamente paralizado, sin saber qué hacer mientras toda la sangre de mi cuerpo se acumula de golpe en mis mejillas.

Me cuesta creer que esto esté ocurriendo de verdad, pero así es; todos mis sentidos apuntan a ello. Sus manos son suaves contra mis mejillas ardientes, y hasta me da la impresión de que sus dedos se deslizan ligeramente, como si estuviera acariciándome de la forma más sutil del mundo. Pero sus labios… Joder, sus labios son de otro mundo. Son cálidos de una forma reconfortante, húmedos de una forma agradable, y se deslizan sobre los míos con naturalidad, como si ese fuera su sitio, como si no hubiera ningún otro lugar mejor en el mundo. Como si estuviéramos hechos para besarnos, como si nuestros labios estuvieran esculpidos para encajar entre ellos.

Soy vagamente consciente de los gritos y vítores a mi alrededor, de que estamos rodeados de compañeros de clase, gente que apenas conozco y otros que no conozco siquiera. Pero ninguno de

ellos me importa; nada me importa a excepción de este momento, de esta sensación, de este beso que tanto tiempo llevo esperando por mucho que haya tratado de negármelo a mí mismo. Sin embargo, Adri sigue besándome, sus labios siguen acariciando los míos y, tímidamente, le devuelvo el beso.

No sé cómo se hace; nunca antes había besado a nadie. Pero trato de seguir sus movimientos, y es como si él me estuviera guiando de forma inconsciente, como si estuviera llevando la iniciativa en esta especie de danza compartida entre nuestras bocas. Él tiene los ojos cerrados, así que cierro los míos yo también para disfrutar de la sensación, incapaz de creer que realmente esté ocurriendo. Sus labios tienen un sabor dulce, me recuerdan a algo familiar, pero ahora no logro situarlo. Ni siquiera soy capaz de situarme a mí mismo en el universo. Si no estuviera percibiendo este beso y este momento con prácticamente todos mis sentidos, pensaría que se trata de un sueño. Y, en caso de que fuera así, lo único que quiero es no despertar jamás, que no termine jamás.

Adri no utiliza la lengua y, por supuesto, yo tampoco lo hago; no sabría ni por dónde empezar. Simplemente continúa besándome con suavidad, con infinita delicadeza, todavía con ambas manos sobre mis mejillas como si no quisiera dejarme escapar. Yo bebo de su beso con ansia, con sed, como si estuviera deshidratándome en el desierto y su boca fuera la única fuente de humedad que pudiera ayudarme a seguir con vida.

Los gritos a nuestro alrededor se vuelven cada vez más fuertes. Apenas soy capaz de comprender lo que están diciendo, pero hago un esfuerzo por distinguir las palabras mientras todos mis demás sentidos me obligan a permanecer en este momento, en este beso que tanto ansiaba.

—¡Cincuenta! ¡Cincuenta y uno! ¡Cincuenta y dos!

No lo entiendo. ¿Qué están diciendo?

—¡Cincuenta y tres! ¡Cincuenta y cuatro! ¡Cincuenta y cinco!

Parece como si estuvieran contando, pero, ¿el qué?

—¡Faltan cinco segundos! —grita alguien… ¿tal vez Carlota?

Lo comprendo de repente: el reto. Adri tenía que besarme durante un minuto, y ese tiempo ya está a punto de agotarse.

—¡Cincuenta y seis! ¡Cincuenta y siete!

El beso está a punto de terminar, y no sé lo que voy a hacer cuando eso ocurra.

—¡Cincuenta y ocho! ¡Cincuenta y nueve!

Bebo con ansia del beso, tratando de acumular en un solo segundo las incontables horas de mi vida que me he pasado pensando en Adri, soñando con él, imaginando cómo sería este momento. Aunque jamás me habría imaginado que sería así.

—¡Sesenta!

—¡Se acabó el tiempo! —señala Carlota—. Podéis parar.

Sin embargo, yo no quiero parar, joder, no puedo parar. Y, durante apenas una fracción de segundo, pienso que Adri tampoco va a hacerlo, que va a seguir besándome.

Pero no lo hace. Sus labios abandonan los míos y sus manos se separan de mi cara; no me extrañaría si le hubiera quemado las palmas. Abro los ojos y veo los suyos frente a mí, ese grisáceo mar de hielo en el que siempre querría sumergirme. Esboza una sonrisa extrañamente tímida para tratarse de él, suelta una risita nerviosa que nunca le había oído, y entonces se pone en pie.

La gente comienza a chillar a nuestro alrededor mientras Adri vuelve a su sitio; ni siquiera sé lo que están diciendo. Después del beso, estoy como mareado. ¿Por qué están aplaudiendo? No acabo de entenderlo.

—Joder —comenta Andrés, riendo—. El cabrón tiene huevos.

—¿Qué?

—A ver, no te ofendas, pero yo no te habría besado ni de coña. No me esperaba que fuera a hacerlo.

—Ya, bueno.

¿Qué se supone que voy a decir?

El juego continúa, pero soy incapaz de pensar en otra cosa que no sea lo que acaba de ocurrir. Adri me ha besado. En los labios. Durante un minuto entero. Ni siquiera soy capaz de concebir que sea verdad, pero no son imaginaciones mías; todos en esta habitación han sido testigos. Me ha besado.

Todavía siento el movimiento de sus labios sobre los míos, ese sabor dulce. Sus manos sobre mis mejillas ardientes. Su olor

corporal envolviéndome, mi aroma favorito del mundo. Todavía puedo ver su sonrisa tímida, oír su risita nerviosa.

Joder, que nos hemos besado. Más concretamente, él me ha besado a mí. No sé cómo es posible, pero así ha sido.

Y, por mucho que solo fuera un juego, por mucho que para él no haya significado nada, para mí significa el mundo entero.

Pero, cuando le echo un vistazo y lo veo mirando deliberadamente hacia otro lado, no puedo evitar sentir algo molesto en la boca del estómago.

Y es que, ¿qué pasa si este beso tiene consecuencias negativas entre nosotros?

El reto era que él besara a un chico, no que dicho chico se lo devolviera. Pero lo he hecho.

¿Se habrá dado cuenta de que quería hacerlo? ¿Se habrá dado cuenta de que me ha gustado?

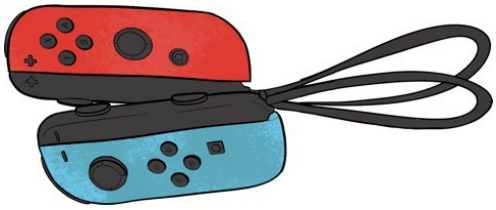
Y, sobre todo… ¿se habrá dado cuenta de las ganas que tenía de que lo hiciera?

Hasta hoy, pensaba que estaba ocultando bien lo que sentía por él. Pero, ¿y si darse cuenta de que le he devuelto el beso hace que empiece a atar cabos? ¿Y si empieza a analizar los momentos que hemos pasado juntos, todas las veces que evitaba su mirada con timidez, cuando me acercaba a él para rozar su piel con la mía, los largos abrazos que nunca quería que se acabaran?

¿Y si se arrepiente, tanto como para empezar a actuar de forma diferente conmigo?

¿Y si esto no ha sido el principio de algo nuevo, como me atreví a pensar brevemente durante ese escaso tiempo que nuestros labios han estado unidos?

¿Y si más bien ha sido el principio del fin de nuestra amistad?



25.

Después de otra media hora interminable, el juego termina y el grupo se disuelve. Busco a Adri con la mirada, pero no lo encuentro. Todavía noto la sensación de sus labios contra los míos, como una especie de beso fantasma, pero también siento algo más. Algo malo, una especie de vacío extraño en el pecho. Tengo la horrible sensación de que algo va mal.

Me siento estúpido. ¿Qué coño esperaba, que me besara y ahora de repente empezáramos a salir? Solo ha sido un juego. Lo han obligado a besar a un chico y él me ha elegido a mí porque soy su mejor amigo, nada más. Tiene todo el sentido del mundo. ¿Es que pensaba que me iba a pedir otra ronda o qué? Ha sido un puto beso de un minuto, jugando a un juego de mierda con nuestros compañeros, y mi mente ha decidido interpretarlo como si nos fuéramos a casar o algo así. Si es que soy gilipollas.

Sin embargo, necesito hablar con él. Necesito saber que todo va bien, que todo está bien entre nosotros. Necesito asegurarme de que, si ese beso falso no va a cambiar las cosas a mejor, al menos tampoco va a cambiarlas a peor.

—Tío, voy al baño —me dice Andrés—. Ahora vuelvo.

—Va.

Aprovecho el momento para recorrer la casa en busca de Adri. Doy una vuelta por todas las estancias, pero no veo señales de él.

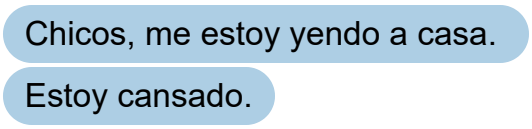
Extrañado, doy una segunda vuelta… y entonces lo veo. Está en el salón, sentado en un sillón del rincón más alejado.

Pero no se encuentra solo. Sandra está con él. Concretamente, sentada sobre sus piernas mientras le murmura algo al oído.

Una oleada de náuseas invade mi estómago y, por un momento, pienso que voy a vomitar.

Ya está. No puedo más. Me largo. Sin avisar a nadie, busco mi abrigo entre el montón interminable que hay en la entrada, salgo por la puerta y llamo al ascensor para marcharme.

Mientras bajo en el ascensor, me doy cuenta de que Andrés no tiene la culpa de nada y me he marchado sin despedirme, y también de que se suponía que esta noche iba a dormir en casa de Adri. Pero me sentiría ridículo volviendo a subir y llamando a la puerta de repente para despedirme y dar explicaciones, así que me limito a mandar un par de mensajes al grupo que compartimos todos.



El aire helado me golpea al salir. Hace un frío de cojones y, por un momento, me arrepiento de no haberme traído aunque sea un gorro o una bufanda en los bolsillos del abrigo. Meto las manos en los bolsillos para protegerlas del frío. Noto que el móvil me vibra contra el muslo, pero decido ignorarlo. No quiero sacar las manos de los bolsillos y, de todos modos, tampoco pienso dejarme convencer.

De pronto, un grito corta el silencio de la noche.

—¡Bro!

Es Adri. Mi primer impulso es detenerme, pero entonces recuerdo la imagen de Sandra sentada en su regazo hace solo unos minutos y sigo caminando, sin hacerle caso.

—¡Bro! —insiste. Lo oigo correr detrás de mí—. ¿Qué haces?

—Me voy a casa.

No acelero el paso y él está corriendo, así que, inevitablemente, no tarda en alcanzarme. Me sujeta el brazo antes de que pueda seguir adelante, obligándome a mirarlo. Está respirando trabajosamente.

—Vic, ¿qué te pasa? —pregunta con voz débil.

El corazón me da un vuelco al oírlo. Hace mucho tiempo que no me llama por mi nombre, ni siquiera por el diminutivo. Desde hace tanto tiempo que ya ni recuerdo cómo empezó, me llama «bro». Esto me deja descolocado durante un momento, pero entonces frunzo el ceño.

—No sé, ¿que se supone que hemos venido juntos a la fiesta y no me estás haciendo ni puto caso, a lo mejor?

—Eso no es verdad.

Suelto una risa sin ninguna clase de humor.

—Lo que tú digas.

—En serio, Víctor. ¿Por qué estás enfadado? Dime la verdad.

—Da igual. Me voy a casa.

—No puedes irte a casa.

—¿Por qué no? Puedo ir adonde me dé la gana.

—Vic, por favor. —Está utilizando mi nombre otra vez, ¿a qué viene esto?—. Te vas a llevar una buena bronca.

Entonces lo recuerdo: mis padres. Mis padres, que no saben que he ido a una fiesta. La coartada era quedarme a dormir en casa de Adri como llevamos haciendo desde hace años casi todos los fines de semana. Pero, si vuelvo a las dos de la mañana, es inevitable que me hagan preguntas.

—Me da igual —respondo, tratando de pensar una excusa—. Y, si me dicen algo, les digo que nos hemos peleado y ya está.

Visto lo visto, tampoco sería una mentira del todo, ¿verdad?

—¿Y te vas a ir sin la mochila? —Mierda. No había pensado en eso—. Además, se van a dar cuenta de que has bebido.

—No lo creo.

—Te sabía la boca a alcohol —susurra levemente—. Y, después, has seguido bebiendo.

Eso hace que me quede paralizado; es la primera vez que menciona el beso desde que ocurrió. Pero lo que de verdad me sorprende es que se haya fijado en lo que he estado haciendo; pensaba que estaba pasando de mí por completo.

Mi breve pausa le da tiempo para alcanzarme.

—Víctor, en serio. Vente conmigo —insiste—. Nos vamos a dormir, y mañana te vas a tu casa cuando quieras.

Me da vueltas la cabeza, tengo una especie de neblina extraña que me embota el cerebro y no me deja pensar con claridad. Pero supongo que sus palabras tienen cierto sentido.

—Está bien —me rindo al fin, y él suelta un suspiro de alivio.

—Pues venga, vamos. Nos hemos desviado un poco, pero no estamos lejos de mi casa.

Asiento con la cabeza sin decir palabra; tampoco sé qué más decir, la verdad.

Juntos, emprendemos el camino hacia su casa. Apenas llevamos un minuto caminando cuando me tambaleo y tengo que detenerme un momento para recuperar el equilibrio.

—¿Estás bien? —me pregunta, claramente preocupado.

—Sí —respondo con sequedad.

Pero, unos pocos metros más adelante, vuelvo a tambalearme, y esta vez es Adri quien tiene que sujetarme para que no me caiga al suelo.

—Sujétate a mí, anda.

No quiero hacerlo, no después de lo que ha pasado, pero si esa es la forma de impedir que me caiga de cara contra la acera, supongo que tendré que ceder. Con torpeza, le paso un brazo por encima de los hombros mientras él me rodea la espalda con el suyo, dejando la mano sobre mi cadera. Los dos llevamos abrigo y hay muchas capas de ropa entre nosotros, pero, en serio, ¿es que no había otro sitio?

Continuamos caminando en silencio y, por primera vez desde que tengo memoria, es incómodo.

Antes, Adri y yo podíamos pasarnos horas sin decir nada, simplemente disfrutando de nuestra compañía, sin necesidad de romper el silencio con palabras innecesarias. Pero ahora es como si todo lo que ha pasado flotara entre nosotros, todas las cosas por decir, todos los pesares y arrepentimientos. El silencio es denso en el aire, incómodo y desagradable, y lo único que hace es que me entren ganas de salir corriendo en dirección contraria. Pero no puedo hacerlo, de modo que continúo caminando, horriblemente

consciente de la mano de Adri, de lo cerca que está en el sentido más básico y de lo terriblemente fuera de mi alcance que se encuentra en el más importante de todos.

Al fin, llegamos a su casa. Solo entonces Adri me suelta, y el breve trayecto en ascensor hasta su planta es más incómodo todavía que el resto del camino.

—¿Te quieres duchar? —dice cuando llegamos a su cuarto.

—¿Qué? —Parpadeo, un tanto confuso—. ¿Por qué?

—Sigues medio mareado —señala, y no puedo negarlo—. Creo que te vendrá bien para despejarte.

Lo cierto es que, además de eso, después de la fiesta me siento sucio y sudoroso, así que la ducha podría venirme bien en más de un sentido.

—¿No molestaré a tus padres?

—No, tranquillo. Las paredes del baño solo dan con la cocina y el salón, no van a oír nada.

—Bueno. Vale.

Me siento sobre el borde de la cama que me ha preparado y saco el pijama y ropa interior limpia de la mochila. A continuación, voy hacia el baño procurando no hacer ruido; ya conozco perfectamente el camino. Una vez dentro, me quito la camiseta y me miro al espejo por primera vez desde que me preparé para salir. Apenas reconozco al chico triste y cansado que me devuelve la mirada con ojos abatidos. Es demasiado diferente del Víctor risueño que salía de casa dispuesto a pasarlo bien.

Ese Víctor no se imaginaba que esa misma noche el chico del que estaba enamorado acabaría besándolo. Y tampoco se imaginaba que eso sería lo peor que podría haber pasado. Con un suspiro, termino de desvestirme y me meto en la ducha.

El chorro caliente sobre mi espalda es como agua bendita; Adri tenía razón al proponérmelo. La tensión de la noche me ha dejado con los músculos agarrotados, pero el calor y la presión del agua me ayudan a aliviar el dolor; hasta suelto un suspiro de placer. Ojalá pudiera quedarme aquí toda la noche, ojalá no tuviera que enfrentarme de nuevo a Adri. Ojalá saliera de esta ducha y me

encontrara con que estoy en mi propia casa, lejos de él, lejos de tensiones y silencios incómodos.

De pronto oigo unos suaves golpecitos en la puerta, así que cierro el agua.

—¿Sí? —digo en voz baja.

—Te he traído una toalla —responde Adri—. Que se me ha olvidado dártela.

—Ah. Vale, gracias.

—De nada. ¿Puedo entrar?

Me aseguro de que las cortinas estén bien cerradas.

—Sí, entra.

Entonces, oigo el sonido de la puerta abriéndose. A través de la cortina veo la sombra de Adri, y me pregunto si él podrá ver la mía en la ducha. Me da la impresión de que mira en mi dirección, pero no tengo forma de estar seguro. En cualquier caso, se acerca al bidé para dejar la toalla encima, y después da media vuelta para marcharse.

—Bueno… pues adiós.

—Adiós. Y gracias.

—De nada.

Entonces, sale del baño y cierra la puerta suavemente tras él. Cuando vuelvo a poner el agua en marcha, me percato de que tengo el corazón acelerado. En otra situación, habría vivido el hecho de que Adri entrara en el baño mientras me ducho de una forma muy diferente. Pero, ahora… En fin, cada vez tengo más ganas de volver a mi casa y olvidarme de esta noche de mierda.

Un par de minutos más tarde, me obligo a salir de la ducha. Hace mucho frío ahora que no estoy rodeado de agua caliente, así que me apresuro a secarme antes de ponerme el pijama. Después, vuelvo a la habitación de Adri, que está ya con el pijama puesto y tumbado en la cama, con el móvil en la mano.

—¿Nos vamos a dormir? —me pregunta.

—Sí, vale.

Él no contesta, tan solo asiente con la cabeza, deja el móvil sobre la mesita de noche y se mete entre las sábanas. Yo lo imito, más tímido que nunca. Hasta hace unas horas, esta era

prácticamente mi segunda habitación, un lugar donde me sentía casi tan cómodo y desinhibido como en la mía. Pero ahora, de repente, se ha convertido en territorio hostil.

Adri espera a que me meta en la cama y apaga la luz.

—Buenas noches —dice simplemente.

—Buenas noches.

Me tumbo de lado y me abrazo a la almohada, como siempre. Pero, por supuesto, sé que voy a tardar en dormirme. Mientras pasan los minutos, soy incapaz de dejar de darle vuelta a todo lo que ha pasado esta noche. Y, a juzgar por los movimientos que oigo en la cama de Adri cada pocos segundos, está claro que a él también le está costando dormir.

—Oye —susurra de repente—. ¿Estás despierto?

—Sí. ¿Qué pasa?

—Nada, es solo que quería… —Hace una pausa, y entonces puedo oírlo claramente tragando saliva—. Da igual. Déjalo.

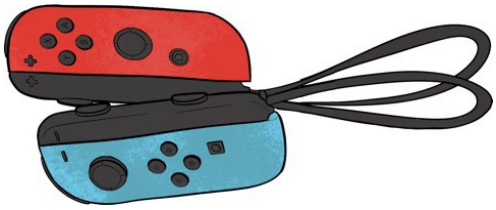
—Dímelo, anda.

—No es nada, en serio —me asegura, lo cual me deja claro que más bien es todo lo contrario—. Mejor vamos a dormir.

—Bueno. Pues vale.

Por si no fuera suficiente con todo lo demás, ahora también estoy enfadado por esto. Si hay una cosa que me fastidia en el mundo, es que empiecen a contarme algo y luego cambien de opinión y decidan no hacerlo.

No sé cuánto tiempo pasamos dando vueltas en silencio porque me obligo a no mirar el móvil para comprobar la hora, pero en algún momento que probablemente esté muy cerca del amanecer, supongo que acabamos quedándonos dormidos por puro agotamiento.



26.

Un leve ruido cerca de mí me hace despertarme. Parpadeo un par de veces, confuso, y entonces veo que la habitación está iluminada a franjas por las rendijas de las persianas, y que Adri está levantándose de la cama.

—Perdona —dice en voz baja—. ¿Te he despertado? Es que tengo que ir al baño.

—Qué va, tranquilo —le miento; no es momento de iniciar más hostilidades ahora que amanecido un nuevo día.

Sin decir palabra, él asiente con la cabeza y sale de la habitación.

Alcanzo mi móvil para mirar la hora, y entonces suelto un gruñido. Lo único bueno de habernos pasado la noche en vela es que nos hemos despertado pasadas las dos de la tarde. Y eso me viene genial, porque significa que puedo marcharme directamente a casa sin necesidad de vivir más momentos incómodos con Adri. Aprovechando que se ha ido al baño, me apresuro a cambiarme de ropa. Al menos, he sido lo bastante previsor como para guardar en la mochila ropa de calle limpia para volver a casa; la de ayer huele a alcohol y sudor más de lo que me gustaría. Con un poco de suerte, podré meterla en la lavadora sin que nadie se dé cuenta.

Adri vuelve del baño cuando ya estoy cerrando la mochila, con la Switch tristemente intacta en su interior. Y pensar que yo creía que

nos pasaríamos la mitad del día viciando…

—¿Te vas ya?

—Sí, es que mi padre quiere que vaya a comer a casa, debe de estar cabreado por algo. No quiero liarla más.

Si se da cuenta de mi mentira, al menos tiene la buena educación de no mencionarlo.

—Ah, vale. Pues te acompaño a la puerta.

Oigo ruidos en la cocina desde el pasillo, pero no me paso a saludar; los padres de Adri siempre me han tratado como a un hijo más, y ahora mismo prefiero evitar más momentos incómodos. Así que, en vez de eso, voy directamente hasta la puerta de entrada. Una vez allí, me detengo y me doy la vuelta para mirar a Adri, que está observándome con ojos inescrutables. El gris de su mirada es como una roca, inerte y estéril.

—Bueno… —digo al fin—. Pues adiós.

—Adiós —responde simplemente.

Por lo general, Adri se queda en el umbral de la puerta mientras yo llamo al ascensor y espero a que llegue. Sin embargo, hoy no me veo preparado para otro momento más con él, otro silencio incómodo. Así pues, en lugar de presionar el botón, me dirijo directamente hacia las escaleras y empiezo a bajar por ahí. Es como si Adri no se lo esperara, porque no oigo que cierra la puerta hasta que bajo el primer tramo.

Sin embargo, cuando llego a la planta inferior, no soy capaz de obligarme a salir del edificio. No solo mi padre no me ha dicho nada de que vaya a comer a casa, sino que ayer ya les dije que volvería para la hora de la cena. Si me presento ahora, se extrañarán, y eso significa que harán preguntas. Y, sinceramente, tampoco es que me apetezca demasiado soportar a mi padre estando como estoy.

Lo único que me apetece es lo mismo que llevo queriendo hacer desde ayer: llorar.

Así que eso es precisamente lo que hago.

Me siento en las escaleras entre la primera planta y el portal; con un poco de suerte, nadie me encontrará aquí. Y, por fin, doy rienda suelta a lo que siento, a todo lo que llevo guardándome desde ayer.

¿Cómo es posible conseguirlo y perderlo todo en una misma noche?

Ayer Adri me besó. Me besó en los labios, algo que jamás llegué a pensar que fuera a ocurrir de verdad, por mucho que soñara con ello. Ese beso duró un minuto exacto y, durante ese minuto, todo era perfecto.

Pero, por supuesto, no era un beso real. Si lo hubiera sido, la noche que acabamos de pasar juntos habría sido muy diferente.

Por mucho que me duela, tengo que aceptar que no ha sido más que un juego. No puedo culparlo; por supuesto, yo ya lo sabía. Pero lo que no sabía era cómo me haría sentir. La emoción, el deseo, el calor. La sed, el ansia de él. Igual que tampoco sabía lo que sentiría después, ese vacío, esa pérdida. Probar algo solo para que te lo arrebaten, para no volver a tenerlo jamás. ¿Es mejor tener algo y perderlo para siempre, sabiendo lo que has perdido? ¿O es mejor no probarlo jamás, no tener que sufrir esa pérdida? Sinceramente, no lo sé.

Lo único que sé es que duele demasiado y, mientras las lágrimas se derraman por mis mejillas como un torrente, no dejo de maldecirme a mí mismo por no haber cortado el beso cuando tuve oportunidad de hacerlo, por haber participado en ese estúpido juego, por haber ido a esa maldita fiesta.

Pero ya es demasiado tarde para arrepentirme.

Cuando el llanto remite lo suficiente como para poder ver otra vez con claridad, me doy cuenta de que no puedo quedarme aquí; tarde o temprano, alguien bajará o subirá por las escaleras y me encontrará aquí tirado. Hasta podrían ser Adri o sus padres quienes bajaran, ¿y qué voy a decirles? ¿Que me he caído por las escaleras y me he quedado aquí llorando?

Pero no puedo volver a casa, a ese ambiente tenso que se forma siempre que está mi padre. Y tampoco quiero estar solo ahora mismo, necesito estar con alguien. Pero, ¿con quién?

Reviso mis últimos mensajes. Fran sería la opción más obvia, claro. Sin embargo, él vive en la otra punta de la ciudad, no voy a hacer que venga hasta aquí para… ¿Para qué, exactamente? ¿Verme llorar en algún banco? ¿Dar una vuelta por ahí conmigo, ya que no

quiero volver a casa? Podría ir yo a su casa, pero entonces su madre se preocuparía y hablaría con la mía.

Andrés es otra opción, claro. Pero él estaba presente anoche, él vio lo que pasó. Fue testigo del beso. Si hoy voy de repente a llorarle, sumará dos y dos y se dará cuenta de la realidad. Pero todavía no puedo enfrentarme a eso, no cuando todavía está todo tan reciente. Quiero hablar con él, pero necesito estar preparado primero, y todavía es demasiado pronto.

Aunque también está Juan. Juan, que el otro día me demostró que le importaba mucho más de lo que pensaba, que me dijo que podría contar con él cuando lo necesitara. Juan, que no estuvo allí anoche y, por consiguiente, no sabe nada de lo que pasó con Adri. Si hay alguien que podría ayudarme sin hacer más preguntas de las necesarias, ese es precisamente él.

Sin pensármelo más, le mando un par de mensajes.

Ey hola!

Qué tal? Qué andas haciendo??

Por suerte, su respuesta no se hace esperar

Pues nada, terminando de comer

Y tú? Qué tal la fiesta?

Uf. Mejor voy a ignorar esa segunda pregunta.

Bien, bien

Te iba a preguntar si querías hacer algo

Ahora?

Sí, bueno

Solo si quieres! Jajaja

Sí, claro!

Es que pensaba que igual querrías descansar después de la fiesta, jajajaj

Y dale con la puñetera fiesta.

Pero por mí genial

Vale!

Te parece si voy a tu casa??

Por mí guay, como quieras

También puedo ir a la tuya si lo prefieres

Uf, mejor no, que está mi padre

Vale, genial

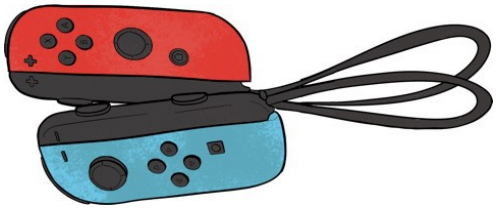
Pues ve viniendo si quieres, yo termino de comer en 2 minutos

Pues en menos de media hora estoy por ahí :)

Guay! Te espero

Algo más animado ante la perspectiva de no tener que pasarme toda la tarde solo, me pongo en pie y me cuelgo la mochila de los hombros. En el portal, enciendo la luz y activo la cámara delantera del móvil. Tal como esperaba, estoy hecho un asco; se nota que he estado llorando. Pero todavía tardaré más de veinte minutos en llegar a la casa de Juan, así que a lo mejor se me pasa para entonces. Y, si no, tal vez piense que tengo la cara roja por el frío, y los ojos hinchados por la falta de sueño.

Cuando salgo del portal, no puedo evitar la dolorosa sensación de que tal vez esta sea la última vez que cruce esta puerta.



21.

Cuando llego al portal de Juan, me miro por la cámara delantera del móvil antes de llamar. La hinchazón de mis ojos ha remitido por el camino, así que decido que estoy lo bastante presentable como para que no piense cosas raras. Llamo al timbre.

—¿Sí?

Es la voz de una mujer; la madre de Juan.

—Hola, soy Víctor. He quedado con Juan.

—Ay, sí, te abro.

Vuelvo a entrar en este portal que poco a poco me está resultando algo más familiar. El ascensor ya está abajo, así que subo directamente y llamo al timbre. La madre de Juan me abre de inmediato, muy sonriente.

—Hola —saludo, algo cohibido; hace mucho tiempo que no la veo.

—Hola, cariño —responde con ese bonito acento que no ha llegado a perder, y se acerca para darme un beso—. Pasá, pasá. Juan está en el baño, pero podés ir a su cuarto.

—Vale, gracias.

Voy directamente hacia allí, pero entonces Juan aparece por el pasillo.

—¡Hola! —me saluda, claramente contento de verme.

—Hola. ¿Cómo estás?

—Bien, todo bien. ¿Qué tal la fiesta?

Trato de contener una mueca mientras entramos en su habitación.

—No estuvo mal —miento. Entonces recuerdo la razón por la que él no vino con nosotros, así que decido aprovechar para cambiar de tema—. ¿Qué tal el teatro?

—Espectacular, estuvo increíble. Tendrías que venirte algún día.

Suelto una risita.

—Bueno, ya veremos. No sé si me gusta el teatro.

—Oye, ¿y esa mochila? —me pregunta al ver que la dejo en el suelo, algo extrañado.

—Ah. —No había pensado ninguna excusa convincente de antemano, así que opto por decir la verdad—. Es que vengo de casa de Adri.

Si eso le extraña, al menos tiene la elegancia de no decir nada al respecto.

—¿Qué quieres hacer? —me pregunta.

—No sé, ¿te parece si vemos una peli o algo?

—Vale, genial. —Abre su portátil para entrar en alguna plataforma—. Han puesto una de terror muy buena que…

—No —me apresuro a interrumpirlo—. De terror no, porfa.

Debo de parecer un cobarde, pero no me importa. Después del otro día con Adri, las películas de terror me recuerdan demasiado a él.

—¿Alguna de superhéroes? —sugiere.

—¿Seguro? —pregunto; sé que él no es tan fan como yo.

—Sí, claro. Hace mucho que no veo ninguna. ¿Marvel? ¿DC?

—Marvel mismo.

Lo observo mientras entra en la página de Disney+, y entonces me acerca el portátil.

—Elige tú.

Sin pensarlo demasiado, opto por la primera de Los Vengadores; soy así de básico y, a fin de cuentas, es un clásico. Pero, en un momento como este, se trata de la película perfecta para desconectar; más de dos horas de acción y diversión sin necesidad de pensar demasiado. Nos sentamos en su cama, con la espalda

contra la pared, y colocamos el portátil sobre la silla del escritorio, pegada a la cama para ver mejor la pantalla.

A media película, Juan propone ir a hacer unas palomitas. Por supuesto, no voy a negarme.

—¿Pauso la peli? —le pregunto cuando se pone en pie.

—No, no te preocupes. Ahora vengo.

He estado tan distraído con la película que ni siquiera he estado mirando el móvil, así que aprovecho para echarle un vistazo y reviso mis notificaciones.

De pronto me quedo de piedra al ver que tengo unos cuantos mensajes de Sandra; es la primera vez que me escribe fuera del grupo de clase.

Holaaa

Me alegró verte ayer en la fiesta!

Frunzo el ceño, extrañado. ¿Por qué me dice algo así ahora, cuando ayer casi ni me dirigió la palabra? Supongo que no será más que un burdo intento de conseguir que la ayude a acercarse todavía más a Adri, pero si piensa que estoy por la labor, la lleva clara. En cualquier caso, me parece de mala educación no responder, así que tecleo una respuesta rápida, sin comprometerme demasiado.

Sí, a mí también

Por desgracia para mí, antes de que pueda bloquear el móvil puedo ver que ya está escribiendo otra vez.

Oye, te quería preguntar…

Adri y tú qué?

El corazón me da un vuelco. ¿A qué cojones viene esto ahora? Por supuesto, sé exactamente de lo que está hablando, pero prefiero hacerme un poco el tonto.

Adri y yo qué?

Venga ya

El beso!

Antes de que pueda responder, Juan regresa con un gran cuenco de palomitas, una botella de dos litros de Coca-Cola y dos vasos. Me tiende uno y me lo llena antes de sentarse.

—Gracias.

—De nada.

Lo observo mientras se sirve su Coca-Cola y espero a que vuelva a mirar hacia la pantalla. No quiero que se fije en la conversación que estoy manteniendo.

Cuando vuelvo a mirar el móvil, Sandra me ha mandado otro mensaje, insistiendo.

???

Joder, qué pesada es. ¿En serio no le basta con haberse pasado toda la noche sobando a Adri de todas las formas posibles? ¿De verdad me tiene que joder la tarde hoy también?

Estábamos jugando

No fue nada

No sé yo…

De verdad, ¿qué cojones pretende? Decido pasar de la vía diplomática y cortar con esto directamente.

Mira, estoy viendo una peli con un amigo.

No puedo hablar.

Ok.

Pues vale. Si se ha enfadado, dos trabajos tiene. Salgo de su conversación y reviso las demás, con la absurda esperanza de que tal vez Adri me haya escrito algo, pero no es así. Resignado, me guardo el móvil en el bolsillo y vuelvo a concentrarme en la película.

Lo malo de que sea una película que me gusta tanto es que se me pasa volando y, cuando quiero darme cuenta, ya están saliendo

los créditos en la pantalla. Miro a Juan con una sonrisita.

—¿Te ha gustado?

Él se ríe.

—A ver, que ya la había visto. Pero bueno, no está mal.

—La próxima vez podrías ponerme una de tus pelis intensitas.

—¿En serio? —dice esperanzado; sabe que Adri y yo nunca queremos ver las películas que a él le gustan, y Andrés es el único que se deja convencer alguna vez.

—Claro.

—Genial —responde, tan sonriente que me arrepiento de no haberlo dicho antes. Entonces, su sonrisa se apaga—. Oye, Víctor. ¿Estás bien?

La pregunta es tan inesperada que me pilla con la guardia baja.

—Sí, ¿por?

—Un poco lo que te dije el otro día, supongo. Te veo raro.

Suelto un suspiro. He tratado de disimular, pero en el fondo sabía que no iba a poder ocultárselo. Pienso en lo que ocurrió anoche con Adri, en ese beso que tanto lo ha cambiado todo, en la tensión que ha habido después entre nosotros. Me doy cuenta de que necesito sacarme este peso de encima, aunque sea un poco.

De repente, un atisbo de esa valentía que me invadió la noche que hablé con Fran vuelve a hacer acto de presencia. Por supuesto, con Juan es diferente; no estoy preparado para contárselo todo. Ni siquiera sé si lo estaré a corto o medio plazo. No puedo mencionar específicamente lo que siento por Adri, ni tampoco puedo decirle lo del beso de anoche, ese beso que todavía puedo saborear en los labios.

Pero sí que puedo contarle algo, lo suficiente como para desahogarme un poco, lo suficiente para que se quede más tranquilo. Después de que estas semanas se haya estado preocupando por mí, supongo que es lo mínimo que puedo hacer.

—Si te cuento una cosa, ¿me prometes no insistir sobre el tema?

—Vale.

—¿Ni volver a mencionarlo, ni decirle nada a Andrés hasta que yo se lo cuente?

—Tranquilo.

Trago saliva antes de continuar.

—Pues… es que me gusta alguien —susurro al fin.

Él asiente lentamente con la cabeza, pero no parece demasiado sorprendido.

—Vale —dice simplemente.

—¿Te lo esperabas?

—A ver, era una de las opciones, no te lo voy a negar —dice entre risas—. Pero me has dicho que no te insista más, así que no voy a hacerlo. Tan solo me gustaría pedirte una cosa.

—Dime.

—Si pasa algo, para bien o para mal… ¿me lo contarás?

Trago saliva. En parte creo que me está pidiendo demasiado, pero también creo que es lo mínimo que se merece. Así pues, sin saber qué otra cosa hacer, asiento con la cabeza.

—Vale.

—Gracias. Y gracias por contármelo. —Hace una pausa, como si estuviera planteándose sus siguientes palabras, y entonces—: ¿Quieres un abrazo?

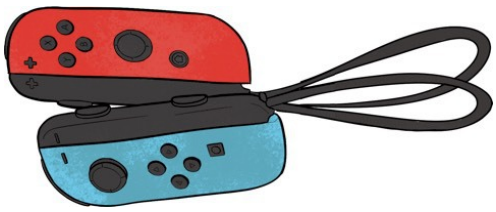
Sus palabras hacen que se me humedezcan los ojos de inmediato. Siento un nudo en la garganta y no soy capaz de responder, de modo que asiento con la cabeza. Él se acerca a mí, con una media sonrisa en los labios, y me rodea con los brazos, no sin cierta torpeza. Me doy cuenta de que es la primera vez que lo hace, y no puedo evitar darme cuenta de la diferencia con los demás abrazos que me han dado últimamente. Cuando estuvo en casa durante el puente, Fran me abrazaba con todo su cariño, como si fuéramos hermanos, como si me adorara tanto como yo lo adoro a él.

Los abrazos de Adri, por su parte, son inexplicables. Al principio, pensaba que eran simples abrazos de amigos; tampoco tenía mucha más experiencia con el tema. Sin embargo, últimamente me he dado cuenta de que son abrazos largos, nada de esos abrazos rápidos que veo a veces entre tíos, como si se les fuera a caer la polla si tienen contacto físico durante más de cinco segundos seguidos. Cuando nos abrazamos al despedirnos, lo hago para empaparme de él, consciente del tiempo que vamos a pasar separados. Y, cuando nos

abrazamos al vernos, lo hago porque lo he echado de menos, porque echaba de menos su aroma y la calidez de su cuerpo. Pero, si él me devuelve esos abrazos, ¿será porque también siente algo parecido?

Este abrazo con Juan es muy distinto; es tal y como imaginaba que serían los abrazos entre amigos, al menos, los que no tienen la masculinidad especialmente frágil. Dura lo que tiene que durar y, aunque no siento el cariño de Fran ni la abrumadora calidez de Adri, sí que siento su amistad, todo el apoyo que me transmite con este simple gesto.

Cuando nos separamos, me arrepiento una vez más de no haber tratado de estrechar lazos con él antes.



28.

Ya ha llegado el lunes, pero Adri y yo no hemos vuelto a hablar desde que me fui de su casa.

Casi dos días enteros. Para nosotros, eso es un récord histórico. La última vez que pasamos tanto tiempo sin hablar fue durante el puente, cuando se dejó el móvil sin cargar, y fue menos de un día. Por lo general, solemos escribirnos prácticamente a todas horas para hablar de cualquier cosa, de todo y de nada. Nunca nos habíamos pasado casi dos días sin hablar, jamás. Tampoco ha subido nada a Instagram, ni siquiera uno de los stories que siempre sube poniendo caras estúpidas. No me ha enviado reels ni tiktoks graciosos; absolutamente nada.

Por supuesto, yo tampoco le he escrito a él, pero es que no sé qué decir. ¿Que lo siento? Pero, ¿por qué, exactamente? Yo no he hecho nada malo, y no puedo evitar pensar que más bien debería ser él quien me diga que lo siente. Aunque… ¿qué pasa si él piensa lo mismo? A lo mejor estamos atrapados en un absurdo punto muerto, cada uno de los dos pensando que debería ser el otro quien hablara en primer lugar.

En otras circunstancias, con otra persona, tal vez habría seguido así. Sin embargo, se trata de Adri. Estos dos días sin hablar con él se me han hecho largos, demasiado largos. Interminables. Insoportables. Horribles. Pero, teniendo en cuenta que vamos a

pasarnos toda la mañana sentados el uno junto al otro en clase, creo que ya va siendo de que volvamos a hablar.

Como siempre, cuando termino de desayunar le mando un mensaje mientras me lavo los dientes para sincronizarnos y coger el autobús juntos. Al ver que comienza a escribir, me permito sentir una breve chispa de esperanza en el corazón.

Pero, cuando leo su respuesta, me quedo helado.

Lo siento, es que he salido ya

Acabo de subir al bus

Venga ya. Adri no ha hecho esto nunca. Siempre vamos juntos en el autobús, absolutamente siempre. Todos los días, uno de los dos escribe al otro para salir más o menos a la vez, para no tener que quedarnos esperando y pasando frío en la parada. Que se haya ido sin mí, y encima sin avisar primero, solo puede significar una cosa: me está evitando. Y con eso se confirman mis peores sospechas.

Abatido, dejo el móvil sobre el lavabo y termino de lavarme los dientes. Diez minutos después, ya estoy caminando hacia la parada del autobús, deseando que solo sea una broma, que en realidad esté allí esperándome. Pero en la parada tan solo hay una señora mayor, y tampoco llega nadie más antes de que se acerque el autobús. Por pura costumbre, me dirijo hacia nuestros asientos habituales, que parecen demasiado vacíos ahora que no está él. Una lágrima se desliza por mi mejilla, traicionera, y me la froto con furia antes de que suban mis amigos.

Sin él, el trayecto es dolorosamente silencioso. Por suerte, no tardamos en llegar a la parada de Andrés, que se acerca a mí con cara de extrañeza al verme solo.

—¿Y Adri? —me pregunta mientras me choca el puño.

—Se ha venido en el bus anterior.

—¿Y eso?

Me encojo de hombros.

—Pues no lo sé.

Por suerte, él no indaga más; supongo que debe de ver en mi cara que no me apetece hablar del tema. Eso es lo bueno de Andrés: puede que a veces no sea demasiado perspicaz, sobre todo en lo relativo a los sentimientos, pero siempre sabe cuándo no debe seguir presionando.

Un par de paradas después, llegamos a la de Juan, que se dirige directamente hacia nosotros. Si le extraña la ausencia de Adri, no dice nada. Entre esto y la conversación de ayer, me imagino que es posible que esté empezando a atar cabos, pero es lo bastante considerado como para no mencionar nada delante de Andrés.

Media hora después, ya estamos entrando en el instituto. Hago como si no estuviera preocupado, tratando de ocultar mi nerviosismo, pero no puedo evitar la oleada de alivio cuando entro en el aula y veo que Adri está ocupando su lugar habitual. Más tímido que nunca, camino hacia él y me siento en mi sitio.

—Hola —digo simplemente; tampoco se me ocurre nada más.

—Hola.

Ni siquiera me ha mirado.

—¿Estás bien?

—Sí, ¿por?

—No, por nada —respondo, sintiéndome como un estúpido.

—Vale.

Y ya está. Nada de abrazos, ni de chocarme el puño. No hay calidez en su tono. Tampoco es que haya frialdad, exactamente, más bien una especie de lejanía extraña, muy poco propia de él. Sigue sin mirarme y, si no estuviera viéndole la cara, si no conociera su voz a la perfección, pensaría que es otra persona.

Las tres primeras horas son insoportables. Trato de hablar con él un par de veces, pero es casi como hablarle a una pared: no hace más que responder con monosílabos, sin esforzarse siquiera en tratar de mantener una conversación en condiciones.

He sacado un 9,5 en el examen de Inglés del viernes, pero ni siquiera soy capaz de alegrarme. Por el rabillo del ojo puedo ver que Adri ha sacado un 5 pelado, y por un momento me planteo sacar el tema de ayudarlo a estudiar para el próximo, tal como estuvimos hablando, pero… ¿para qué? Ya me ha dejado claro que no tiene

ganas de hablar conmigo, así que no voy a ponerlo en un compromiso.

Cuando por fin llega la hora del recreo, no sé cómo voy a aguantar el resto del día aquí. Sobre todo cuando Adri se pone en pie y se marcha, sin dirigirme la palabra siquiera.

—¿A este qué le pasa? —pregunta Andrés mientras se acerca a mi pupitre, sorprendido.

—Yo qué sé. —Me encojo de hombros—. Me voy a quedar aquí en el recreo, ¿vale? Que tengo que terminar unas cosas.

—¿Quieres que nos quedemos? —sugiere Juan.

—No, tranquilos. Prefiero concentrarme; vosotros marchaos.

—Bueno, vale —dice Andrés—. Hasta luego.

Por supuesto, no tengo nada que terminar, es solo que ahora mismo lo último que me apetece es estar con nadie. Después de haberme pasado toda la mañana en tensión constante junto a Adri, me siento como si estuviera completamente drenado de energías.

—¿No sales con tus amigos? —pregunta una voz.

Levanto la mirada y allí está Eric, mi tutor y profesor de Inglés. No me había dado cuenta de que seguía aquí.

—No, es que estoy un poco agobiado —le explico; sé que Eric es comprensivo y no se opondrá—. Prefiero quedarme aquí tranquilo.

—¿Pero estás bien? Os he visto un poco ausentes en clase.

Por supuesto, sé que el plural se refiere a Adri.

—Sí, bueno. Más o menos.

—Recuerda que soy tu tutor. Si necesitas hablar, estoy por aquí, ¿vale?

Me lo planteo durante unos instantes. Incluso desde el otro lado del aula, puedo ver su pulsera con los colores de la bandera arcoíris. Una parte de mí sabe que él me entendería, que tal vez hasta podría aconsejarme con esto. Pero, ¿qué le voy a decir? ¿Que me he enamorado de mi mejor amigo, que nos hemos besado por un estúpido juego y que eso se lo ha cargado todo entre nosotros? Se aleja tanto de cualquier cuestión académica que, sinceramente, me da hasta vergüenza sacar el tema. Por muy aliado que sea Eric, no creo que pretenda hacer nada más que ayudar en casos de acoso

escolar o cosas así. Dudo mucho que le apetezca ejercer de consejero amoroso con sus alumnos, la verdad.

De modo que me trago todo lo que se me está pasando por la mente y asiento con la cabeza.

—Vale. Gracias, Eric.

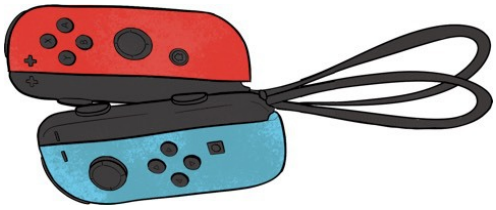
Lo observo de reojo mientras continúa corrigiendo exámenes, trabajos o lo que sea. Como siempre salgo del aula nada más terminar el recreo, no sé si es algo que suela hacer o si tan solo está haciendo tiempo aquí para darme la oportunidad de acercarme a hablar con él. Vuelvo a plantearme la posibilidad de hacerlo, pero al final me acobardo. En vez de eso, permanezco en silencio hasta que suena el primer timbre. Solo entonces Eric recoge sus cosas y se pone en pie para marcharse.

—Bueno, Víctor —dice con una sonrisa—. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Suelto un suspiro. Pronto, Adri volverá a entrar por la puerta y regresaremos de nuevo a esa dinámica incómoda, tres horas más de silencio, frialdad y lejanía. Pero lo peor es que nos sentamos juntos, y eso significa que esta situación se repetirá también mañana, y pasado, y… Sinceramente, no sé cómo voy a seguir aguantándolo.

Se supone que Adri es mi mejor amigo. Pero… ¿de verdad sigue siéndolo? Porque, a decir verdad, ya estoy empezando a dudarlo.



29.

Como si no hubiera bastado con la actitud distante y casi hostil de Adri durante todo el día, la gota que colmó el vaso fue cuando terminaron las clases. Ya había recogido sus cosas un minuto antes de que sonara el timbre y, cuando la profesora de Historia dio la clase por finalizada, él se puso en pie, se colgó la mochila de los hombros y salió por la puerta antes de que yo pudiera abrir la boca siquiera. Me uní a Andrés y Juan para coger el autobús, pero no lo vimos en la parada. O bien había conseguido pillar uno anterior, o bien se había ido en la otra línea que también lo dejaba cerca de su casa, aunque la parada se encontraba a más de quince minutos caminando de la habitual.

Una cosa me había quedado muy clara a lo largo de todo el día: Adri no quería tener ninguna clase de contacto conmigo. Pero, ¿de verdad estaba dispuesto a llegar a eso con tal de evitarme? Al menos, Andrés y Juan no mencionaron el tema durante el trayecto; los dos eran conscientes de la poca gracia que me hacía toda aquella situación. Al menos, cuando se bajaron en sus paradas y me quedé solo, pude permitirme llorar en silencio, con la cara hacia la ventana para que no me viera nadie en el autobús.

El resto del día fue una mierda, y tener que soportar a mi padre en casa no lo mejoraba. Pero era evidente que no podía seguir así, no podía soportar otro día como aquel. Y, después de toda la tarde

dándole vueltas a la situación, al final conseguí dar con la solución perfecta: voy a fingir que estoy enfermo.

Por supuesto, fingir una enfermedad no es tarea fácil; ya lo descubrí cuando era pequeño y trataba de escaquearme de ir a clase. El resfriado y la gripe quedaban descartados; aunque pudiera fingir la fiebre de alguna manera, la ausencia de mocos y sudor sería sospechosa. Tampoco podía hacer como que me había hecho un esguince o algo así, porque mi madre me llevaría al médico y lo más probable sería que me hicieran una radiografía o algo así y se destapara mi mentira.

Pero hay algo mucho más fácil de fingir. Si digo que estoy mal del estómago, no tendré nada que demostrar. Y, con un poco de suerte, tal vez podré quedarme varios días en casa sin que me lleven al médico ni nada.

Ahora, tras levantarme por la mañana del martes, con el plan perfectamente formado en mi cabeza, voy al cuarto de baño con una botella y me quedo de pie frente al retrete mientras miro el móvil, para tardar mucho más rato de la habitual en salir.

Vero no tarda en llamar a la puerta.

—Enano, ¿te falta mucho? Tengo que entrar.

—Sí, ya salgo —respondo, con la voz falsamente débil—. Es que no me encuentro muy bien.

—¿Y eso?

Pero no contesto, sino que me apresuro a llenarme la boca con agua de la botella. Entonces, me agacho frente al retrete, finjo una arcada y escupo toda el agua, como si estuviera vomitando. El sonido se parece lo suficiente como para resultar creíble.

—¿Víctor? ¿Estás bien?

Vuelvo a repetir la operación con el resto del agua, y añado unas tosecitas para darle credibilidad al asunto.

—Acabo de vomitar —respondo—. ¿Puedes llamar a mamá? Ahora salgo.

—Sí, claro. Ya voy.

Mientras oigo sus pasos alejándose por el pasillo, me apresuro a tirar de la cadena. Acto seguido, comienzo a lavarme los dientes, tal como hacía siempre que vomitaba; odiaba quedarme con ese sabor

asqueroso en la boca. Aprovecho el momento para esconder la botella detrás del lavamanos; ya la recogeré más tarde.

Vuelven a sonar unos golpecitos en la puerta.

—¿Cariño? —Esta vez es mi madre—. ¿Estás bien?

Escupo la pasta de dientes y me enjuago la boca antes de contestar.

—Un segundo, ahora salgo.

Aprovecho que tengo las manos mojadas para humedecerme un poco la frente; así, parecerá que estoy sudando y le dará más realismo a mi relato. Poniendo mi mejor cara de muerto viviente, abro la puerta y me encuentro con Vero y con mi madre, las dos mirándome con cara de preocupación.

—Pasa si quieres —le digo a mi hermana, y ella asiente con la cabeza y entra.

—¿Dice Verónica que has vomitado? —pregunta mi madre.

—Sí, dos veces. Me encuentro mal.

—Ay, cariño… ¿y eso? ¿Has comido algo raro?

—No que yo sepa —respondo; al menos, esto sí que es cierto—. Pero me he pasado toda la noche con dolor de estómago.

También es verdad que me ha estado doliendo el estómago, aunque la razón tiene nombre y apellidos.

—¿Y por qué no me has avisado?

—Es que no quería molestar.

—Mi vida… Eres demasiado bueno. ¿Crees que se te ha pasado ya?

—Me parece que no… —respondo, frunciendo el ceño y llevándome la mano a la cabeza—. Es que estoy como mareado, no sé.

—Eso serán las náuseas. ¿Qué más notas?

—Pues… me duele el estómago —me señalo con un gesto de la mano, procurando no apuntar a ninguna zona específica—. Como por aquí.

—¿Mucho? ¿Incluso después de vomitar?

—Mucho, mucho, tampoco. —A fin de cuentas, no quiero que se preocupe en exceso por la mentira—. Pero sí que me duele.

—Bueno, pues entonces, será mejor que te vayas a la cama.

—Pero tengo que ir a clase —protesto; el toque perfecto de realismo para mi trola.

—No puedes ir si estás vomitando, cariño. Mejor quédate hoy en casa, y a ver si se te pasa, ¿vale?

—Bueno… Vale —respondo, fingiendo resignación, y dejo que me acompañe hasta mi cuarto—. ¿Tú trabajas hoy?

—Sí, ya sabes que entre semanas siempre tengo el turno de las comidas. ¿Quieres que me quede en casa? Puedo llamar para pedir el día libre, y…

—No, no —la interrumpo. Lo último que querría sería fastidiar a mi madre con el trabajo—. Puedo quedarme unas cuantas horas solo, no pasa nada.

—Bueno, como quieras. —Al igual que cuando era pequeño, me acompaña hasta la cama y me ayuda a acostarme—. De todos modos, no tengo que estar allí hasta las doce y media. A ver cómo vas pasando la mañana.

—Vale.

—Intenta dormir, que descansar siempre viene bien en estos casos.

—Vale, mamá. Gracias.

Una vez en mi habitación, me doy cuenta de un fallo importante de mi plan: me he despertado muerto de hambre, como siempre, y no he desayunado. Por supuesto, no puedo ir ahora a la cocina, eso destrozaría todo mi plan. Así pues, voy a tener que esperar a que mi madre se vaya cerca de las doce para poder comer algo decente, pero sé que no voy a ser capaz de aguantar sin echarme algo al estómago antes.

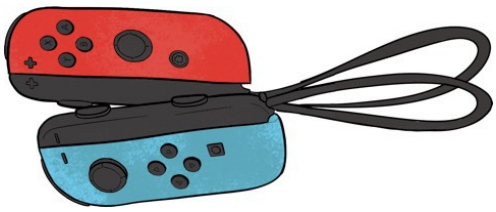
Por suerte, tengo en un cajón las golosinas que me suelo comer a modo de premio cuando estoy agobiado estudiando, de modo que me pongo en pie en silencio, me acerco a hurtadillas y saco la abultada bolsa rebosante de azúcar. La escondo conmigo en la cama, listo para ocultarla si mi madre abre la puerta, y comienzo a comer. Igual me pongo malo de verdad por el atracón, pero cualquier cosa es mejor que otro día como el de ayer junto a Adri.

Mientras como, envío un mensaje al grupo que comparto con mis amigos, o más bien con Juan, Andrés y ese desconocido en el que

se ha convertido Adri de la noche a la mañana. En otras circunstancias, les habría dicho la verdad, pero, tal como están las cosas, les cuento la misma trola que a mi madre: que estoy enfermo y no voy a poder ir a clase hoy.

A continuación, dejo el móvil en silencio sobre la mesita de noche, me zampo un par de gominolas más antes de esconder la bolsa debajo de la cama, y me acurruco entre las sábanas.

Aunque las circunstancias sean una mierda, tengo que reconocer que hay pocas cosas mejores que poder quedarme a gustito en la cama durante unas cuantas horas más cuando debería estar yendo a clase.



30.

No sé cuánto tiempo ha pasado cuando me despiertan unos golpecitos en la puerta.

—¿Cariño? —Es mi madre—. ¿Se puede?

—Sí, claro —respondo, con la voz áspera a causa del sueño.

Ella entra en la habitación y se acerca a mi cama; me doy cuenta de que ya está vestida para irse al trabajo.

—¿Cómo estás?

—Bueno… Más o menos —digo, fingiendo una mueca de dolor—. Todavía me duele. ¿Qué hora es?

—Las once y media, voy a tener que irme ya. —Me mira con preocupación mientras se sienta en mi cama y me coloca el dorso de la mano sobre la frente—. Al menos, no parece que tengas fiebre. ¿Crees que estarás bien solo?

—Sí, yo creo que sí. Tú tranquila.

—Te he descongelado un poco de caldo, lo tienes en el microondas. Si te entra hambre, caliéntalo un par de minutos y te lo tomas, ¿vale? Pero despacito, no sea que te siente mal.

—Vale, mamá. Gracias.

—Yo tengo que marcharme ya. Cualquier cosa me avisas por el móvil, ¿vale?

—Vale. Pero tú tranquila, que no va a pasarme nada.

—Bueno. Pero, si mañana sigues así, nos vamos al médico.

—Vale.

Entonces, se inclina ante mí para abrazarme y darme un beso en la mejilla. Yo le devuelvo ambas cosas con cariño; me siento un poco mal por estar preocupándola por nada.

—Hasta luego, mi vida.

—Adiós, mamá. Y no te preocupes, anda.

No puedo evitar sentirme un poco culpable cuando me lanza una última mirada de preocupación antes de cerrar la puerta, pero la alternativa sería mucho peor. Aguzo el oído durante unos segundos hasta que, al fin, oigo el sonido de la puerta de la entrada cerrándose. Acto seguido, me apresuro a sacar la bolsa de gominolas y me meto unas cuantas en la boca; se nota que no he desayunado en condiciones, porque vuelvo a estar muerto de hambre.

Mientras mastico, desbloqueo el móvil. Veo que mis amigos han contestado a mi mensaje en el grupo… y, para mi sorpresa, Adri también lo ha hecho. Aunque tampoco es que se pueda decir que se haya currado demasiado la respuesta, la verdad.

JUANILLO

Joder, qué putada!

Ánimo Vic!!

ANDREW

Putada??

Dirás qué suerte! Ya quisiera yo poder quedarme en casa

Mejorate anda!!

JUANILLO

Y ve contando qué tal!

ADRI

Mejórate

Eso es todo. Una simple palabra, ocho únicas letras en las que solo puedo ver desidia. El corazón me duele al leerlas. ¿De verdad he pasado a importarle tan poco prácticamente de la noche a la

mañana? Este no es el Adri que conozco. Por mucho que haya podido rallarse a causa del beso, esta forma de comportarse no es nada propia de él.

Y, sin embargo, ahí está su nombre, acompañado de un mensaje que no podría ser más frío.

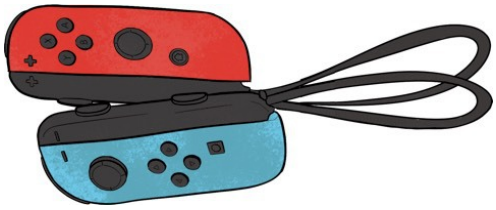
Pero no quiero pensar en él ahora; a fin de cuentas, esa es la razón por la que quería quedarme en casa.

Sé que no puedo alimentarme a base de chucherías a menos que quiera ponerme malo de verdad, así que decido levantarme para desayunar algo decente. Por lo general, lo primero que hago por las mañanas es ducharme, pero hoy me permito el gustazo de quedarme calentito con el pijama mientras voy a la cocina y me preparo un tazón de cereales hasta arriba. Me lo como mientras miro tiktoks y, cuando termino, me aseguro de lavar el cuenco, secarlo bien y dejarlo en su sitio; no quiero que quede ninguna prueba de que he estado comiendo.

A continuación, hago un cálculo rápido. Son casi las doce y ni mi hermana ni mi padre volverán a casa hasta pasadas las dos, de modo que me quedan unas dos horas y media de libertad absoluta en casa. Así pues, me voy al salón, me despatarro en el sofá y enciendo la Switch. Como no podría ser de otra manera, en la tele aparece la pantalla inicial del *Mario Kart*. Por un momento, me planteo cambiar de juego, y casi estoy a punto de levantarme para ir a buscar otro cuando me sorprendo a mí mismo presionando el botón para empezar.

Supongo que, en el fondo, soy más débil de lo que pensaba. Y, aunque Adri ya no quiera saber nada más de mí, es como si jugar a nuestro juego favorito me hiciera sentirlo un poco más cerca.

Patético, lo sé, pero supongo que así soy yo.



31.

La doctora me palpa el estómago, moviendo las manos alrededor de mi ombligo mientras ejerce una ligera presión de vez en cuando. Hago alguna mueca y finjo quejarme un poco, pero procurando no exagerarlo. Quiero seguir quedándome en casa un par de días más, pero tampoco necesito que inicien los protocolos de algo grave cuando no me pasa absolutamente nada.

Al fin, me deja la tripa en paz y se acerca a la mesa. Yo me bajo la camiseta y me pongo en pie.

—Salvo que no mejore en un par de días, yo descartaría que fuera algo más grave, como una apendicitis —nos informa—. Lo más probable es que sea una gastroenteritis. Deberías empezar a sentirte mejor entre mañana y pasado, como muy tarde.

Trato de contener una sonrisa; justo lo que esperaba oír. Al despertar esta mañana, le he puesto mala cara a mi madre otra vez y le he dicho que me he pasado toda la noche yendo al baño, así que hoy también me he librado de tener que ir a clase. Si la doctora me da un margen de dos días, puedo seguir alargando el cuento para no tener que volver hasta el lunes.

—¿Hay algo que se pueda tomar? —pregunta mi madre, algo más tranquila, aunque todavía preocupada.

—Os voy a recetar un suero de rehidratación oral. Tendrás que ir bebiéndolo a sorbitos a lo largo del día. —Hago una mueca de asco,

y ella sonríe—. Tú tranquilo, que sabe a naranja. Después de estar dos días casi sin comer, ya verás que lo agradeces. Te servirá para reponer electrolitos y líquidos perdidos.

—Vale.

—¿Y en cuanto a la alimentación? —continúa mi madre—. Ayer le descongelé un caldo de pollo, se tomó un poco para comer y después otro poco con algo de arroz cocido para cenar.

—Estáis haciendo bien —responde la doctora, y comienzan a hablar sobre la dieta que debería seguir estos días mientras yo desconecto un poco; ya me sé bien la cantinela.

Esa es la parte mala de todo esto: hasta que el viernes por la tarde «me recupere» milagrosamente, voy a tener que estar comiendo poco más que caldo, arroz, pollo y patatas hervidas. Pero supongo que valdrá la pena si con eso puedo quedarme tranquilo en casa en vez de estar pasándolo mal en el instituto, así que es un sacrificio que tengo que hacer.

Por suerte, todavía me quedan golosinas. Cuando mi madre se marcha a trabajar una hora después de volver del médico, me tomo un buen desayuno y después bajo un momento al bazar de la esquina para comprar provisiones que pueda guardar en mi habitación.

Los días van pasando de forma extraña, entre lento y rápido, si es que eso tiene algún sentido. Por las mañanas, cuando me levanto y sigo «encontrándome mal», vuelvo a acostarme con el beneplácito de mi madre, me como en secreto algunas de las galletas y golosinas que tengo escondidas, y no me levanto hasta que me avisa de que se va a trabajar, siempre a eso de las once y media. Entonces es cuando me levanto para desayunar y me voy al salón, donde me paso un par de horas tirado en el sofá mientras alterno las partidas al *Mario Kart* con series y películas varias. Así, la primera mitad del día se me pasa rapidísima. Además, la doctora no mentía al decir que el suero estaba bueno, así que no me importa ir tomándomelo a sorbos a lo largo del día, como si fuera un refresco o un zumo.

Cada tarde, cuando ya no estoy solo en casa, tengo que volver al paripé y poner cara de pena, para que parezca que sigo estando

enfermo. Además, tampoco me apetece seguir en el salón mientras mi padre esté ahí, de modo que me encierro en la habitación y me dedico a estudiar para los exámenes de la semana que viene mientras las horas pasan con aburrida lentitud, aunque al menos puedo ir picando algo a escondidas de vez en cuando.

Por la noche, con mi madre otra vez en casa, cenamos todos «en familia», así que me obligo a comer la comida sosa que me toca cada día con la promesa de poder zamparme unas cuantas galletas de chocolate más tarde. Al menos, mi padre está menos gilipollas de lo normal estos días; supongo que mi madre debe de haberle dicho algo. Al final mi falsa enfermedad va a tener ventajas para todos.

El jueves por la tarde, Sandra me manda un mensaje preguntándome cómo estoy. Me da la impresión de que lo único que quiere es seguir indagando sobre Adri y, sinceramente, no estoy de humor para eso ahora mismo. Me planteo responderle algo cortante, pero al final opto por ignorar su mensaje.

El viernes mi madre trabaja por la noche y se pasa la mañana en casa, así que tras fingir unas náuseas leves por la mañana que me aseguren un día más sin ir a clase, me vuelvo a la cama y sigo durmiendo hasta después del mediodía. A estas alturas, ya no puedo aguantar un día más sin comer su comida, así que trato de jugar bien mis cartas.

—No voy mal al baño desde ayer —le cuento—, y tampoco he vuelto a vomitar. Yo creo que hoy ya puedo comer algo un poco más decente.

—Sí, yo creo que sí —coincide ella, y tengo que contener un suspiro de alivio—. Ya deberíamos ir empezando a introducir otra clase de alimentos. ¿Te parece si preparo una *focaccia*? Si te sienta bien, mañana podemos probar con una tortilla de patatas.

—Me parece genial.

Por supuesto, la *focaccia* me «sienta bien». Nos deja un buen trozo preparado para que Vero y yo tengamos cena, así que me ofrezco a prepararla y, a escondidas, corto la mía por la mitad y la relleno con un buen puñado de queso rallado antes de meterla en el horno.

El sábado me despierto «mucho mejor», y mi madre se alegra al ver que estoy «recuperando el apetito». La tortilla de patatas también me sienta bien, al igual que el trozo recalentado que me como para cenar porque mi madre vuelve a tener turno de noche.

Justo estoy cenando cuando recibo un par de mensajes en el grupo que comparto con mis amigos. El corazón me da un vuelco durante el instante que tardo en entrar en la conversación, pero, por supuesto, no es él.

ANDREW

Eyyy, cómo vas, Vic?

Ya bien del todo??

Sí! Todo guay

ANDREW

Me alegro!!

Queréis hacer algo mañana?

Unas partidas, una peli o algo

Después de haberme pasado toda la semana aislado, esto es justo lo que necesitaba, la verdad.

Vale!

Os venís a mi casa después de comer??

Mi padre no está 🥳

ANDREW

Vale, guay

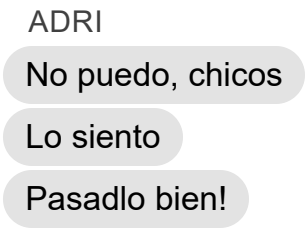
JUANILLO

Genial! Pues mañana nos vemos.

@Adri, tú puedes?

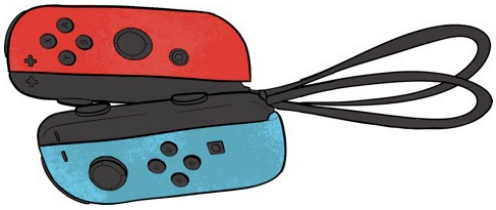
En ese momento, la marca doble debajo de mi último mensaje se vuelve azul, indicando que todos los miembros del grupo lo han leído. El corazón me late con fuerza mientras espero a que Adri responda.

Pero, cuando al fin llega su mensaje, suelto un suspiro de resignación.



Decir que me siento decepcionado sería un eufemismo. Está claro que le da igual que haya estado enfermo (aunque sea mentira) y que llevemos sin vernos desde el lunes. No quiere verme y me lo ha vuelto a demostrar, por si no me lo había dejado ya lo suficientemente claro.

Pues muy bien. Pero que luego no me venga arrepintiéndose, porque a lo mejor yo tampoco quiero verlo a él.



32.

El domingo, mi madre prepara pasta a la carbonara para comer, pero la de verdad, la que no lleva nata sino huevo, según la receta italiana. Y, como también me «sienta bien» (guiño, guiño), decide darme por curado y me da permiso para pedir unas pizzas para cenar con mis amigos en su ausencia.

Quince minutos antes de la hora a la que hemos quedado, Andrés nos manda un mensaje para avisarnos de que se le ha ido la siesta de las manos y va a llegar media hora tarde. Por suerte, Juan llega puntual y no tengo que quedarme esperando. Para mi sorpresa, lo primero que hace cuando le abro la puerta es abrazarme. El otro día me abrazó después de mi confesión a medias, y después cuando nos despedimos antes de irme a mi casa, pero no sabía que íbamos a convertirlo en algo habitual. Sin embargo, no me quejo. Cuantos más abrazos haya en mi vida, mejor. Sobre todo ahora que he perdido los de Adri.

—¿Cómo estás? Ya mejor, ¿verdad?

Me quedo confuso durante un momento, pensando. ¿Se refiere a lo de Adri? Al fin y al cabo, el otro día ya le conté que me gustaba alguien. Pero, por supuesto, al instante me doy cuenta de lo que quiere decir en realidad. A fin de cuentas, él también piensa que he estado casi toda esta semana enfermo.

—Sí, ya estoy perfecto.

—Me alegro. —Sonríe ligeramente, pero veo en su cara que todavía no ha terminado. Entonces, añade—: Y… ¿de lo otro?

Suelto un suspiro.

—Pues ahí vamos. No parece que esté la cosa muy allá.

—Joder. Lo siento, Víctor.

—No pasa nada. ¿Vemos algo en lo que llega este?

—Vale —responde, y volvemos a nuestro ya habitual pasatiempo de ver vídeos graciosos en TikTok y en Instagram.

Cuarenta minutos después de la hora acordada, Andrés llama al timbre. A él no lo abrazamos; por alguna razón, a mí me resulta extraño pensar en hacerlo. Nos saludamos con los choques de puño habituales, y después vamos al salón para echar unas carreras al *Mario Kart.*

—Oye —dice Andrés mientras enciendo la consola—. ¿Qué cojones pasa con Adri?

El corazón me da un vuelco. ¿Qué le digo yo ahora?

—No sé —respondo, haciéndome el tonto—. ¿Qué le pasa?

—Venga ya, tío. Que estabais rarísimos el lunes. Y él ha estado rarísimo toda esta semana.

—Pues no sé. —Sin embargo, no puedo evitar la tentación de tratar de indagar un poco más—. ¿Rarísimo cómo?

—No ha venido con nosotros en el bus ni un solo día, casi no hablaba con nosotros. Pasaba de nosotros en el recreo. No sé, raro de cojones.

—Pues no sé —repito—. Tendrás que preguntárselo a él.

Sin embargo, lo que ha dicho Andrés me ha extrañado. Yo pensaba que el problema de Adri era solo conmigo, que tan solo estaba tratando de evitarme a mí. Pero, si yo me he pasado cuatro días sin ir a clase, ¿por qué ha estado ignorando también a Juan y Andrés? Es todo muy raro.

—Venga, vamos a jugar —dice Juan, que siempre sabe cuándo intervenir en el momento más necesario.

Al principio, se me hace raro, un poco como me pasó durante el puente, pero por razones muy distintas. Siempre he asociado jugar al *Mario Kart* con Adri. Ese fue el juego que nos unió, el juego al que hemos dedicado centenares de horas durante nuestra adolescencia,

nuestra actividad favorita para hacer juntos. A Juan y a Andrés también les gusta, pero no tanto. Que estemos aquí los tres jugando sin Adri me resulta extraño.

Sobre todo cuando gano todas y cada una de las veinte carreras sin la menor dificultad. ¿Cómo puede ser que eche de menos lo difícil que me lo ponía siempre Adri cuando jugábamos juntos?

Aunque Juan y Andrés han traído patatas y refrescos que nos hemos estado zampando entre carrera y carrera, para cuando terminamos, ya volvemos a tener un poco de hambre. Sabemos que las pizzas tardarán en llegar, así que vamos pidiéndolas antes de poner la película.

—¿Qué has traído? —le pregunto a Juan.

Ayer acordamos que él escogería la película; normalmente, siempre se acaba resignando a lo que queramos los demás.

—*Todo a la vez en todas partes* —responde mientras saca una caja de Blu-Ray bastante colorida del bolsillo de su abrigo.

—¿Qué coño es eso? —pregunta Andrés.

—Es una pasada —asegura Juan—. Ganó el Oscar a Mejor Película, y…

—Joder. ¿No será un coñazo de los tuyos?

—Que no, en serio. Os va a encantar.

—Seguro que mola —lo apoyo, y él sonríe levemente.

Ponemos la película, en versión original como siempre que elige Juan porque él es así de exquisito, y nos sentamos en el sofá mientras esperamos a que lleguen las pizzas. Cuando suena el timbre, estoy tan metido en la historia que hasta me sobresalto.

Hemos pedido una mediana para cada uno, y menos mal. Cada trozo me sabe a gloria después de haber tenido que comer arroz, pollo a la plancha, caldo y crema de verduras muchas más veces de lo que me apetecería en una semana normal, así que no habría soportado tener que compartirla con nadie.

Tengo que reconocérselo a Juan: la película es una pasada. En un momento dado, tengo lágrimas en los ojos, y hasta puedo oír a Andrés sorbiendo por la nariz. Cuando termina, me doy cuenta de que se ha convertido en una de mis películas favoritas de todos los tiempos. Y, aunque la trama no podría ser más disparatada, no

puedo evitar ver paralelismos con mi vida en ciertos puntos. Y es que, ¿quién me dice a mí que Adri y yo no estemos destinados a estar juntos en algún universo, solo que no es en este? Mientras recogemos la cena, le doy más vueltas al tema de lo que debería.

Y entonces, justo cuando mis amigos ya se han marchado, ocurre lo que menos me esperaba: recibo un mensaje de Adri.

O, más concretamente, dos mensajes.

Hola

Ya estas bien?

Tampoco es que se lo haya currado demasiado, pero ya es más de lo que esperaba. A lo largo de esta semana mis amigos han ido preguntándome por el grupo, así que yo les he ido contando lo mal que estaba hasta que ya ayer amanecí «milagrosamente» bastante mejor. Adri tan solo respondió con un escueto «me alegro» y no ha vuelto a participar en la conversación que seguí manteniendo con los demás, así que no me esperaba que ahora fuera a escribirme de repente, y menos por privado.

Sí, ya todo bien

Gracias

De nada

Vendrás mañana a clase?

Sí, por?

Por nada

Me quedo mirando la pantalla con el ceño fruncido mientras espero a que escriba algo más, pero los minutos pasan y no lo hace. Pruebo a responder algo.

Vale

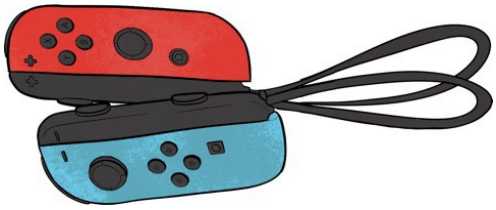
Aparece en línea, pero no responde. Aguardo unos segundos para ver si me escribe algo más, pero entonces se desconecta.

Espero un minuto más, y al fin, me resigno a dar por terminada la conversación y bloqueo el móvil.

No entiendo a qué se debe este nuevo acercamiento después de su actitud reciente conmigo, pero no quiero dejar que me afecte. Ha sido muy duro pasar estos días alejado de él, pero habría sido más duro todavía tener que soportar su frialdad y su indiferencia. De modo que respiro hondo y trato de concentrarme en el último trozo de pizza que me había dejado para más tarde; no pienso dejar que me la amargue. Bastante me la amarga de por sí tener que comérmela justo cuando mi padre acaba de llegar a casa, con su mala hostia habitual.

Cuando me voy a dormir por la noche, los pensamientos que había conseguido mantener más o menos a raya a lo largo de estos días vuelven a atormentar mi cabeza, como si hubieran estado agazapados y esperando al momento propicio para hacerme más daño. Mañana volveré a ver a Adri. Volveré a compartir pupitre con él, volveré a pasarme varias horas seguidas a su lado. Y, sinceramente, no sé cómo voy a ser capaz de aguantarlo después de estos días de calma y lejanía.

Me arrepiento de haber estado durmiendo tanto estos días de supuesta enfermedad. Estoy más descansado que nunca, más que durante las vacaciones de verano, cuando no tengo clase pero siempre me cuesta más dormir por culpa del calor. Y, sin las garras del sueño tratando de apoderarse de mí, no dejo de dar vueltas y más vueltas en la cama, temiendo el reencuentro de mañana, incapaz de quedarme dormido y alcanzar así la bendición de la inconsciencia.



33.

El lunes por la mañana me levanto con dolor de estómago.

No, en serio. Esta vez he despertado con dolor de estómago de verdad. No puedo evitar preguntarme si tendrá algo que ver con lo que he soñado; al fin y al cabo, me he pasado toda la noche saltando entre distintos universos, cada uno más absurdo que el anterior, buscando a Adri en todos y cada uno de ellos. Cuando parecía que ya iba a alcanzarlo, él desaparecía por un portal y tenía que buscarlo en otro universo completamente diferente, y así durante horas.

En uno de ellos, Adri y yo éramos piedras con ojos. Y, aunque estábamos el uno al lado del otro, no podía alcanzarlo porque, en fin, era una puta piedra. Joder con la peliculita.

Y, ahora, me duele el estómago. El problema es que, después de haber fingido una gastroenteritis de cuatro días y de haber estado comiendo con normalidad durante el fin de semana, ahora no puedo volver a decir que estoy enfermo y quedarme en casa un día más.

Además, en realidad no necesito a mi madre ni a la doctora para decirme lo que me pasa. Sé perfectamente que no estoy enfermo, por muy real que sea este dolor de estómago. En realidad, lo que me pasa es que estoy nervioso. Ansiedad, supongo. Ya ha pasado una semana desde la última vez que fui a clase, he podido pasarme

varios días tranquilito y en casa. Pero hoy volveré a ver a Adri y, sinceramente, no sé cómo lo voy a llevar.

Suelto un suspiro mientras me obligo a salir de la cama… qué fácil se acostumbra uno a lo bueno; estos días pudiendo dormir hasta tarde se me han pasado volando y, ahora, después de la nochecita que he pasado, estoy que me caigo de sueño. Como de costumbre, me doy una ducha rápida para despejarme un poco. A continuación, voy a la cocina a desayunar, donde Vero se está terminando una tostada.

—¿Qué tal, enano? —me saluda con una sonrisa—. ¿Con ganas de volver a clase?

La miro con las cejas en alto. Estará de coña, ¿verdad?

—Preferiría pegarme un tiro en los huevos.

—Joder, qué gráfico —dice entre risas, casi escupiendo el café—. Alguien se ha levantado de mal humor.

—Perdona. Es que he dormido como el culo.

—¿Y eso?

Me encojo de hombros mientras lleno el cuenco de cereales.

—No sé.

Ella se pone en pie y se acerca para revolverme un poco el pelo.

—Pues anímate, anda. Que ya van a empezar las vacaciones de Navidad.

Las vacaciones. Como a cualquier persona en edad escolar, siempre me han gustado las vacaciones de Navidad, poco más de dos semanas de anhelado alivio cuando el verano ya ha quedado muy olvidado y el curso está empezando a hacerse un tanto pesado. Pero, este año en concreto, hay un aliciente extra.

O, mejor dicho, tres.

El primero es que las clases se terminan el jueves, lo que significa que esta semana va a ser más corta de lo habitual.

El segundo es que los viernes toca clase de Educación Física, y eso significa poder ahorrármela y, sobre todo, poder ahorrarme el posterior momento de incomodidad en los vestuarios.

Y el tercero es que voy a estar lejos del instituto, lo que ahora significa que también estaré lejos de Adri. Hace solo diez días, esto me habría resultado inconcebible, pero ahora, lo único que quiero es

estar lo más lejos posible de él. Dadas las circunstancias, está claro que la cercanía solo sirve para hacerme daño, para hacerme sufrir más. Con un poco de suerte, estar poco más de dos semanas lejos de él me ayudará a acostumbrarme a la nueva situación, a olvidarme de lo que siento por él.

O lo que creo sentir, porque después de varios días sin verlo y sin apenas hablar con él, mis dudas han regresado. Nunca lo tuve completamente claro, y de ahí que necesitara hablar con Fran al respecto, pero después de esa conversación con él, es como que decidí lanzarme de lleno a lo que creía sentir.

Pero, ¿y si esos sentimientos no son tan fuertes como pensaba? ¿Y si, como yo mismo dudaba al principio, se trataba simplemente de una amistad demasiado fuerte, tanto como para llegar a confundirla con el amor? Al fin y al cabo, no tengo ninguna clase de experiencia en este ámbito. Adoro a Adri, eso lo tengo claro. O, más bien, lo adoraba antes de que decidiera empezar a hacerme el vacío. A lo mejor he confundido esa adoración con amor, a lo mejor he creído y he querido ver más de lo que había en realidad en sus muestras de afecto; después de todo, mi referente masculino más cercano es mi padre, y no sabría decir la última vez que me dio un abrazo o me dedicó un gesto de cariño, si es que lo ha hecho alguna vez.

Suelto un suspiro. En el fondo, eso sería lo mejor. Se supone que el amor es un sentimiento más profundo e intenso, algo más difícil de olvidar, ¿no? Pero, si no estoy enamorado, tal vez seamos capaces de arreglar la situación. Si no estoy enamorado, si el beso en realidad no significó nada para ninguno de los dos, tan solo es cuestión de tiempo que las aguas vuelvan a su cauce, que las cosas vuelvan a ser como antes de que todo se fuera a la mierda en esa maldita fiesta. Desde luego, todo sería muchísimo más fácil, eso lo tengo claro.

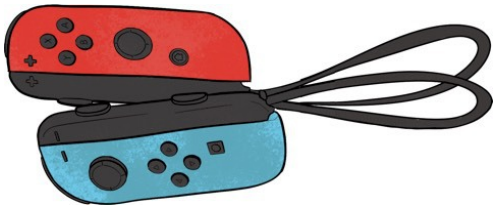
Sin embargo, no pienso ser yo quien vaya detrás de él. Yo no he hecho nada malo. Vale, sí, puede que me marchara de la fiesta enfadado, pero tenía mis razones; era él quien estaba pasando de mí. Es Adri quien ha seguido pasando de mí, quien estuvo haciendo como si no existiera en clase, quien apenas se ha dignado a

escribirme a lo largo de estos días, y solo lo ha hecho porque pensaba que estaba enfermo.

Quiero que todo vuelva a ser como antes, que recuperemos nuestra amistad, pero no pienso mendigarla. Simplemente, actuaré con normalidad, y responderé dependiendo de sus acciones. Adri tiene que saber que ha hecho las cosas mal, tiene que saber que me ha hecho daño y, por supuesto, él también es consciente de que me ha estado ignorando, así que tiene que ser él quien dé el siguiente paso, quien se acerque a mí para pedirme perdón.

Aunque no corresponda a los sentimientos que todavía no sé si tengo hacia él, siempre he creído que nuestra amistad era fuerte. Ahora, le toca a él demostrármelo, si es que de verdad le importo todavía.

Sinceramente, ya no estoy tan seguro.



34.

—¡Hola, Víctor!

Me doy la vuelta antes de entrar en clase, extrañado, y me encuentro con Sandra, mirándome con una sonrisa. De verdad, ¿cómo puede tener alguien los dientes tan blancos en el mundo real?

—Hola.

—¿Ya estás mejor?

Hago una mueca al recordar que jamás respondí a su mensaje; a lo mejor sí que estaba preocupada por mí de forma sincera.

—Sí, gracias. Perdona, creo que se me pasó responderte con la fiebre, los vómitos y todo eso.

—Nada, no te preocupes. Me alegra que estés bien.

Cuando entro en clase, veo que Adri ya se encuentra en su asiento habitual, tal como me imaginaba; no estaba en la parada del autobús cuando llegué, así que era lo más probable. Tiene los ojos clavados en el móvil, pero me percato de que me echa un vistazo rápido cuando me ve acercarme.

—Hola —digo simplemente; puede que no vaya a ir detrás de él, pero tampoco quiero que piense que he decidido ignorarlo.

—Hola. —Hace una pausa mientras saco mis cosas de la mochila, mirándome de reojo como si no estuviera muy seguro de qué hacer a continuación—. ¿Cómo estás?

Bueno, parece que hoy al menos está tratando de mantener una conversación, así que ya es algo. No voy a bajar la guardia, pero al menos empiezo a sentirme un poco menos tenso que hace solo unos minutos.

—Bien. ¿Y tú?

—Bien —responde.

Esto se parece un poco a una conversación de besugos pero, en fin, supongo que podría ser peor.

—Me alegro.

—Gracias. ¿Ya estás mejor?

Al principio no comprendo a qué se refiere, pero entonces recuerdo lo de mi falsa enfermedad.

—Sí, sí. Todo bien.

—Me alegro —dice él ahora.

—Gracias.

Lo dicho. Una conversación de besugos en toda regla. Y, aunque me alegra poder volver a hablar con él, lo cierto es que echo de menos la fluidez de nuestras conversaciones habituales. Ahora todo es raro, incómodo, como si acabáramos de conocernos y no nos hubiéramos pasado los últimos tres años durmiendo juntos todos los fines de semana.

—Oye, Víctor… —comienza. Sin embargo, en ese momento entra la profesora en el aula, justo al tiempo que suena el timbre. Lo miro, esperando a que continúe, pero niega con la cabeza—. Nada. Da igual.

No hablamos durante toda la primera hora, aunque al menos el ambiente que se respira es mucho menos tenso que el de hace una semana.

Cuando termina la primera hora, me quedo en silencio durante un minuto, esperando a ver si continúa con lo que me quería decir antes, pero no lo hace. Como a segunda tenemos examen de Lengua, aprovecho para sacar el tema.

—¿Qué tal llevas el examen?

—Bueno, yo creo que bien. A ver si no se pasa con las preguntas.

—Ya, a ver.

Y no decimos nada más. Pronto suena el segundo timbre, así que separamos los pupitres para el examen.

Por suerte, durante la semana pasada tuve tiempo de sobra para estudiar, así que no me resulta difícil; tan solo hay una pregunta que me hace dudar.

Al terminar el examen, vuelvo a pegar mi pupitre al de Adri. Ahora es él quien se dirige a mí, aunque sigue sin mirarme.

—¿Cómo te ha salido?

—Bien, creo. —En realidad, estoy seguro de que lo he clavado, pero no quiero presumir—. ¿Y a ti?

—Bien.

Y, de nuevo, caemos en ese punto muerto en el que a ninguno de los dos se le ocurre qué decir a continuación.

La tercera hora, Inglés, es una de mis favoritas. En parte por Eric, que es un profesor genial, y en parte porque me gusta la asignatura en sí. Como ya hicimos examen al volver del puente y vamos adelantados con el temario, nos dice que esta semana vamos a dedicarla a ver una película en versión original: *El club de los poetas muertos*. Suena a coñazo supremo y me da una pereza tremenda porque es de finales de los ochenta, lo que viene siendo básicamente la prehistoria, pero bueno, supongo que siempre es mejor eso que dar clase.

Sin embargo, cuando Eric apaga las luces y soy profundamente consciente de la presencia de Adri a solo unos centímetros de mí, no puedo evitar sentirme incómodo. La tensión entre nosotros es algo denso en el aire, no exactamente desagradable, pero sí muy diferente a los silencios apacibles que solíamos compartir hasta no hace tanto tiempo. Clavo los ojos en la pantalla y me concentro en la película, tratando de olvidarme de él.

Cuando me quiero dar cuenta, ya está sonando el timbre que pone fin a la hora. A pesar de mi reticencia inicial, estaba completamente enganchado, y hasta me he emocionado en algún momento. Y es evidente que no soy el único, porque varios sueltan un gruñido de frustración al tener que parar la película, entre ellos, el propio Adri.

—No os preocupéis —dice Eric, sonriente—. Mañana seguimos con ella.

Me giro hacia Adri para aprovechar la ocasión y comentar la película con él, pero ya se está poniendo en pie para marcharse antes de que pueda abrir la boca siquiera.

Pues vale.

Una vez más, decido quedarme en clase durante el recreo. Me sabe mal por Andrés, y Juan, pero bueno, al menos estuve con ellos ayer. Los dos saben perfectamente lo profunda que es mi amistad con Adri, o lo profunda que era antes de todo esto, y sé que les parecerá normal que me afecte el hecho de que haya decidido comportarse de una forma tan extraña de repente.

—¿Otra vez aquí? —dice una voz afable.

Levanto la mirad y veo a Eric, mirándome desde su escritorio.

—Eso parece.

Él me mira fijamente durante unos instantes. Pienso que va a seguir corrigiendo exámenes o lo que sea, pero, de pronto, se pone en pie y se acerca a mi pupitre. Como si tal cosa, ocupa el asiento de Adri y gira la silla para mirarme mientras yo hago lo mismo.

—El lunes pasado también te pasaste aquí el recreo. Después, estuviste toda la semana en casa con una gastroenteritis. —Como es mi tutor y tuve que darle a él el justificante, ya sabe esa información —. Ahora, vuelves a pasarte el recreo aquí. No irás a ponerte enfermo otra vez mañana, ¿verdad? Porque sería un poco sospechoso.

Noto que se me calientan las mejillas. No lo ha dicho claramente, pero no puedo evitar la sensación de que me ha calado por completo. ¿De verdad se ha dado cuenta de que mentí para quedarme en casa? Pero no puede hacer nada, ¿verdad? Tengo un justificante médico que me da la razón.

—Espero que no —respondo simplemente.

—Yo también lo espero —dice—, porque sería una falta más complicada de justificar. Pero ya estamos a punto de terminar el trimestre.

De nuevo, habla de forma sutil, sin llegar a decir las cosas del todo. Pero, por su forma de expresarse, me da la impresión de que

sabe perfectamente las ganas que tengo de que lleguen las vacaciones para poder alejarme de aquí.

—Pues sí.

—¿Hay algo que te preocupe, Víctor? —me pregunta, esta vez sin rodeos.

Aparto la mirada durante unos instantes. Entonces, lo miro a la cara. Eric es guapo, y también joven, más que mis padres. Debe de tener poco más de treinta años. Hay una cercanía en su mirada que no me esperaba, pero tampoco me sorprende: Eric no solo es uno de mis profesores favoritos, sino que también es de los mejores tutores que he tenido nunca.

Entonces, bajo la mirada hasta la pulsera con los colores de la bandera arcoíris que luce en la muñeca. Tal como pensé el otro día, Eric puede ser un aliado aquí dentro. No sé si los rumores sobre Rubén serán verdad, pero si lleva esta pulsera, como mínimo debería apoyar estas cosas. Si le saco el tema, a lo mejor podría ayudarme de alguna manera, aunque no sé muy bien cómo podría hacerlo.

El problema es que tampoco sé cómo contarle lo que me pasa, y hasta siento que se me calientan las mejillas solo de pensar en sacarle el tema de Adri, de modo que niego con la cabeza.

—Nada, es por los exámenes y tal —miento descaradamente—. Estoy un poco agobiado.

Eric me mira durante un largo momento antes de responder. Por algún motivo, me da la impresión de que puede ver en mí mucho más de lo que yo mismo imagino.

—Ya. Pero bueno, en cualquier caso, recuerda lo que te dije el otro día. Si necesitas ayuda con algo, sea lo que sea… cuenta conmigo.

Dice mucho de él que finja creerme cuando es evidente que no estoy siendo sincero, así que asiento con la cabeza.

—Gracias, Eric.

Él sonríe, asiente con la cabeza y se levanta para volver al escritorio. Una vez más, se queda allí durante el resto del recreo. Más de una vez, me planteo la posibilidad de llamarlo para contarle lo que está pasando, pero siempre me acobardo en el último momento.

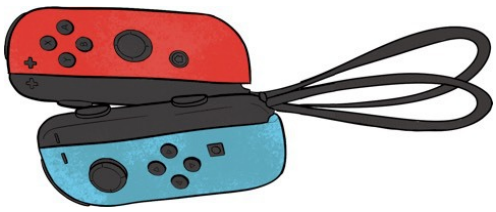
El resto de las clases transcurren con la monotonía esperable. Adri me saluda al llegar con un simple «hola» poco entusiasta que yo le devuelvo en el mismo tono, pero no dice nada más. Pensaba que seguiría intentándolo después de nuestras conversaciones de besugos previas al recreo pero, o ya se ha hartado de hablar conmigo, o no sabe qué decir, que es justo lo que me pasa a mí.

Cuando suena el timbre que indica el final de la última hora, el alivio es todavía mayor.

—Adiós —dice Adri mientras se pone en pie; ya lo tiene todo recogido desde hace un minuto.

—Adiós —respondo, y él asiente con la cabeza antes de alejarse.

Suelto un suspiro. Al menos, se ha dignado a despedirse. Supongo que ya es algo, pero sigue sin ser suficiente.



35.

El martes me espera una nueva tortura en el instituto, además del comportamiento inexplicable de Adri: la clase de Educación Física a primera hora y, como no podría ser de otra manera, el momento posterior en los vestuarios. Gracias a mi falsa gastroenteritis he podido perderme las dos últimas clases pero, en esta ocasión, no se me ha ocurrido ninguna excusa para pedirle un justificante a mi madre que me sirva para saltármela.

Sin embargo, como hoy es el último día antes de las vacaciones de Navidad, el profesor nos deja hacer deporte libre, un cambio más que bienvenido.

Juan, Andrés y yo estamos juntos, así que hacemos equipo de inmediato, como siempre. Adri por lo general estaría también con nosotros, pero hoy se ha quedado apartado y parece un poco perdido. Suelto un suspiro mientras lo miro y, cuando levanta la mirada, agito la mano en alto.

—¡Adri! ¿Te vienes?

Él parece titubear un instante, pero entonces se acerca a nosotros con un aire tímido tan poco propio de él que parece otra persona.

—Gracias.

Andrés le da un golpecito en el hombro.

—¿Estás tonto o qué? Como si no te pusieras siempre con nosotros.

Él esboza una leve sonrisa. Me echa un vistazo rápido, pero entonces baja la mirada al suelo y tengo que contener otro suspiro. De verdad, ¿qué cojones la pasa?

Vamos a coger una pelota y empezamos a pasárnosla entre los cuatro, sin saber muy bien qué hacer. Pronto, me doy cuenta de que el profesor se está dirigiendo hacia nosotros, con el ceño fruncido.

—Chicos, pasarse la pelota no cuenta como deporte libre. Un poco más de esfuerzo, hombre, que es el último día. Si no, os pongo a dar vueltas al patio corriendo.

—Es que no sabíamos qué hacer —se excusa Juan.

—Sois pares, ¿no? Podéis jugar al fútbol, dos porteros y dos jugadores. Y después os cambiáis.

A falta de nada mejor que hacer, eso es justo lo que hacemos. Nos quedamos en nuestro rincón y decidimos la zona de juego y las porterías, que delimitamos con unas piedras. En el primer turno, Adri y yo somos los porteros. Juan está en mi equipo, peleándose con Andrés por la pelota. Ninguno de los dos son muy buenos, y eso queda especialmente patente mientras los veo jugar, incapaz de contener la risa. No puedo decir que me den mucho trabajo, la verdad, y Andrés solo logra acercarse a mi portería en cinco ocasiones durante los primeros veinte minutos.

Aunque tengo que admitir que solo logro parar la pelota dos veces, así que igual no debería reírme tanto de sus habilidades.

Por su parte, Juan tira a puerta seis veces, pero Adri las para todas menos una, de modo que cuando empezamos el segundo tiempo, vamos perdiendo por tres a uno.

Trago saliva mientras miro a Adri, arrepintiéndome de no haberme negado a ser portero durante la primera parte. No es solo que él sea mucho mejor que yo en cualquier deporte, sino que, ahora mismo, no sé si estoy preparado para jugar contra él y el acercamiento físico que eso supone.

—Tú no te preocupes —me dice Juan, asumiendo su nuevo puesto en la portería—. Ya sé que Adri es un rival jodido, pero intentaré parar sus goles.

Adri se aleja de la portería contraria y le choca la mano a Andrés, provocándome una punzada de envidia.

Genial. O sea que ahora Adri y yo tenemos que pelearnos por la pelota solos. Perfecto para mis nervios, claro que sí. El último gol me lo han metido a mí, así que dejo el balón en el centro.

Lo observo mientras se coloca frente a mí, un poco inclinado hacia adelante y listo para salir corriendo; está claro que él sí que sabe lo que hace. No me mira directamente, pero su postura es tensa, alerta. Como si yo fuera un problema… o como si tuviera miedo de acercarse demasiado.

—¿Preparado? —me pregunta, todavía sin mirarme, y yo asiento con la cabeza—. Tres… dos… uno… ¡ya!

Los dos nos lanzamos a por la pelota. Y, como no podría ser de otra manera, Adri llega un segundo antes. Controla el balón sin esfuerzo y, aunque intenta salir corriendo hacia la portería de Juan, lo alcanzo por el lateral y le meto el pie. No es una entrada agresiva, más bien torpe, pero funciona: la pelota se escapa hacia mí.

La manejo como puedo, porque tengo las manos temblando y no sé si es por el esfuerzo o por tenerlo a él tan cerca.

—Buen robo —dice Juan desde su portería; estamos peligrosamente cerca.

—Gracias —respondo entre dientes, sin apartar la mirada de Adri.

Él ya viene hacia mí otra vez. Corre con esa mezcla suya tan rara de ligereza y fuerza, es como si volara. Tengo que dar dos toques más para orientarme hacia la portería de Andrés, pero Adri no me da tregua. Se pega a mi lado, hombro con hombro, y puedo notar su respiración entrecortada.

Ese contacto mínimo me desarma más que cualquier jugada. Y, como no podría ser de otra manera, me roba la pelota sin esfuerzo.

Como un rayo, echa a correr hacia la portería. Juan abre los brazos, preparándose para detener el lanzamiento, pero Adri es demasiado rápido: la pelota atraviesa sin problemas el espacio entre las dos piedras. Juan sale corriendo tras ella para recuperarla.

Cuatro a uno… de puta madre.

Mientras Juan regresa con la pelota, Adri y yo nos colocamos en el centro del campo improvisado, a solo unos metros de distancia.

Juan capta mi mirada, y creo entender lo que quiere decir: va a intentar lanzarla lo más cerca posible de la portería de Andrés, para tratar de facilitarme el trabajo.

Dicho y hecho: antes de que golpee la pelota, ya estoy corriendo hacia Andrés, casi sin mirar. La pelota cae a unos metros de mí, lejos de Adri y, por suerte o por algún extraño milagro, logro a hacerme con ella y disparo a portería. Todo ha sido tan rápido que Andrés casi no ha podido ni reaccionar.

Cuatro a dos. Vamos mejorando.

Continuamos jugando durante unos minutos más. Primero, Adri se hace con el balón sin esfuerzo pero, en esta ocasión, Juan consigue parar el gol. Después, nosotros repetimos la misma estrategia; esta vez tanto Adri como Andrés están mucho más atentos a la jugada, pero logro marcar por los pelos… Cuatro a tres. Va a ser muy difícil ganar, pero si Juan sigue parando los lanzamientos de Adri y yo logro marcar una vez más, tal vez podremos empatar.

Tan solo deben de quedar unos minutos para que el profesor nos mande a ducharnos; los próximos instantes van a ser decisivos.

Con la respiración entrecortada, observo a Andrés mientras se acerca a la portería con la pelota y se prepara para lanzar otra vez. Miro a Adri de reojo. Lo conozco bien, y sé que no está dispuesto a perder. Entonces, Andrés le da una patada a la pelota con todas sus fuerzas.

Ambos nos lanzamos a por ella al mismo tiempo.

Y chocamos.

El impacto me deja sin aliento. Chocamos pecho contra pecho y el impulso nos hace perder el equilibrio a los dos. Por puro instinto, levanto los brazos para tratar de sujetarme a Adri mientras él hace lo mismo, los dos tratando de mantenernos en pie, pero no es suficiente. No sé cómo pasa, no sé cómo es posible, pero los dos caemos al suelo, prácticamente abrazados. Nuestras piernas se enredan, nuestros brazos se rozan. Siento un dolor agudo en la cadera al golpear el suelo con fuerza y, al rodar, algo me lacera el brazo.

Entonces veo su cara a solo unos centímetros de la mía, mirándome como no me ha mirado desde hace diez días. Nuestra respiración se entremezcla, y está tan cerca que solo tendría que acercarme un par de centímetros para volver a besarlo. Soy agudamente consciente de que estamos prácticamente abrazados, y lo echaba tanto de menos que se me humedecen los ojos.

—Vic —susurra, y su aliento me hace cosquillas en los labios—. ¿Estás bien?

Parpadeo un par de veces, confuso. ¿Estoy bien? No lo sé. Me duele la cadera, pero también noto molestias en los brazos y las piernas; el dolor y la calidez húmeda y viscosa me dicen que debo de estar sangrando.

Oigo gritos, pero no soy capaz de entender lo que están diciendo. Soy demasiado consciente de su calor a mi alrededor, de su respiración acelerada. Nuestras piernas entrelazadas, nuestros brazos rozándose. Es como si los segundos se dilataran; no sé cuánto tiempo pasa.

—¿Víctor? —insiste—. ¿Estás bien?

Antes de que pueda responder, llegan nuestros amigos corriendo y entonces nos separamos de golpe, como si nos hubieran pillado haciendo algo prohibido.

—¡Chicos! —grita Juan—. ¿Estáis bien?

—Joder —dice Andrés—. Menuda hostia.

Entre los dos, nos ayudan a ponernos en pie, rompiendo el momento, aunque no la tensión existente entre nosotros. En ese momento, llega también el profesor, que nos ha visto caer de lejos. Examinamos los daños, que no parecen demasiado graves. Los dos sangramos por ambos brazos; además de una pierna en el caso de Adri, pero las heridas parecen superficiales. Yo me he hecho un buen moratón en la cadera a causa del impacto, pero nada que no se vaya a curar en unos días.

—Id a ducharos —nos indica el profesor—. Y, después, os vais a la enfermería. No parece nada grave, pero será mejor que os miren. —Entonces, se dirige a Juan y Andrés—. Vosotros uníos a algún otro grupo, que todavía nos quedan diez minutos de clase.

Mientras él se aleja, intercambio una mirada con Juan y Andrés.

—Bueno… pues nos vemos luego.

Echo a caminar hasta los vestuarios, profundamente consciente de la presencia de Adri, a apenas un par de metros por detrás de mí.

Al entrar, también soy consciente de otra cosa: hoy no tengo escapatoria. Por lo general, siempre me entretengo lo máximo posible antes de irme a las duchas, tratando de no mirar nada, tratando de ocultarme. Pero hoy no puedo hacerlo, hoy tengo que ir a la enfermería, así que tengo que darme prisa.

Y eso es lo que hago. Por suerte, no hablar con Adri me facilita un poco las cosas. Abro mi bolsa de deporte para sacar la toalla, el gel y el champú y, tratando de mantener la mente en blanco, me apresuro a desnudarme, me cubro con la toalla y voy hacia las duchas sin mirar atrás. Entonces, cuelgo la toalla del gancho y pongo la ducha en marcha, agradeciendo el chorro de agua que cae con fuerza sobre mi cabeza.

Tenía la esperanza de que Adri se alejara más pero, apenas unos segundos después, oigo cómo se abre la ducha a mi lado. Mantengo la mirada clavada en los azulejos de la pared, obligándome a no mirar en su dirección. El corazón me late con fuerza, como si todavía estuviera corriendo en el patio. Me vierto el gel en la mano y me apresuro a extenderlo por mi cuerpo, haciendo una mueca al notar el escozor en las heridas.

Entonces, cojo el bote de champú, pero, al levantar la mano y flexionar el brazo para echármelo, el desgarrón que tengo en el brazo me duele más de lo que esperaba; es como una quemazón intensa que me arranca un gruñido.

—Joder —me quejo sin pensarlo.

—¿Estás bien? —me pregunta Adri, preocupado, y yo me quedo inmóvil.

Trago saliva. No esperaba que fuera a hablarme aquí, estando los dos completamente desnudos.

—Sí. Tranquilo.

—Vale.

Paso de ponerme el champú; tendrá que valer con el agua que me caiga sobre la cabeza. Me apresuro a enjabonarme, con cuidado

de evitar las heridas. Sin embargo, mientras mantengo la mirada fija en los azulejos de la pared, no dejo de pensar en lo cerca que está. Puedo sentir su presencia cerca de mí, y un calor intenso estalla en mis mejillas. Si quisiera, podría verme casi todo: la espalda desnuda, las piernas… el culo. Toda la sangre de mi cuerpo que no está ocupada en mis mejillas decide ir a un punto muy concreto de mi anatomía, y lo único que puedo pensar es que ojalá no mire, que por favor no mire…

Cambio el agua para ponerla lo más helada posible; voy a sufrir, pero sé que es lo mejor. Por suerte, el truco funciona y pronto puedo volver a calentarla.

Mientras dejo que el agua corra por mi cuerpo, me enjuago con ambas manos todo lo rápido que me lo permiten mis heridas, deseando terminar lo antes posible. Tengo el corazón a punto de estallar en el pecho; mi sangre bulle como un torrente de lava hirviendo a través de mi cuerpo.

Cuando termino, me apresuro a envolverme con la toalla y vuelvo a los bancos. Consigo secarme las piernas a toda prisa, y justo acabo de ponerme los pantalones cuando llega Adri. Él se quita la toalla sin ninguna vergüenza, se seca y se pone los calzoncillos.

Justo estoy levantando la mano para secarme el pelo cuando vuelvo a soltar un gruñido de dolor. Adri se detiene para mirarme.

—Tío, ¿qué te pasa? ¿Te duele algo?

—Es que la herida del brazo me tira mucho al levantarlo.

Con la mano izquierda, cojo la toalla y comienzo a secarme, pero no tardo en darme cuenta de que no va a ser fácil. Si ya es difícil secarte el pelo con una sola mano, es peor todavía sin poder hacerlo con la mano dominante.

—Déjame a mí, anda —dice Adri, acercándose—. Te ayudo.

—No hace falta.

Pero no me hace caso, sino que directamente me quita la toalla y se planta frente a mí. Con ambas manos, coge la toalla y comienza a secarme el pelo. Y, aunque la sensación es agradable, eso no es lo único que atrae mi atención.

Estoy sentado en el banco y él se encuentra justo delante de mí, de pie, y lo único que puedo ver es su vientre desnudo y todavía

mojado y, más abajo, sus bóxers negros y ajustados. Noto que se me calientan las mejillas mientras me obligo a no pensar en lo que hay detrás. Adri continúa secándome el pelo, ajeno a mis pensamientos, pero yo estoy hipnotizado por la tenue línea de vello fino que desciende desde su ombligo para esconderse bajo la goma de sus bóxers. Nunca me había fijado en ella, pero claro, nunca había estado tan cerca de esta zona de su cuerpo.

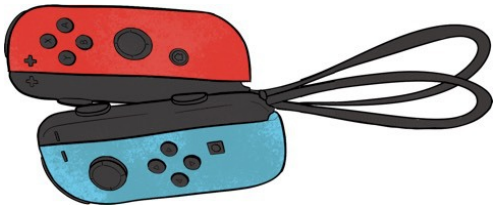
Doy gracias a todos los dioses del multiverso por llevar los pantalones puestos.

—Hala —dice al fin, ajeno a todo lo que está pasando en mi mente y en mi cabeza—. Ya está.

—Gracias —murmuro.

Continuamos secándonos y vistiéndonos, los dos en silencio. Por suerte, parece que Adri no se ha dado cuenta de las distintas reacciones de mi cuerpo, tanto en mi cara como más abajo.

Mientras salimos del vestuario para ir a la enfermería, juro que no sé cómo cojones he logrado sobrevivir a estos últimos minutos.



36.

Mi corazón sigue acelerado mientras aguardamos en la enfermería. Mi mente no deja de darle vueltas a los contactos que ha habido entre nosotros en esta última media hora… y en lo mucho que temo y deseo al mismo tiempo que vuelva a pasar.

Me doy cuenta de que Adri me está mirando de reojo. Pero, cuando levanto la mirada, él la aparta. Pues vale. Desvío la mirada yo también y, una vez más, puedo sentir sus ojos en mi cara, prácticamente quemándome. Se aclara la garganta como si fuera a hablar, pero permanece en silencio. La situación no podría ser más tensa, pero, por alguna razón, no es tan incómoda como esperaba.

Tengo que decir algo. No sé qué, pero algo. Lo que sea. No puedo seguir en esta situación con él; no puedo seguir soportándolo. Abro la boca para hablar, pero, en este mismo momento, aparece la enfermera.

Tal como imaginábamos, no nos ha pasado nada grave. La enfermera nos limpia las heridas con un desinfectante que escuece bastante, nos coloca unos vendajes con esparadrapo, y nos manda de vuelta a clase. Adri y yo no volvemos a intercambiar ni una sola palabra en todo el camino.

Sigue habiendo tensión entre nosotros, pero es diferente. No es la incomodidad de estos días, ese silencio que era casi desagradable. Es una tensión diferente, una que me recuerda a momentos

anteriores, cuando nos quedábamos solos y pasaban cosas, tal vez algún roce o una mirada que me dejaba dándole vueltas durante horas. Mi mente vuelve a esa última vez que estuvimos jugando al *Mario Kart*, pero, cuando un calorcillo inoportuno comienza a extenderse por mi cuerpo, me esfuerzo por apartar ese pensamiento de mi cabeza.

Eric nos está esperando en Inglés cuando llegamos; Andrés y Juan ya le han informado de lo que ha pasado.

—¿Todo bien, chicos?

—Sí —responde Adri sin entrar en detalles.

—Unos raspones, nada más —añado yo.

—Estupendo. Pues venga, que vamos a seguir con la película.

Espera a que ocupemos nuestros asientos para apagar la luz y poner la película. Sigo sintiendo esa tensión entre Adri y yo, pero también una calidez que no sé muy bien cómo definir.

Durante el resto del día, apenas hablamos entre clase y clase. Sin embargo, cuando suena el timbre de la última hora, hay un cambio: Adri no se marcha a toda prisa, tal como lleva haciendo estos días, como si yo tuviera la peste o algo por el estilo. En lugar de eso, recoge las cosas con calma mientras yo hago lo mismo a su lado.

—¿Puedo ir con vosotros? —pregunta con un hilo de voz apenas audible.

Lo miro de golpe. Él tiene los ojos clavados en el interior de su mochila, como si fuera incapaz de devolverme la mirada.

—Claro.

Sin decir nada más, me sigue hasta donde nos esperan Juan y Andrés. Parecen tan sorprendidos como yo, pero no dicen nada.

Adri no habla durante todo el trayecto, salvo para contestar cuando Juan o Andrés se dirigen a él directamente. A decir verdad, yo tampoco hablo demasiado; no sé muy bien qué decir. Pero en fin, volvemos a estar los cuatro juntos, así que supongo que al menos es un avance.

Cuando los demás se bajan, primero Juan y luego Andrés, vuelvo a notar esa tensión creciente entre nosotros. Hemos ocupado nuestros asientos habituales, de modo que nuestros brazos y nuestras piernas se tocan. Por un momento pienso que va a

moverse y ocupar uno de los sitios que se han quedado libres, pero no lo hace.

Me esfuerzo por tratar de pensar algo que decir, pero soy incapaz. Tengo la mente completamente en blanco. Lo miro de reojo de vez en cuando, pero su rostro está inexpresivo; soy incapaz de leer nada en sus facciones.

Y al fin, cuando nos bajamos, es él quien rompe el silencio.

—Oye, Víctor.

—Dime —respondo, con un hilo de voz.

—Nada, es solo que quería pedirte perdón y tal.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Por lo de antes, en Educación Física. —Frunzo el ceño, ¿de qué está hablando ahora? Parece darse cuenta, porque me aclara—. Por la caída. Fue culpa mía.

—¿Qué? Qué va, tío.

—Sé que tú no tienes tanta práctica —insiste; al menos, no dice directamente que soy un inútil—. Tendría que haber tenido más cuidado contigo.

—No digas tonterías, no fue culpa de nadie.

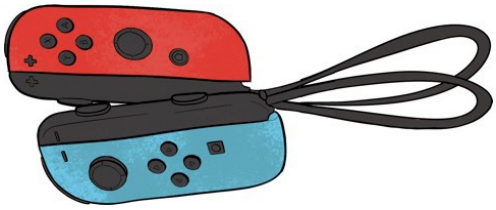
—¿No estás enfadado?

—No, Adri. No estoy enfadado por eso.

No pretendía decir la última parte con segundas, pero al verlo fruncir el ceño, me da la impresión de que lo ha interpretado de esa manera. Tampoco me retracto; al fin y al cabo, sí que tengo otras razones para estar enfadado.

—Bueno —dice al fin—. Pues hasta mañana.

—Hasta mañana.



37.

El miércoles es básicamente una copia del resto de días de la semana, aunque sin clase de Inglés y también sin los momentos bochornosos de la clase de Educación Física. De modo que, cuando me levanto por la mañana del jueves, doy por hecho que la cosa va a seguir igual, aunque al menos hoy hay un aliciente: esta tarde comienzan por fin las vacaciones de Navidad. Un fin de semana y después dos semanas enteras de libertad, lejos del instituto… y de los dramas.

Al igual que llevo haciendo toda esta semana, voy hacia la parada del autobús solo. Sin embargo, esta vez me quedo helado cuando doblo la esquina y lo veo en la distancia. Adri está allí, esperando. Y no sentado como si estuviera esperando al autobús sin más, sino que está de pie, con la espalda contra la marquesina, con ambas manos en los bolsillos y mirando en mi dirección. ¿Está esperándome a mí?

Cuando me acerco un poco, se separa de la marquesina y da un paso hacia mí, como si quisiera darme el abrazo que antes me daba todos los días, pero entonces vuelve a quedarse inmóvil.

—Hola —me saluda.

—Hola. Pensaba que te habrías subido en el bus anterior.

—No. He dejado que se fuera.

—¿Y eso?

—Porque quería ir contigo.

El corazón me da un vuelco. Lo ha dicho: quería ir conmigo. Después de los avances a paso de tortuga que ha estado habiendo estos días, ¿será este uno más? ¿Será que de verdad quiere volver a acercarse a mí, tal vez hasta querrá que las cosas vuelvan a ser como antes? Pero no sé qué contestar.

—Ah. Vale. —Joder, debo de parecer gilipollas. Trato de pensar en algo más que añadir para no parecer un puto borde—. ¿Sabes cuánto le falta?

—Justo antes de que aparecieras, la app marcaba siete minutos. Así que supongo que cuatro o cinco.

—Vale, guay.

—¿Nos sentamos? —propone.

—Vale.

Se me congela el culo cuando me siento en la parada, pero trato de ignorarlo; a fin de cuentas, solo van a ser unos minutos. Esperaba que Adri tomara asiento en el otro extremo del banco, pero, en lugar de eso, se sienta muy cerca de mí, más pegado de lo habitual, de modo que nuestros brazos y piernas se rozan como cuando montamos en el autobús. No sé si lo hace para protegernos mutuamente del frío con nuestro calor corporal o simplemente porque quiere estar más cerca de mí, pero agradezco ambas cosas de todos modos.

Ninguno de los dos habla. Y, una vez más, vuelvo a percibir tensión entre nosotros. Pero esta no es como la que empezamos a sentir en clase después del beso; una tensión incómoda que tratábamos de romper lo antes posible. Tampoco diría que es agradable, exactamente, pero sí que es una tensión fruto del contacto, un contacto buscado por los dos.

Cuando subimos al autobús, ocupamos nuestros lugares habituales y volvemos a sentarnos de la misma manera, pierna contra pierna y brazo contra brazo. Me estrujo el cerebro tratando de encontrar algún tema de conversación; lo que sea.

—¿Vas a hacer algo en vacaciones? —le pregunto al fin; no habíamos llegado a sacar ese tema antes de que todo cambiara.

—Pues nos iremos al pueblo mañana, para pasar la Navidad y el Fin del Año. Pero volveremos el uno de enero, que a mi padre le

toca currar el día dos.

Siento una punzada de dolor en el pecho. Tal y como están las cosas entre estos días, tampoco es que esperara que fuéramos a quedar en vacaciones…, aunque, en fin, supongo que la esperanza es lo último que se pierde. Pero, si va a estar fuera, eso va a ser completamente imposible.

—Ah. Vale.

—¿Y tú?

—Mi padre se irá al pueblo con mis abuelos, como siempre. —Me enteré ayer, y la verdad es que no podría estar más aliviado—. Así que para las fiestas iremos a casa de mi primo.

—Ah, pues entonces guay, ¿no?

—Sí, supongo.

Los días que no sean Navidad y Nochevieja van a ser un tremendo coñazo, pero bueno.

Apenas un minuto después, llegamos a la parada de Andrés. Noto que se sorprende al ver a Adri, pero enseguida comienza a hablar con su desparpajo habitual sobre las ganas que tiene de vacaciones para perder de vista el instituto, las pocas ganas que tiene de irse a su pueblo; lo normal en estos casos. Cuando llega Juan, confirma que él se quedará en casa, así que al menos tendré alguien con quien hacer algo.

El día se me hace extraño. Estamos todos desconcentrados, con la cabeza más en las vacaciones que en el aula. Y los profesores son conscientes de ello, así que tampoco nos dan mucha caña; saben que no serviría de nada.

En clase de Inglés, terminamos de ver la película y después Eric nos manda a ponernos por parejas con nuestros compañeros de pupitre para hacer una redacción conjunta. Eso significa que tengo que estar hablando e interactuando con Adri durante toda la hora y, sinceramente, antes de empezar no sé si eso es bueno o malo.

Pero, conforme van pasando los minutos, me doy cuenta de que es bueno. La hostilidad y la frialdad de esos primeros días ha desaparecido. Todavía está algo distante, algo reservado, y aún no he logrado percibir en su comportamiento esa calidez tan característica de él, ese cariño con el que siempre me trataba. Pero

al menos ahora estamos en un punto intermedio, ni frío ni calor, supongo. Y eso ya es mejor que el Adri desconocido que surgió después del beso.

—¿Quieres escribirlo tú en limpio? —le propongo cuando terminamos de redactar las ideas y los puntos clave que nos ha pedido Eric—. Tu letra es más bonita que la mía.

Él me mira alzando una ceja.

—Y así te libras de tener que escribirlo tú, ¿verdad, bro?

El corazón me da un vuelco al oír esa palabra. «Bro». Una palabra que tanto odiaba y a la que he acabado cogiéndole tanto cariño. No había vuelto a llamarme así desde que se distanció, y volver a oírlo es como estar un poco más cerca de él, más cerca del Adri que tanto he echado de menos durante estas dos últimas semanas.

—A ver, eso también —respondo, tratando de ignorar todo lo que se me está pasando por la cabeza, y él se ríe.

Yo me río también, y de nuevo vuelvo a sentir esa cercanía, un atisbo de esa calidez que tanto echaba de menos.

Cuando terminan las clases, vuelve a subirse con nosotros en el autobús. Esta vez participa más en la conversación, aunque el que menos habla ahora soy yo. No puedo evitarlo; al fin y al cabo, no vamos a estar los cuatro juntos hasta dentro de más de dos semanas, y eso me hace sentir triste. En otra vida, tal vez quedaría con Adri después de Año Nuevo, pero algo me dice que eso no va a pasar.

Cuando llegamos a la parada de Juan, él se dirige a mí con una sonrisa antes de bajarse.

—¿Nos vemos un día de estos?

—Claro —respondo, sonriendo también; me alegra haber podido romper esa barrera con él.

Después, vuelvo a quedarme en silencio mientras Adri y Andrés hablan, hasta que este último se baja también.

—¡Nos vemos el año que viene! —se despide, arrancándonos una risita.

Al fin, Adri y yo nos quedamos solos de nuevo. Y, como no podría ser de otra manera, el silencio nos invade. Ninguno de los dos habla

hasta que llegamos a nuestra parada. Una vez abajo, él rompe el silencio al fin.

—Bueno… ¿te parece si nos vemos a la vuelta?

El corazón me da un vuelco.

—¿A la vuelta?

—Sí. Cuando vuelva del pueblo —aclara.

O sea, no se refiere a cuando volvamos a clase dentro de dieciocho días (sí, los he contado), sino a cuando él vuelva a su casa, y para eso faltan… diez días. En fin, sigue siendo demasiado tiempo, pero supongo que es mejor que nada, ¿no? Sobre todo porque no pensaba que fuera a querer verme fuera del instituto.

—Sí. Vale.

Durante un instante, es como si ninguno de los dos supiéramos qué hacer, quién debería ser el primero en dar el primer paso para marcharse. Pero, cuando pienso que ya va a irse, se acerca a mí y me rodea con los brazos. No es uno de sus abrazos fuertes habituales, esos que siempre me reconfortaban y me llenaban de calidez. Más bien es un abrazo rápido y flojo, como si temiera que lo rechazara.

—Bueno… —dice muy cerca de mi oído; su voz me provoca un cosquilleo que se extiende por todo mi cuerpo—. Pues feliz Navidad, bro.

Y ahí está otra vez esa palabra, ese Adri de siempre.

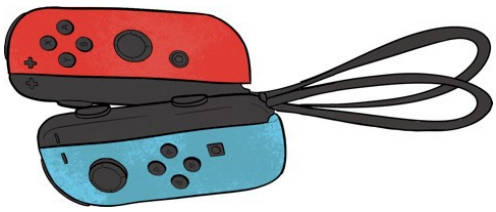
—Feliz Navidad.

Entonces nos separamos, y ahora sí, cada uno nos vamos hacia nuestra casa. El corazón me late durante todo el camino a toda velocidad, como el aleteo de un colibrí, mientras mi mente no deja de repetir esos últimos momentos una y otra vez. ¿De verdad es posible que haya vuelto el Adri de siempre, ese que tanto he echado de menos durante estas últimas semanas? ¿De verdad está dispuesto a dejar que nuestra relación vuelva a ser la de antes?

Suelto un suspiro. No quiero hacerme ilusiones, pero todo apunta a que es así.

Pero tendré que esperar para averiguarlo… hasta el año que viene.

Ja. Qué chispa tengo.



38.

Tras un primer día de vacaciones terriblemente aburrido y sin noticias de Adri, el sábado por la tarde, mi madre, Vero y yo nos preparamos para ir a pasar la Nochebuena a casa de Fran. Mi padre se marchó esta mañana, lo que significa que vuelven a reinar la paz y la tranquilidad en casa.

Mientras me monto en el coche, estoy casi nervioso. Me lo pasé muy bien con ellos durante la cena mexicana del puente, así que tengo ganas de repetir. Además, por fin ha llegado el día: hoy voy a contarle a Fran lo del beso y lo que ha pasado desde entonces. Con un poco de suerte, él me ayudará a aclararme un poco la cabeza.

Cuando llegamos a la casa de mi primo, todos comenzamos con la habitual ronda de besos y abrazos. Belén vuelve a decirme que estoy más alto, aunque estoy empezando a pensar que ya lo dicen por decir.

—¿Qué tal, enano? —me pregunta Fran—. ¿Todo bien?

—Sí —miento descaradamente; mi madre y Vero se encuentran demasiado cerca—. Todo bien.

—Me alegro —responde él, revolviéndome el pelo, y se acerca a Vero para abrazarla.

—Fran, cariño —lo llama su madre cuando terminamos de saludarnos—. ¿Puedes remover un poco la bechamel? No quiero que se pegue.

—Voy contigo —me apresuro a decir; ahora es el momento perfecto.

Vamos juntos a la cocina y lo observo mientras comienza a remover la salsa despacio. Trago saliva, sin saber muy bien qué decir. Necesito hablar con él, pero no sé cómo sacar el tema.

—Oye, Fran… —me lanzo al fin.

—Dime.

Pero, justo cuando abro la boca para continuar, Marcos entra en la cocina y todos nos tensamos.

—Ey —saluda.

—Ey —responde Fran.

—Hola —digo, y alterno la mirada entre ellos con el ceño fruncido. ¿Qué pasa con estos dos?

—¿Qué me ibas a decir? —me pregunta Fran, bajando la voz.

Le echo un vistazo a Marcos, que está sacando vasos de la alacena.

—Nada, da igual. No era importante.

—¿Seguro? —insiste cuando Marcos se marcha—. Ya estamos solos.

Miro a mi alrededor con nerviosismo; si ya ha aparecido Marcos, también podría interrumpirnos alguien más. Creo que será mejor dejar la conversación para más tarde.

—Sí, sí. Tranquilo.

Y, sin más, me marcho de la cocina y vuelvo al salón.

Por la tarde nos dedicamos a jugar al *Mario Kart*, compitiendo chicos contra chicas, lo que significa que tengo que hacer equipo con Fran, Marcos y su padre. Los dos primeros no podrían estar más tensos, y tomo nota mentalmente para preguntarle a mi primo al respecto en cuanto tenga ocasión.

Cuando terminan las ocho rondas, quedo en segundo lugar, con solo Fran por encima de mí. Marcos y su padre se marchan, así que me quedo jugando al *Mario Party* con mi hermana, mi primo y su nueva hermanastra, Natalia. Aunque soy fanático del *Mario Kart*, también es verdad que me recuerda demasiado a Adri, a diferencia de este juego, así que agradezco el cambio. Y, aunque no sea de mis

favoritos, tengo que reconocer que me lo estoy pasando bien, incluso cuando quedo en un triste tercer puesto.

A la hora de la cena, me doy cuenta de que Fran vuelve a ponerse nervioso cuando aparece Marcos. Mi hermana y mi primo nos han sentado exactamente igual que el otro día y, como yo puedo verlos a los dos, no se me escapan las miradas disimuladas que se lanzan de vez en cuando.

La noche transcurre entre charlas, risas, bromas y, sobre todo, comida deliciosa por cortesía de mi madre y mi tía. Para cuando quiero darme cuenta, ya es más de la una de la mañana y hace rato que no hablamos demasiado, aunque parece que ninguno tenemos ganas de levantarnos de la mesa.

—Víctor, Vero —nos llama mi madre después de un rato en silencio—. Vamos a ir ayudando a recoger, que tendríamos que irnos ya.

Le lanzo una mirada fugaz a Fran antes de mirarla a ella; todavía no he tenido ocasión de hablar con mi primo.

—¿No podemos quedarnos un rato más? —pregunto—. Todavía es pronto.

—Cariño, tenemos que volver a casa. Sabes que tardamos un buen rato y ya es más de la una.

—Pero…

—Estás de vacaciones —me recuerda ella—. Podéis quedar cuando queráis.

Frunzo el ceño, pero asiento con la cabeza. No quiero marcharme, y menos, sin haber podido hablar con Fran todavía.

—Oye, ¿y por qué no se queda a dormir aquí? —propone él, como si me leyera la mente—. En el trastero hay una cama supletoria.

Vuelvo a mirar a mi madre, esperanzado. Ella mira a mi tía y a su marido, como preguntándoles con la mirada.

—A mí no me importa —dice Belén, salvándome la vida—. Sabes que estoy encantada de tenerlos por aquí.

—La familia tiene que estar unida —añade Antonio—. A los chavales les vendrá bien estar juntos.

Fran le lanza una mirada de disculpa a Vero, supongo que porque son ellos quienes suelen dormir juntos, pero ella sonríe y asiente con la cabeza.

—Si te quedas, no vas a tener regalos de Navidad hasta que vuelvas a casa —me recuerda mi madre.

—Me da igual —le aseguro.

—Bueno, pues como quieras. Aunque no tienes pijama, y…

—Yo puedo prestarle uno mío —interviene Fran—. Tengo alguno que me queda más pequeño, y ya casi es de mi altura, así que…

Ella suspira, pero después sonríe.

—Bueno, está bien.

Todavía tardamos un rato en levantarnos de la mesa y despedirnos, hasta que media hora más tarde, mi madre y Vero se marchan.

—Bueno… yo creo que me voy a dormir ya, que me caigo de sueño —dice Marcos, y se acerca a su padre para abrazarlo—. Feliz Navidad.

—Feliz Navidad, campeón.

Entonces, se acerca a Belén.

—Feliz Navidad, corazón —dice ella, abrazándolo también.

Después, Marcos se dirige hacia Natalia.

—Feliz Navidad, mocosa —le dice, riéndose también.

—Feliz Navidad, payaso —responde ella, de volviéndole el abrazo.

—Haya paz… —interviene Antonio, sonriendo.

Entonces, Marcos se acerca a donde estamos Fran y yo.

—Me ha encantado conocerte mejor —me dice, sorprendiéndome un poco.

—Y a mí.

Veo que se acerca un poco a mí, así que hago lo mismo y le devuelvo el breve abrazo que me da. Entonces, lo miro mientras se dirige a Fran.

—Bueno —dice, claramente incómodo.

—Bueno.

—Feliz Navidad.

Le da otro abrazo, todavía más breve que el mío. Me da la impresión de que se tensan un momento, pero entonces se separan

y Marcos se marcha sin decir nada más.

—Venid, que tenemos que sacar la cama supletoria —nos pide Belén, y Fran y yo vamos con ella al trastero.

Diez minutos más tarde, ya hemos preparado la cama entre él y yo, a medio metro de la suya. Tras turnarnos para ir al baño, nos metemos cada uno en nuestra cama y Fran apaga la luz.

Ha llegado el momento de hablar con él, y esta vez me cuesta un poco menos encontrar las fuerzas.

—Oye, Fran.

—Dime.

—¿Recuerdas lo que te conté? ¿Lo de que… tenía dudas y tal?

—Sí.

—Nos hemos besado —susurro.

—Entonces, supongo que ya no tienes tantas dudas, ¿no?

—Al contrario —respondo, sin saber cómo expresarlo—. Tengo dudas precisamente porque nos hemos besado.

—Oye, Vic, es tarde y estoy medio dormido, así que vas a tener que ser más claro, ¿vale? —me pide—. ¿Qué pasó exactamente? Ya sabes que puedes contarme lo que quieras.

Sé que lo dice en serio. Y también sé que tendría que habérselo contado antes, y no puedo evitar sentirme un poco culpable, así que le oculto el hecho de que el beso ocurrió hace ya dos semanas mientras le resumo la situación.

—Le tocó reto, y le dijeron que tenía que besar a un chico. Y me besó a mí.

—Y entonces, ¿ya tienes claro si a ti te gusta Adri?

—Ese es el problema. Que no lo sé. ¿Cómo puedo saber si me gusta o no?

—No sé, ¿tú qué sientes cuando estás con él? ¿Notas algo especial?

—A ver… es mi mejor amigo. Mi persona favorita, en realidad. —Por mucho que me duela su lejanía, tengo que admitir que para mí sigue siéndolo—. Siempre tengo ganas de estar con él, y de hacer cosas con él. ¡Pero no cosas de esas! —añado al darme cuenta de que igual suena fatal—. Cuando no estoy con él, lo echo de menos,

y a veces me pongo nervioso antes de que nos veamos, y… Perdón. Estoy siendo un pesado.

—No eres un pesado.

—Bueno, pero entonces, ¿qué piensas?

—Vamos a ver, Vic. A mí me parece que está claro que sí que te gusta, ¿no?

Hago una larga pausa. He intentado autoconvencerme de lo contrario, pero…

—No lo sé… ¿puede ser? Es que nunca me había pasado esto, te lo juro.

—A ver… ¿Dirías que te gustó el beso?

—Creo… creo que sí —respondo, ¿a quién pretendo engañar?—. Pero estoy rallado.

—Bueno, pero es que eso es normal, es algo muy nuevo para ti. ¿Has hablado con él?

—Ese es el problema. Que ahora está raro.

—Es posible que él también esté rallado. Tienes que buscar la forma de hablar con él.

—Ya… Supongo.

—Seguro que todo sale bien, ya verás.

Volvemos a quedarnos en silencio, aunque todavía no quiero dar la conversación por terminada.

—Oye, Fran. ¿Te puedo hacer una pregunta?

—¿Otra más?

—Perdón.

—Dime, anda.

—¿Qué pasa con Marcos?

Él tarda un instante en contestar.

—¿A qué te refieres?

—No sé, es que estáis como… tensos. Me di cuenta el otro día, y hoy también.

—No sé de qué me hablas, la verdad.

Los cojones.

—Siempre lo miras a escondidas cuando crees que nadie te ve. Y él también te mira a ti.

—¿En serio?

—En serio. —Hago una pausa y añado—: Te mira bastante. Y, cuando estábamos con el postre, se dio cuenta de que yo lo estaba viendo mientras te miraba y apartó la vista de golpe, todo rojo.

—No nos llevamos muy bien —responde—. Casi no nos conocíamos cuando nuestros padres se casaron, y en fin, la convivencia es complicada.

—Ah, vale —digo, aunque a mí no me la cuela; está claro que tiene que haber algo más.

—Pero gracias por preocuparte.

—Estaba guapo hoy —añado en voz baja tras unos minutos de silencio. Me da vergüenza, creo que es la primera vez que digo eso sobre un chico.

Fran suelta una risita.

—Sí. La verdad es que sí.

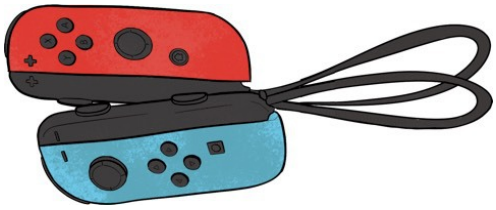
—¿Y a ti no te gusta?

—No —responde, pero no creo que esté siendo del todo sincero.

—¿Ni siquiera un poquito? —insisto.

—Duérmete ya, enano. Que es tarde.

—Vaaaleee…



39.

La mañana de Navidad se me hace extraña.

Por supuesto, nadie esperaba que fuera a quedarme aquí, y por lo general con la tía Belén y Fran solo nos regalábamos cosas en Reyes, por lo que sé que no va a haber ningún regalo para mí. Me sabría mal que se quedaran sin abrirlos por mi culpa, así que me doy una larga ducha para darles tiempo.

Cuando salgo, me encuentro con algo mucho mejor que cualquier regalo: Antonio, el nuevo padrastro de Fran, ha traído churros con chocolate. Ni siquiera recuerdo la última vez que los comí. Cuando era pequeño, mi padre solía traer todos los domingos desde que empezaba el frío, era como una especie de tradición familiar. Pero, con los años, al final dejó de hacerlo; supongo que más o menos a la vez que se le fue olvidando eso de ejercer como padre.

Me hacen sitio como a uno más y me siento entre ellos para desayunar. Es curioso; normalmente, siento que me cuesta encajar en los sitios. Cuando está mi padre, hasta me cuesta encajar en mi propia casa. Pero aquí, con Belén, Fran y su nueva familia, me siento como si esto de verdad fuera un hogar. A pesar de la tensión más que evidente entre Fran y Marcos, está claro que entre todos los demás hay mucho cariño.

Como ellos se irán de vacaciones, mi madre pasa a recogerme a las once.

—¿Qué tal, cariño? —me pregunta cuando nos montamos en el coche—. ¿Te lo has pasado bien?

—Sí, ha estado guay.

—Me alegro, mi vida. La semana que viene volvemos para Fin de Año.

—Genial —contesto.

Tan solo tendré que sobrevivir a otra semana de mierda, pero bueno.

De pronto, me suena el móvil. Sorprendido, veo que se trata de un mensaje de Adri.

Ey bro

Feliz Navidad

Siento un cosquilleo en el estómago. Otra vez con el «bro». Teniendo en cuenta que después del beso se pasó casi dos semanas sin utilizar esa palabra conmigo, decido tomármelo como algo positivo, la prueba de que las cosas siguen mejorando entre nosotros.

—Joder, ya era hora —se queja Vero cuando llegamos a casa—. A la próxima, abrimos los regalos sin ti.

—Haya paz —dice mi madre entre risas—. Venga, vamos a abrirlos.

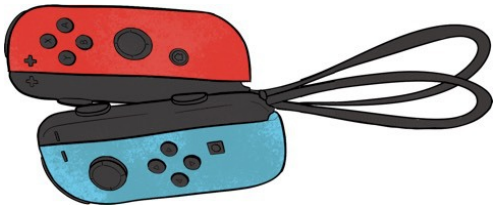
Como mi padre siempre dice que «en esta casa vienen los Reyes Magos y no esa americanada de Papá Noel, que somos españoles», él nunca colabora en los regalos de Navidad. Sin embargo, entre Vero, mi madre y yo siempre nos gusta regalarnos alguna cosilla. Este año, mi regalo es el nuevo *Pokémon* para la Switch, que llevaba deseando jugar desde que salió. Agradezco tenerlo por Navidad y no tener que esperar hasta Reyes, porque así podré viciarme a gusto durante estos días de aburrimiento.

Y a eso es precisamente a lo que dedico el resto del día. Sinceramente, se me ocurren pocos planes mejores.

Por la noche, Juan me escribe para ver si me apetece hacer algo al día siguiente, así que el domingo se viene a mi casa para echar unas partidas y ver algo. De nuevo, nos abrazamos al saludarnos; parece que ya se ha convertido oficialmente en una costumbre entre nosotros, y tengo que admitir que me gusta. Esta vez no hablamos de nada en particular, pero cada vez me siento más cómodo con él; de verdad que no entiendo por qué no nos había dado por quedar solos antes.

Mientras vemos una película (hoy he elegido yo, así que ha tocado la segunda de *Los Vengadores*), no dejo de darle vueltas a lo mismo. Tengo ganas de abrirme más con Juan, de contarle la verdad de la situación con Adri, pero cada vez que pienso en hacerlo, me siento como si estuviera plantado frente a un precipicio. De todos modos, no soy capaz de hacerlo mientras estén Vero y mi madre por casa porque podrían oírnos, sobre todo si yo acabo llorando, así que tomo nota mentalmente para buscar un momento a solas en el que pueda confesarme.

Y, aunque me duele la tripa solo de pensar en contarle todo lo que siento, hasta el punto de que casi me entran ganas de vomitar, sé que voy a tener que hacerlo tarde o temprano. Si esta situación está afectando a la amistad que hay entre los cuatro, es lo mínimo que se merece, sobre todo después de lo comprensivo que ha sido conmigo.



40.

El día de Fin de Año, llegamos a casa de Fran poco después de las siete. Nos saludamos todos con los besos y abrazos de rigor, y mi madre enseguida se va a la cocina para guardar en el frigorífico el postre que ha hecho y ayudar con la cena.

El ambiente de la casa no podría ser más alegre y, al mismo tiempo, más diferente a cómo me siento por dentro. Trato de reír y hablar con los demás, de disfrutar de su compañía, pero cada pocos segundos acabo quedándome mirando a la nada.

—¿Echamos una partida al *Mario Kart*? —me propone mi primo de repente, haciéndome sonreír.

—¡Claro! —respondo con entusiasmo, mirándolos a él, a mi hermana y a Marcos—. ¿Queréis que juguemos los cuatro?

—Uf, ni de coña —dice Vero—, ya sabes que estoy harta de ese juego. Voy a ayudar en la cocina y le pregunto a Natalia si quiere venir, ¿vale?

Marcos y Fran se van a buscar la consola. Frunzo el ceño, extrañado. La última vez parecía que se odiaban, ¿cómo es que de repente están tan juntitos? A lo mejor han aprendido a llevarse como hermanos durante las vacaciones… o a lo mejor ha sido algo más. Pero no puede ser eso, ¿verdad?

—¡Hola! —Es Natalia, acercándose—. Yo también me apunto.

—Genial.

Entonces, se sienta en el sofá y le da unas palmaditas.

—Venga, vente.

Sonrío mientras me acerco a ella; la chica es bastante maja. No me importa que sea mi nueva prima, la verdad.

Cuando regresan Marcos y Fran, conectan la consola a la tele y se sientan en el otro sofá… Sí, está claro que ahora están mucho más juntitos de lo normal. Algo está pasando entre estos dos, no me cabe la menor duda. Tomo nota para preguntárselo a mi primo más tarde.

—¿Cuántas echamos? —pregunta Fran—. Cuatro son muy pocas, ¿no?

—¿Veinte? —propongo; siempre es mejor tirar por lo alto para poder regatear después.

—Sí, hombre —dice Natalia entre risas—. Mejor diez o así.

—Solo se puede de cuatro en cuatro. ¿Echamos doce?

—Venga, vale —acepto; es un número más que decente.

Comenzamos a jugar, y no tardo en darme cuenta de que hoy no tengo demasiada competencia. Marcos es malísimo; supongo que no debe tener mucha experiencia. Natalia es sorprendentemente buena a pesar de haberse declarado novata, aunque enseguida queda claro que no tiene demasiada experiencia porque siempre se olvida de derrapar en los momentos necesarios.

Y Fran… Fran debe de estar distraído hoy, porque está jugando casi tan mal como Marcos. Por lo general, siempre es un buen rival, muchas veces hasta me cuesta ganarle. Pero hoy parece tener la cabeza en otra parte, porque hasta Marcos lo supera en varias de las vueltas.

—Chicos, id poniendo la mesa —nos pide Belén cuando vamos por la penúltima carrera.

—Ahora vamos —responde Fran—. Ya casi acabamos.

Cuando terminan las doce rondas, acabo en el primer puesto de la clasificación después de haber ganado todas las carreras, con Natalia justo por debajo de mí. Por su parte, Marcos queda el quinto y Fran el sexto… bastante nefasto, la verdad.

—Natalia ya ha estado ayudando en la cocina antes —dice Fran —. Victor, ¿te vienes a ayudar con nosotros?

—Claro.

Me pongo en pie y me uno a ellos, incapaz de dejar de mirarlos a escondidas . Es como si sus cuerpos gravitaran el uno hacia el otro de una forma extraña; es todo tan diferente a lo que pasó en Nochebuena que casi parecen dos personas distintas. Sin decir palabra, los ayudo a llevar todas las cosas al salón y ponemos la mesa entre los tres.

Esta vez, los dos se sientan juntos para cenar, participando en la conversación sin ninguna clase de tensión entre ellos. No puedo dejar de fijarme en las miraditas que se echan, y en una ocasión creo que Fran se da cuenta, pero no dice nada. No puedo evitar acordarme de Adri cada vez que los veo, pero eso me duele más de lo que me gustaría admitir, así que trato de apartar esos pensamientos de mi cabeza para centrarme en el momento, en la cena y en la compañía. Cuando quiero darme cuenta, ya deben de haber pasado un par de horas.

—¿Echamos una partida a las cartas? —propone Antonio.

Por alguna razón, casi todos parecen estar deseándolo, aunque Natalia y yo nos miramos con poco entusiasmo.

—¿Queréis que juguemos nosotros al *Mario Party*? —nos sugiere Vero.

—¡Vale! —dice Natalia.

—Venga, va.

No es el *Mario Kart*, pero bueno.

Entre risas y juegos, al fin llega la hora de tomar las uvas. No hay sitio para todos en los sofás, así que acercamos unas sillas. Quiero sentarme con Fran, pero Marcos y Vero se me adelantan, así que ocupo una de las sillas.

Entonces, comienzan las campanadas y, con cada una ellas, nos vamos metiendo las uvas en la boca. Cuando termino debo de tener toda la cara de un hámster, pero me esfuerzo por tragar.

—¡Feliz año! —gritamos todos.

Nos levantamos para abrazarnos entre todos, felices y contentos. Cuando al fin nos separamos, reviso el móvil y veo que tengo varios mensajes en el grupo con mis amigos, así que me apresuro a responder

JUANILLO

Feliz año, chicos 😊

ANDREW

Feliz año!! 👍🏻

ADRI

Feliz año

Feliz año, chicos!!

Otros años, Adri y yo nos escribíamos algo aparte, pero hoy no sé qué decir. Estoy a punto de guardar el móvil cuando recibo un mensaje de Sandra. Algo confuso, respondo al momento.

Feliz año, Víctor!! 😘

Feliz año, Sandra

Continuamos con los juegos hasta las dos de la mañana.

—¿Por qué no os quedáis a dormir aquí? —propone mi tía—. Tenemos sitio, y así no tendrás que conducir a estas horas.

—¿No vamos a ser una molestia? —pregunta ella.

—Qué va, mujer —dice Antonio—. Al contrario.

—Vero puede dormir en mi habitación —sugiere Natalia—. Tengo cama supletoria.

No me sorprende. Mi hermana y la nueva hermanastra de Fran se llevaron muy bien en la cena mexicana de mi casa y en Nochebuena, pero hoy han congeniado todavía más mientras jugábamos al *Mario Party.* A mí tampoco me importaría acercarme más a Natalia; la chica parece maja y a fin de cuentas tenemos la misma edad.

—El sofá grande es sofá cama —explica Belén—. Y Víctor puede dormir con Fran. ¿Os parece bien?

Se gira para mirarnos y todos asentimos con la cabeza.

Después, Belén les presta pijamas a Vero y a mi madre, mientras que Fran me da el mismo pijama que ya me prestó la última vez. Como tienen cepillos de dientes desechables en casa, nos turnamos para ir al baño y después me voy con Fran a su habitación.

Preparamos la cama supletoria en un momento y nos metemos cada uno en la nuestra.

—Oye, ¿y qué tal va lo de tu amigo? —me pregunta—. Se llamaba Adrián, ¿verdad?

Que qué tal va… Muy buena pregunta. En otras circunstancias, tal vez se lo contaría. A fin de cuentas, es Fran. Pero hoy lo he pasado demasiado bien, estoy contento de verdad por primera vez desde ese beso, y no quiero amargarme la noche antes de ir a dormir. Me pone triste pensar en Adri.

—Es complicado —digo al fin—. Prefiero no hablar de ello hoy, ¿vale?

—Claro. Perdona.

—No pasa nada. Pero bueno, ¿tú qué tal? ¿Algún chico interesante en tu vida?

Él se ríe.

—Pues… ¿quieres que te cuente una cosa?

—¡Claro!

—Marcos y yo estamos juntos —susurra.

—¡Lo sabía! —respondo.

A ver, no es que lo supiera exactamente, pero… estaba cantado que estaba pasando algo entre ellos.

—Tío, baja la voz —me pide entre risas—. Que nos van a oír.

—Perdón. Pero… Lo dices en serio, ¿verdad?

—Sí —contesta con algo que parece timidez en la voz—. Somos novios.

—Joder, qué guay —respondo con sinceridad, aunque también con cierto anhelo. Ojalá yo pueda pronunciar algún día esas dos últimas palabras—. Me alegro mucho.

—Gracias, enano.

—Pero supongo que los demás no lo saben, ¿no? Os estaba viendo muy juntitos hoy, pero tampoco actuabais como si fuerais pareja.

—A ver, es que todavía no se lo hemos contado al resto de la familia —me explica—. La única que lo sabe es tu hermana.

—Ah, claro. Entiendo.

—Tú no le digas nada a nadie, ¿vale? Estamos esperando al mejor momento, y no queremos joderle las vacaciones a la familia.

—Claro… me imagino que está un poco chunga la cosa.

—Pues sí —dice—. Pero bueno, ya te contaré lo que pasa.

—Seguro que sale todo bien —lo animo—. ¡Pero no te creas que me vas a dejar así!

—¿De qué estás hablando?

—¡Quiero que me lo cuentes todo!

Él se ríe.

—¿Sobre Marcos?

—¡Claro! Tienes que contarme cuánto tiempo lleváis juntos, cómo empezasteis a gustaros, cómo empezasteis a salir… ¡todo!

Ya que no puedo tener a Adri, al menos que algo bonito me alegre la vida, ¿no?

—Pues a ver, ¿recuerdas el viaje a Canarias?

—Sí, claro —respondo. La madre de Fran se casó con el padre de Marcos a finales de octubre, y después se fueron a Canarias en familia para celebrarlo—. ¿Fue allí?

—Sí. Marcos y yo nos llevábamos fatal antes de ir, pero allí nos tocó compartir habitación. Y entonces pues nada, ya sabes, el roce hace el cariño y esas cosas.

Levanto una ceja, aunque no pueda verlo. Si se piensa que me voy a conformar con eso…

—Quiero detalles —insisto, y él se ríe.

—A ver, que también me da un poco de vergüenza, ¿eh? Pero… Bueno, es que nos tocó compartir cama.

Ahora me quedo boquiabierto. Si a mí me tocara compartir cama con Adri, creo que explotaría de la emoción.

—¿Y qué pasó? ¿Os liasteis?

—Bueno, poco a poco. Empezamos hablando y esas cosas, ya sabes, conociéndonos un poco mejor. Y, poco a poco, me fui dando cuenta de que me gustaba, de que no era como yo pensaba. Hasta que al final, un día, nos acabamos besando.

Me parece percibir algo extraño en su tono, algo que no sé identificar del todo. Como si no me estuviera contando la verdad, o como si se estuviera callando cosas, no lo sé. Pero no lo menciono;

supongo que habrá cosas personales que no tendrá ganas de contarme.

Y puede que tenga quince años, pero no soy estúpido. Aunque no quiera decírmelo, está claro que en esa cama pasaron más cosas.

—¿Y entonces decidisteis estar juntos?

—Básicamente.

—Espera, pero eso no me cuadra. Hace unos días estabais muy raros.

—Ya, bueno. Digamos que Marcos se ralló por su familia y tal.

—Ah, claro. Pero entonces, ¿qué pasó después?

—A ver, Víctor. Es tarde de cojones, y toda esta historia da por lo menos para una bilogía. Mejor nos vamos a dormir, ¿vale?

—Vaaaleee…

—Venga, buenas noches.

—Buenas noches.

Por suerte, siempre que duermo con Fran me siento cómodo y tranquilo, así que no tardo en quedarme dormido.

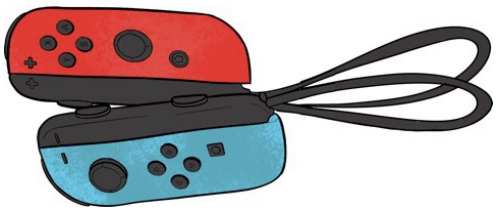
De pronto, unos pasos me despiertan. Sobresaltado, me doy la vuelta y me parece ver la sombra de Fran acercándose a la puerta en la penumbra.

—¿Fran? ¿Qué haces?

—Nada, es que tengo que ir al baño. Tú duérmete.

—Vale.

Ni siquiera oigo la puerta abriéndose y cerrándose. Me abrazo a la almohada, cierro los ojos y dejo que el sueño me atrape de nuevo.



41.

Cuando me despierto por la mañana, Fran está roncando ligeramente mientras abraza a su almohada. Me da pena despertarlo, así que me levanto en silencio y salgo de puntillas. Tras pasar por el cuarto de baño, voy a la cocina a por un vaso de agua. Mi madre, mi tía y Antonio están charlando tranquilamente mientras preparan el café.

—Buenos días.

—Buenos días, cielo —dice Belén con una sonrisa—. ¿Qué tal has dormido?

—Muy bien. Gracias.

—¿Te gustan los churros, Víctor? —me pregunta Antonio.

—Eh… Sí, claro. ¿Por?

—En media hora iré a comprar para dar un poco de tiempo a que los hermanitos del alma se levanten, por si te quieres esperar para desayunar.

—Ah, vale. Genial.

Tras beberme el agua, voy al salón, donde me parece oír voces amortiguadas.

—Hola —saludo al entrar.

Vero y Natalia están cuchicheando, pero se callan de inmediato en cuanto me ven. Me da la impresión de que la nueva hermana de Fran está un poco de morros por alguna razón.

—¡Buenos días, enano! —dice mi hermana—. ¿Y Fran?

—Sigue frito en la cama. He preferido no molestar.

—Por qué será —replica Natalia, aparentemente molesta, pero Vero le da un codazo.

Sinceramente, no entiendo nada.

—¿Os apetece un *Mario Party*? —propone Vero—. Así hacemos tiempo hasta que lleguen los churros.

Tampoco es que tenga nada mejor que hacer, y menos con Fran todavía dormido, así que me encojo de hombros.

—Venga, vale.

Casi una hora más tarde, justo cuando acabamos de terminar la partida, mi madre y mi tía vienen al salón y comienzan a preparar la mesa para el desayuno.

—Nati, Víctor, id a despertar a los dormilones, anda —nos pide Belén—. Antonio tiene que estar a punto de llegar.

—Pues que se aguanten —dice Natalia, aunque se levanta del sofá junto a mí. Ella entra en la habitación de Marcos, y yo en la de Fran. Sigue completamente frito, así que lo zarandeo un poco para tratar de despertarlo. No me hace ningún caso, así que muevo la mano un poco más fuerte mientras él se aferra todavía más a la almohada.

—Fran… —lo llamo—. Fran… despierta.

—Déjame… —responde, arrancándome una risita.

—Venga, Fran, que son más de las once. —Por fin, se digna a abrir los ojos—. Antonio ha ido a por churros.

Entonces, se incorpora un poco y se despereza mientras suelta un largo bostezo. Me cuesta contener la risa al verlo.

—¿Llevas mucho tiempo despierto? —me pregunta.

—Una hora o así. He estado jugando con Vero y Natalia en el salón.

—¿Cómo están?

Frunzo el ceño, extrañado por la pregunta.

—Bien, como siempre. ¿Por?

—No, por saber.

Entonces, salgo de su habitación y él me sigue, aunque se mete en el cuarto de baño mientras yo continúo hasta el salón, deseando

que lleguen los churros. Después de llevar una hora despierto sin comer nada, me ruge el estómago.

Unos minutos más tarde, Antonio entra en el salón con Fran, cargados con un par de bolsas gigantes llenas hasta arriba de churros y porras, y otra más llena de recipientes de chocolate.

—Buenos días —saluda Fran al entrar.

—Buenos días, cariño —dice Belén—. ¿Has dormido bien?

—Sí, muy bien.

Fran ocupa la silla vacía junto a Marcos.

—Marcos, corazón, se te han olvidado las servilletas —señala mi tía, y él se apresura a ponerse en pie.

—Voy.

—Voy contigo —dice Fran—. Así me bebo un vaso de agua, que me he despertado con la garganta seca.

Cuando vuelven, Vero no tarda en empezar a charlar con Natalia sobre algún libro. Yo no hablo demasiado; me limito a zamparme un churro tras otro y una porra tras otra, mojándolo todo bien en el delicioso chocolate. Mi filosofía en esta clase de situaciones es que, cuanto menos hable, más podré comer.

Cuando la comida se acaba, me siento si estuviera a punto de reventarme el estómago.

—¿Queréis jugar a algo? —propongo, deseoso de alargar este rato de felicidad en familia.

—Tenemos que volver a casa ya, cariño —dice mi madre.

—¿Por qué? Es pronto.

—Tu padre me ha llamado antes, y estaba enfadado porque ha llegado y no había nadie. Le he prometido que volveríamos después de desayunar.

El mundo se me cae encima. Sabía que mi padre volvería hoy, pero no esperaba que fuera tan temprano.

—Jo. Pues nada.

Alicaído, ayudo a Fran y a Marcos a recoger las cosas del desayuno. En la cocina, mi primo me hace un gesto para que me siente con él en la mesa. Intercambia una mirada con Marcos, que asiente con la cabeza y se marcha.

—Vic, ¿estás bien?

Me quedo unos segundos en silencio, sin saber qué decir.

—No quiero volver a casa —admito al fin.

—Ya me lo suponía… tiene que ser una mierda.

—Un poco.

Me doy cuenta de que tengo lágrimas en los ojos, y lo odio.

—Recuerda lo que te dije, ¿vale? Si pasa algo y necesitas venir aquí, no tienes ni que dudarlo.

—Gracias —respondo, casi incapaz de hablar.

Una lágrima cae por mi mejilla. Fran se acerca para abrazarme, y sin poder evitarlo, comienzo a llorar contra su pecho.

—Tranquilo —dice, acariciándome el pelo—. Estoy contigo.

Me tiembla todo el cuerpo mientras lloro, pero al menos no tengo que hacerlo solo. Al menos, lo tengo a él.

—Víctor, cariño, ve a recoger tus… —nos interrumpe la voz de mi madre, pero deja la frase a medias al vernos abrazados.

—Voy —respondo, levantándome y tratando de disimular, aunque no creo que vaya a servir de mucho..

—Cariño, ¿qué te pasa? ¿Estás bien?

—Sí, tranquila —insisto; odio hacer que se preocupe por mí—. Es solo que me da pena irme.

Me marcho de la cocina antes de que pueda decir nada más.

Mientras recojo mis cosas de la habitación de Fran, miro a mi alrededor y no puedo evitar que se me escapen las lágrimas de nuevo. Entre estas cuatro paredes me siento seguro, protegido; en casa, incluso. Más que en mi propia casa cuando está mi padre. Ojalá pudiera quedarme aquí, ojalá no tuviera que volver a vivir bajo el mismo techo de un hombre que jamás me aceptará como soy, alguien a quien hace mucho tiempo que me di cuenta de que no quiero. Pero no puedo.

Me paso todo el trayecto de vuelta a casa en silencio, mirando por la ventanilla del coche sin ver nada en particular. Ya estamos a punto de llegar cuando noto que me vibra el móvil en el bolsillo. Lo saco y el corazón me da un vuelco al ver que se trata de un mensaje de Adri, así que me apresuro a responder.

Ey qué tal bro?

Todo bien y tú?

Bien, todo guay

Vamos a volver a casa después de comer

Te ape quedar y nos pillamos unas pizzas para cenar?

El corazón se me acelera al instante. Y no es solo por la posibilidad de vernos dentro de apenas unas horas, sino por lo que está diciendo… Pillarnos unas pizzas. Eso solo lo hacemos cuando cenamos solos; por lo general, casi siempre cenamos lo que preparen sus padres.

—¿Mamá? —la llamo, y ella me mira por el espejo delantero del coche.

—Dime.

—¿Puedo ir a cenar a casa de Adri? Es que vuelve hoy de las vacaciones.

Ella suelta un suspiro.

—Sabes que a mí no me importaría. Pero tu padre…

Por supuesto, no hace falta que termine la frase.

Una vez en casa, la situación con el susodicho no podría ser más tensa. Parece malhumorado después de las horas de carretera que ha tenido que pegarse para volver hoy, como si nosotros quisiéramos verlo, así que sé que no es el momento para sacar el tema de Adri. En su lugar, decido esperar unas cuantas horas hasta que terminamos de comer; siempre está de mucho mejor humor con el estómago lleno.

Por supuesto, mis peores temores se confirman: nada de cenar fuera, hoy se cena en familia.

—Vale, pero entonces por la tarde me iré a casa de Adri un par de horas —digo con voz tajante, tratando de permanecer firme—. Que no nos vemos desde que empezaron las vacaciones.

—Mira que eres pesadito con el chaval ese —refunfuña mi padre —. Vete, pero más te vale estar aquí a la hora de la cena.

—Que sí. A las diez estoy aquí.

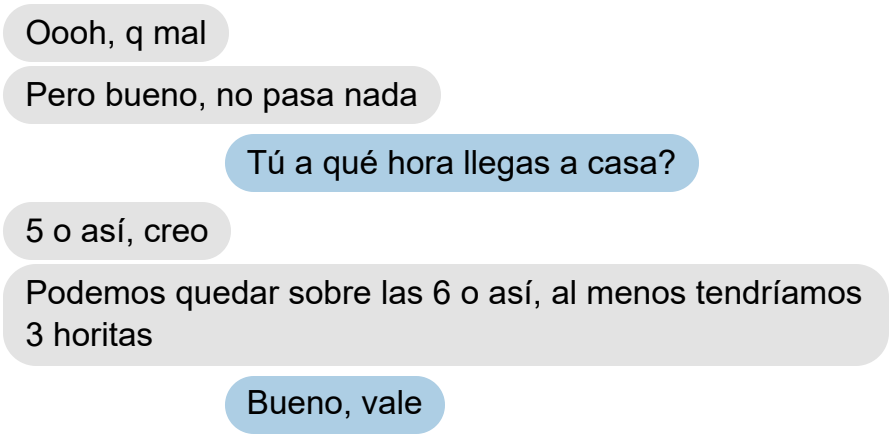
—A las nueve.

—Joder, si nunca cenamos a las nueve. A las nueve y media.

—Como sigas así, te quedas sin cenar y también sin ver a tu amiguito. He dicho que a las nueve, y no se hable más.

Y, sin darme opción a responder, se levanta airadamente de la mesa y se marcha al sofá para ver la tele.

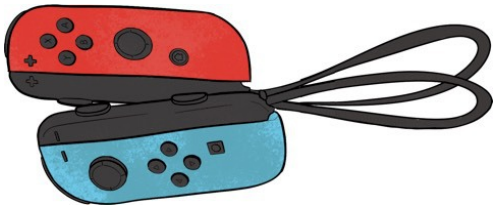
Saco el móvil para contarle a Adri lo que ha dicho mi padre.



No le digo lo que estoy pensando en realidad: que tres horas con él son una mierda después de haberme pasado más de una semana sin verlo. Pero cualquier momento con él vale la pena, así que, por supuesto, no lo voy a rechazar.

Después de hablar con él, escribo a Fran para cagarme en mi padre; necesito desahogarme un poco. Por suerte, él siempre consigue animarme. Y, cuando quiero darme cuenta, ya ha llegado el momento de irme a la ducha para quedar con Adri.

Decir que estoy nervioso sería quedarme muy corto. ¿Conseguiremos enmendar por fin la situación?



42.

El corazón me late desbocado durante todo el camino hasta la casa de Adri. Cuando contesta al llamar al timbre, oír su voz por primera vez en más de una semana me provoca un cosquilleo que me recorre todo el cuerpo. Mientras subo en el ascensor, realmente pienso que va a darme un infarto.

Ya está esperándome en la puerta de su casa cuando salgo, y algo cálido aletea en mi estómago. ¿Siempre ha sido tan guapo, o es que ha ido a más durante estos días?

—Hola —lo saludo con timidez, sin saber cómo actuar; al fin y al cabo, llevamos unas cuantas semanas bastante raritas.

—Hola —responde con una sonrisa, y entonces se acerca para darme un abrazo.

Y en ese abrazo, lleno por fin del cariño y la calidez tan habituales en él y que tanto echaba de menos, es como si todo terminara de desvanecerse: la incomodidad tras la fiesta, la tensión y el distanciamiento, estos días que hemos pasado lejos. Volvemos a estar juntos por fin, y eso es lo único que importa.

Cuando nos separamos, él se queda mirándome a los ojos con una sonrisa durante unos segundos antes de apartarse del todo.

Lo sigo hasta su habitación, y durante el camino no se me escapa que el resto de las luces de la casa están apagadas, a excepción del pasillo.

—¿Y tus padres?

—Han salido un par de horas. ¿Por?

—No, nada. Por saber.

Pero, por algún motivo que no alcanzo a comprender, esa información me hace tragar saliva.

Cuando entro en su habitación, tengo que contener las ganas de inhalar; echaba demasiado de menos ese aire impregnado de su aroma, mi lugar favorito del mundo entero. Adri se sienta en el borde de la cama y yo hago lo mismo, sintiéndome un poco tímido. Llevaba demasiado tiempo sin estar aquí, mucho más del que me gustaría.

—Bueno… —comienzo, rompiendo el silencio—. ¿Y qué tal estos días?

Él se encoge de hombros, y me da la impresión de que tarda un instante más de la cuenta en responder.

—Bueno, bien.

—¿Qué has hecho?

—Lo típico, ya sabes. Nada especial.

—Ah. Bueno.

En serio, ¿qué se supone que voy a responderle yo a eso?

—¿Y tú? ¿Cómo has estado?

—Bueno, bien —respondo, dándole a probar un poco de su propia medicina.

—¿Con tu familia bien?

—Lo típico, ya sabes. Nada especial.

Él me mira con el ceño ligeramente fruncido, pero entonces sonríe muy levemente.

—Me estás vacilando, ¿verdad?

—Puede ser —admito—. Pero solo un poco.

—Perdona. Ya sé que no estoy muy hablador últimamente.

—No pasa nada.

—No, bro, sí que pasa. Porque quiero hablar. De verdad que quiero. Es solo que… No sé, supongo que no sabía cómo hacerlo.

El corazón me da un vuelco. ¿Querrá decir lo que yo creo?

—Bueno. Pero siempre puedes intentarlo, ¿no?

—Supongo.

—¿Y de qué querías hablar?

—De todo. De nada. Como siempre. Lo echo de menos, bro.

—Yo también —respondo; no tiene sentido negarlo.

—Te echaba de menos —añade él.

—Yo también —susurro; ese cosquilleo en la tripa que tanto me costaba sentir últimamente vuelve a hacer acto de presencia.

—Mucho.

—Y yo a ti, Adri.

—Y no quiero volver a echarte de menos. Al menos, no por esto.

—¿Por esto?

—Por ser un idiota —aclara.

—Siempre has sido un idiota —digo con una sonrisita.

—Ya, bueno. Pues a este idiota le hubiera gustado pasar el fin de año contigo.

Ahora, el corazón amenaza con salírseme del pecho.

—¿En serio?

—En serio.

—A mí también —confieso con un hilo de voz.

—Pues podríamos hacerlo.

—¿El qué? —pregunto, un tanto extrañado de pronto.

—Pasar el fin de año juntos.

—Ya es uno de enero, Adri —le recuerdo—. Llegamos tarde.

—No tiene por qué. Espera un momento, ¿vale?

—Vale.

Entonces, se pone en pie y se marcha, dejándome solo en su habitación. Miro a mi alrededor, a este lugar tan familiar y que ya empezaba a pensar que no volvería a ver. Antes venía aquí casi todas las semanas, pero ya ha pasado casi un mes desde la última vez. Paso la mano por la colcha de la cama, imaginándolo mientras duerme por las noches. ¿De verdad me ha echado de menos? ¿Lo habrá hecho también todos los días antes de irse a dormir, al igual que yo? ¿También habrá llorado en la cama por mí? Dudo que haya llegado a tanto, la verdad.

Enseguida oigo que sus pasos se acercan por el pasillo, así que aparto la mano de su cama y dirijo la mirada hacia la puerta. Lo veo

entrando con dos cuencos en las manos y una sonrisita tímida en los labios.

—¿Qué es eso? —pregunto mientras se acerca a la cama y vuelve a sentarse a mi lado.

—Nuestras uvas —responde, y me muestra uno de los cuencos. Dentro hay gominolas cortadas en trocitos—. Me pareció que con doce de golpe igual potábamos, así que las he cortado.

Frunzo el ceño, un tanto confuso, pero entonces lo comprendo. Las uvas. Gominolas. Doce trozos, claro.

De nuevo, el corazón se me acelera.

—¿En serio, Adri? —pregunto, mitad incrédulo por lo absurdo que es todo y mitad derritiéndome por dentro—. ¿En serio quieres que nos comamos doce gominolas en vez de las doce uvas, pero con un día de retraso?

—Solo si tú quieres.

—Claro que quiero —admito—. Pero nos faltan las campanadas.

—No te preocupes —dice él, y se saca el móvil del bolsillo—. Lo tengo controlado.

Entonces, lo deja sobre la colcha, con la aplicación de YouTube en la pantalla y un vídeo de las campanadas de este mismo año, esas que quiere que vivamos juntos.

—Estás fatal —digo entre risas.

—¿Vamos? —me pregunta él, con una sonrisa ladeada.

—Venga. Vamos.

Con el corazón latiendo a toda velocidad en mi pecho, lo observo mientras toca la pantalla con el dedo para reproducir el vídeo. Primero, como de costumbre, suenan los cuartos. Y después, comienzan las campanadas.

Una. Al igual que con las uvas, la primera es más fácil.

Dos. Por el momento, todo bien.

Tres. La textura blanda de las gominolas no es muy diferente a la de las uvas, así que no está siendo difícil.

Cuatro. Mastico y trago tan rápido como puedo; no me apetece terminar con la boca llena de una masa gelatinosa delante de Adri.

Cinco. Lo miro de soslayo, y el corazón se me detiene un instante al ver que él también me está mirando.

Seis. Mierda, me he distraído. Como no tenga cuidado, la voy a cagar.

Siete. Todavía no me puedo creer que estemos haciendo esto, pero ya llevamos más de la mitad.

Ocho. Dos tercios. Puedo conseguirlo.

Nueve. Las gominolas están empezando a formar una masa en mi boca.

Diez. Dos más, solo dos más.

Once. Venga, que ya casi estamos. Voy a lograrlo.

Doce. ¡Lo he conseguido!

Mastico a toda velocidad la última gominola y me la trago junto a la masa dulce y viscosa que tengo en la boca.

Miro a Adri y, a juzgar por el movimiento que veo en su garganta, a él le ha pasado exactamente lo mismo. Me echo a reír, y él se une al momento.

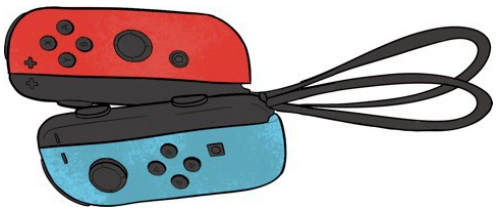
Entonces, Adri acerca una mano a la mía y me la toma, haciéndome dar un respingo de sorpresa. Sus dedos son suaves y cálidos mientras se entrelazan con los míos. Comienza a hacer movimientos circulares con el pulgar, acariciándome el dorso de la mano.

—Feliz año —susurra, inclinándose ligeramente hacia mí.

—Feliz año —respondo, acercándome también a él.

Nos quedamos así durante unos segundos, mirándonos a los ojos mientras ese calorcillo agradable sube desde mi tripa y se extiende por mis mejillas. Los dos tenemos la boca ligeramente entreabierta, y puedo sentir su respiración haciéndome cosquillas sobre la barbilla.

A continuación, su cara cubre los escasos centímetros que nos separan y me planta un beso en los labios.



43.

Al principio, me quedo paralizado, incapaz de comprender lo que está pasando. Por supuesto, mis sentidos son conscientes de ello; siguen funcionando con normalidad y envían a mi cerebro las señales correspondientes al momento. Es mi propio cerebro el que parece desconectado, incapaz de analizar la situación, incapaz de procesar lo que está ocurriendo para tratar de darle un significado coherente.

Pero, poco a poco, es como si volviera a ponerse en marcha y empiezo a entender lo que está pasando.

Adri me está besando.

Me ha tomado la mano y me está besando, aquí en su cama, después de nuestro absurdo Fin de Año improvisado.

Sus labios son tímidos, vacilantes; casi temerosos. Recorren los míos con lentitud, ligeramente húmedos mientras se deslizan sobre los míos, transmitiéndome su calidez. De pronto, me doy cuenta de que no me estoy moviendo, de que es como si me hubiera convertido de repente en una estatua, y me obligo a volver de golpe al presente.

A un presente donde Adri me está besando, pero soy incapaz de asimilarlo.

Con timidez, muevo también los labios, tratando de sentir sus movimientos, de encontrar este ritmo tan nuevo pero también ligeramente familiar después de lo que ocurrió ese día en la fiesta de

cumpleaños. Es casi como bailar; si nuestros labios no se sincronizaran bien, todo sería un desastre. Pero lo hacen, bailando juntos como si estuvieran hechos para eso.

Un torrente de sensaciones me invade por completo, comenzando por la unión entre nuestros labios y extendiéndose por el resto de mi cuerpo. Es como temblar, derretirme, estremecerme, derrumbarme y entregarme, todo al mismo tiempo, una vorágine de sensaciones que no sabría ni cómo comenzar a describir.

Adri me acaricia la cara con los dedos y deja descansar la palma sobre mi mejilla, y por primera vez, siento que su mano está fría. Pero su otra mano sigue entrelazada con la mía, y la temperatura es normal. Solo entonces comprendo que no se trata de que su mano esté fría, sino de que a mí me arde la cara. Mi corazón bombea sangre como desbocado, y parece que todo ese líquido ha decidido agolparse en mis mejillas, que ahora mismo deben de haberse vuelto incandescentes.

Entonces, Adri me da un leve mordisquito en el labio inferior, ejerciendo apenas una suave presión con los dientes, pero eso basta para que la vorágine de sensaciones se convierta en un auténtico tornado que arrasa por completo con mi interior. Parte de esa sangre que antes invadía mis mejillas decide agolparse en un lugar muy poco apropiado ahora mismo, pero no puedo evitarlo. Llevo demasiado tiempo reprimiéndome, demasiado tiempo deseando este momento, demasiado tiempo deseándolo a él.

De pronto, un pensamiento tan furtivo como indeseado aparece en mi mente. Otro beso con Adri, el primero de todos. Un beso muy diferente, tal vez porque teníamos público, pero un beso a fin de cuentas. A pesar del aturdimiento por lo que estaba pasando, a pesar de que me costaba creerlo siquiera, durante ese minuto exacto que duró, fui feliz. En ese momento, yo tan solo quería disfrutar del beso, beber de él como si fuera agua en el desierto.

Pero entonces recuerdo lo que pasó después, las semanas posteriores, y me aparto ligeramente.

—Adri —susurro contra sus labios—. ¿Qué estás haciendo?

—Besarte —responde con una sonrisita tímida; al fin y al cabo, debería ser evidente.

—Joder, ya lo sé. —Le doy un golpecito juguetón en un brazo, riendo con nerviosismo—. Lo que quiero decir es que… ¿Estás seguro?

Él no tiene ni que pensárselo; asiente con la cabeza de forma casi automática.

—Sí.

—¿De verdad? Porque el día del cumpleaños también parecías muy seguro, pero después…

—Eso no va a volver a pasar —me asegura—. Te lo prometo.

—Vale.

Él traga saliva y asiente con la cabeza antes de continuar.

—¿Te molesta que te haya besado?

—No.

—¿Puedo volver a hacerlo?

—No —respondo. La sombra de la decepción cruza su rostro, pero no es lo que él piensa—. Quiero besarte yo a ti.

De inmediato, sus labios se curvan en una enorme sonrisa que pone a prueba todo mi autocontrol.

Por mucho que haya intentado bloquear esos pensamientos, por mucho que haya intentado engañarme a mí mismo, me he pasado meses imaginando cómo sería besar a Adri, cómo sería saborear esos labios. Hasta ahora, hemos compartido dos besos, los dos inesperados, pero los dos en circunstancias muy diferentes. El primero fue público, nada más que parte de un juego, y cada uno de los segundos estaba numerado. En el segundo, igual de inesperado por mi parte, era él quien llevaba la voz cantante; yo estaba demasiado aturdido mientras trataba de asimilar la realidad de lo que estaba sucediendo como para hacer algo más que simplemente imitar sus movimientos y dejarme llevar.

Pero ahora quiero ser yo quien lleve la iniciativa. Y, sinceramente, no sé cómo hacerlo. Estos dos besos han sido los primeros y únicos besos de verdad que me han dado en toda mi vida y, aunque me he dejado guiar por él, tengo claro que todavía me falta mucho por aprender. Con un poco de suerte, él estará dispuesto a instruirme. Pero ahora me toca a mí dar el siguiente paso.

Nuestras manos siguen unidas, así que le aprieto ligeramente la suya para tener algo a lo que anclarme. Él me devuelve el apretón y vuelve a sonreír, ahora más levemente, como dándome fuerzas. ¿Por qué es tan difícil? Sé que no me va a rechazar. Ya nos hemos besado dos veces; sé cómo encajan nuestros labios. Sé que puedo hacerlo.

Tan solo tengo que lanzarme.

Trago saliva y, con el corazón a punto de reventarme el pecho, me inclino ligeramente hacia él, prácticamente milímetro a milímetro. Él esboza una nueva sonrisa, menos amplia que la anterior; una sonrisa de ánimos. Su pulgar me acaricia el dorso de la mano. Algo envalentonado, cubro los escasos centímetros que nos separan y rozo sus labios cálidos con los míos, tan deseosos como temblorosos, tan sedientos como miedosos.

Tal como quería, esta vez soy yo quien lo besa a él, y Adri me deja hacer. A falta de más experiencia, trato de imitar los movimientos de antes, ese beso que parecía tan natural como si nuestros labios estuvieran hechos para encajar juntos. Al principio me siento tenso; mi falta de experiencia no podría ser más evidente. Pero Adri sigue mis movimientos en todo momento, me transmite confianza con la caricia de su mano sobre la mía, con su boca siguiendo el ritmo de la mía en todo momento. Y, poco a poco, comienzo a soltarme, a dejarme llevar por el momento.

Ahora mis labios son un poco más seguros, menos miedosos. Y, en cierto sentido, es casi como si tuvieran su propia voluntad. Ya no me centro tanto en cómo debería moverme, en lo que debería hacer o en lo que debe de estar pensando o sintiendo Adri. En lugar de eso, me libero y dejo que la cosa fluya entre nuestros labios, con naturalidad, consciente de que, si yo estoy disfrutando del momento, él también debe de estar haciéndolo.

Cuando se le escapa un gemido apenas contenido contra mi boca, considero que debo de estar haciendo algo bien. Solo entonces me aparto de él y lo miro con los ojos llenos de timidez.

—¿Qué tal? —pregunto con vergüenza.

—Joder, bro… De locos.

Pongo los ojos en blanco.

—Venga ya, Adri.

—¿Qué pasa? —me pregunta, claramente confuso, y yo levanto una ceja.

—Vamos a ver. No puedes comerme la boca y después llamarme «bro».

Él se ríe y me da un golpecito en el brazo.

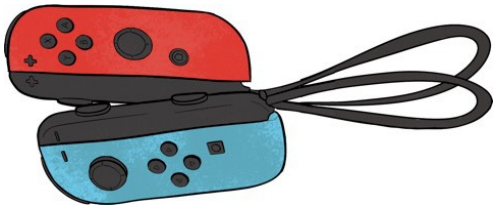
—¿Por qué no? Eres mi bro.

Y, por alguna razón, esas absurdas palabras hacen que me estremezca por dentro y por fuera.

Ahora soy yo quien le da un golpe, más fuerte que el suyo, y él contraataca empujándome con ambas manos mientras los dos reímos. El impacto me hace perder el equilibrio, y caigo sobre el colchón. Adri aprovecha la oportunidad para tumbarse sobre mí, y el corazón me da un vuelco al ver sus ardientes ojos grises a solo unos centímetros de los míos.

—Ahora me toca a mí —susurra contra mis labios.

Y vuelve a besarme.



44.

No sé cuánto tiempo pasamos besándonos exactamente, pero, cuando lo dejamos, fuera todo está ya muy oscuro. Hasta me duelen un poco los labios y, cuando me los toco, me da la impresión de que los tengo un poco hinchados. No sé si esto es normal o no, pero está claro que ha valido la pena.

Besarnos en su cama significa algo más, y es que las reacciones de mi cuerpo son difíciles de ocultar. Más de una vez, su cintura y sus caderas rozan la dureza de mi excitación, y yo también noto la suya en más de una ocasión. Y, aunque esos momentos nos miramos con los ojos llenos de fuego y deseo, no hacemos nada más, no dejamos que nuestras manos se desvíen hacia allí. De hecho, solo nos acariciamos las caras, las manos y los brazos; es como si estuviéramos reservando otras partes de nuestra anatomía para más adelante. Esto que está ocurriendo entre nosotros es demasiado nuevo como para probarlo todo de golpe, y los dos somos muy conscientes de ello.

Ahora estamos los dos tumbados en su cama, muy pegados, con las manos unidas, pero sin besarnos. Lo observo mientras su pecho sube y baja, recuperando el aliento. El ambiente se ha caldeado tanto que hemos tenido que apagar la calefacción y quitarnos las sudaderas, y aun así los dos estamos ligeramente sudorosos. En parte me gustaría que nos hubiéramos quitado también las

camisetas, pero sé que eso también es algo que prefiero reservar para más adelante.

Sin embargo, ahora que he podido dar rienda suelta a mis deseos, ahora que he podido explorar sus labios todo lo que he querido y más, no puedo evitar que me invadan las dudas. A fin de cuentas, hasta hace solo unos días, Adri estaba rarísimo conmigo. ¿A qué se debe este cambio tan de repente? ¿De verdad está seguro de lo que estamos haciendo? ¿O va a volver a ser todo como antes, como cuando volvimos a clase después de aquel beso en la fiesta? Porque, sinceramente, no sé si podría soportarlo después de lo de hoy.

Y, aunque sé que va a ser una conversación difícil, también sé que los dos la necesitamos, así que me armo de valor y lo miro a los ojos.

—Oye, Adri. ¿Podemos hablar?

Veo un destello de preocupación en su mirada.

—Sí, claro. ¿Qué pasa?

Me incorporo para sentarme en la cama y él hace lo mismo. Nos quedamos los dos con las piernas cruzadas, el uno frente al otro.

—A ver, en realidad, tampoco sé por dónde empezar —confieso —. Pero creo que deberíamos hablar de lo que estamos haciendo.

—Sí. —Asiente con la cabeza—. Yo también lo pienso.

Bueno, al menos, eso me facilita las cosas. Decido ir directamente al grano.

—¿Por qué te alejaste después de la fiesta?

Ahora, Adri suelta un suspiro.

—Mira, sé que fui un gilipollas. Y lo siento. Te juro que lo siento.

—No quería hablar contigo para que te fustigues, ni para que me pidas perdón. Lo único que quiero hacer es entenderlo. Lo he pasado muy mal durante estas últimas semanas, pero ahora resulta que me besas y, sinceramente, no entiendo nada.

Él traga saliva antes de continuar. Baja la mirada, como tratando de encontrar las palabras apropiadas.

—Yo pensaba que eras mi mejor amigo… mi mejor amigo y ya está, ¿entiendes? Nunca me había planteado que hubiera nada más. Pero entonces pasó lo del beso, y todo cambió.

—¿Por qué me elegiste a mí?

—¿Estás de coña, bro? —Me mira con incredulidad—. ¿A quién iba a elegir si no?

—Había como quince tíos más allí —señalo, y casi todos de nuestra clase—. Tenías donde elegir.

—No, no me refiero a eso. Lo que quiero decir es que… —Cierra los ojos y se lleva un puño a la frente, como tratando de encontrar la mejor forma de expresarlo—. Es como que ninguna otra opción tenía sentido, ¿sabes? Me dijeron que besara a un chico, y simplemente supe que tenías que ser tú. Y… Bueno, da igual.

—Sí, hombre. Ahora me lo dices.

Él suelta una risita nerviosa, pero asiente con la cabeza.

—El reto era besar a un chico. Pero, si hubiera podido elegir a cualquier persona de allí, si no me hubieran dicho específicamente que tenía que ser un chico… En fin, no sé lo que habría hecho entonces, pero creo que tampoco se me habría ocurrido nadie que no fueses tú.

El corazón se me detiene un instante.

—¿En serio?

—En serio. El caso es que, después de que te fueras, me puse a pensar en eso, y… En fin, supongo que me rallé. No lo sé.

—Y por eso te alejaste.

—Sí.

—¿Por qué no me dijiste nada?

—No lo sé, bro. Te juro que no lo sé. Nunca había pensado en ti de esa forma y, de repente, era como que no podía sacármelo de la cabeza.

—¿De verdad nunca te habías planteado nada?

—Antes del beso, no. El problema es que, después, comencé a analizarlo todo. Las ganas que tenía siempre de verte, de estar contigo, de tocarte y de… —Deja la frase inconclusa y traga saliva una vez más—. En fin, de todo. Siempre había pensado que me molaban las tías y ya está, nunca me había planteado otra posibilidad.

—¿Ni siquiera cuando estabas conmigo? Todo eso que dices, las ganas de verme y estar conmigo… ¿ni siquiera entonces te diste

cuenta?

Él suelta un suspiro y aparta la mirada antes de continuar.

—A ver… Es que tienes que tener en cuenta que para mí era diferente. Yo sé que tú tenías a Andrés y tal, que erais mejores amigos desde pequeños. Pero yo nunca había tenido un mejor amigo, no sabía lo que era eso. En el colegio éramos casi todos amigos, supongo, pero ninguno era un amigo de verdad, ¿sabes lo que quiero decir? —Asiento con la cabeza—. Y entonces llegué al instituto y te conocí a ti, y todo cambió. Te convertiste en mi persona favorita. Y sigues siendo mi persona favorita, bro.

Se me llenan los ojos de lágrimas.

—Tú también eres mi persona favorita —acierto a susurrar, y sus labios se curvan en una enorme sonrisa.

—¿De verdad?

—Pues claro, idiota. Pero sigue.

Él respira hondo.

—Pues a ver, yo ya tenía claro que eras mi persona favorita, desde hacía mucho tiempo. Esa era la realidad, mi realidad, así que no le daba más vueltas. Pero es como que, con el tiempo, las cosas que antes me llenaban ya no eran suficiente. No me bastaba con estar contigo y ya está, necesitaba más. Necesitaba tocarte. Pasar más tiempo juntos, hacer más cosas juntos.

Por supuesto, sus palabras tienen todo el sentido del mundo. Durante los meses previos a la fiesta, es como si nuestra relación se hubiera vuelto más física, más intensa, más…, más íntima, supongo. Tal como había sospechado alguna vez, yo no era el único que buscaba el contacto con él: Adri también lo hacía. Fue él quien empezó a darme esos abrazos, al principio torpes y rápidos, y después más fuertes y cariñosos, más seguros. Era él quien propiciaba un contacto continuo entre nuestros cuerpos cada vez que podía, aunque, por supuesto, yo no me quejaba.

—¿Tenías ganas de besarme en esos momentos? —me atrevo a preguntar.

Él permanece un largo minuto en silencio.

—Creo que eso estaba tan lejos de lo que hubiera podido considerar posible que jamás se me llegó a pasar por la cabeza. Pero

con otras cosas… ya te digo que sí. Es lo que te decía, tenía ganas de tocarte siempre, de abrazarte, de sentir tu piel contra la mía de cualquier forma posible. A veces me imaginaba que nos abrazábamos en la cama y nos quedábamos así, sin hacer nada más, simplemente abrazados.

Cuando me quiero dar cuenta, tengo los ojos húmedos; yo también me he imaginado exactamente esa misma situación en infinitas ocasiones.

—Joder, Adri —acierto a decir, y entonces las lágrimas se derraman por mis mejillas sin que pueda hacer nada para contenerlas.

—Ey, ey, ey —dice con preocupación. Sin pensar, me toma ambas manos entre las suyas—. ¿Qué pasa? ¿He dicho algo mal?

—No, idiota. Es solo que no sabes cuántas veces me he imaginado yo exactamente eso.

—¿Lo de… abrazarnos en la cama?

—Sí —admito, sintiendo que me empiezan a arder las mejillas por la vergüenza.

Sus labios se curvan ligeramente. Me suelta una mano y utiliza la suya para secarme las lágrimas de las mejillas, con movimientos torpes pero al mismo tiempo llenos de ternura.

—¿Y por qué no lo hacemos?

Me quedo con la boca ligeramente abierta durante unos segundos, sin saber qué responder.

—¿En serio? ¿Ahora?

Adri se encoge de hombros.

—¿Por qué no? Los dos queremos hacerlo. Estamos en la cama, y estamos solos. ¿Por qué no probamos?

—Vale.

Al principio, no sabemos muy bien cómo dar el paso. Nuestros movimientos son torpes; está claro que ninguno de los dos tiene experiencia con estas cosas. Como Adri está más cerca del cabecero de la cama, se tumba sobre la almohada y yo me acerco para hacer lo mismo. Después, con infinita timidez, le rodeo el torso con los brazos y él hace lo mismo conmigo. Nuestras cabezas se acercan

sobre la almohada, y no sé cuál de los dos es el que ha iniciado el movimiento, pero volvemos a besarnos.

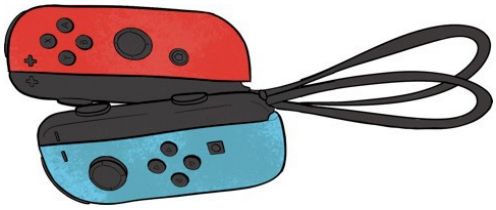
Cuando nos separamos, tratamos de recolocarnos mejor, todavía con una torpeza evidente, hasta que los dos estamos cómodos y rodeados por los brazos del otro. Nuestras cabezas siguen muy juntas, pero en esta ocasión no nos besamos, tan solo nos miramos a los ojos mientras respiramos el momento. Nuestros cuerpos están tan pegados que puedo notar prácticamente toda la parte delantera de su anatomía, las que están más musculosas y las que menos, las duras y las blandas. Entrelazamos las piernas para estar todavía más cerca y, ahora así, volvemos a besarnos, aunque brevemente.

—¿Es así como te lo imaginabas? —susurra contra mis labios.

—Justo así —respondo, aunque la realidad es que es todavía mejor que cualquier cosa que hubiera podido conjurar mi mente.

Volvemos a besarnos, despacio y con cuidado, con la delicadeza con la que se toca algo muy preciado. Cierro los ojos y concentro todos mis sentidos en él, consciente de que esto no debería estar pasando, de que debe de ser alguna clase de sueño, una ficción que no puede ser real.

Pero es real, tan real como él y como yo; tan real como nuestra propia existencia. Y, en este momento de completa felicidad, todo es absolutamente perfecto.



45.

La vibración del móvil en los vaqueros me despierta de repente. Cuando abro los ojos, me encuentro con la cara de Adri a solo unos centímetros de la mía, dormido y respirando profundamente. Trato de no despertarlo mientras me saco el móvil del bolsillo, pero es inevitable. Una sonrisa perezosa se extiende por su rostro al verme. Sus ojos parecen un cielo nublado.

—Hola —susurra, y se acerca para darme un beso rápido.

—Hola —respondo, sonriendo yo también sin poder evitarlo.

Entonces miro la pantalla del móvil, que sigue vibrando, y la sonrisa desaparece de golpe.

—¿Qué pasa? —Me pregunta.

—Es mi padre. Tengo que contestar. —Le doy al botón y me llevo el móvil a la oreja, temiéndome lo peor—. ¿Sí?

—Habíamos quedado en que volverías para cenar —dice sin preámbulos, con su mal genio habitual—. Ya son las nueve. ¿Dónde cojones estás?

—Estaba a punto de salir —miento descaradamente.

—Te quiero aquí dentro de cinco minutos.

—En cinco minutos no llego. Tardo por lo menos veinte.

—Pues tú verás —replica con voz amenazante—. Pero, como no hayas llegado cuando esté la comida, te quedas sin cenar.

—Pues ya ves tú —murmuro.

Como si no pudiera cenar en casa de Adri si quisiera, o como si no supiera que mi madre me guardaría la cena. Es él quien ha insistido en que vaya a cenar a casa.

—¿Qué has dicho?

—Nada. Que ya voy.

Sin esperar respuesta, cuelgo el teléfono y lo tiro sobre el colchón, enfadado. Tendría que haberme imaginado que mi padre acabaría amargándome el mejor día de mi vida.

—¿Te tienes que ir? —me pregunta Adri, claramente alicaído.

—Sí. Lo siento. Pero, en fin… ya sabes cómo es mi padre.

—Ya, lo entiendo. No pasa nada.

Entonces acerco la cara a él para darle un beso, todavía incapaz de creer que pueda hacer esto. Y, como no podría ser de otra manera, al final nos entretenemos más de la cuenta.

—Venga —dice Adri, apartándose—. Que te tienes que ir.

—Oye, que la culpa es tuya —replico entre risas.

—Has empezado tú —se defiende él, con una sonrisa pícara.

Sin poder evitarlo, le doy un beso breve en los labios, pero solo uno. Recupero la sudadera que acabó en el suelo hace horas, me apresuro a ponérmela y voy hacia el recibidor.

—Qué puta pereza tener que salir ahora al frío —rezongo mientras me pongo el abrigo.

—Uf, ya ves. ¿Quieres que vaya contigo?

Niego con la cabeza y me agacho para atarme las deportivas.

—No, no te preocupes. Luego tendrías que volverte tú solo.

—A mí no me importa. Tú también has venido solo.

—No pasa nada, en serio —le aseguro, incorporándome con una sonrisa—. Pero tengo que irme ya.

Entonces volvemos a besarnos; no soy capaz de comprender cómo ha pasado esto ni por qué, pero parece que ahora es nuestra nueva realidad. Mucho antes de lo que me gustaría, me obligo a separarme de él; no quiero desatar la ira de mi padre.

—Bueno… ¿nos vemos un día de estos? —pregunto esperanzado; tampoco quiero presionarlo ni agobiarlo.

—¿Mañana? —sugiere con una sonrisa tímida, y yo asiento con la cabeza, feliz.

—Mañana.

Entonces, salgo por la puerta y llamo al ascensor. En lugar de quedarse en el umbral, Adri sale también y aguarda conmigo hasta que se abren las puertas del ascensor. Cuando entro, asoma la cabeza para darme un beso rápido.

—Hasta mañana —susurra.

—Hasta mañana.

Entonces, presiono el botón y las puertas se cierran entre nosotros. Me miro al espejo y, por fin, trato de asimilar todo lo que ha pasado.

Joder. Estoy flipando. Nos hemos besado. Adri y yo nos hemos besado, durante horas, y también hemos dormido abrazados. Después de estas últimas semanas pensando que lo había perdido incluso como amigo, es como si mi sueño se hubiera hecho realidad de repente. ¿En serio está pasando? ¿En serio esto es la realidad y no solo un sueño del que aún no he despertado?

El Víctor que me devuelve la mirada en el espejo parece muy diferente al habitual. Es un Víctor eufórico, un Víctor sonriente y rebosante de alegría. Tengo los labios claramente enrojecidos, la única prueba física que queda de los incontables besos que hemos intercambiado hoy. Parece mentira que de verdad esté pasando esto, pero todo apunta a que es así.

Al llegar a la planta baja, abro la puerta y meto las manos en los bolsillos del abrigo antes de salir; hace todavía más frío de lo que esperaba después de lo calentitos que estábamos arriba. El aire helado me muerde las mejillas y, cuando respiro, mi aliento se condensa frente a mí en una nube de vapor. Echo a andar a paso ligero, deseoso de llegar a casa para poder entrar en calor.

Apenas he avanzado unos metros cuando oigo un grito.

—¡Bro!

Frunzo el ceño, extrañado. Es la voz de Adri.

Me doy la vuelta y lo veo en el portal de su casa, saludándome con la mano. Echo a caminar en su dirección mientras él se dirige hacia mí, con el abrigo puesto. Cuando nos alcanzamos mutuamente, me doy cuenta de que está sin aliento, como si hubiera bajado las escaleras corriendo.

—¿Qué pasa? —le pregunto, sorprendido—. ¿Qué haces?

—Te acompaño a casa.

Me quedo boquiabierto unos segundos antes de responder.

—¿En serio? ¡Pero si te he dicho que no hacía falta!

Él se encoge de hombros.

—Tú has venido hasta aquí con todo el frío, y ahora te tienes que ir con más frío todavía. Es lo justo.

Sin pensarlo, lo beso en los labios. Entonces miro a nuestro alrededor, asustado, pero no parece que nos haya visto nadie.

—Eres increíble. ¿Lo sabías?

Él se ríe.

—Se hace lo que se puede. ¿Vamos?

—¿Estás seguro? —insisto—. Mira que luego vas a tener que volverte con todo el frío.

—Estoy seguro. Pero venga, bro, que nos vamos a congelar como sigamos aquí parados.

Con un calorcillo agradable en la cara que me ayuda a mantener el frío a raya, echo a caminar junto a él. Los dos tenemos las manos en los bolsillos. En las series y en las películas, estas escenas siempre son caminando de la mano. Pero, entre que hace frío, que no sé si él querrá cogerme de la mano, y que de todos modos podrían vernos y no creo que estemos preparados para eso, me quedo como estoy.

—¿Crees que tu padre se cabreará mucho?

Me encojo de hombros.

—Puede, pero ya estoy acostumbrado. Me la suda un poco.

—Bueno. Pero otro día nos ponemos una alarma o algo, ¿vale? No quiero que te lleves broncas por mi culpa.

El corazón me da un vuelco. Está hablando de otro día, de próximas ocasiones, como si diera por hecho que lo que hemos estado haciendo esta tarde se va a repetir, que tal vez se va a convertir en costumbre… en una nueva rutina entre nosotros. Y eso es bueno, ¿verdad?

—Vale —respondo.

—Igual podrías venir a dormir a casa mañana —sugiere, con una timidez tan poco propia de él que casi parece otra persona.

El corazón me da un vuelco.

—¿En serio?

—En serio. Pero solo si tú quieres.

—Claro que sí —me apresuro a responder—. Me encantaría.

Él sonríe ampliamente.

—¿De verdad?

—Pues claro. A ver si me dejan, pero espero que sí.

—Genial.

Continuamos caminando en silencio, uno de esos silencios cómodos y agradables que tanto echaba de menos y que parecen haber regresado desde que empezamos a besarnos hace unas horas. Sé que tenemos mucho de lo que hablar; sin ir más lejos, necesitamos hablar de lo que está pasando entre nosotros. Pero, por el momento, con su compañía silenciosa es suficiente.

Los dos caminamos deprisa para tratar de mantener el frío bajo control, así que no tardamos en llegar a mi casa, mucho antes de lo que me gustaría.

—Bueno… —comienzo—. Ahora sí que tengo que irme.

—Vale. —Mira a nuestro alrededor, dudoso, y entonces vuelve a mirarme—. ¿Puedo…?

No termina la pregunta, pero sé exactamente lo que quiere decir, así que asiento con la cabeza. Con el corazón a punto de explotar de felicidad, lo observo acercándose más a mí. Saca una de las manos del bolsillo del abrigo y la coloca sobre mi mano; entonces, su cabeza cruza la escasa distancia que nos separa hasta que nuestros labios vuelven a encontrarse por fin. Es un beso breve, pero está tan lleno de cariño que me hace estremecer.

—Pues nada… hasta mañana, bro —dice con una sonrisa.

—Hasta mañana —respondo, conteniendo las ganas de poner los ojos en blanco ante la palabrita.

Entonces, entro en el portal y nos separamos. Mientras avanzo hacia el ascensor y presiono el botón, me doy cuenta de que no soy capaz de dejar de sonreír, a pesar de que estoy a punto de llegar a casa, con todo lo que eso conlleva.

Con la fuerza de ese último beso como algo cálido y protector en mi interior, me siento preparado para enfrentarme a cualquier cosa.

Incluido mi padre.

—Llegas tarde —me saluda con su cariño habitual cuando entro. Ya están todos cenando, y sé perfectamente que él les ha metido prisa para empezar antes. Hay croquetas, y sabe muy bien que me encantan—. Hoy te acuestas sin cenar.

—Pues vale.

—No me contestes.

—¿Y qué quieres que te diga si no?

—Porque estoy comiendo, que si no, te llevabas un guantazo.

—Que sí, lo que tú digas.

Y, sin esperar respuesta, me marcho a mi habitación. Lo primero que hago es recurrir a las provisiones de mi falsa enfermedad; todavía me quedan galletas y golosinas. Después, me tumbo en la cama para hablar con Adri y tranquilizarlo un poco; sé que le preocupaba que sufriera represalias.

Media hora después, suenan unos golpecitos en mi puerta.

—¿Sí?

La puerta se abre y entra mi madre con una bandeja. Se asegura de cerrar en silencio antes de acercarse. Cuando deja la bandeja a mi lado, veo que hay un plato hasta arriba de croquetas frías, un vaso de zumo de naranja y hasta un yogur.

—Te he guardado un poco de cena —susurra.

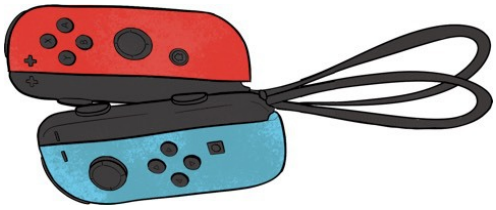
—Gracias, mamá —respondo, y me meto la primera croqueta fría en la boca—. Joder, están buenísimas. Gracias.

—De nada, cariño. Me voy ya, ¿vale? —Me da un beso en la cabeza mientras me como la segunda corqueta—. Te quiero.

—Y yo a ti. Buenas noches, mamá.

—Buenas noches.

Después, se marcha y yo sigo zampando. Hemos ganado.



46.

El lunes por la mañana, me despierto un tanto confuso.

Al principio, pienso que lo de ayer fue un sueño. ¿Cómo no va a serlo? ¿Cómo íbamos a estar Adri y yo besándonos durante horas, cómo podían haber cambiado tanto las cosas entre nosotros? Pero los detalles son demasiado nítidos en mi memoria como para ser imaginarios. Recuerdo el tacto de su mano cálida unida a la mía. Recuerdo el calor que desprendía, el aroma de su piel. Su dureza contra la mía, siempre con varias capas de ropa de por medio. Sus palabras susurradas junto a mi oído, haciéndome estremecer. Las lágrimas de felicidad. Recuerdo ese abrazo en su cama, quedarme dormido rodeado de él.

Y, sobre todo, recuerdo el sabor de sus labios.

Me había imaginado cómo sería besarlo en incontables ocasiones. Y, después del beso en la fiesta, tenía todavía más material para mis fantasías y mis sueños. Pero jamás había llegado a imaginar una tarde como la de ayer; mi cerebro no tenía la capacidad suficiente como para producir tanta felicidad de la nada. Pero ha pasado.

Cuando miro el móvil, veo que tengo un mensaje suyo de hace un rato para darme los buenos días. Me apresuro a responder para no hacerle esperar más, y después, con una enorme sonrisa en los labios, releo la conversación que estuvimos manteniendo de forma intermitente ayer desde que volví a casa.

Gracias por acompañarme ☺️

Jajaja de nada!!

Oyeee pero no me escribas por la calle

Que se te congelan las manos

Pero no te voy a dejar sin responder…

Pues me respondes cuando llegues a casa

Es que eso es mucho tiempo 😓

Exageradooo

Si en 10-15 minutos llegas

Y que hago yo en esos 10-15 minutos sin hablar contigo??

Puedes escuchar música

Es que se me han olvidado los cascos

Por bajar a toda prisa y eso

Joooo

Pero deja de escribir, anda

Me sabe mal

Tú también me estás escribiendo!

Mira, hacemos una cosa.

Yo me voy a dar una ducha, y así no me tienes que escribir.

Ok?

Bueeeeno…

Y seguro que cuando acabe ya habrás llegado a casa

Vale?

Vale…

Recuerdo la ilusión que me hizo ese detalle, el hecho de que no le importara congelarse las manos bajo el frío invernal con tal de seguir escribiéndome. Me metí en la ducha y, con el amparo de la soledad, aproveché para aliviar cierta molestia que se me había acumulado en una zona muy concreta de mi cuerpo durante la tarde con Adri. Dolía mucho más de lo que imaginaba, y tomé nota mentalmente para no emocionarme tanto con él por el momento.

Al salir de la bañera, tenía un mensaje suyo diciendo que también se iba a dar una ducha, y tardó tanto en comparación con otras veces que estaba casi seguro de que él había aprovechado para hacer exactamente lo mismo que yo. El pensamiento me hizo enrojecer, pero no le pregunté nada más al respecto.

Un rato después, continuamos hablando.

Eyy bro ya estoy duchado y eso jajaja

🙄

Qué pasa???

“Eyy bro”???

Ni q fuera nuevo

Por eso mismo?? xd

No podemos estar toda la tarde como hemos estado hoy y que me llames bro xd

Por?

Joder, Adri xd

A ti no te parece raro?

No, la verdad

Eres mi bro 😊

Suelto un suspiro exasperado mientras releo los últimos mensajes; a veces, me dan ganas de matarlo. Y, la verdad, sigo sin saber cómo interpretar eso último. ¿Se refiere a que somos «bros» y ya está, es decir, amigos y nada más que amigos? ¿O es que esa

palabra odiosa ha empezado a adquirir un significado nuevo con respecto a mí? A fin de cuentas, solo lo usa conmigo. Con Juan y con Andrés no lo hace; ellos siempre son «tío», «chaval» o (me estremezco solo de pensarlo) «macho». Y me consta que no tiene más amigos cercanos, así que yo soy su único bro.

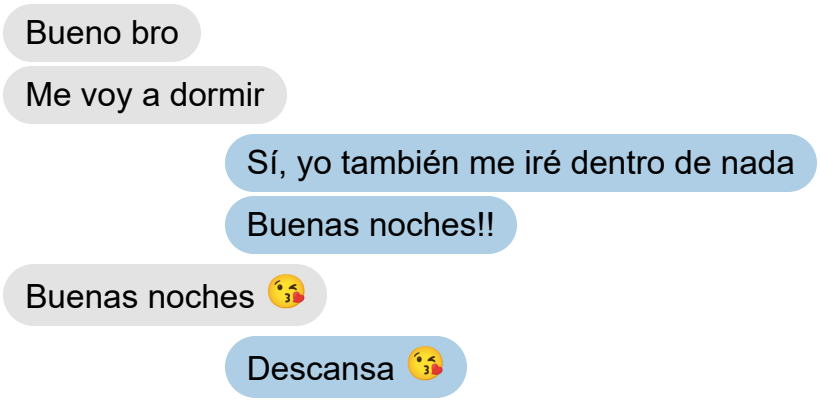
Me guste o no.

Después, nuestra conversación tomó el rumbo habitual o, al menos, lo que era habitual entre nosotros antes de esa fiesta. Tras mi leve alusión, ninguno de los dos volvimos a mencionar directamente los besos, toda esa tarde de besos y caricias que habíamos compartido. No hicimos ninguna mención al hecho de que las cosas habían cambiado, y en parte lo agradecía. Porque, sí, todo había cambiado, pero no sabía hasta qué punto.

O sea… ¿Se supone que ahora estamos juntos o qué? ¿O es que Adri solo está experimentando conmigo, probando cosas nuevas? ¿La tarde de ayer va a ser algo habitual entre nosotros de ahora en adelante, o no ha sido más que una excepción, una tarde tonta que no volverá a repetirse? ¿O a lo mejor sí que se repite, pero solo cuando a él le apetezca, y el resto del tiempo estaremos como siempre? ¿Y si no quiere que estemos juntos de forma oficial, pero sí que sigamos besándonos cuando nadie nos ve? Hay demasiadas opciones y, sinceramente, todas podrían ser posibles.

Aunque, teniendo en cuenta su comportamiento y lo diferente que está siendo todo con respecto a ese primer beso, todo apunta a que no vamos a volver sin más a como estábamos antes de la fiesta.

Al fin, llego a los últimos mensajes de la noche, donde también hubo algo diferente a lo habitual.



😊

Me quedé un poco descolocado al recibir el emoji del beso; que yo recordara, era la primera vez que lo utilizaba conmigo. Aunque entonces supuse que tampoco es que fuera tan raro, ¿verdad? Después de habernos pasado toda la tarde besándonos como si no hubiera un mañana, no debería sorprenderme de que utilizara precisamente ese emoji. Y, aunque me costó un poco dar el paso, decidí enviárselo yo también.

Y ahora, hace apenas media hora, ha vuelto a utilizarlo para darme los buenos días. Justo acabo de llegar al último mensaje cuando me llega su respuesta, así que me apresuro a contestar.

Buenos días 😘

Buenos días 😘

Me acabo de despertar jjsjjaja

Marmota 😂

Has dormido bien??

Mucho

Y tú?

También

Suelto un suspiro. Es todo tan cotidiano, tan cercano, tan cariñoso… Durante estas semanas de alejamiento, he echado mucho de menos a Adri, pero esta cercanía es todavía superior a la habitual y, sinceramente, no podría gustarme más.

Al final nos vemos luego?

Si te dejan, por mí genial

Vas a querer que durmamos juntos?

El corazón me da un vuelco al leer eso último. Voy a querer que lo hagamos absolutamente todo juntos.

Sí, claro ☺️

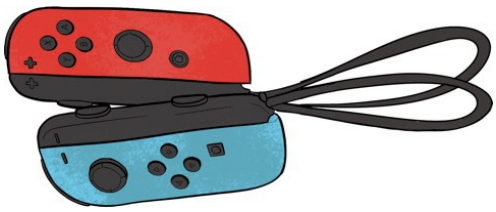
Tengo que preguntar, pero no creo que haya problema

Genial ❤️

Y ahí está ese otro emoji; en esta ocasión, un corazón. Por un lado me siento un poco ridículo por emocionarme con algo tan tonto, ¿pero qué le voy a hacer? Tan solo soy un chaval de quince años enamorado, feliz de que el chico que quiero me corresponda.

¿Qué más podría pedir?

❤️



47.

Por supuesto, siempre puedo contar con mi padre para joderme el día.

A la hora de la comida, les cuento que Adri me ha invitado a dormir a su casa. Y, como no podría ser de otra manera, se ve que a él no le parece bien.

—¿Por qué pasas tanto tiempo con el chiquillo ese? —me pregunta, con el ceño fruncido—. Parece que fuerais maricones.

Me quedo de piedra al oírlo. Algo viscoso, frío y desagradable fluye por mis venas, provocándome un estremecimiento.

—Jesús, por favor —dice mi madre, muy seria—. No uses esa palabra.

—¿Y qué digo si no? ¿Bujarrón? ¿Mariquita?

Vero da un golpe sobre la mesa.

—¿Y qué pasaría si lo fuera? Ser gay no tiene nada de malo.

—Qué «guei» ni qué «gai»… —Ahora es él quien da un golpe sobre la mesa. Se le está empezando a poner la cara roja—. Maricón, coño, como se ha dicho de toda la vida. ¿Qué quieres, un hermano desviado?

—Quiero a mi hermano, punto —responde, conmoviéndome tanto que se me saltan las lágrimas—. Sus gustos me dan igual.

—Pues yo no quiero maricones ni bolleras en mi casa —ladra él —. El que quiera serlo, ya sabe dónde está la puerta.

—Jesús, para ya —insiste mi madre; por primera vez, parece que está empezando a enfadarse—. Aquí no va a irse nadie.

—Contesta, chaval —dice mi padre, ignorándola por completo y dirigiéndose a mí—. ¿Eres maricón o no?

Una parte de mí quiere confesarlo. Contarle la verdad, decirle lo que siento. «Sí, papá. Soy maricón». Pero no puedo hacerlo. Soy demasiado cobarde. Y me odio por ello.

—No, papá.

—¿No qué?

—No lo soy.

—¿Que no eres qué? Dilo, coño, con dos cojones.

—No soy maricón.

La voz se me rompe en la última palabra, pero él se da por satisfecho.

—Así me gusta. Y a ver si quedas menos con el chaval ese y más con alguna pibita.

—Sí, papá.

Odio ser tan dócil, tan obediente, pero no me queda otra. Si no lo hiciera, tal vez me prohibiría ir a ver a Adri, y eso sí que no podría soportarlo.

Durante la tarde, trato de concentrarme en estudiar un poco, aunque no es fácil. Estos días he estado mucho más disperso de lo que debería y ya solo queda una semana de vacaciones, así que tendría que ir poniéndome las pilas si no quiero empezar el nuevo trimestre con mal pie. Me cuesta concentrarme, pero al menos consigo avanzar un poco, así que supongo que ya es algo.

A las seis, me voy al cuarto de baño a prepararme, para ir con tiempo. Mi corazón comienza a acelerarse conforme se acerca la hora. Por mucho que siempre haya soñado con besar a Adri, hoy es la primera vez que casi tengo la certeza de que va a ocurrir, así que quiero estar presentable. Me miro al espejo, no muy convencido con la cara que me devuelve la mirada. Pero, al menos, hoy me noto más contento de lo habitual, y hasta parece que las ojeras han remitido ligeramente durante estos últimos días.

Cuando me paso las manos por las mejillas, me doy cuenta de que raspan ligeramente. Me acerco al cristal y giro la cara a ambos

lados, y veo esos escasos pelillos desperdigados que me salen debajo de la nariz y a lo largo de la mandíbula. Apenas se notan, solo mirando muy de cerca. Pero, si todo sale bien, Adri estará lo bastante cerca como para verlos. Así pues, le cojo la espuma de afeitar a mi padre y me la esparzo por la cara. A continuación, cojo su maquinilla y me la paso despacio por la cara, con cuidado de no hacerme heridas. Tan solo he hecho esto dos o tres veces, así que tardo un rato.

Cuando estoy contento con el resultado, me meto en la ducha. Enrojezco ligeramente mientras me enjabono por completo, asegurándome de limpiarme bien; no sé cuánto de mí llegará a ver Adri esta noche. Probablemente no sea más que de costumbre, pero supongo que nunca se sabe, ¿no? Tengo el corazón ya desbocado, así que me quedo un buen rato debajo del agua caliente, tratando de relajar un poco mis músculos y de tranquilizar mis latidos y mi respiración.

El problema es que mis pensamientos no dejan de volver a Adri, al hecho de que vamos a dormir juntos. Y, a ver, no creo que vaya a pasar nada más que ayer. De hecho, ni siquiera quiero que pase nada más de lo que ocurrió ayer; de momento no. Para empezar, porque no me siento preparado. Pero, si vamos a seguir con esto, prefiero que vayamos despacio, a nuestro ritmo, sin forzar las cosas.

Sin embargo, una parte de mi anatomía no parece haberse enterado de ello, porque toda la sangre de mi cuerpo parece haber decidido concentrarse precisamente ahí. Recuerdo el dolor de ayer después de las horas de besos; no me esperaba que fuera tan desagradable. Y, en fin, que quiera esperar antes de hacer nada con él no significa que no pueda fantasear con el día en que llegue el momento, así que aprovecho que estoy en la ducha para darle a mi cuerpo el alivio que tanto necesita.

Después de la ducha, me seco a conciencia y me planto de nuevo frente al espejo. No me pongo *after-shave*; eso significaría oler a mi padre, y eso es lo último que querría. En lugar de eso, me pongo mi desodorante habitual, el mismo Axe chocolate que utiliza Adri, con cuidado de no pasarme. Me he traído la ropa al baño, así que me visto y me peino un poco antes de salir.

Para entonces, ya son las siete menos veinte, así que voy a mi habitación para recoger la mochila que ya he dejado preparada y me acerco al cuarto de mi hermana. La puerta está entreabierta, así que doy unos golpecitos antes de asomarme. Está tumbada en la cama, con el portátil sobre el regazo, y levanta la mirada con una sonrisa.

—¡Hola! ¿Ya estás preparado?

—Sí, ya me voy —respondo mientras me acerco a ella.

—Qué guapo estás, ¿no? —comenta, haciéndome enrojecer ligeramente—. Dame un beso, anda.

Me agacho hacia ella, que me da un abrazo y un beso en la mejilla.

—Suerte con papá —digo cuando nos separamos.

Ella pone los ojos en blanco.

—A ver si no da demasiado el coñazo. Pásalo bien, anda. Te quiero.

—Y yo.

A continuación, voy hacia el salón. Como suele ser habitual, mi padre está en el sofá, viendo algo en el canal deportivo con una cerveza en la mano mientras mi madre lee en el sillón del rincón. Me aclaro la garganta antes de hablar; mi padre odia cuando mi voz suena débil.

—Bueno. Pues me voy ya.

—Vale, cariño —dice mi madre, levantando la mirada de su libro con una sonrisa—. Pásatelo bien.

Mi padre, por su parte, se limita a soltar un gruñido. Conociéndolo, esto es lo mejor que me podría pasar, de modo que me apresuro a marcharme antes de que se le ocurra soltar alguna gilipollez de las suyas.

Una vez en el ascensor, vuelvo a mirarme en el espejo. Me brillan los ojos y tengo las mejillas ligeramente sonrosadas; me las toco y las noto cálidas. Casi parece como si me hubiera subido un poco la fiebre, pero no: es solo pura felicidad, intensa y sin diluir.

El frío del exterior me muerde la cara, pero no me importa. Dentro de unos minutos llegaré a casa de Adri, y entonces podremos pasar el resto de la tarde juntos… y también toda la noche. El cosquilleo habitual en el estómago se transforma en algo más; casi

parece como si tuviera algo vivo dentro. Es un poco como tener náuseas, pero náuseas buenas, si es que tiene algún sentido.

Es Adri quien contesta al telefonillo cuando llamo.

—¡Hola! Soy yo.

—¡Sube!

Cuando me miro en el espejo del ascensor, me doy cuenta de que estoy todavía más rojo que en el mío, tal vez como consecuencia del frío de la calle. Tengo el corazón desbocado y me cuesta respirar, así que cierro los ojos y respiro hondo durante un minuto entero antes de presionar el botón. Selecciono su piso y vuelvo a cerrar los ojos, y continúo tratando de tranquilizarme hasta que el ascensor se detiene y las puertas se abren.

Salgo al rellano y ahí está Adri, esperándome en el umbral de su puerta con una enorme sonrisa en los labios. Sonriendo también, me acerco a él, sin saber muy bien qué hacer. ¿Debería besarle? ¿Esperar a que lo haga él? ¿Cómo se actúa en estos casos?

Al final, es él quien decide por mí, rodeándome con los brazos. El corazón se me detiene durante un instante mientras pienso que tal vez va a besarme, pero, en vez de eso, simplemente me estrecha contra su pecho; uno de esos abrazos llenos de calidez que tanto había echado de menos durante las últimas semanas. Y, aunque hay pocas cosas en el mundo que me gusten más que estos abrazos, también tengo que reconocer que esperaba algo más.

—Hola —susurra tan cerca de mi oreja que me roza con los labios, provocándome un estremecimiento.

—Hola.

Tras unos segundos, se separa de mí. Pienso que va a romper el abrazo del todo, pero se queda con los brazos sobre mis caderas durante unos instantes. Echa un vistazo rápido al pasillo vacío detrás de él y, al fin, me da un beso rápido en los labios.

Ahora lo comprendo: no está solo en casa. Y, por eso, no puede arriesgarse a besarme como sí lo hacía ayer. Después de esa tarde de besos me va a resultar difícil estar tanto tiempo junto a él sin poder besarlo, pero supongo que al menos podremos aprovechar la noche.

Entro en su casa, acogedoramente cálida, y dejo el abrigo en mi sitio habitual antes de quitarme los zapatos. Antes de irnos a su habitación, nos pasamos por la cocina para que pueda saludar a su madre, que está recogiendo un poco.

—Feliz año, Víctor —me saluda con una amplia sonrisa—. ¿Cómo estás, cariño? Te echábamos de menos por aquí últimamente.

—Bien, todo bien —respondo—. Feliz año.

—Pasadlo bien, chicos.

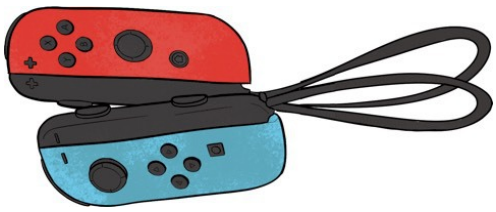
A continuación, salimos de la cocina y sigo a Adri hasta su habitación. No se me escapa el hecho de que cierra la puerta cuando entro, y trago saliva al pensar en lo que eso podría significar. Dejo la mochila en una esquina, para que no estorbe, y lo miro con timidez, sin saber muy bien qué hacer.

—¿Echamos unas carreras? —me propone en voz alta.

—Genial —respondo con una sonrisa; no son besos, pero es otra cosa que también echaba mucho de menos.

Nos vamos hasta el rincón de la tele y ocupo mi lugar habitual en uno de los pufs. Adri toma asiento a mi lado, enciende la tele y deja que se inicie el juego, con la familiar melodía que tengo grabada a fuego en el cerebro.

Entonces, se inclina hacia mí y me da un beso que me deja sin aliento.



48.

Me quedo inmóvil durante unos instantes, tratando de asimilar lo que está pasando. Sus labios me devoran con ansia, como si estas casi veinticuatro horas que hemos pasado separados hubieran sido tan insoportables para él como para mí. De nuevo, me siento torpe e inexperto, pero trato de seguir los movimientos de su boca, de controlar mi respiración mientras sus labios se deslizan con los míos, provocándome un calorcillo agradable que se extiende por todo mi cuerpo.

Entonces me doy cuenta de algo y me aparto de golpe.

—Tío. ¿Y tus padres? —susurro.

—No te preocupes —dice con una sonrisa—. Mira.

Se pone en pie y se dirige hacia la puerta de la habitación, más allá de la cama. Lo observo y compruebo que, entre la cama y la estantería, desde la puerta es imposible vernos aquí sentados. Si alguien entrara en la habitación, tan solo tendríamos que separarnos y hacer como que seguimos jugando.

Adri vuelve junto a mí y se sienta de nuevo. Esta vez, soy yo quien se abalanza hacia él, deseoso de sus labios. Siempre me había imaginado cómo sería besar a alguien, siempre había tenido curiosidad, pero nunca había entendido por qué la gente parecía obsesionada con el tema. Pero ahora lo entiendo. Y tanto que lo entiendo.

No sé si es por el hecho de besar en general, por estar con Adri en particular o por esta extraña química que hay entre los dos, pero los besos con él son algo de otro mundo. Y así, en ese otro mundo que es solo nuestro, nos dejamos llevar mientras el tiempo transcurre sin tener ni idea de cuánto. Podrían ser minutos, o podrían ser horas incluso. Pero, cuando me quiero dar cuenta, solo hay silencio a nuestro alrededor. Me separo un poco de él, jadeando mientras recupero la respiración.

Cuando miro hacia la tele, veo que tanto la Switch como la pantalla se han apagado por el modo de ahorro de energía.

—Mierda —susurra—. Vamos a tener que estar más atentos.

—Pues sí —respondo con una risita—. Si entran y tenemos la tele apagada, igual va a ser un poco más difícil de explicar.

Lo observo mientras enciende la pantalla y la consola.

—Toma —dice mientras me pasa uno de los Joy-Cons y entra en la pantalla de selección de personajes.

—¿Vamos a jugar? —pregunto, un tanto extrañado.

No es que no me guste, pero prefiero los besos, la verdad.

—Eso luego si acaso. Tú elige cualquier cosa.

—Eh… Vale.

Selecciono un personaje y un vehículo al azar, y Adri hace lo mismo antes de elegir una copa cualquiera. Entonces, deja su Joy-Con en el suelo mientras da comienzo la carrera.

—Creo que podemos quedarnos en la línea de salida por tiempo indefinido —me explica—. Si vienen mis padres o lo que sea, podemos coger los Joy-Cons y hacer como que estamos jugando, solo que iremos los últimos, pero fijo que no se dan cuenta. Además, la música no dejará de sonar.

—Bien pensado —respondo con una sonrisa. Él alza una ceja.

—¿Y no crees que me merezco algo a cambio?

—¿Como qué?

—No sé, a ver si me sorprendes…

Por supuesto, lo beso otra vez en los labios.

De nuevo, el tiempo parece dejar de tener significado entre nosotros. No sé cuánto seguimos así, besándonos con suavidad, pero, de pronto, noto que abre la boca un poco más, y yo imito su

movimiento. Algo húmedo y carnoso me roza los labios, y me doy cuenta con sorpresa de que se trata de su lengua. No sé cómo reaccionar, pero la sensación es agradable, así que le dejo hacer. Su lengua acaricia la mía y yo respondo, no sin torpeza, mientras trato de imitar sus movimientos.

Esto no lo hicimos ayer, pero me gusta. Es… diferente. Más intenso. Más profundo. Pensaba que los besos con Adri eran insuperables, pero, ahora que nuestras lenguas han entrado en la ecuación, la cosa es todavía mejor. Las sensaciones que despierta este beso son indescriptibles; siento un calor intenso mezclado con un cosquilleo que explota desde mi boca, desciende por mi cuerpo y estalla de nuevo justo entre mis piernas. Sin poder evitarlo, se me escapa un gemido contra sus labios y me muero de la vergüenza, pero él sigue besándome, devorándome, explorando con ganas hasta el último milímetro de mi boca.

Como sigamos así, no sé lo que va a acabar pasando, así que me separo un poco de él, jadeante.

—Adri —susurro contra su boca.

—Dime —responde, haciéndome cosquillas en los labios.

—¿Podemos… aflojar un poco?

Su cara se llena de preocupación.

—Perdón. ¿Me he pasado?

—No, no —me apresuro a responder—. Es solo que… No sé, es demasiado. ¿Sabes lo que te digo?

Más tranquilo, esboza una sonrisa.

—Sé exactamente lo que me dices. No te preocupes, podemos parar. ¿Quieres jugar?

—No —admito con una sonrisa tímida—. Pero… vamos con más calma, ¿vale?

—Vale.

Y vuelve a besarme.

No sé cuánto más continuamos así, pero, de pronto, suenan unos golpecitos en la puerta. Nos apresuramos a coger los mandos.

—¿Sí? —dice Adri, alzando la voz.

—Ya va a estar la cena, chicos —responde su madre; por suerte, no abre la puerta—. Id viniendo.

—Vale, ya vamos.

Entonces, nos miramos a los ojos y nos echamos a reír en voz baja. Me doy cuenta de que Adri tiene la cara roja y, a juzgar por el calor de mis mejillas, yo debo de estar igual. Al menos, no tenemos los labios tan hinchados como ayer; eso habría sido bastante complicado de disimular.

Él se pone en pie ágilmente de un salto y me tiende una mano para ayudarme a levantarme. Después, no me suelta, sino que tira de mi mano para acercarme a él y volver a besarme. Esta vez es más peligroso porque ahora sí que podrían vernos si abrieran la puerta, pero corremos el riesgo de todos modos. Es un beso pausado, como para darnos fuerzas mutuamente hasta que podamos volver a besarnos después de la cena.

El padre de Adri está poniendo la mesa cuando salimos.

—¡Feliz año! —me saluda, haciendo eso de darme unas palmadas y un apretón en el brazo que suelen hacer los señores heteros. Tiene los mismos ojos grises que Adri—. ¿Cómo estás?

—Feliz año. Todo bien, ¿y tú qué tal?

—Bien, bien, como siempre. Ya sabes.

—¿Qué hay de cenar? —pregunta Adri.

—Comida —responde su padre, y yo me aguanto la risa mientras mi amigo pone los ojos en blanco.

—Ja, ja. Casi me río.

La comida resulta ser filetes empanados con patatas fritas, así que nada mal. Además, el padre de Adri ha preparado su pan de ajo casero, que es prácticamente un manjar de los dioses, así que la cena es casi insuperable.

—¿Cómo estás pasando las navidades? —me pregunta la madre de Adri, con una sonrisa idéntica a la de su hijo.

—Bueno, bien. He estado viendo a mi primo, a mi tía y a su nueva familia, así que guay.

—¿Cuántos primos tienes ahora?

—Dos más. Es un poco raro, la verdad.

—Es normal —dice el padre de Adri—. ¿Os lleváis bien?

—Sí, bueno. Supongo.

He congeniado bien con Natalia, pero todavía no he tenido ocasión de hablar demasiado con Marcos, aunque es majo. Supongo que ya nos iremos conociendo mejor con el tiempo.

—Me alegra que tu madre y tú tengáis más familia en la que apoyaros —dice ella con voz sincera—. Os lo merecéis.

Asiento con la cabeza, sonriendo. Una de las consecuencias de mi amistad con Adri es que he pasado mucho tiempo en su casa, así que sus padres me conocen bien. Si mi tía Belén y mi primo Fran son una especie de segundo hogar para mí, Adri y sus padres son el tercero. O al revés. La verdad es que no lo sé, porque me paso muchísimo más tiempo en casa de Adri, pero a Belén y a Fran los conozco literalmente de toda la vida.

El caso es que los padres de Adri son conscientes de mi situación en casa. Saben muy bien lo de mi padre, que no nos trata bien, que nosotros no lo queremos. Supongo que esa es la razón por la que siempre están invitándome a dormir aquí, sobre todo los fines de semana, cuando a mi madre le toca hacer turnos de noche. Vero es mayor de edad y tiene más libertad para hacer lo que quiera, salir toda la noche y dormir fuera con amigas o lo que sea, así que ellos me acogen en su casa para que no tenga que quedarme a solas con mi padre. Alguna vez, hasta me han llevado con ellos de vacaciones. A veces me da la impresión de que me adoptarían si pudieran, aunque, teniendo en cuenta lo de Fran y Marcos, no sé si sería muy buena idea.

Al menos, desde que mis abuelos están peor de salud, mi padre pasa mucho menos tiempo en casa, cosa que se agradece.

—¿Víctor? —dice Adri, sacándome de mis pensamientos. Lo miro y veo que me está observando con una sonrisa y las cejas en alto—. Te has quedado empanado.

—Perdona —respondo, enrojeciendo un poco al ver que sus padres me están mirando también.

—Tranquilo, cielo —dice su madre—. Solo decía que a ver cuándo te vuelves a venir de vacaciones con nosotros. Te hemos echado de menos estos días.

—Sobre todo Adrián, ¿a que sí? —añade su padre, dándole unas palmadas en el brazo—. Se pasaba todo el día enfurruñado.

—Papá, venga ya…

Lo miro y alzo una ceja al ver que ha enrojecido.

—¡Pero si es la verdad!

—Venga, hombre, deja al niño —lo reprende su mujer, muy sonriente—. Ya sabes que a los chicos les da vergüenza hablar de estas cosas y decirse que se echan de menos…

—Joder, mamá, ¿tú también? Parad ya.

Los tres nos reímos mientras él agacha la cabeza, mortificado.

Continuamos comiendo en silencio durante unos minutos. Tengo una sonrisita en los labios; no puedo evitarlo. Saber que Adri me ha estado echando de menos me hace sentir secretamente complacido.

—Oye, ¿pensabais ver algo en la tele después de cenar? —pregunta Adri tras unos minutos en silencio.

—Yo no —responde su padre—. Todavía tengo que terminar unas cosas en el despacho.

—Yo me quedaré leyendo —añade su madre—. ¿Queréis ver alguna película?

—Sí —responde Adri—. ¿Podemos?

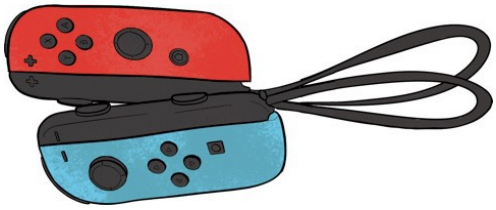
—Pero no la pongáis muy alto, que retumban las paredes.

—Vale.

Lo miro con curiosidad; no sabía que pretendía ver una película hoy. No sé si es cosa mía, pero él parece estar rehuyendo mi mirada, así que frunzo ligeramente el ceño y continúo comiendo.

A decir verdad, lo único que me apetecía después de cenar era «jugar al *Mario Kart*», es decir… volver a pasarnos horas besándonos. Pero, ahora que lo pienso, la perspectiva de ver una película juntos, los dos bien pegados en el sofá, también comienza a resultarme de lo más atractiva. Y, si estamos solos, supongo que también podremos besarnos, ¿verdad?

Trato de contener una sonrisa. Va a ser una noche interesante.



49.

Después de cenar, nos turnamos para lavarnos los dientes antes de ir al salón. En mi caso, lo hago dos veces seguidas, asegurándome de limpiarme a conciencia, y después uso el enjuague bucal de Adri. Aunque el pan de ajo estaba buenísimo, no quiero que quede ni un solo rastro en mi boca que pueda fastidiar los más que posibles besos que pueda haber.

—¿Qué vamos a ver? —le pregunto mientras enciende la tele.

—Ya lo verás. Es sorpresa.

Lo observo con curiosidad mientras entra en la aplicación y busca la película. Entonces, el cartel aparece en la pantalla y…

Me cago en Dios. Es la segunda parte del payaso asesino de los cojones.

—Mira, no me jodas.

—¿Qué pasa? —pregunta con una sonrisita—. Me dijiste que la primera te gustó.

—Te dije que no estaba mal. ¿No podemos poner otra?

—El próximo día.

Pongo los ojos en blanco. Sé que no va a servir de nada tratar de discutir con él y, ¿a quién quiero engañar? La perspectiva de agarrarme a él con la excusa del miedo también tiene su atractivo. Sobre todo cuando se acerca al interruptor para apagar las luces, lo

que deja el salón iluminado únicamente por el brillo de la televisión y la luz que se cuela desde el pasillo.

Justo estamos sentándonos en el sofá cuando aparece su madre por la puerta.

—Bueno, chicos. Me voy a leer hasta que me entre el sueño, así que buenas noches.

Tal como suele hacer, se acerca para nosotros para darnos un beso. Al principio, cuando teníamos doce o trece años, a Adri le daba vergüenza que le diera besos delante de mí. Pero, conforme empecé a venir cada vez y su madre comenzó a darme besos a mí también, la cosa cambió. Por eso él y su familia son hogar.

Supongo que era inevitable que acabara enamorándome precisamente de él.

—Vale, mamá. Hasta mañana.

—Buenas noches —le digo mientras me da un beso a mí también.

—¿Nos cierras la puerta? —le pide él cuando se aleja para marcharse—. Así no os molesta el ruido de la peli.

Trato de contener la sonrisa…, bien pensado, Adri.

—Claro. Buenas noches, chicos.

Entonces, cierra la puerta y nos deja sumidos en la penumbra. Le echo un vistazo bajo la escasa luz de la tele, calculando. El sofá se encuentra en la misma pared de la puerta, lo que significa que el ángulo de visión no es directo. Si alguien abriera la puerta, tendría que entrar o asomar la cabeza para vernos en el sofá. Y eso significa que…

Clavo los ojos en Adri, que también estaba mirando hacia la puerta. Está claro que ya se había percatado de esto, porque no pierde ni un segundo antes de acercar su cara a la mía para besarme en los labios. Los suyos están ligeramente húmedos y, cuando nuestras lenguas se encuentran, noto el sabor residual del enjuague bucal. Seguimos así durante unos minutos, ignorando la película por completo.

—¿No querías ver la peli? —le pregunto con una sonrisita cuando nos separamos para tomar aire, alzando una ceja.

—Siempre podemos hacer las dos cosas.

—Pues déjame ver un poco, anda, que no me estoy enterando de nada.

Miro hacia la pantalla y, pum, la primera en la frente: el puto payaso en un río, comiéndose a alguien. Después, un montón de globos rojos flotando por ahí. Pues vale. Esto es absurdo.

—Creo que prefiero los besos —admito.

El se ríe. Pero tampoco se niega, así que volvemos a devorarnos mutuamente las bocas, siempre con cuidado de no hacer ruido ni de distraernos tanto como para que sus padres vayan a pillarnos sin que nos demos cuenta. Aunque el riesgo de estar haciendo esto en su casa tiene algo de emocionante, tampoco queremos liarla.

Debe de haber pasado al menos media hora más cuando nos separamos de nuevo, esta vez, por iniciativa de Adri. Se queda mirándome durante unos segundos en silencio, con la respiración entrecortada.

—¿Te parece si paramos un rato? —me pregunta con una sonrisita tímida.

—Claro. ¿Pasa algo?

—No —se apresura a responder, y eso me hace sospechar todavía más.

—A ti te pasa algo.

Él agacha la cabeza, mortificado.

—Es que… Me gusta mucho todo esto.

Frunzo el ceño, confuso. Adri sigue sin mirarme.

—¿Y qué problema hay?

—Es que… Digamos que igual me gusta demasiado.

—Sigo sin entender qué pro… —Entonces me fijo en sus manos, colocadas estratégicamente entre sus piernas, y lo comprendo de golpe—. Ah. Vale. Ya.

Enrojezco tan violentamente que debo de haber subido la temperatura de la habitación al menos cuatro o cinco grados de golpe yo solo. Ya tenía el pulso y la respiración acelerados por los besos, pero el corazón comienza a latirme más fuerte todavía.

—Lo siento —masculla, claramente avergonzado.

—No seas idiota. ¿Te crees que a mí no me gusta o qué?

Él levanta la cabeza para mirarme.

—¿De verdad?

—Pues claro, idiota —respondo con una sonrisa—. Venga, vamos a seguir con la peli.

—Vale. ¿Quieres palomitas?

Sé que no debería aceptar después de haber cenado, pero… ¿quién puede resistirse a unas palomitas?

—Me parece guay. Te acompaño.

—No, tranquilo. Tú sigue con la peli.

—Si piensas que voy a seguir viéndola yo solo, estás flipando.

Él se ríe mientras pausa la película.

—Cagado. Pues venga, vamos.

Nos ponemos en pie, aunque no se me escapa que Adri se recoloca ligeramente los vaqueros antes de empezar a caminar. Tal vez quería ir solo por eso. Lo sigo hasta la cocina, haciendo exactamente lo mismo, y agradeciendo que el tejido de nuestros vaqueros sea lo bastante grueso como para disimular las cosas. Si hubiéramos estado los dos en pijama… No quiero ni imaginarlo.

El resto de la casa está ya a oscuras, así que cerramos la puerta de la cocina con cuidado para no molestar con el ruido de las palomitas. Me siento junto a la mesa mientras observo a Adri sacando el paquete de palomitas y metiéndolo en el microondas. Después, saca un cuenco grande antes de abrir el frigorífico.

—¿Llevamos Nestea?

—Va.

Aunque soy adicto a la Coca-Cola, ya es tarde y no quiero pasarme toda la noche en vela por su culpa, sobre todo cuando algo me dice que a los dos nos va a costar bastante pegar ojo. Adri saca una botella entera, dos vasos, y después se sienta junto a mí. Me mira con una sonrisa en los labios.

—¿Qué pasa? —le pregunto, algo cohibido de repente.

—Nada.

—¿Por qué sonríes?

Adri se encoge de hombros.

—No sé. Me apetece sonreír, nada más.

Ahora soy yo quien lo hace. No nos besamos, ni siquiera nos tomamos de las manos. Simplemente nos quedamos así, mirándonos

en silencio, con el sonido de las palomitas explotando dentro del microondas como telón de fondo.

Tras el familiar pitido, Adri vacía el paquete dentro del cuenco y yo cojo el Nestea y los vasos antes de volver al salón.

Nos sentamos de cara a la tele y Adri reanuda la película, aunque a estas alturas ya he perdido por completo el hilo de la trama. Tampoco es que me importe demasiado, la verdad. Con comer palomitas y estar pegado a él, con la cabeza apoyada sobre su hombro, tengo más que suficiente. Desde hace unos meses, comer palomitas con él siempre era especial porque podía rozar sus dedos con disimulo, pero ahora es todavía mejor. Esta vez, cuando nuestros dedos se tocan por casualidad, lo convertimos en una leve caricia, una que me provoca un estremecimiento que se extiende por el resto de mi cuerpo todas y cada una de las veces.

Por desgracia, los dos somos de buen comer y las palomitas no duran demasiado.

Al cabo de unos minutos, Adri suelta un suspiro, uno de esos que solo se le escapan cuando baja la guardia. Me doy cuenta de que su respiración ha vuelto a la normalidad, que vuelve a estar tranquilo…, bueno, más o menos. Todavía noto cierto nerviosismo en él, como un leve temblor que intenta esconder pero que conozco muy bien, porque yo también suelo sentirlo cuando estoy con él.

—Oye, bro —dice de repente.

—¿Sí?

—Gracias por… Ya sabes —Hace un gesto con la mano que no significa nada, pero a la vez lo significa todo—. Por no reírte de mí.

—¿Por qué iba a reírme?

Se encoge de hombros con fingida despreocupación, pero su expresión sigue estando ligeramente atribulada.

—Porque creo que tú controlas todo mucho mejor que yo.

Me río por lo bajo.

—¿Yo? ¿Controlar qué? —Muerto de vergüenza, añado—: Tío, si me has visto ponerme rojo como un tomate solo porque me mirabas demasiado.

—Eso me gusta —admite él, haciendo que mi cara vuelva a calentarse sin ninguna consideración por mis sentimientos.

—Pues deja de decir esas cosas si no quieres que explote —respondo, y me llevo la mano a la frente como si estuviera al borde del colapso.

Adri se ríe, y juro que esa risa es mi sonido favorito del mundo. Suena a hogar, a calor en una noche de invierno, al cariño forjado a lo largo de los años… A lo que está empezando a crecer ahora entre nosotros. A lo que siempre hemos sido, y a lo que estamos empezando a ser ahora.

De pronto, me acuerdo de algo que mencionaron sus padres durante la cena.

—Oye, ¿y qué es eso de que me echabas de menos? —pregunto con una sonrisita.

Él me da un manotazo en el brazo.

—Déjame, anda. Son tonterías suyas.

Decido hacer mi mejor imitación del Gato con Botas de *Shrek*.

—¿Entonces no me echabas de menos?

—Yo no he dicho eso. Y no me pongas esa cara —añade, bajando la voz.

—¿Por qué no?

—Porque me entran ganas de hacer esto —susurra, y me da un beso fugaz en los labios.

—Pues no le veo el problema —digo con una sonrisita.

—Pórtate bien, anda. Que la noche es larga y la tenemos toda por delante.

Un estremecimiento recorre mi cuerpo al escuchar sus palabras. Todavía me cuesta creer que todo esto esté pasando de verdad, pero así es.

Nos recolocamos sin pensarlo ni hablarlo, como si nuestros cuerpos supieran dónde encajar antes que nuestras cabezas. Él se recuesta un poco hacia atrás, y yo hundo la cabeza todavía más en la curva entre su hombro y su cuello, ignorando la pantalla por completo. No sé qué hacer con el brazo, así que lo dejo doblado entre nuestros cuerpos, y nos quedamos en una especie de punto intermedio en el que no estamos abrazados…, pero casi. Una posición cómoda, segura, que me permite sentir su cercanía sin abrumarlo.

En la tele, el payaso de los cojones hace una de esas cosas repulsivas que solo pasan en las pelis de terror. Adri hace una mueca.

—Esta parte sí que me daba un poco de mal rollo —admite.

Me giro hacia él, sorprendido.

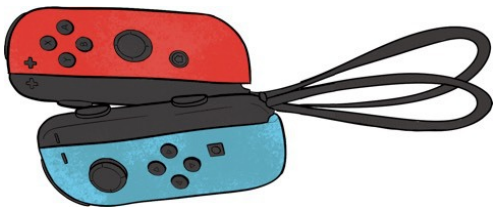
—¿En serio? ¡Pero si eras tú el que estaba empeñado en ponerla!

—Porque quería que te pegaras a mí —confiesa, con tanta naturalidad que me quedo sin habla durante cinco segundos enteros. Por suerte, no puede verme la cara ahora mismo.

—Ah —respondo finalmente, muy elocuente.

Por la vibración de su cuerpo, noto que se está riendo ligeramente.

Nos quedamos en silencio otra vez, pero uno cómodo, cálido. La clase de silencio que no pesa. La clase de silencio que solo existe con alguien con quien puedes ser tú mismo sin miedo. Y, aunque durante estos últimos meses y sobre todo estas últimas semanas me aterrorizaba pensar que Adri pudiera llegar a darse cuenta de mis sentimientos, ahora ese miedo está cada vez más olvidado. Con cada beso que intercambiamos se aleja un poco más, hasta un rincón perdido en el fondo de mi mente.



50.

La película continúa. El puto payaso continúa haciendo cosas terroríficas. Pero yo solo puedo concentrarme en Adri.

Me doy cuenta de que mis dedos están peligrosamente cerca de los suyos. No los toco. Todavía no. Pero tampoco los aparto. Y él tampoco los mueve. Nos quedamos así, a apenas dos milímetros de un gesto que parece gigantesco.

Sin embargo, no puedo evitar darme cuenta de que su respiración todavía sigue acelerada.

—¿Estás bien?

—Sí —responde con rapidez—. Es solo que… Nunca había hecho esto contigo.

—¿El qué? —Sonrío ligeramente—. ¿Ver pelis de miedo? Porque yo recuerdo unas cuantas.

—No —replica, dándome un manotazo juguetón—. Esto. Estar… así.

Al principio, no sé qué decir. No porque no tenga palabras, sino porque tengo demasiadas. Esbozo una leve sonrisa, de esas que solo me salen cuando estoy con él.

—Pues a mí me gusta —confieso.

—A mí también.

Él vuelve a mirar la pantalla, pero yo ya no puedo concentrarme. Estoy demasiado ocupado examinando todos y cada uno de los

gestos de Adri, como si la luz de la tele lo dibujara de una forma nueva. Cada vez que parpadea, cada vez que frunce un poco la nariz ante algo de la película, cada vez que pasa la lengua por sus labios… todo me afecta de forma diferente.

En un momento dado, Adri estira las piernas. El movimiento hace que su rodilla toque la mía. Ninguno de los dos las apartamos. Y entonces, despacio, él estira la mano. No para cogerme la mía. Solo para rozar mis dedos con los suyos. Un contacto mínimo. Casi nada. Pero suficiente para que un estremecimiento atraviese todo mi cuerpo. Entrelaza nuestros dedos, despacio. Como si estuviera comprobando si me parece bien. Y yo aprieto su mano, flojito, para decirle que sí, que me parece genial, que no tiene que dudar.

—Me gusta esto —susurra.

—A mí también —respondo.

Y así, cogidos de la mano mientras nos acariciamos los dedos, con mi cabeza sobre su hombro, continuamos viendo la película. Y, en esta ocasión, hasta conseguimos aguantar hasta el final.

—¿Te ha gustado? —me pregunta.

—No me he enterado ni de la mitad —admito.

—Me parece fatal. Otro día volvemos a ponerla.

—Tú flipas.

Nos echamos a reír, y entonces me percato de que seguimos con los dedos entrelazados. Él también parece notarlo, porque mira nuestras manos y después a mí, sonriendo levemente.

—¿Nos vamos a dormir? —sugiere—. Ya son más de las dos.

Finjo un mohín de niño pequeño.

—¿Es obligatorio dormir?

—No necesariamente —dice, con cierta picardía en la voz.

—Entonces, vale.

Apagamos la tele y salimos del salón, con cuidado de no hacer ruido. Adri ilumina el camino con la linterna del móvil, y yo hago lo mismo. Y, aunque hemos dormido juntos cientos de veces (en viajes de vacaciones, en su casa, en la mía, en campamentos…) esta vez es muy diferente. Esta vez, los dos somos plenamente conscientes de cada paso que damos, como si cada uno de ellos fuera trascendental.

Entramos en su habitación e inspiro profundamente cuando ese aroma a él me rodea de inmediato, arrancándome una sonrisa automática: es mi olor favorito del mundo, y ahora puedo olerlo casi siempre que quiera. Me doy cuenta de que en un rincón ha dejado una camiseta y unos calzoncillos tirados; probablemente, lo que llevaba puesto antes de que yo llegara. Mi sangre comienza a hervir en mis venas, así que me apresuro a apartar la mirada.

Lo observo mientras cierra la puerta con suavidad. No se me escapa el hecho de que cierra el pestillo, algo que nunca le había visto hacer antes, y mi corazón se acelera.

—Voy a ponerme el pijama —dice, rascándose la nuca.

—Yo también —respondo.

Invadido por una repentina timidez, cojo mi mochila de donde la había dejado antes para sacar el pijama. Él se coloca de espaldas a mí, y yo hago lo mismo. Aunque nos hemos cambiado el uno delante del otro cientos de veces, desde hace unos meses yo siempre me daba la vuelta antes; me costaba demasiado no hacerlo. Ahora, él ha empezado a hacer lo mismo. Es curioso que, cuanta más intimidad hay entre nosotros, más vergüenza nos dan ciertas cosas.

Oír el sonido metálico de la cremallera de sus vaqueros y el susurro del tejido deslizándose por su piel me acelera el pulso todavía más, aunque no veo nada. Solo lo escucho. Solo sé que está a unos pasos de mí. Y eso me basta para ponerme nervioso.

Cuando terminamos, nos damos la vuelta a la vez. Él con su pijama gris de Marvel, yo con el mío azul de osos polares. Los dos evitamos mirarnos durante exactamente un segundo…, y después lo hacemos justo al mismo tiempo. Nos reímos.

—Esto es ridículo —dice Adri.

—Mucho.

—Pero me gusta.

—A mí también.

—Se me ha ocurrido una cosa —añade, no sin cierta vergüenza —. ¿Y si juntamos las camas?

—Me parece genial —respondo con una sonrisa.

—Solo tenemos que acordarnos de separarlas por la mañana, para que no las vean mis padres.

Juntos, empujamos mi cama contra la suya, procurando minimizar los chirridos de las patas en medida de lo posible. Entonces, Adri retira las sábanas de ambas camas. Son prácticamente de la misma altura, así que la superficie queda pareja, pero hay un pequeño problema: el hueco en medio. Si uno de los dos se coloca justo en la mitad, va a ser un poco incómodo.

Pero parece que Adri ya ha pensado en ello.

—Podríamos dormir medio en diagonal —sugiere—. Así no nos quedamos ninguno de los en medio.

—Me parece guay.

Entonces nos miramos a los ojos, claramente nerviosos, y los suyos brillan como si fueran de plata. Esto es nuevo. Hemos dormido juntos en incontables ocasiones, y hasta tuvimos que compartir una cama doble en un viaje con su familia hace un par de años. A veces nos hemos tumbado juntos en la misma cama, y sin ir más lejos, ayer mismo nos dormimos abrazados en su cama, aunque solo fue porque nos venció el sueño.

Pero hoy es todo deliberado, y eso es lo que marca la diferencia. Hemos juntado las camas de forma deliberada, queremos estar juntos de forma deliberada. Y eso nos llena de esa vergüenza y ese nerviosismo tan propios de las primeras veces.

—Bueno… ¿nos acostamos? —dice, y abre mucho los ojos—. O sea, no me refiero a… eso. Ya sabes. Quería decir que…

—Tranquilo —lo interrumpo—. Sé lo que querías decir.

—Vale.

Entonces, se sube a mi cama habitual para dirigirse a la suya. Tal como ha sugerido, se coloca medio en diagonal, con los pies y parte de las piernas en la cama que suelo usar yo, y el resto del cuerpo en la suya. Tímidamente, me subo detrás de él, imitando su postura. No es lo mismo que si tuviéramos una cama doble, pero es mucho mejor que dormir cada uno en una cama, incluso aunque las peguemos. Me tumbo de cara a él y me doy cuenta de que tan solo hay unos pocos centímetros entre mi boca y la suya. Sin embargo, ahora me siento demasiado tímido para dar el paso, como si no hubiéramos estado besándonos hace un rato.

—¿Apagamos la luz? —le pregunto; tal vez encontraré algo de valor en la oscuridad.

—¿Tú quieres? —replica él, como si la decisión fuera de vital importancia.

—Sí.

Y apaga la luz.

En cuanto nos quedamos a oscuras, es como si todo se volviera más intenso de repente. El aroma y el calor de su cuerpo. El sonido de su respiración. Las cosquillas del aire saliendo por su boca y rozándome los labios, como un beso fantasma.

Al principio, ninguno de los dos dice nada. Los segundos se extienden entre nosotros, convirtiéndose en minutos. No nos estamos tocando, pero soy consciente de dónde se encuentra cada centímetro de su cuerpo. Poco a poco, nuestra respiración se va volviendo más profunda.

Estoy empezando a pensar que se ha quedado dormido cuando…

—Bro —susurra—. ¿Estás despierto?

—Sí.

—Ah.

Silencio.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

—Nada. Por saber.

Me río bajito. Siento cómo el colchón se mueve un poco bajo su peso, y entonces, su nariz roza la mía, casi como una caricia. Ahora, nuestros labios se encuentran a solo un par de centímetros.

—Oye —dice, haciéndome cosquillas en la boca.

—¿Sí?

—¿Puedo…?

No termina la frase, pero sé lo que quiere decir.

—Sí.

Entonces, sus labios encuentran los míos al fin.

Es un beso suave. Muy suave. Como si tuviera miedo de romper algo. No hay lengua, tan solo una profunda delicadeza y una ternura infinita.

Transcurre un segundo.

Dos.

Tres.

Cuando se separa, parece que esté conteniendo la respiración.

—Lo siento —murmura—. Tenía ganas de hacerlo otra vez.

—No pidas perdón por eso —respondo, y esta vez soy yo quien se acerca.

Volvemos a besarnos. Lo hacemos despacio, como si estuviéramos aprendiendo de cero cómo encajamos el uno con el otro. No es como hace unas horas, mientras fingíamos jugar al *Mario Kart*, ni tampoco cuando estábamos en el sofá. En el primer caso, había una especie de urgencia en nuestros besos, las ganas de recuperar el tiempo perdido desde ayer. Además, al igual que en el salón, a nuestro alrededor flotaba la emoción del riesgo, de saber que en cualquier momento alguien podría abrir la puerta.

Por alguna razón, en la oscuridad todo es diferente. Más íntimo. Más especial.

Cuando nos separamos al cabo de unos minutos, nuestras narices siguen rozándose.

—Como sigamos así, nos vamos a pasar toda la noche sin dormir —murmura Adri, riéndose bajito.

—No le veo el problema —respondo.

—Bueno, a lo mejor deberíamos descansar y tal.

—Pues deja de besarme.

—No quiero —dice sin pensar.

Eso me derrite por dentro.

Me acerco un poco más, no para volver a besarlo, sino para apoyar mi frente contra la suya.

—Vale —susurro—. Pues no pares.

Adri se ríe contra mi boca, y es la cosa más bonita que he sentido nunca. De pronto, noto una de sus manos sobre mi cintura, vacilante. No la cierra sobre mí; tan solo apoya las yemas de los dedos, como si me estuviera preguntando algo sin palabras. A modo de respuesta, yo llevo la mano a su espalda. Entonces, los dos dejamos que se complete el abrazo mientras nuestros labios vuelven a encontrarse. Ahora ya no siento solo la unión de nuestros brazos, sino también la de nuestros pechos, con su corazón retumbando con fuerza contra el mío.

Los besos se vuelven más continuos. No más intensos, sino más… confiados. Como si estuviéramos expresando con palabras todas las cosas que no nos hemos dicho todavía, esas cosas que todavía somos incapaces de decir en voz alta.

Cuando nos separamos para tomar aire, aprovecho el momento para apoyar la cabeza sobre su pecho, no sin cierta timidez. No es algo planificado, simplemente lo hago. Como si fuera lo más natural del mundo. Adri se reclina un poco sobre la almohada y me rodea la espalda con el brazo para acercarme todavía más a él. Con timidez, paso mi propio brazo por encima de su torso, sintiendo su calidez a través del pijama.

—Esto me gusta más que la peli —murmuro contra su pecho.

—A mí también.

La habitación está sumida en un silencio casi absoluto. Escucho el ruido de un coche en la calle, el sonido leve de su respiración mientras su pecho sube y baja debajo de mí. Creo que nunca podría llegar a cansarme de sus besos, pero lo que estamos haciendo ahora tiene también su magia especial, una especie de paz que no sé cómo describir.

—¿Estás cómodo? —pregunto al cabo de unos segundos; no quiero estar imponiéndole esta posición si a él no le gusta.

—Mucho.

—¿Seguro? Si quieres me aparto.

—No —dice, con voz tajante, y luego se ríe. Permanece unos segundos en silencio antes de añadir—: No te apartes nunca.

Su voz suena más suave, más vulnerable. Y eso me hace querer abrazarlo más fuerte todavía.

—Oye —susurra al cabo de unos minutos.

—Dime.

—¿Te puedo dar otro beso?

—Por favor.

Levanto la cabeza, despacio. Mis ojos ya se han acostumbrado a la oscuridad, así que puedo ver su silueta, el contorno de su rostro y la forma de su boca. Su mano encuentra mi mejilla con torpeza, como tanteando, y me guía con cuidado hasta sus labios. Esta vez el beso es más largo, más dulce, más consciente.

Cuando nos separamos, nos quedamos los dos completamente de costado, con nuestras narices apenas rozándose y las manos unidas entre los dos. El sueño llega poco a poco, como una manta agradable que cae lentamente sobre nosotros. Se me escapa un bostezo prolongado y a él se le contagia de inmediato; después, nos echamos a reír.

—Deberíamos dormir —sugiere.

—Deberíamos.

Me da un beso más antes de susurrar contra mis labios:

—Buenas noches, Víctor.

—Buenas noches, Adri.

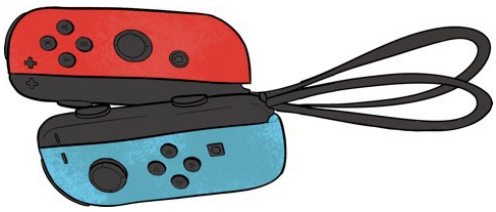
—¿Te importa si me doy la vuelta? Es que me gusta…

—Dormir de cara a la pared. Ya lo sé.

Con una risita, me da un beso más en los labios antes de darse la vuelta y abrazarse a la almohada. Entonces, sin pensarlo siquiera, pego mi cuerpo al suyo, con la cabeza apoyada en la curva entre su cuello y su hombro, y lo rodeo con un brazo. El corazón me late con fuerza, pero entonces Adri cierra la mano sobre la mía y todo es absolutamente perfecto.

—Hasta mañana —susurra.

—Hasta mañana.



51.

No dormimos del tirón. La noche transcurre como una serie de momentos entrecortados entre el sueño y la vigilia, y todo es tan perfecto que me cuesta saber si está pasando de verdad o si tan solo estoy soñando.

La primera vez que despierto, me duele un poco la espalda; esta postura no es la más apropiada para dormir. Su mano sigue sobre la mía, así que la separo con cuidado y me doy la vuelta para colocarme de espaldas a él. Sin embargo, Adri parece notarlo en sueños, porque se da la vuelta también y me pasa un brazo por encima, invirtiendo así nuestra posición anterior.

En algún otro momento, despierto al notar un movimiento extraño en la cama.

—¿Qué pasa? —pregunto, un tanto alarmado.

—Nada —dice Adri, y me doy cuenta de que está pasando por encima de mí para salir de la cama—. Es que voy al baño.

—Ah. Vale.

Me da un beso en la mejilla antes de marcharse. Hace frío sin él en la cama, de modo que me acerco a la pared, de cara a ella, y me apresuro a taparme. No lo escucho regresar.

Cuando me despierto porque soy yo quien tiene que ir al baño, sigo estando de cara a la pared, pero ahora Adri me rodea con el

brazo como había hecho yo al principio. Me escapo de él como puedo, y en esta ocasión sí que abre los ojos para mirarme.

—Un beso… —rezonga, más dormido que despierto.

Le doy un beso rápido en los labios antes de salir al cuarto de baño. Al regresar, Adri está boca arriba, de modo que me acurruco junto a él y me abrazo contra su pecho antes de taparme. El sueño se apodera de mí de inmediato.

Cuando al fin nos despertamos del todo, yo todavía abrazado a su torso, apenas soy capaz de creer que todo esto esté pasando de verdad, que no haya sido más que un sueño.

—Buenos días —susurra cuando me muevo, e inclina la cabeza para darme un beso rápido.

—Buenos días. —Le doy otro beso; no puedo resistirme—. ¿Has dormido bien?

—Genial. ¿Y tú?

—También. ¿Llevas mucho tiempo despierto?

—Qué va.

Me da la impresión de que no es del todo cierto, pero no insisto. Simplemente, lo observo en silencio mientras estira el brazo para alcanzar el móvil de su mesita de noche. Desliza un dedo por la pantalla y la toca un par de veces antes de ponerse a leer algo. Entonces, sus labios se curvan en una sonrisa.

—Buah, de locos.

—¿Qué pasa?

—Mis padres, que se han ido a pasar la mañana fuera. —Me echa un vistazo y su sonrisa se ensancha—. Dicen que se van a quedar a comer por ahí, así que no vendrán hasta media tarde.

El corazón me da un vuelco.

—¿Y qué hora es?

—Once y media.

Eso significa… Un montón de horas juntos. Solos. En su casa.

—Interesante —respondo, y él se ríe.

—Voy al baño, ¿vale? Ahora vuelvo.

—Vale.

Y, con otro beso fugaz, pasa ágilmente por encima de mí y se marcha. Estiro el brazo para coger mi móvil y reviso las

notificaciones. Tengo un mensaje de mi madre preguntándome si volveré para cenar, así que le digo que sí y reviso los demás. Andrés y Juan proponen quedar un día de estos y Adri ya contestó hace diez minutos que le parecía guay, así que sugiero vernos mañana o pasado. Andrés puede los dos días, pero Juan solo puede mañana.

Entonces, Adri regresa a la habitación.

—Juan solo puede quedar mañana —le digo—. ¿Tú puedes?

—Sí, genial. Ahora contesto.

Cuando se acerca a mí para besarme, me doy cuenta de que ha aprovechado para lavarse los dientes, de modo que decido salir a hacerlo yo también. Cinco minutos más tarde, regreso a la habitación. Adri está tumbado ahora en su cama, con el móvil en la mano, aunque lo deja sobre la mesita de noche en cuanto cruzo el umbral de la puerta. Me observa con una sonrisa perezosa mientras me subo a mi cama, y después me toma de la mano para guiarme hacia la suya. Me tumbo junto a él, muy pegado, y Adri se da la vuelta para mirarme.

—Hola —susurra contra mis labios, provocándome esas agradables cosquillas que empiezan a resultarme tan familiares.

—Hola —respondo.

No sé quién de los dos inicia el movimiento, pero volvemos a besarnos. Ahora que nos sentimos más cómodos después de habernos lavado los dientes, nos permitimos profundizar el beso. Sus labios juegan con los míos, explorándolos, saboreándolos, succionándolos mientras yo sigo sus movimientos. Todavía me siento un tanto torpe, pero ya he perdido un poco ese miedo que tenía al principio a hacerlo mal. A Adri parece gustarle, así que con eso me vale.

Enseguida noto que abre más la boca y desliza la lengua por mis labios, provocándome un estremecimiento. Abro la boca para dejarle entrar, y me estremezco al sentir su lengua deslizándose entre mis dientes, rozando la mía como si de una caricia se tratara. Esto todavía me resulta un poco complicado, pero trato de seguir los movimientos de su lengua con la mía, despacio y saboreando mientras un calorcillo agradable comienza a extenderse a partir de mi tripa.

De pronto, Adri profundiza el beso todavía más, su lengua se vuelve casi furiosa contra la mía, y se me escapa un leve gimoteo amortiguado contra su boca. Eso parece gustarle, porque intensifica el movimiento y me pasa un brazo por encima para acercarme a él. Nuestras caderas se tocan y, de pronto, noto su dureza rozando la mía. Me quedo sin aliento y separo brevemente la cara de la suya.

—¿Estás bien? —Susurra.

—Demasiado bien.

Entonces, comienzo a devorar su boca yo también. En esta ocasión, soy yo quien lleva la iniciativa, acariciándole los labios con los míos, recorriéndolos con mi lengua. En un momento dado, hasta me atrevo a mordisquearle ligeramente el labio inferior, y eso le arranca un gemido que debe de ser la cosa más sexy que he escuchado en la puta vida. Sus caderas se mueven hacia delante, como buscándome, y yo no puedo evitar responder el movimiento, pegándome a él sin miedo a las consecuencias.

Sé que si seguimos así es probable que acabe doliendo, que me acabe arrepintiendo, pero ahora mismo no soy del todo consciente de mis acciones; es mi cuerpo quien ha tomado el control por completo. Nos frotamos ligeramente, cada uno gimoteando contra la boca del otro, y toda clase de sensaciones estallan a través de mi cuerpo como un torrente incontrolable.

Entonces, Adri me hace colocarme boca arriba, todo eso sin separar sus labios de los míos y, cuando quiero darme cuenta, se ha tumbado encima de mí. Después, se separa de mí durante apenas un segundo. Me mira directamente a los ojos, y el fuego que veo en los suyos amenaza por consumirme de la cabeza a los pies.

—¿Todo bien? —me pregunta.

—Sí —acierto a susurrar.

Sin decir nada más, vuelve a devorarme con ansia. Mueve las caderas contra las mías, y la deliciosa sensación de su dureza contra la mía es suficiente para hacerme perder el control por completo. Casi sin darme cuenta de lo que estoy haciendo, planto las manos a ambos lados de su cintura y lo empujo hacia mí, deseoso de sentirlo todavía más. Él jadea suavemente contra mi boca, deslizándose contra mí, incrementando cada vez más la excitación.

No sé cuánto tiempo seguimos así, ¿veinte minutos? ¿Treinta? Lo suficiente como para que empiece a doler un poco. Ayer la cosa era diferente. Para empezar, ya me había aliviado de forma preventiva en la ducha. Pero, además, mientras jugábamos al *Mario Kart* y veíamos la película no nos permitimos llegar tan lejos; a fin de cuentas, sus padres estaban en casa y podrían haber entrado en cualquier momento. Por muchas ganas que pudiéramos tener, los nervios por el posible peligro eran más fuertes. Pero hoy no es el caso, porque estamos solos y vamos a seguir así varias horas más.

Podemos hacer literalmente lo que queramos.

Sin decidirlo siquiera, bajo las manos hasta encontrar el borde de su pantalón, y después, deslizo las manos por debajo. No llego hasta sus nalgas; no me atrevo. Pero esa simple caricia parece volver loco a Adri, porque separa su boca de la mía y la desliza por mi cuello, succionando ligeramente y arrancándome el gemido más fuerte de todos.

En una fracción de segundo, me imagino lo que va a pasar a continuación. Primero, bajaría las manos y las cerraría sobre sus nalgas para pegarlo todavía más a mí, incrementando esa deliciosa presión. Después, le bajaría los pantalones, dejando en libertad lo que hay abajo para acariciarlo por fin sin nada entre nosotros, tan solo piel contra piel. Después, tal vez me lo llevaría hasta la boca, y entonces…

Pero no. No puedo hacerlo.

Me separo bruscamente de su boca y saco las manos de su pijama, nervioso.

—Espera. Para. Porfa.

No tengo que insistir, no tengo que empujarlo. Adri se aparta de mí al instante y me mira con los ojos muy abiertos, claramente alarmado.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien?

—Sí, sí. Tranquilo. Pero… ¿Podemos parar?

—Claro. ¿Qué ha pasado? ¿He hecho algo mal?

—¡No! —Me apresuro a responder—. Tranquilo, de verdad. No has hecho nada mal.

—¿Entonces?

Suelto un suspiro, avergonzado, y noto un intenso rubor que brota en mis mejillas.

—Es que…Creo que no quiero hacer nada. Nada de *eso*, ya sabes. No porque no me… —Enrojezco ligeramente—. No porque no me gustes, ni porque no quiera. Porque sí que quiero. Joder, claro que quiero. Pero todavía no. ¿Vale? Creo… Creo que todavía no es el momento.

Él sonríe y lleva una mano hasta mi mejilla incandescente para acariciarme ligeramente.

—No te preocupes. Yo también creo que es mejor esperar un poco.

—¿De verdad? —pregunto, y él asiente con la cabeza.

—Todo esto es muy nuevo para mí. Es mejor ir poco a poco, ¿no? No hay prisa.

—Joder —digo con un suspiro de alivio—. Gracias.

—No tienes que darlas, bro. ¿Te puedo abrazar?

—Claro.

Se acerca a mí y, tras un breve beso en los labios, me rodea con ambos brazos, cuidadoso de que su cuerpo no roce zonas peligrosas. Suelto un suspiro de satisfacción, me cuesta creer que pueda haber un lugar en el mundo mejor que este.

Sin embargo, al cabo de unos minutos el dolor sigue sin remitir. Con disimulo, trato de recolocarme el pantalón un poco para ver si eso me alivia, pero no sirve de mucho. Y, por supuesto, Adri se da cuenta.

—Creo que estamos los dos igual —dice con una risita.

—¿Tú también? —pregunto, enrojeciendo ligeramente mientras aparto la mirada.

—Pues sí.

—Joder. Lo siento. Tendría que haber parado antes.

Adri me gira la cara de nuevo hacia él y me da un beso rápido.

—Puede que me haya calentado un poco por el momento, pero yo también pienso que es mejor esperar. Podría haber parado yo, pero no lo hice. Así que no me pidas perdón, ¿vale?

—Vale.

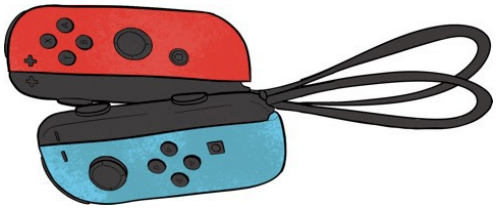
—Pero seguimos teniendo un problema. Así que mira, si te parece, podemos hacer una cosa. Yo me voy a la ducha. Y voy a tardar un rato, ¿vale? —Me mira de forma significativa; no me lo está diciendo directamente, pero al mismo tiempo me lo está diciendo todo—. Tú puedes quedarte aquí. Cierra el pestillo si quieres, pero no voy a entrar sin llamar. Y, de todos modos, te avisaré cuando vaya a salir del baño. ¿Te parece?

Muerto de vergüenza y con la cara totalmente incandescente, lo único que puedo hacer es asentir con la cabeza.

Adri sonríe y se acerca para darme un beso en los labios. Es largo y profundo, lo suficiente como para volver a encenderme, y sé que lo está haciendo a propósito: quiere que me acuerde de él cuando me quede solo. Como si cualquier otra cosa fuera posible siquiera.

—Hay pañuelos en el cajón de la mesita de noche —añade tras separarse de mí.

Entonces, tras darme un suave mordisquito en el labio inferior, se apresura a marcharse de la habitación y cierra la puerta tras él. No me molesto en cerrar el pestillo; sé que no es necesario. Simplemente me quedo tumbado en la cama, con el corazón a mil, y me bajo los pantalones. El alivio de la liberación es instantáneo, pero con eso no basta, así que cierro los ojos, me tapo la cara con la almohada impregnada en su aroma, inhalo profundamente y hago exactamente lo que mi cuerpo me suplica que haga.



52.

Adri decide preparar macarrones para comer. Me ofrezco a ayudarlo; a fin de cuentas, algo he aprendido de mi madre. Pero él se empeña en que quiere hacerme la comida solo y a mí me hace ilusión, así que me siento en la mesa de la cocina y permanezco en silencio mientras lo observo cocinar. O, lo que es lo mismo, meter los macarrones en una olla de agua hirviendo sin sal ni nada, y cortar salchichas en rodajas y ponerlas en la sartén. No emplea ni una sola especia y la salsa no es más que tomate frito calentado en un cazo, pero lo veo tan ilusionado que soy incapaz de decirle nada.

Entonces, se acerca para besarme y ya sí que no puedo decir nada más.

No se le ocurre remover las salchichas hasta que escurre la pasta en el colador, así que se quedan por un lado quemadas y por el otro medio crudas. Reparte los macarrones entre ambos platos, echa un montoncito de salchichas sobre cada uno, y después, el tomate frito.

—Bueno —dice con una sonrisa, colocando uno de los platos delante de mí—. Pues ya está.

—Huele bien —miento descaradamente; en realidad, tan solo huele a tomate frito y salchichas quemadas.

—Es la primera vez que cocino algo —admite—. Bueno, aparte de sándwiches, huevos fritos y tortillas francesas, que además siempre se me pegan. No sé cómo me habrá quedado.

—Seguro que está rico.

La verdad es que no le han quedado demasiado buenos y, encima, los macarrones están medio pegados y algunas zonas se han quedado crudas. Pero sé que los ha preparado con cariño, de modo que los cubro de una enorme montaña de queso y me los como, hasta el último macarrón pegado y la última salchicha quemada. Si esto no es amor, no sé lo que es. Ya le enseñaré a prepararlos mejor la próxima vez.

Después de comer, volvemos a su habitación. Y, como llevamos tanto tiempo sin jugar al *Mario Kart*, al menos de verdad, decidimos echar unas cuantas partidas. Dejamos la puerta abierta y, entre carrera y carrera, aprovechamos para besarnos. Sinceramente, no me podría imaginar una tarde más perfecta.

Pero todo lo bueno se acaba, y al final tengo que marcharme a casa. Al igual que hizo el lunes de Año Nuevo, Adri decide acompañarme. Por la calle sigue sin mostrar la cercanía de su casa y, aunque a veces nuestros dedos se rozan, no me coge de la mano. Pero, de vez en cuando, mira a nuestro alrededor para asegurarse de que no haya nadie y me da un beso rápido, y esos momentos son simplemente perfectos.

Al fin, llegamos a mi portal.

—Bueno —digo, tan elocuente como siempre.

—Bueno. ¿Te lo has pasado bien?

—Muchísimo —respondo con una sonrisa—. ¿Y tú?

—También. ¿Repetimos pronto? —pregunta, y me doy cuenta de que parece algo esperanzado.

—Ojalá que sí. A ver si mi padre me deja.

—Vale, pues lo vamos hablando. Si quieres podemos vernos mañana un rato antes de quedar con estos.

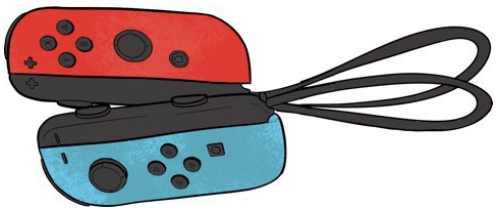
Mis labios se curvan en una sonrisa.

—Me parece genial.

Y, tras un largo beso de despedida, volvemos a separarnos. Mientras entro en el portal, siento un vacío en el estómago ahora que me he quedado solo después de haber pasado veinticuatro horas perfectas con él, pero eso no basta para atenuar la felicidad que siento por dentro. Al mirarme en el espejo del ascensor y ver a

ese Víctor radiante y tan diferente al de hace un par de semanas, no puedo evitar pensar que en realidad Adri y yo no estamos separados del todo, que llevo una parte de él en ese órgano que todavía palpita con fuerza dentro de mi pecho como si siguiéramos besándonos.

Todavía no le hemos puesto nombre a lo nuestro, pero, sinceramente, no cambiaría lo que está pasando por nada del mundo.



53.

Resulta que Juan está solo en casa esta tarde, así que ese es el lugar elegido para quedar.

Por supuesto, Adri y yo queremos vernos antes; no, *necesitamos* vernos antes. Aunque no lo hemos hablado, es como si hubiéramos decidido sin palabras que todavía no les vamos a contar nada. No porque queramos ocultárselo, sino por varios motivos. En primer lugar, porque esto que hay entre nosotros es nuestro, solo nuestro, y queremos que siga siéndolo un poco más. Por eso todavía no le he contado nada a Fran: aunque sé que él sería el primero en alegrarse por mí, quiero guardarme esto en mi corazón un poco más, que siga siendo únicamente nuestro.

Después está lo más obvio: no tenemos ni idea de cómo vamos a decírselo. Al menos eso creo, porque tampoco lo he hablado con Adri, pero dudo mucho que él tenga alguna especie de plan maestro e infalible que vaya a hacer que todo salga bien. Supongo que lo más fácil es hacerlo por separado, empezando por Juan. Ya he ido estrechando lazos con él durante estas últimas semanas, y también he aprovechado para tantear un poco el terreno, así que me extrañaría bastante que llegara a tomárselo mal.

El problema es Andrés. Todavía me siento cohibido ante la idea de tratar esto con él, y tengo la sensación de que ninguna solución que encontremos va a ser la adecuada. Si se entera el último, tal

como planeo, es posible que se lo tome mal, y no es para menos. Aunque tengo demasiado interiorizado el hecho de que Adri es mi mejor amigo, no puedo olvidarme de que Andrés estaba desde mucho antes. Y sí, puede que las amistades de la infancia no siempre sean tan fuertes, que al crecer te des cuenta de que ya no encajáis de la misma forma que antes, por mucho que siga habiendo un cariño innegable.

Pero Andrés se lo ha tomado muy bien todo, desde que llegó Juan y pasamos de ser dos a ser tres. Aceptó a Adri dentro del grupo sin rechistar y, mientras Andrés y yo nos distanciábamos un poco conforme íbamos creciendo, no dijo nada mientras Adri ocupaba su lugar, por así decirlo. ¿Cómo se sentirá si ahora es el último en saberlo? ¿Cómo se sentirá al saber que se lo hemos estado ocultando? ¿Debería tratar de dar el paso, de contárselo a él en primer lugar? Pero, ¿y si no lo entiende? ¿Y si decide que eso ya es la gota que colma el vaso, que ya no quiere saber nada más de nosotros? ¿Podría reprochárselo siquiera?

Son demasiadas dudas que no hacen más que nublar lo que debería ser perfecto, así que trato de quitármelas de la cabeza. Sobre todo con las ganas que tengo de pasar la tarde con ellos, tres de las personas que más quiero en mi vida.

Como Andrés ha propuesto quedar a las seis, Adri y yo quedamos a las cuatro. Dos horas pueden parecer mucho, pero sabemos muy bien que no será tanto cuando estemos juntos, así que preferimos ir con margen. En esta ocasión, viene a buscarme a casa para ir a merendar. Y, como no podría ser de otra manera, siento ese agradable cosquilleo en el estómago mientras bajo en el ascensor para encontrarme con él.

Cuando abro el portal y lo veo frente a mí, mis labios se curvan en una enorme sonrisa; no puedo evitarlo, es casi automático. Él sonríe también y se acerca para abrazarme, uno de esos abrazos que hablan más que las palabras, que me transmiten cuánto me echaba de menos y las ganas que tenía de verme. Solo cuando nos separamos me besa en los labios, despacio y profundo, saboreando mis labios como se saborea el primer helado del verano, con esa mezcla de calma para que dure más tiempo, pero también ansia.

—Hola —susurra contra mi boca cuando nos separamos.

—Hola. ¿Nos vamos?

—Vamos.

Hemos quedado en ir a nuestra cafetería favorita, donde hacen unos dónuts riquísimos. Antes, cuando era pequeño, Fran y Vero me llevaban a merendar allí de vez en cuando, aunque hace mucho tiempo que no vamos juntos, pero nunca ha dejado de gustarme y suelo ir con mis amigos cuando nos apetece inflarnos de azúcar. Además, está a medio camino entre la casa de Adri y la mía, así que también vamos los dos solos alguna que otra vez.

Pero, por supuesto, hoy todo es diferente. El aroma a café, chocolate y azúcar que nos recibe al entrar es el mismo de siempre; la cálida decoración navideña es la misma que lleva ya unas cuantas semanas aquí. Pero nosotros somos diferentes; los dos hemos cambiado. Lo que hay entre nosotros ha cambiado. Y, de algún modo, eso hace que todo sea mucho más especial.

Tal como solemos hacer, pedimos una caja de seis dónuts variados para compartir entre los dos. A mí no me gusta el café, de modo que pido mi habitual chocolate caliente con nata montada. Adri siempre pide un capuchino, pero, para mi sorpresa, hoy decide pedirse lo mismo que yo. Cuando nos dan nuestro pedido, nos dirigimos hacia nuestro rincón habitual, al fondo de la cafetería. Por suerte, nuestra mesa favorita está vacía.

Nos sentamos juntos y, en silencio, escojo un dónut relleno de mermelada de fresa. Le doy un mordisco grande, sabiendo que lo más rico siempre está en el centro, y suelto un suspiro de placer cuando la mermelada dulce se derrama en mi boca. Está buenísimo.

Adri, por su parte, me observa comer mientras se toma un par de cucharadas de nata montada de su chocolate.

—¿Cómo es que no te has pedido un café?

Por alguna razón, él parece cohibido por la pregunta y aparta la mirada.

—Ah. Por nada. Hoy no me apetecía.

—Eres adicto a los capuchinos de aquí —señalo, alzando una ceja —. Dime la verdad.

Él permanece en silencio durante unos segundos, pero entonces me mira directamente a los ojos.

—Es que sé que no te gusta el café.

Frunzo el ceño, un tanto desconcertado por la respuesta. ¿Qué tiene que ver que a mí no me guste el café para que él no se lo pida? Pero entonces me fijo en sus labios, suaves y carnosos, y lo comprendo al instante. Por supuesto, si nos besamos después de que se tome un café, le sabrá la boca a él.

Ahora soy yo quien se siente cohibido, soy yo quien aparta la mirada.

—Qué tonto eres —susurro, aunque en el fondo estoy ligeramente emocionado—. Con que te tomaras un chicle seguro que bastaba.

—Ya, bueno —responde él, encogiéndose de hombros—. Pero es que entonces tendría que esperar a terminar de merendar, y eso es mucho tiempo.

Sintiéndome todavía invadido por esa timidez, lo observo mientras da un sorbo a su chocolate. A continuación, se inclina hacia mí para besarme. Es un beso breve, pero puedo saborear el calor y la dulzura del chocolate en sus labios. Mucho mejor que el café, la verdad.

Continuamos comiéndonos los dónuts mientras nos bebemos el chocolate, intercambiando besos entre sorbo y sorbo. Si antes ya me gustaba venir a este sitio, ahora se ha vuelto absolutamente insuperable. Apenas hablamos; no es necesario. Estamos cómodos en este silencio compartido, haciendo esto que hemos hecho tantas veces juntos anteriormente pero que hoy es tan diferente.

Cuando termino de comer, dejo la mano junto a la caja de los dónuts, deslizando el dedo por el borde de un lado a otro. De pronto, la mano de Adri se desliza sobre la mesa y se cierra sobre la mía. Me quedo paralizado durante un instante; aunque no tenemos gente al lado, seguimos estando en un lugar público. Y tampoco es como cuando me acompaña por las noches de vuelta a casa y todo está oscuro; la cafetería se encuentra perfectamente iluminada.

Pero me gusta que lo haga, así que no me quejo ni aparto la mano. En lugar de eso, entrelazo los dedos con los suyos y le

acaricio ligeramente el dorso de la mano. Me inclino un poco más hacia él y le doy un beso en los labios, más largo que cualquiera de los anteriores.

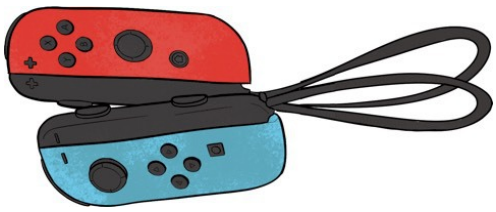
Después, me acerco más a Adri y apoyo la cabeza sobre su hombro. Él me pasa el brazo por encima y cierra la mano sobre mi hombro, acercándome un poco más a él y a la agradable calidez que emana de su cuerpo. Nuestras manos siguen unidas sobre la mesa, y el momento es tan perfecto que no puedo evitar cerrar los ojos mientras una sensación de absoluta plenitud invade mi cuerpo por completo.

De pronto, una voz demasiado familiar me hace abrir los ojos de golpe.

—¡Hola, chicos! No sabía que ibais a venir por aquí.

No necesito levantar la mirada para ver de quién se trata.

Es Vero.



54.

Por muy rápido que me aparte de Adri, por muy rápido que separe la mano de la suya, sé que lo ha visto todo. La expresión de sorpresa en su rostro es inconfundible.

—Vero. Hola. —Noto cómo se me calientan las mejillas mientras trato de pensar alguna excusa—. No es lo que parece.

Ella sonríe ligeramente al oírlo. Le lanzo una mirada de soslayo a Adri, que está inusualmente callado.

—Yo creo que sí es exactamente lo que parece.

—Vero —repito, en esta ocasión, con voz suplicante—. Por favor…

—Venga ya, enano. Que no pasa nada.

—¿De verdad?

—Pues claro que no, ¿eres tonto o qué? Con razón has estado tan rarito todas estas últimas semanas…

—No se lo cuentes a nadie. Porfa.

—Soy una tumba. Te lo juro. No pasa nada, en serio.

—Vale. Gracias.

—Hoy llegaré tarde, pero mañana podemos hablar si quieres. ¿Te parece?

—Vale —repito; no sé qué más decir.

Le echo un vistazo a Adri, que sigue completamente callado y más rojo que un tomate mientras permanece atento a la conversación. Vero alterna la mirada entre los dos.

—Me alegro mucho por vosotros —añade con una leve sonrisa—. De verdad.

Y, sin decir nada más, se aleja en dirección al mostrador, donde la están esperando dos de sus amigas que conozco de vista por haberlas visto alguna vez por casa. Las observo mientras compran una caja grande de dónuts y unas cuantas bebidas para llevar y, entonces, antes de salir por la puerta, Vero se da la vuelta y me dirige una sonrisa al verme mirándola.

Hasta que no sale de la cafetería no me doy cuenta de que tengo el corazón más acelerado que nunca.

—Joder —acierto a decir, llevándome una mano al pecho—. Casi me dan siete infartos.

Adri suelta una risita nerviosa.

—Ya ves. Pero bueno, ha salido bien la cosa, ¿no?

—Sí —admito; ha ido todo mucho mejor de lo que esperaba, y lo mejor es que ni siquiera he tenido que planificarlo—. Pero imagina que hubiera sido mi padre en vez de Vero…

Me estremezco literalmente solo de pensarlo.

—A ver, sabes que eso es imposible. Ya sabes que él no pondría un pie aquí ni muerto.

—Eso es verdad —añado con una risita.

Por supuesto, la aversión de mi padre hacia todo lo que no sea *muy español y mucho español* se extiende a las cafeterías de estilo americano; él siempre se jacta de pisar únicamente «las de toda la vida», que curiosamente siempre suelen estar decoradas con temáticas que van desde el fútbol, los toros y las banderitas de España, hasta el fascismo más rancio y nada disimulado.

De nuevo, volvemos a unir las manos y caemos en ese silencio agradable de antes. Sin embargo, lo de Vero me ha dejado pensando. No dejo de repetirme sus palabras en la mente una y otra vez. «No pasa nada». «Mañana podemos hablar». «Me alegro mucho por vosotros». Es todo bueno, pero… ¿de qué vamos a hablar exactamente? ¿De qué se alegra exactamente? A fin de cuentas, Adri y yo no le hemos puesto nombre a esto. Nos hemos besado, sí, nos hemos besado muchísimo. Nos cogemos las manos. Pero… ¿qué es exactamente lo que hay entre nosotros?

Suelto un suspiro, incapaz de responder a mi propia pregunta. No hemos hablado nada, lo único que hemos hecho es besarnos y pasar el tiempo juntos. ¿Se supone que ahora somos novios? ¿O solo amigos que se quieren mucho? Recuerdo esa palabra que he oído mencionar alguna vez, sobre todo en conversaciones entre Fran y Vero que probablemente no debería haber escuchado: «follamigos». ¿Podría ser eso lo que somos Adri y yo, solo que todavía no hemos llegado a *esa* parte en concreto?

Recuerdo también a Fran y a Vero riéndose de otro término, «heteros curiosos». ¿Es eso lo que es Adri, un chico heterosexual que simplemente siente curiosidad y ha decidido saciarla conmigo? ¿Y si todo esto no es más que una especie de experimento para él, nada serio y, desde luego, nada tan importante como lo es para mí?

Estos días me he estado dejando llevar por la situación, pero, cuando me detengo a analizarlo… ¿de verdad es posible que Adri sienta algo por mí más allá de la amistad? ¿Adri, que es tan masculino y aparentemente tan heterosexual? ¿Adri, que tiene locas a la mitad de las chicas de la clase? ¿Adri, que es bueno en los deportes, a quien le gusta ver el fútbol, que no es capaz de sacarse la palabra «bro» de la boca? Vale, sí, sé que no son más que estereotipos, sé que perfectamente podría ser bisexual, que todo apunta a ello…; pero es que jamás se me habría podido pasar por la cabeza que pudiera llegar a gustarle un chico. Y mucho menos yo.

—Bro —me llama de repente, trayéndome de vuelta a la realidad —. ¿Estás bien?

Parpadeo un par de veces, confuso.

—¿Qué?

—Estabas empanado. —Esboza una sonrisita traviesa antes de añadir, con tono provocador—: Últimamente te pasa mucho.

—Perdona. Estaba pensando.

—¿En qué pensabas?

—Nada. —Trato de inventar una excusa rápida—. En que igual tendríamos que ir tirando. Se nos va a hacer tarde.

Él se saca el móvil del bolsillo y hace una mueca al ver la hora.

—Joder, qué mal. Se me ha pasado el tiempo volando.

—Ya. A mí también. —Tomo mi vaso de cartón, me bebo las pocas gotas de chocolate que quedan en el fondo y lo dejo sobre la bandeja de plástico junto a la caja de los dónuts—. ¿Nos vamos?

—Vale.

Deja su vaso también sobre la bandeja y se la lleva a la zona de recogida. Mientras, yo voy al mostrador para pedir otros cuatro dónuts para llevar; es tradición que siempre que quedamos todos llevemos algo para ponernos hasta el culo zampando. Después, nos ponemos los abrigos y salimos al frío del exterior. Adri se pasa un momento por el bazar de la esquina para comprar unas cuantas bolsas de gominolas, y entonces, nos ponemos en marcha, los dos en silencio.

Una parte de mí espera que me tome la mano, pero no lo hace. Tampoco lo culpo y, para ser sincero, no sé si querría que lo hiciera. Todavía es temprano y esta zona está demasiado iluminada; no es como cuando me ha acompañado a casa estos días, ya de noche. Además, después del encuentro con Vero, me preocupa la posibilidad de encontrarme con alguien que no se lo vaya a tomar tan bien.

—Según la *app*, el bus llega dentro de tres minutos —señala después de consultar el móvil—. Si caminamos deprisa, lo pillamos. Nos deja justo en la esquina de Juan.

—Pero el bus da un rodeo enorme —le recuerdo—. Tardaríamos prácticamente lo mismo que caminando.

Adri me mira con una sonrisa pícara.

—Ya, pero en el bus estaremos calentitos. ¿Vamos?

—Venga, va.

¿Cómo podría negarme a eso? Aceleramos el ritmo y, tras doblar una esquina, vemos la parada del autobús a lo lejos; no parece que lo hayamos perdido. Justo estamos llegando cuando vemos el vehículo acercándose por la calle, así que levantamos ambas manos para que se detenga frente a nosotros.

Dentro, uno de esos huecos de cuatro asientos está libre, pero Adri me sorprende dejándolo atrás y caminando un poco más allá, justo hasta la última fila del autobús. Enrojezco ligeramente por las implicaciones mientras se sienta junto a la ventana y yo ocupo el

asiento a su lado. Me quito el abrigo, y apenas he tenido tiempo para dejarlo sobre mi regazo cuando me planta un beso en la boca.

—Otra ventaja de ir en bus —susurra contra mis labios—. Podemos hacer esto.

Le respondo con otro beso. La persona más cercana se encuentra a tres filas por delante de nosotros, así que no hay peligro. Nos separamos cada vez que el autobús se detiene en una parada, para comprobar que no suba alguien inoportuno, y entonces volvemos a los besos.

Al fin, cuando ya solo quedan cuatro paradas, alguien se sienta justo delante de nosotros y la cosa se vuelve un poco incómoda, de modo que decidimos calmarnos un poco. Aun así, mantenemos las manos unidas debajo de los abrigos, como un secreto que solo nosotros conocemos.

—Oye —susurra cuando bajamos del autobús, envueltos otra vez por el frío de la calle—. Te quería decir una cosa.

Por alguna razón, esas palabras me ponen nervioso. El corazón se me acelera al instante.

—¿Qué pasa?

—Pues a ver, no te lo tomes a mal, pero… ¿te importa si no lo contamos todavía?

Por supuesto, no tengo que preguntarle a qué se refiere.

—Claro. No pasa nada.

—¿Seguro? Porque si tú quieres decirlo…

—No —me apresuro a responder—. Aunque Vero ya lo sabe.

—Ya, bueno. Pero Vero mola. Yo lo decía más por estos, la gente del insti y esas cosas.

—Ya. Vale.

En realidad, no puedo reprochárselo. Mi amistad con Juan ha estado creciendo durante estas últimas semanas, y la verdad es que he estado a punto de sincerarme con él más de una vez. El problema es Andrés. Él es mi mejor amigo de la infancia, debería ser él quien se enterara primero. Pero… No soy capaz de hacerlo; al menos, no sin tener antes el apoyo de Juan. Sé de dónde viene mi temor, y también sé que es absurdo, pero no puedo evitarlo.

Necesito hablar con él y resolverlo de una vez por todas, pero, antes, necesito estar preparado.

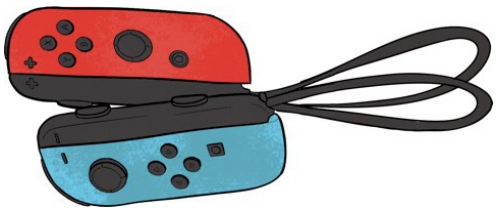
—¿Te parece bien? —me pregunta, tal vez al verme pensativo.

—Sí, sí. De verdad.

Trato de sonreír, y él me devuelve la sonrisa antes de hacerme una caricia en la mano, sutil como el roce de una mariposa.

Sin embargo, mientras caminamos por la calle, no puedo evitar sentir algo molesto en el estómago. Al principio no me doy cuenta de qué se trata, pero de pronto me doy cuenta de la razón y, sinceramente, es como un puñetazo en el estómago.

Si esto que ha nacido entre nosotros es tan bonito, ¿por qué tenemos que ocultarlo?



55.

—¡Eh! ¡Chicos!

Nos damos la vuelta de inmediato al reconocer la voz de Andrés. Por suerte, no estamos de la mano, ni besándonos ni nada parecido; al estar ya muy cerca de la casa de Juan, hemos preferido guardar un poco las distancias.

—¿Qué pasa, tío? —grita Adri, sonriendo.

Nos quedamos quietos mientras esperamos a que nos alcance, trotando ligeramente. Cuando se detiene frente a nosotros, respira hondo unas cuantas veces antes de chocarnos el puño por turnos, primero a mí, y después a Adri.

—¿Habéis venido juntos o qué? —nos pregunta.

—Sí —responde Adri.

—Qué va —digo yo al mismo tiempo, y Andrés levanta una ceja —. O sea, no íbamos a venir juntos expresamente, pero nos hemos encontrado en el autobús.

—Ah, vale. ¿Vamos?

Juntos, recorremos los escasos metros que nos separan del portal de Juan. Mientras Andrés llama al timbre, yo intercambio una mirada con Adri, los dos tratando de contener la risa.

—¿Sí?

—¡Han venido los tres Reyes Magos! —contesta Andrés, y todos nos echamos a reír—. ¿Has sido bueno este año?

—Tendrás que preguntárselo a tu madre —responde Juan, y tanto Adri como yo aullamos de risa—. Pero seguro que ella dice que sí.

—Venga, cabrón, abre.

—Te la ha devuelto bien, ¿eh? —dice Adri entre risas, y Andrés le responde con un manotazo en el brazo.

Entramos en el portal detrás de él y lo seguimos hasta el ascensor. Una vez dentro, nos quedamos en silencio mientras presiona el botón.

—Bueno, ¿y vosotros dos qué? —nos pregunta de repente.

Adri y yo nos miramos, alarmados.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Que como estáis, qué habéis hecho y todo eso.

—Ah. —Trato de contener un suspiro de alivio—. Pues nada, lo de siempre. Ya sabes.

—Estas fechas son aburridas —añade Adri—. Nada especial.

—Ya ves, tío —coincide Andrés—. Casi tengo ganas de volver a clase.

—Eso no te lo crees ni tú —respondo, y los tres nos echamos a reír.

Salimos del ascensor y ahí está Juan, esperándonos en el umbral de la puerta con una enorme sonrisa.

—¿Qué pasa, chavales? —nos saluda.

Por turnos, nos acercamos a él para chocarle el puño y entrar en su casa. Yo soy el último, y los dos titubeamos un poco después de los abrazos de los últimos días, pero al final hacemos lo mismo que los demás, como por un acuerdo tácito de no dar explicaciones.

—¿Unas carreritas o qué? —propone Adri, muy sonriente—. Hace mucho que no nos juntamos los cuatro.

—Joder, macho —se queja Andrés—. Si siempre ganas tú o como mucho Víctor. Así no tiene gracia.

—Siempre podéis pensar que es una forma de crecer como personas, a lo mejor algún día llegáis a ganarnos.

—Ja, ja.

—Venga, va —acepta Juan—. Pero ocho rondas máximo. Después, cambiamos de juego.

Es lo más justo para todos, así que no nos quejamos.

El sofá del salón es grande y cabemos los cuatro si nos pegamos un poco, así que cada uno ocupamos nuestro lugar habitual: Adri en el extremo derecho, yo justo a su lado, Andrés a mi izquierda, y Juan en el otro extremo. Esperamos mientras Juan prepara el juego, y después elegimos a nuestros personajes.

Las últimas veces que habíamos jugado los cuatro tan pegados ya me había sentido nervioso por la cercanía con Adri, pero hoy es todavía peor. Es como si cada milímetro de mi cuerpo fuera completamente consciente de cada milímetro en contacto con el suyo. Y, además, estoy prácticamente seguro de que se está pegando a mí todo lo que puede, desde los pies hasta los hombros. Ahora que nos hemos despojado de los abrigos y los jerséis, siento el calor que irradia su cuerpo y, sobre todo, puedo inhalar ese aroma a él que sin que me diera cuenta se ha convertido en mi olor favorito.

Hoy algo es diferente. Ya no es solo que estemos completamente pegados, sino que, de alguna manera, Adri parece estar acariciándome o algo por el estilo de todas las formas posibles. Mueve mi pierna contra la suya; muslo contra muslo, pantorrilla con pantorrilla. A veces entrelaza el pie disimuladamente con el mío. Frota el brazo contra el mío de formas que no me parecen nada casuales y, en una ocasión, hasta logra deslizar los dedos sobre los míos.

Como no podría ser de otra manera, el corazón se me acelera con cada roce, con cada movimiento. Estoy tan distraído que, por primera vez, Juan y Andrés logran adelantarme en alguna que otra carrera. Cuando terminamos las ocho rondas, quedo el tercero en la clasificación final, por detrás de Adri y de Andrés, pero por delante de Juan. Algo es algo.

—¿Un *Mario Party*? —propone Andrés, y todos aceptamos.

Esta vez el juego me exige menos concentración, lo que a su vez significa que puedo concentrarme todavía más en Adri. Y esta vez ya no es casualidad, ya no tengo que preguntármelo siquiera: está haciendo todos los esfuerzos posibles por tocarme, por lograr cualquier clase de contacto entre nuestros cuerpos. Lo hace de

forma sutil, imposible de apreciar por nuestros amigos, pero yo soy tan agudamente consciente de todos y cada uno de sus movimientos que soy incapaz de fijarme en otra cosa. Más de una vez me quedo empanado cuando me toca tirar los dados o hacer algún movimiento, pero, en esos momentos Adri siempre me da un codazo disimulado y me ayuda a salvar la situación.

Para cuando terminamos de jugar y se reparten las estrellas finales, Andrés queda el primero, seguido por Juan, conmigo en el tercer puesto y Adri en el cuarto. En fin, supongo que desafortunado en el juego, afortunado en… Bueno, eso.

—Joder, hace mucho tiempo que no me lo pasaba tan bien —dice Andrés.

—Ya ves —coincide Adri—. Hacía demasiado que no nos juntábamos todos.

—Oye, ¿y si os quedáis todos a dormir? —propone Juan.

—¿No molestaremos? —me preocupo.

—Qué va, si mis padres no están. Y así no me aburro tanto yo solo.

—A ver, por mí guay —responde Adri—. Pero no tengo pijama y hace mucho frío para dormir en gayumbos. Si fuera verano…

—Yo tengo pijamas de sobra —dice Juan—. Os puedo prestar.

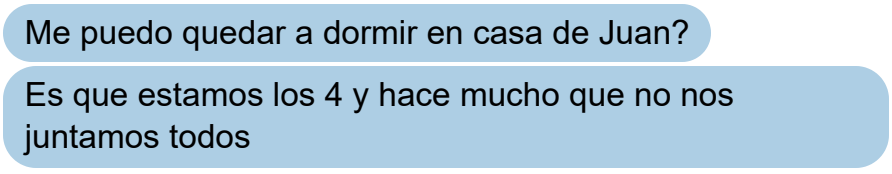
—A mí no me vale tu ropa —señala Andrés, que es bastante más corpulento que nosotros—. Te saco por lo menos dos tallas.

—Puedo darte uno de mi hermano, se dejó mucha ropa aquí antes de irse a vivir con su novia —responde Juan—. Iba mucho al gym y estaba bastante fuertote, seguro que te sirve.

—Bueno, vale.

—Yo tengo que pedir permiso —señalo con timidez—. Con mi padre y tal…

Ellos asienten con la cabeza, comprensivos. Saco el móvil para escribirle a mi madre; sé que siempre es mejor tratar estas cosas directamente con ella.



Claro, cariño

Crees que papá se enfadará?

No te preocupes, yo me encargo de él

Vale

Gracias

De nada, cielo

Pero mañana vente antes de la cena, vale? Que ya sabes cómo se pone

Sí, tranquila

Gracias

Tú pasalo bien

Buenas noches, cariño

Te quiero

Y yo a ti

—Vale, pues sí que me dejan.

—¡Genial! —dice Juan, entusiasmado.

—Sin ti no sería lo mismo, bro —añade Adri, y me da un golpe amistoso en el brazo. Trato de contener las ganas de reír.

—¿Y cómo vamos a dormir? —pregunto, tratando de fingir mucho menos interés del que siento en realidad.

—Tenemos el colchón que podemos poner en mi cuarto. Y luego está el sofá cama, ahí caben dos.

—Me pido el colchón de tu cuarto —se apresura a responder Andrés—. La última vez que me tocó dormir en el sofá cama, me desperté con la espalda hecha un puto cuadro.

—A ver, a mí no me importa dormir en el sofá —me ofrezco, contento por el rumbo de los hechos.

—Ni a mí. Si es bastante cómodo.

—Sí, para sentarse —insiste Andrés—. Ya veréis, os vais a arrepentir. Pero yo me quedo con el colchón.

—¿Y qué queréis hacer? —pregunto.

—¿Pizza y peli? —propone Adri. Su plan favorito.

—Me parece guay —acepta Juan.

—Pero nada de terror —le advierte Andrés.

—¿Por qué no? Hay una nueva muy buena que…

—No —decimos los tres al unísono, y él se echa a reír.

—Vale, vale. No he dicho nada.

—¿Os parece si bajamos al bazar a pillar las pizzas? —sugiere Juan—. No tengo mucha pasta para pedirlas a domicilio.

—Ni yo —se suma Andrés—. Voy contigo si quieres.

—¿Bajamos ya? —Juan echa un vistazo al móvil—. Son las ocho y media, y entre que vamos, volvemos y hacemos las pizzas, ya se nos hacen las nueve.

—Vale, pues vamos.

Juan se dirige a donde estamos Adri y yo.

—Si queréis, vosotros quedaos y vais preparando el horno, buscando una peli y tal. ¿Os parece?

—Vale, guay —respondo; el pobre no se imagina lo bien que nos van a venir esos minutos de soledad—. ¿Me pillas una cuatro quesos, porfa?

—Y a mí una carbonara —añade Adri.

—Lo de siempre, vamos —contesta Juan entre risas.

Se va con Andrés hacia la entrada, y Adri y yo nos dirigimos hacia la cocina. Saco las bandejas y las sartenes del horno, aguzando el oído mientras Adri saca unos platos, y entonces…

La puerta de entrada se cierra. Dejo la bandeja del horno ruidosamente sobre la encimera.

Cuando me doy la vuelta, Adri ya está avanzando hacia mí, con los ojos llenos de un fuego ardiente. Apenas soy capaz de asimilarlo cuando sus labios impactan contra los míos, sedientos y voraces. Me coloca una mano sobre la espalda y la otra junto a la cadera para acercarme más a él, y yo lo rodeo con ambos brazos mientras le devuelvo el beso con ganas. Nos hemos pasado casi dos horas sin poder besarnos, pero han parecido como dos años enteros.

—Deberíamos parar —susurro después de unos minutos de devorarnos, y no solo por cierta presión que estoy comenzando a

sentir en una zona del cuerpo muy poco apropiada—. Tenemos que preparar las cosas.

Sin soltarme, Adri trastea con las manos detrás de mí y enciende el horno.

—Preparado.

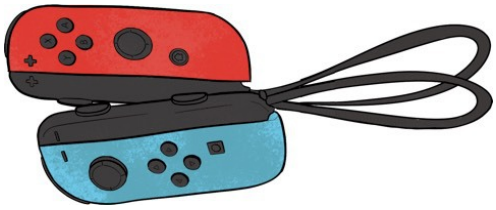
Y vuelve a besarme. Le sigo el juego pero, un minuto más tarde, vuelvo a separarme de él. En esta ocasión planto ambas manos sobre su pecho, y siento un estremecimiento al notar su respiración acelerada y sus latidos desbocados. Al menos, está claro que no solo me pasa a mí.

—También teníamos que elegir la película. ¿Recuerdas?

Él no contesta; simplemente, da un gruñido y me toma de la mano. Tira de mí hacia el salón y se desploma en el sofá, haciéndome caer con él en una maraña de brazos y piernas. Pienso que va a besarme de nuevo pero, en vez de eso, coge el mando de la tele y presiona al azar uno de los botones de plataformas de *streaming*. Entra en el perfil de Juan, va a su lista de películas y escoge una cualquiera.

—Esta misma —dice sin molestarse en mirar el título.

Entonces, comienza a besarme otra vez, como si fuera incapaz de parar. Y todavía falta lo mejor de la noche…



56.

Nos separamos bruscamente cuando oímos la puerta de entrada abriéndose. Yo me pongo en pie para ir a ayudar con las pizzas, mientras que Adri abre la sinopsis de la película, como fingiendo interés. Juan se asoma al salón justo cuando estoy a punto de salir.

—¿Te mola esta? —pregunta Adri—. ¿O es una mierda?

—¿*La llegada*? Es una de mis películas favoritas.

—Pues hala, esta misma.

Sigo a Juan hasta la cocina, donde Andrés ya está sacando las pizzas de las bolsas.

—Joder, tío —se queja Juan al ver el horno—. No habéis movido la ruedecita de la temperatura.

—Ah…, perdona.

—Bueno, no pasa nada —dice Andrés—. Todavía es pronto, tampoco nos vamos a morir por esperar un rato más.

—Es que el horno de mi casa es distinto —me excuso; en realidad, la razón de haberlo programado mal es muy diferente.

—Oye, ¿te pasa algo? Tienes la cara como roja.

Pensaba que no se me notaría tanto, pero las palabras de Andrés hacen que se me calienten las mejillas todavía más.

—Será la luz—. Me encojo de hombros y, a continuación, miento descaradamente—: Tú también pareces un poco rojo.

—Ah, vale.

—Toma —me dice Juan, sacando cuatro vasos y salvándome sin saberlo—. Llévalos al salón. Y dile a Adri que venga a ayudar, que no sea vago.

Tomo dos vasos con cada mano y vuelvo al salón, donde los dejo sobre la mesa.

—¿Qué te pasa? —pregunta al verme la cara.

—Nada.

—¿Seguro?

—Dice Juan que vayas a ayudar, que no seas un vago.

Adri se ríe, pero se pone en pie sin protestar. Le echa un vistazo a la puerta antes de darme un beso rápido. Después, se va en dirección a la cocina, y yo lo sigo. Intento que se me baje la vergüenza que me ha subido a la cara; ni siquiera ha pasado nada comprometedor, pero me siento como si llevara un cartel luminoso que dijera «Adri y yo nos hemos estado comiendo la boca desde que os habéis marchado hasta que habéis vuelto».

Andrés está metiendo las dos primeras pizzas en el horno cuando entramos en la cocina. Las ha colocado en diagonal, y así solo tendrá que girarlas en mitad de la cocción para que se hagan de forma más o menos uniforme. Es lo que siempre hacemos cuando cenamos pizza los cuatro, porque si no, tardamos una eternidad. Juan, por su parte, ha sacado unos cuantos refrescos, las servilletas y el cortapizzas.

—Id llevando eso. ¿Hacemos palomitas?

—Por mí bien —respondemos Andrés y yo al unísono.

—Es ilegal ver películas sin palomitas —dice Adri rotundamente. Los demás reímos.

Entonces, volvemos al salón para llevar lo que nos han dado. No se nos ocurre nada más que podamos hacer para ayudar, así que volvemos a sentarnos en el sofá.

Adri se inclina un poco hacia mí.

—¿Seguro que estás bien? —susurra.

—Sí —respondo demasiado rápido, otra vez.

—Bro —dice, casi riéndose—. Si te pones más nervioso, explotas.

—No estoy nervioso —miento descaradamente.

Él me mira con una mezcla de ternura y burla que me desarma por completo. Por supuesto, volvemos a besarnos, con un ojo clavado en la puerta.

Diez minutos después, ya estamos todos en el salón, con el delicioso aroma de las pizzas y las palomitas recién hechas flotando a nuestro alrededor. Como siempre, estamos muy pegados. Adri sigue a mi derecha, en el extremo del sofá, pero esta vez tengo a Juan al otro lado.

—Le doy —dice, con el mando apuntando al televisor, y empieza la película.

Al principio estoy tan concentrado en controlarme que me cuesta enterarme de lo que pasa en la pantalla. Solo pienso en el calor que desprende Adri a mi lado, en cómo su rodilla roza la mía de vez en cuando al cambiar de postura, en cómo intento no moverme demasiado para no llamar la atención de Juan.

—¿Y de qué va la peli? —pregunta Andrés.

—Ya lo verás —responde Juan.

—De aliens —dice Adri.

—¡Tío! —se queja Juan, dándole un manotazo en el brazo por encima de mí—. Que es mejor no saber nada.

—Yo qué sé, lo decía la sinopsis.

—Venga, callaos —les riño.

Las primeras pizzas en salir fueron la de Adri y la mía, así que comenzamos a comer mientras los otros cortan las suyas. Se ha enfriado un poco, lo suficiente como para empezar a zampar sin tener que esperar, y cierro los ojos ante la deliciosa mezcla de queso fundido en mi boca con un toque a orégano. Está buenísima. Trato de concentrarme en la película mientras continúo comiendo, alcanzando un puñado de palomitas de vez en cuando.

—¿No será la típica película de invasiones alienígenas? —pregunta Andrés al cabo de un rato.

—Qué va —le asegura Juan.

—Pues tiene toda la pinta —se suma Adri.

—Es diferente. Ya veréis.

Y vuelven a quedarse en silencio. Enseguida nos terminamos tanto las pizzas como las palomitas, así que comienzo a ser mucho

más consciente de los sonidos a nuestro alrededor. Puedo escuchar la respiración de Adri muy cerca, demasiado cerca, y mi cerebro cortocircuita cada veinte segundos.

—Vale, vale —dice Andrés cuando sale Amy Adams saludando a un marciano gigante con pinta de calamar deforme—. Entonces no es de miedo, ¿no?

—Que no, pesado —responde Juan.

—Uf, menos mal.

Adri se ríe, y el sonido me provoca un calorcillo agradable en la tripa. ¿Hay algo mejor en el universo que estar viendo una película con tus mejores amigos y el chico que te gusta, saciado de pizza, refresco y palomitas? Porque no se me ocurre nada.

La película continúa. Adri se esfuerza todo lo que puede en frotarse conmigo de todas las formas posibles; nuestros brazos y piernas están en contacto constante. A veces, dejo la mano sobre el asiento y él aprovecha la oscuridad para acariciármela ligeramente, aunque me cuesta controlar los estremecimientos que me provocan esos gestos. Más de una vez tengo la sensación de que Juan nos está mirando de soslayo, pero, cuando lo miro, siempre tiene los ojos clavados en la película. Me obligo a concentrarme en lo que está ocurriendo en la pantalla.

A lo tonto, estoy bastante enganchado a la película. Pero, cada vez que Adri se mueve, aunque sea un milímetro, todos mis pensamientos se dirigen hacia él. Hay un momento en el que estira el brazo para alcanzar el refresco, y su hombro choca con el mío. Se queda así un segundo más de lo que hace falta. Muy poco. Tan poco que cualquiera diría que es casual. Pero yo lo siento como si me hubiera gritado algo al oído. Y Juan nos mira; esta vez no tengo ninguna duda.

—Joder, qué rayada de película —dice Andrés de repente, aligerando un poco la tensión que siento—. No sé si me está gustando o si me estoy deprimiendo.

—Te está gustando —le asegura Juan—. Solo tienes que terminar de entenderla.

La tensión se va calmando un poco conforme avanza la peli y Adri también se mete más en la trama, así que me relajo lo justo

para poder disfrutarla. Al menos, hasta que llega una escena especialmente intensa y Adri mueve la mano sobre el asiento y sus dedos rozan los míos.

No me toma la mano. Tan solo me la roza. Como preguntando. Como diciendo «estoy aquí».

Yo continúo mirando la pantalla, fingiendo que estoy completamente concentrado en los aliens tentaculares, pero por dentro siento que estoy a punto de desintegrarme. Dudo un segundo. Dos. Entonces, acerco los dedos a los suyos un poco. Muy poco. Lo suficiente para responder al gesto sin que nadie lo vea.

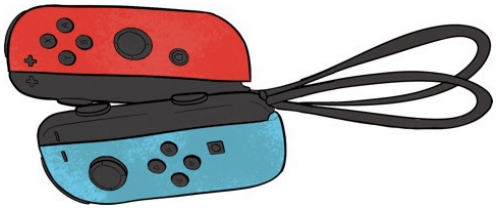
Justo en ese momento, Andrés tose con fuerza.

Los dos damos un respingo por el susto. El momento se rompe, la conexión se corta, y Adri aparta la mano con disimulo. Me mira un instante. Yo miro hacia la televisión como si la película fuera la cosa más interesante del universo, y a ver, me está gustando bastante, pero es difícil concentrarme al cien por cien con Adri al lado, siendo tan consciente de su presencia con prácticamente todos mis sentidos.

Juan vuelve a mirarnos. Estoy seguro de que ha visto algo. O ha intuido algo. No lo sé.

Y, aun así, cuando vuelvo a respirar hondo, hay una idea que no deja de repetirse en mi cabeza como un eco, algo muy parecido a lo que he pensado antes al salir de la cafetería: igual no tengo ganas de esconderme.

El problema es que Adri parece convencido de que hay que seguir haciéndolo.



57.

Después de casi dos horas muy intensas en todos los sentidos, la película termina. Decir que me ha encantado, incluso a pesar de la distracción constante de Adri, sería quedarme muy corto; me quedo con los ojos húmedos clavados en los créditos.

—¿Os ha gustado? —pregunta Juan, esperanzado.

—Mucho —respondo, aunque no soy capaz de añadir nada más mientras los demás dicen algo parecido.

—¿*Mario Kart*? —dice Adri, siempre dispuesto a humillarnos.

—Venga, va —acepta Andrés, mucho más entusiasmado de lo habitual—. Si antes pude quedar por encima de Vic, seguro que ahora puedo contigo.

—En tus sueños, chaval.

—¿Tú quieres? —le pregunto a Juan.

—Sí, ¿por qué no? —dice con una sonrisita—. A lo mejor ahora yo también te supero.

Sin perder más tiempo, recogemos las cosas de la cena para ponernos a jugar. Se ve que tanto Andrés como Juan están motivados por lo mal que he jugado antes, porque aceptan hacer veinte carreras seguidas. Comenzamos a jugar, entre piques y risas, pero, como no podría ser de otra manera, la cercanía de Adri y la plena consciencia de su cuerpo contra el mío me hacen jugar peor que nunca.

Termino el cuarto. Por los pelos, pero el cuarto.

—Joder, macho —dice Andrés—. Estás jugando de pena, ¿qué te pasa?

—Nada especial. —Me encojo de hombros—. Estoy cansado.

—Ya, yo también. ¿Nos vamos a dormir ya o qué?

Juan y Adri están de acuerdo, así que nos levantamos para abrir el sofá cama; es un poco más complicado de lo que parece. Juan nos trae sábanas y mantas, y después nos vamos todos a su habitación para que reparta los pijamas. Después, nos turnamos para ir al baño antes de darnos las buenas noches. No tengo cepillo de dientes, cosa que no me hace ninguna gracia, pero al menos Adri se ha traído chicles y me da un par.

—Que durmáis bien —dice Juan cuando nos despedimos de él; Andrés ya está en la cama—. No soñéis con los aliens.

Adri y yo nos reímos.

—Buenas noches —decimos al unísono.

Entonces, Juan cierra la puerta y nosotros nos vamos al salón. Cerramos la puerta detrás de nosotros y, sin perder ni un segundo, volvemos a besarnos. Hacerlo es como el alivio de beber un vaso de agua fría después de todo un día de sed; estas horas se nos han hecho demasiado difíciles.

—Deberíamos tener cuidado —le advierto cuando nos separamos, por lo menos cinco minutos más tarde—. Creo que Juan se ha dado cuenta de algo.

—Qué va, no creo —responde, frunciendo el ceño.

—Yo creo que sí —insisto—. Tiene ojos, y además no es tonto. Creo que nos ha estado mirando.

—Que nos mire no significa que sospeche nada. —Se encoge de hombros—. Yo creo que hemos sido discretos.

Sus palabras me calientan la nuca, pero a la vez me agobian. No sé si quiero que Juan lo sepa o que no. No sé si quiero vivir esto en secreto o salir corriendo del salón e irrumpir en su habitación para gritarlo.

Entonces me fijo bien en Adri por primera vez desde que nos hemos quedado a solas. El pijama de Juan le queda un poco justo porque él es algo más alto y atlético, y no puedo evitar fijarme en

cómo se le tensa en el pecho, en lo bien que le marca el culo, en cómo hace que se le note toda la…

Joder, Víctor. Para. No te fijes en eso.

Como no ponga mis pensamientos bajo control, me parece que va a ser una noche muy larga. Demasiado larga.

—Bueno… —digo, sintiéndome un poco cohibido de repente—. ¿Nos vamos a dormir?

—¿Tú quieres dormir? —me pregunta con una sonrisa diabólica, y yo enrojezco de forma automática.

—A ver, sí. Pero no tiene que ser justo ahora. Pero nos podemos ir acostando y eso.

—¿Acostando? —repite, arqueando una ceja.

—Joder, tío. Ya sabes lo que quiero decir.

Él se ríe desvergonzadamente y me da un beso en los labios.

—Sí. Lo sé.

Entonces, apagamos la luz y nos metemos en el sofá cama. La temperatura del salón ya había comenzado a bajar en las últimas horas, sobre todo ahora que somos dos personas menos, y agradezco el calor de las sábanas, las mantas… y el cuerpo de Adri, claro. Como si estuviéramos hechos para encajar juntos, nos abrazamos antes de volver a besarnos… durante un largo rato.

Después, nos quedamos en silencio, simplemente acariciándonos. Pero hay algo que no deja de dar vueltas por mi cabeza.

—Oye —digo, y mi voz suena extraña en la oscuridad.

—Dime.

Trago saliva antes de continuar.

—Lo que me has dicho esta tarde, al bajar del autobús… Lo de no contárselo a nadie.

—Sí. ¿Te parece bien?

Buena pregunta. ¿Me parece bien? Sinceramente, no lo tengo muy claro. Pero también sé que esto tiene que ser difícil para él, así que no quiero presionarlo en ese sentido. Sobre todo cuando hay algo más importante que necesito que hablemos primero.

—A ver… sí. Pero no es eso lo que te quería decir.

—¿Entonces?

—¿Qué es exactamente lo que no puedo contar?

Él frunce el ceño, extrañado.

—¿Cómo que el qué? Si ya lo sabes… esto.

—Ya, pero a ver. —Estoy nervioso, y eso hace que esté más aturullado al hablar—. ¿Qué es esto exactamente?

Adri traga saliva de forma audible.

—No sé. Yo creo que es evidente, ¿no?

—Pues no lo sé, Adri. Con estos hacemos como si nada, y sigues llamándome «bro». ¿Somos amigos y ya está o qué?

—No —se apresura a responder.

—¿Amigos que experimentan? ¿Amigos que se besan?

—No. Joder, no. Para mí es mucho más que eso.

—¿Entonces? ¿Qué es lo que somos? ¿Qué soy para ti?

Él permanece en silencio durante un largo rato.

—¿Sinceramente? —susurra—. Eres todo para mí.

Sus palabras hacen que me derrita por completo.

—Y tú también para mí.

—¿Qué quieres tú que seamos? —pregunta a su vez.

—Eso es trampa —protesto, y le doy un puñetazo amistoso en el brazo—. Te he preguntado lo que quieres tú.

De nuevo, se queda un momento en silencio.

—¿Quieres…? —Se detiene y traga saliva antes de continuar, claramente nervioso—. ¿Quieres salir conmigo?

Y ahí está. Lo ha dicho. Y el corazón se me llena de tanta felicidad que estoy prácticamente seguro de que va a estallar.

—Sí —mascullo, tan bajito que me extraña que pueda oírlo.

—¿De verdad? —responde, con la ansiedad evidente en su voz. Sus ojos parecen nubes de tormenta.

—De verdad.

—Entonces… —Hace una pausa—. ¿Somos…, somos novios?

Ahora soy yo quien traga saliva. Se me humedecen los ojos.

—Sí, Adri. Somos novios.

Y, al pronunciar esas palabras, me siento como si mi corazón explotara dentro de mi pecho, convirtiendo todo mi cuerpo en escombros que solo podrían mantenerse unidos si él me sujeta. Y eso es justo lo que hacemos, me abrazo a él y él me devuelve el abrazo, manteniéndome entero, besándome como si quisiera

devorarme, acariciándome como si estuviera asegurándose de que todas y cada una de las partes de mi cuerpo permanecen en su sitio, como si no quisiera perder ni una de ellas.

—¿Te puedo contar una cosa? —susurra cuando nos separamos mucho rato después, acariciándome los labios con un dedo, como si fuera incapaz de dejar de tocarlos.

—Dime.

—No he pensado en ti de otra forma desde el primer día que nos besamos en mi cuarto.

Mis labios se curvan en una enorme sonrisa.

—¿De verdad?

—De verdad.

—Entonces, ¿somos…, somos novios…? —Todavía me cuesta pronunciar la palabra— ¿Desde el día uno de enero?

Adri asiente con la cabeza en la penumbra, rozándome la nariz con la suya.

—Si tú también lo sientes, sí.

—Pues me parece genial.

—A mí también.

Nos quedamos en silencio durante unos minutos, simplemente acariciándonos en la oscuridad.

—Oye —susurro, armándome de valor—. ¿Te puedo contar una cosa yo?

—Claro. ¿Qué pasa?

—El día del beso… O sea, no el del uno de enero, sino el de la fiesta, ya sabes… En fin, quería que supieras que ese fue mi primer beso —confieso, muerto de vergüenza.

—Ya me di cuenta —responde con una sonrisita, y yo me quiero morir de repente.

—¿En serio? ¿Tan mal se me da?

—Qué va. A ver, el día de la fiesta es normal que te quedaras rallado, supongo. Yo también me habría quedado así si tú me hubieras besado de repente. Pero el otro día, el uno de enero… Pues eso.

—Vamos, que lo hice fatal —comprendo, y me quiero morir.

—No, joder. Pero al principio se notaba que no lo habías hecho antes.

Se me escapa una risita nerviosa.

—Pues eso, que beso de pena.

—Que no. Tan solo estabas como tímido. Vergonzoso. Pero después le cogiste el truco, te lo juro.

—Si tú lo dices…

—En serio, bro. No te ralles.

—Oye, de verdad. No puedes pedirme que seamos novios y seguir llamándome «bro».

Ahora es él quien se ríe.

—Joder, es que es la costumbre. ¿Prefieres «cari»? ¿«Churri»?

Tengo que contener las ganas de soltar una carcajada.

—Creo que me quedo con el «bro» de los cojones.

Los dos nos reímos casi en silencio y, una vez más, volvemos a besarnos.

—Deberíamos dormir —susurro contra sus labios al cabo de unos minutos.

—Deberíamos —responde mientras me acaricia el pelo.

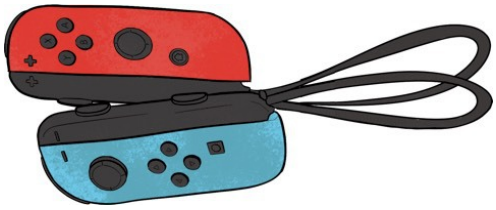
—Venga, buenas noches… Novio.

—Buenas noches… Nobro.

Suelto un resoplido de risa. Y, sinceramente, no sé cuántas veces puede estallar un corazón de pura felicidad, pero juro que vuelve a hacerlo.

Tras un beso más, me acurruco junto a Adri. Él me pasa un brazo por encima para acercarme más, como si no quisiera que hubiera ni un solo centímetro de distancia entre nosotros. Con un suspiro de satisfacción, cierro los ojos y me dispongo a dormir, consciente de que no hay nada que sea capaz de soñar que pueda llegar a ser mejor que esto. Dormir junto a Adri… Dormir junto a mi novio. Joder. De verdad somos novios.

Ahora mismo, la vida no podría ser más perfecta.



58.

La vida es una mierda.

Como pasé la noche del cuatro de enero en casa de Juan (y durmiendo con Adri, es decir… ¡mi novio!), la tarde y la noche del día cinco he estado en casa, lo que obviamente significaba tener que estar con mi padre. Era la Noche de Reyes, y eso en mi casa es sagrado, aunque no sé por qué mi padre le da tanta importancia cuando ni siquiera se esfuerza en regalarnos nada.

A ver, me gustan los regalos del Día de Reyes; no lo voy a negar. Pero el presupuesto lo decide mi padre, y suele ser un poco tacaño. Al menos, es mi madre quien elige los regalos, y este año abro el *Zelda* que tanta ilusión me hacía; mucho mejor que los *FIFA* que se empeñaba en regalarme él hace años. Con todo lo de Adri, apenas he tocado siquiera el *Pokémon* que recibí para Navidad, así que voy a tener juegos para rato.

El caso es que, después de abrir los regalos, tenemos que ir a ver a nuestros abuelos paternos. Y, si a alguien pudiera extrañarle cómo es mi padre, no tiene más que conocerlos a ellos, porque son todavía peores. Al igual que él, han ido empeorando con la edad. De pequeño no me importaba tanto estar con ellos. Pero, con el paso del tiempo y la vejez, se han ido volviendo cada vez más amargados e insoportables. Por suerte, ya solo los vemos una vez al año…, pero hoy es precisamente ese día.

El problema es que no vamos a volver a casa hasta por la noche, y eso significa que no voy a ver a Adri. A mi novio. Nos despedimos el día cinco al mediodía para ir a comer cada uno a nuestra casa, y no nos veremos como pronto hasta mañana por la mañana… Es decir, casi dos días. Casi cuarenta y ocho horas sin ver a mi novio. Real que me cago en mi vida.

El trayecto en coche hasta el pueblo es de tres horas, así que salimos después de abrir los regalos y desayunar algo rápido. Como siempre que tiene que ver a mis abuelos, mi padre está de mal humor. No lo culpo, la verdad. Pero la parte positiva de eso es que apenas habla, así que al menos puedo librarme de sus comentarios estúpidos. En su lugar, me paso todo el camino intercambiando mensajes con Adri; primero despotricando por lo injusto de la situación, y después hablando sobre nuestros respectivos regalos, las ganas que tenemos de volver a estar juntos, y nuestros planes para mañana. Me encanta tener novio.

Vero me dirige miraditas de soslayo de vez en cuando, y tampoco se me escapa que esboza alguna que otra sonrisa. No me cuesta imaginar la razón. Ayer al final no tuvimos ocasión de hablar porque con mi padre en casa no era lo más apropiado y además nos fuimos a dormir temprano, pero, después de lo que me dijo en la cafetería, tengo claro que me apoya. Aunque aún necesitamos esa charla, de momento me basta con saber eso.

Llegar al pueblo es como una patada en el estómago. Por suerte, ya solo vengo una vez al año, y nunca me quedo demasiado tiempo. Pero cuando era pequeño y a principios de la pubertad sí que venía aquí a menudo, y durante estancias más largas, cuando me obligaban a quedarme con mis abuelos. Fue aquí donde me llamaron «maricón» por primera vez, cuando no conocía siquiera el significado de esa palabra, y solo porque no quería jugar al fútbol con los demás niños. A veces llegaba llorando a casa de mis abuelos, y mi abuela, en vez de consolarme, simplemente me decía que tenía que aprender a portarme como un hombre, igual que mi padre.

Al menos, como ya están muy mayores, se han vuelto muy reacios a las visitas y no tengo que seguir haciendo el paripé.

Mi abuela ya casi no cocina y mi abuelo no ha tocado una sartén en su vida, así que pasamos por la pollería para comprar el almuerzo. Un ligero olor a fritanga impregna el local, pero tengo el desayuno ya tan lejos que se me hace la boca agua al ver las bandejas y las fuentes con pollos asados y patatas. Compramos la comida, y después volvemos al coche para acercarnos a la casa de mis abuelos.

Mi padre abre la puerta de entrada con su propia llave; mis abuelos siempre tienen la tele tan alta que no suelen enterarse del timbre y, de todos modos, tardarían mucho en llegar hasta la puerta. Cuando entro, el habitual olor a rancio me golpea de inmediato, más concentrado que nunca. Nunca entendí la razón, porque mi abuela siempre fue una fanática de la limpieza, pero en la casa siempre flotaba ese ligero aroma a algo antiguo y estropeado. Como buenos católicos apostólicos romanos, hay figuras religiosas de cerámica por todas partes, pero la peor de todas es el Jesucristo crucificado a tamaño 1:2 que cuelga frente a la puerta de entrada, como para darnos la bienvenida. De pequeño, tenía pesadillas con él.

Vamos todos juntos al salón, donde mis abuelos están viendo la tele a todo volumen. La Ana Rosa de los cojones, para variar. Todas las ventanas están cerradas a cal y canto; es una costumbre de mi abuela y, supongo, parte de la razón del mal olor. En invierno tiene que estar todo cerrado para que no se vaya el calor, y en verano, para que no entre el calor. El resultado es una especie de microclima húmedo muy poco agradable.

—¡Mamá! —grita mi padre, y después, en voz todavía más alta—: ¡Mamá! ¡Que ya estamos aquí!

Ella se gira hacia nosotros y da un respingo, sobresaltada.

—Ay, hijo —dice, llevándose una mano al pecho huesudo—. No os he oído llegar.

—Con ese volumen, normal —murmura Vero a mi lado.

Durante los siguientes minutos, soportamos los abrazos y besos de rigor y los comentarios desagradables habituales que se supone que hay que tolerar porque «son familia». A mi madre le dicen que le están saliendo muchas arrugas (normal, teniendo que aguantarlo

a él), a Vero que se está poniendo gorda (qué más les dará), y a mí, que estoy demasiado delgado (pues vale).

No espero nada de los regalos de Reyes, así que no me sorprendo cuando abro el mío y me encuentro con una de esas colonias rancias dignas de un padre de familia que va todos los sábados al puticlub y todos los domingos a misa. Según ellos es «para que huelas bien cuando vayas a buscar mozas». Ya. Justo lo que estaba pensando. Lo bueno es que ya tengo regalo para el próximo Día del Padre; sé que no se dará ni cuenta.

A Vero le regalan un libro de cocina «para que vayas aprendiendo, como tu madre». Y, a mi madre, unas sartenes de hierro «de las buenas, las que duran para toda la vida, no como esas porquerías que venden ahora». Como son mujeres, supongo que dan por hecho que su lugar está en la cocina. Por su parte, mi padre recibe una corbata, que a mí no me parece mejor que los regalos que hemos recibido los demás, pero él se muestra entusiasmado. En cualquier caso, el mejor regalo de todos lo tengo yo, y vive a veinte minutos de mi casa.

Desconecto mientras mis abuelos abren sus regalos; tampoco es que me interese demasiado el tema. Con disimulo, saco el móvil para seguir hablando con Adri mientras espero a la hora de comer. Por suerte, el momento no tarda en llegar, y casi consigo comerme la mitad del plato antes de que se dirijan a mí.

—Bueno, ¿y tú qué? —me pregunta mi abuelo, dándome unas palmadas en el brazo—. ¿Qué tal de novias?

Me encojo de hombros, sin saber qué responder.

—Uy, uy, uy, cómo se calla —dice mi abuela, como si fuera una casamentera de repente—. Eso es que hay alguien especial.

Enrojezco un poco; lo ha clavado, pero no como ella piensa.

—¿Este? —interviene mi padre, señalándome con el dedo y mirándome con desdén—. Ya le gustaría a él. Los críos de ahora están amariconaos, solo piensan en los videojuegos.

—Jesús, esa lengua —lo reprende mi madre.

Pero sé que nada de lo que ella diga va a servir de nada. Sin embargo, ahora estoy con Adri. Somos novios. Y, de alguna manera, es como si eso fuera como una especie de escudo contra todo lo que

me digan. Mi padre refunfuña algo en la línea de «cómo está el mundo», mis abuelos le dan la razón, y yo desconecto por completo, centrando mi atención en el pollo y las patatas al horno. Está todo buenísimo, así que no voy a permitir que me amarguen la comida. Mientras tanto, pienso en Adri. En su sonrisa, en su risa. En sus ojos grises. En sus besos, sus abrazos, sus caricias. Ya falta menos para que volvamos a vernos.

No me dejan levantarme de la mesa hasta que la comida concluya oficialmente, así que, cuando me termino el primer plato, me sirvo otro. Mi madre, mi hermana y yo apenas hablamos. Mi padre y mis abuelos monopolizan la conversación, criticándolo todo y a todos: a los jóvenes, a los inmigrantes, a las feministas y los maricones, al presidente, a la sociedad en general. Lo mismo de siempre. Yo asiento con la cabeza de vez en cuando, casi sin escuchar, contando mentalmente las horas para volver a casa. Es un método absurdo, pero me mantiene cuerdo.

Cuando por fin terminamos, «los niños», es decir, Vero y yo, tenemos la obligación de recoger la mesa.

—Joder, qué cuadro —comenta ella cuando entramos en la cocina. Me río por primera vez en varias horas.

—Ya ves. Dan ganas de abrirse las venas con el tenedor.

—Oye, más te vale que tires esa colonia cuando lleguemos a casa —añade—. Si Adri te huele con eso, te quedas sin novio.

Vuelvo a reír, enrojeciendo ligeramente. Me resulta un poco extraño que lo sepa, pero Vero hace que todo sea tan natural que me siento extrañamente cómodo con la situación.

Tras la sobremesa eterna, llega el momento del café. Mi padre se mete con Vero porque «le echa demasiado azúcar», mi abuela acusa a mi madre de cocinar con demasiada grasa (a pesar de que insiste en decir que yo estoy demasiado delgado) y mi abuelo empieza a contar por enésima vez la historia de cuando hizo la mili en Zaragoza, «no como ahora, que todos los chavales viven entre rositas». A mitad de la anécdota, siento que me vibra el móvil y lo saco con discreción. Es Adri.

Aguanta, que ya queda menos

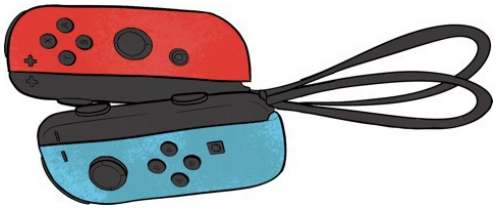
Te echo de menos

Se me escapa una sonrisa, pero me apresuro a ocultarla para que nadie la note.

La tarde se alarga aún más, como un chicle interminable sin sabor ni gracia. Mis abuelos insisten en enseñarnos por décima vez las fotos de cuando mi padre era pequeño, como si alguno de nosotros sintiera algún cariño por él. Mi madre trata de mantener la paz cuando hay algún momento de tensión, pero se le nota el cansancio. Vero se refugia en un crucigrama que ha encontrado en una revista de hace siete años. Yo, mentalmente, ni siquiera estoy aquí. Estoy con Adri, imaginando su voz, sus manos, la forma en que me mira como si todo tuviera sentido.

A eso de las siete, por fin, mi padre anuncia que tenemos que irnos porque «hay que ir volviendo a casa». Nunca me he alegrado tanto de escucharlo hablar. Los besos de despedida son igual de fríos que los de bienvenida y, cuando salimos a la calle, me da la impresión de que por fin soy capaz de respirar otra vez. El aire de enero, fresco y limpio, me despeja la cabeza.

Nos subimos al coche. Mi padre arranca y el trayecto de vuelta comienza en silencio. La luz de las farolas lo tiñe todo de naranja y, por un momento, siento una especie de paz extraña, como si el día hubiese sido una prueba de resistencia y por fin estuviera cruzando la meta. Le mando un mensaje a Adri para contarle que ya estoy volviendo y, después, apoyo la cabeza contra la ventanilla y cierro los ojos. La vibración del coche y el cansancio del día se combinan en mi contra y, para cuando quiero darme cuenta, el sueño ya se está apoderando irrevocablemente de mí.



59.

Cuando llegamos a casa ya son más de las diez. Estoy agotado, y lo único que quiero es cenar lo antes posible para poder meterme en la cama, cerrar los ojos y no pensar en los comentarios de mis abuelos, ni en mi padre, ni en el olor a rancio que aún siento pegado a la ropa, como si se me hubiera metido bajo la piel. Decido darme una ducha rápida para quitármelo todo de encima. ¿Quién me iba a decir que el aire contaminado de la ciudad me parecería mucho más limpio que el de esa casa?

Mientras me lavo los dientes después de no haber podido hacerlo desde el desayuno, le mando unos mensajes a Adri.

Joder, vaya día

Me voy a la ducha, que me siento asqueroso

Tú cómo estás?

Entonces, me meto en la ducha y suelto un suspiro bajo el agua caliente, disfrutando de la presión y el calor que deshacen poco a poco la tensión que he ido acumulando a lo largo del día.

Cuando salgo de la ducha, veinte minutos más tarde, lo primero que hago es leer la respuesta de Adri

Yo bien, tranquilito en casa

Me avisas cuando salgas de la ducha?

Porfa

Me apresuro a responder.

Acabo de salir

Qué pasa? Todo bien?

Sí, sí, tranquilo.

Avísame cuando te vistas!

Vaaaleee…

Entonces, comienzo a secarme cuidadosamente y después me pongo el pijama que he dejado en el bidé. Vuelvo a coger el móvil para avisar a Adri.

Hala, ya está

Vale, es que a ver

Se me ha perdido un guante, no lo encuentro por ninguna parte

Creo que ayer cuando nos despedimos se me debió de caer cerca de tu portal 😅

Puedes bajar a mirar si está?

Podrías decir que vas a tirar la basura o algo

Pongo los ojos en blanco y sonrío al mismo tiempo: típico de Adri. Se le caería la cabeza si no la llevara pegada al cuello.

Eres un desastre 🙄

Ahora voy, a ver si hay suerte

Pero no cuentes con ello

Me seco el pelo y voy a la cocina, donde mi madre está preparando una cena rápida. Me dirige una mirada de alivio; ella está tan contenta de haberse marchado de esa casa como yo.

—Voy a bajar la basura —anuncio—. Que ayer no pasó el camión por ser Noche de Reyes.

—Vale, cariño —responde con una sonrisa sincera—. Gracias.

Cojo la bolsa que hay en el lavadero de la cocina y voy hacia la entrada. Descuelgo el abrigo del perchero; aunque solo vaya a estar un minuto fuera, no me apetece pasar frío. Salgo con él en una mano y la basura en la otra, llamo al ascensor, y me pongo el abrigo mientras espero.

El portal está completamente oscuro cuando salgo del ascensor. Presiono el interruptor de la pared y, entonces, el corazón se me detiene de golpe al ver la figura que hay allí esperando.

Es Adri.

Está apoyado contra la pared como si tal cosa, mirándome con esa sonrisa que hace que me entren ganas de abrazarlo hasta quedarme sin oxígeno. Apenas soy capaz de asimilar que haya venido de verdad. Estoy tan emocionado que, si abro la boca, igual me pongo a llorar como un idiota.

—Ni que hubieras visto a un fantasma —dice con una sonrisa llena de picardía.

Sin saber qué decir, me abalanzo hacia él. Adri me abraza con fuerza y me besa de lleno, dejándome sin aliento.

—¿Qué estás haciendo aquí? —susurro contra sus labios, incrédulo.

—Venir a verte. —Levanta una ceja—. ¿No es evidente? No me podía pasar dos días enteros sin ti, bastante me ha costado ya tener que esperar hasta ahora.

—Pero no puedo salir ahora. Estoy en pijama, mi madre está preparando la cena, y…

—Ya lo sé —me interrumpe—. No hace falta que salgas. Solo quería venir a verte cinco minutos.

Me lo quedo mirando con la boca abierta. ¿De verdad ha venido hasta mi casa, de noche y con el frío que hace… solo para verme unos pocos minutos?

Ahora soy yo quien lo besa con ganas. Menos mal que me he lavado los dientes hace un rato.

—¿Eres consciente de que son más de cuarenta minutos entre la ida y la vuelta solo para estar cinco minutos juntos?

—¿Y qué? Es que me apetecía verte, así que vale la pena. Y más después del día que has tenido.

—Joder —susurro, notando el escozor de las lágrimas en los ojos —. Eres increíble.

—Qué va.

Sin saber qué otra cosa hacer, vuelvo a abrazarlo y dejo que las lágrimas queden en libertad. Apenas tenemos cinco minutos, pero estar con él hace que toda la tensión del día se disuelva de golpe. Como si no hubiera ocurrido nada malo, como si hubiéramos pasado directamente de la noche y la mañana en casa de Juan a esto.

—Ey, ey, ey —susurra—. No llores.

—Es que odio ir allí —logro mascullar—. Lo odio. Y te echaba de menos.

—Y yo a ti. —murmura contra mi pelo—. No quiero que tengas que pasar más días así. En cuanto me dijiste que ya estabas llegando, me vestí y salí de casa. Tenía que venir a verte, aunque solo fueran cinco minutos.

Me aprieta más fuerte. Y yo lo abrazo como si no quisiera soltarlo nunca, y supongo que es por eso: porque no quiero. Ese olor, esa calidez… lo echaba demasiado de menos. Hundo la cara en su cuello para impregnarme de su aroma y siento un alivio casi físico.

Cuando nos separamos unos centímetros, lo justo para poder mirarnos, me cuesta mirar a otro sitio que no sean sus ojos, esos ojos grises donde siempre necesito perderme. No sé si es por la luz, pero esta noche me parecen más brillantes que de costumbre. O igual soy yo, que llevo un día entero echándolos de menos.

—De verdad, estás loco —digo, incapaz de creer que de verdad haya venido.

—Ya, bueno —responde con una sonrisa—. Loco por ti, a lo mejor.

Lo dice como quien dijera que hoy hace frío o que está cansado: con una naturalidad que me desmonta por completo. Sus palabras me provocan un escalofrío que recorre todo mi cuerpo, y no me queda otra que abrazarlo otra vez.

No sé cuánto tiempo pasa. Quizá un minuto. Quizá menos. Pero cada segundo me reconforta y aleja un poco más los recuerdos del día.

Pero, entonces, un olor desagradable se cuela entre el reconfortante aroma de Adri, y me doy cuenta de que la bolsa de basura se ha quedado olvidada frente al ascensor. La miro, y él sigue la dirección de mi mirada y se ríe al verla.

—Menudo regalito que me has traído.

—No te quejarás —bromeo—. Es una basura confeccionada especialmente para ti.

—Joder, bro, qué detallazo. Voy a llorar. —La sonrisa se me escapa sola—. Puedo tirarla yo cuando me vaya, así estamos un poco más aquí dentro.

—Me parece bien.

Entonces, Adri se acerca un poco más y pega su frente a la mía.

—¿Estás bien? —me pregunta bajito—. Lo de tus abuelos y el pueblo… lo de tu padre… ¿Estás bien de verdad?

Esa pregunta me rompe un poco. Porque nadie me la había hecho hoy.

Trago saliva y asiento con la cabeza.

—Ahora sí.

Él me acaricia la mejilla con los dedos, suave. Es un gesto pequeño, pero me llena por dentro.

—Mañana será mejor —dice—. Y pasado. Y todos los días que vengan. Contigo.

Yo no digo nada. Tan solo me quedo mirándolo, memorizando cada detalle por si estos cinco minutos tienen que durarme hasta mañana. Su voz baja, su aliento todavía frío por el aire del exterior, la forma en que sus dedos se enredan en la manga de mi abrigo como si él tampoco quisiera soltarme.

Pero los minutos transcurren, inexorables, y sé que ya ha pasado demasiado tiempo para la excusa que he dado al salir.

—Tengo que irme —susurro, aunque no quiero hacerlo.

—Lo sé.

Lo abrazo otra vez, rápido y fuerte. Él me devuelve el abrazo con la misma intensidad, como si los dos estuviéramos intentando robar

un poco de tiempo que no nos pertenece.

Nos separamos un poco y, antes de soltarme, me da otro beso en los labios, largo y profundo.

—Buenas noches, bro.

—Buenas noches.

Entonces, coge la bolsa de basura y se aleja hacia el portal. Presiona el interruptor para abrirlo y, antes de salir por la puerta, me lanza una de esas sonrisas que siempre consiguen detenerme el corazón. Entonces, cierra la puerta y se marcha.

Suelto un suspiro largo, sintiendo como si el pecho se me desbloquease por completo. Después, me apresuro a subir; por suerte, nadie ha llamado al ascensor en este rato y no tengo que esperar.

—¿Qué has ido, hasta el vertedero a tirar la basura personalmente? —me pregunta Vero cuando entro en casa, alzando una ceja.

—Es que no han sacado los cubos en la mitad de los portales. Me he tenido que ir hasta el final de la calle.

—A veces en estas fechas se les olvida sacarlos —dice mi madre.

Por suerte, mi padre permanece extrañamente callado durante la cena; supongo que estará cansado después de haberse pasado tantas horas conduciendo. Sin embargo, mientras comemos no se me escapa el hecho de que Vero me lanza miradas furtivas de vez en cuando; está claro que sospecha algo. Y, teniendo en cuenta que ya nos vio en la cafetería, no me cuesta imaginar lo que se le estará pasando por la cabeza en estos momentos.

Así pues, cuando nos quedamos solos en la cocina para recoger las cosas de la cena, aprovecho para sacar el tema.

—¿Te puedo contar un secreto? —susurro.

—Claro, enano. Dime.

—En realidad no he ido a tirar la basura. O sea, sí que he ido. Pero porque Adri me dijo que bajara con la excusa de que se le había caído un guante por aquí. Ha venido a verme y darme la sorpresa.

Ella sonríe ampliamente.

—Joder. Sois asquerosamente monos. —Pone los ojos en blanco, pero sé que no va a malas—. Aunque, con la de cabrones que hay por el mundo, me alegra que sea él mi cuñado.

Sus palabras me hacen sentir un cosquilleo agradable.

—Entonces… ¿te parece bien?

No lo digo directamente, pero está claro lo que quiero decir: si le parece bien esto que ha descubierto sobre mí. Si le parece bien que sea… así. Que me gusten los chicos.

—Claro que sí, enano —me asegura, y se acerca para darme un enorme abrazo—. Sigues siendo el mismo Víctor de siempre. Y te adoro igual que siempre.

Una vez más, se me escapan las lágrimas mientras me abraza; unas lágrimas de pura felicidad.

—Gracias —susurro sobre su cabeza; al fin y al cabo, soy mucho más alto que ella.

—De nada. ¿Se lo vas a contar a mamá?

—Sí. Pero no sé cuándo.

—Bueno, tú tómate el tiempo que necesites. Pero se lo va a tomar bien, ya lo verás.

—Eso espero.

En realidad, quien me preocupa es mi padre, pero eso no lo mencionamos.

—Una cosa más —añade cuando nos separamos, ahora más seria —. Yo pensaba que Adri era hetero hasta el día que os vi en la cafetería, pero no sé lo que habrá estado haciendo por ahí, ya sea con chicos o con chicas. Tienes que tener cuidado con lo que hacéis, ¿vale?

Enrojezco de forma casi violenta. Por supuesto, no hemos hecho nada de lo que ella está hablando, pero me avergüenza demasiado pronunciar las palabras en voz alta.

—Tranquila —digo simplemente.

—Estas navidades has estado mucho con Fran… supongo que él ya sabía lo de Adri. —Asiento con la cabeza, un poco preocupado, pero no parece molesta—. Pues si necesitas consejo para…, otras cosas…, habla con él, ¿vale? Tiene más experiencia con esto.

—Vale. Gracias.

—De nada, enano. Y no te pongas tan rojo, hombre. Que no pasa nada.

Suelto una risita nerviosa antes de darle un abrazo rápido y marcharme de la cocina.

Estoy muy cansado, así que paso por el baño y después me voy directamente a la cama. Por supuesto, después de taparme bien, me paso unos minutos intercambiando mensajes con Adri antes de irme a dormir; eso es absolutamente imprescindible. Mañana es sábado, el penúltimo día de las vacaciones de Navidad, así que hacemos planes para pasarme la tarde en su casa.

Cuando al fin me abrazo a la almohada y cierro los ojos, soy incapaz de dejar de sonreír al recordar su visita de esta noche.

Cien pulsaciones por segundo cada vez que nos besamos.

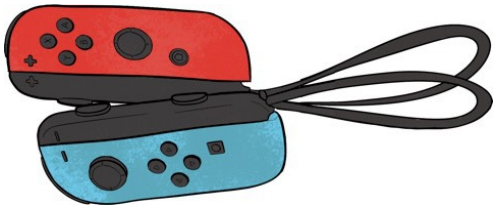
Veinte minutos de camino.

Seis días siendo novios.

Cinco minutos en el portal.

Cero dudas.

No sé cuándo ha pasado, pero las matemáticas del corazón no mienten: estoy profundamente enamorado de él.



60.

El domingo por la tarde, Adri y yo decidimos ir al cine. Una cita, supongo. Y estoy nervioso. Muy nervioso. No sé muy bien por qué; no es como si estuviéramos conociéndonos porque somos amigos desde hace años, y tampoco es como si estuviéramos empezando porque ya llevamos más de una semana besándonos como si no hubiera un mañana cada vez que podemos. Ni siquiera es la primera vez que venimos solos al cine; aunque casi siempre lo hacemos con Juan y Andrés, en alguna que otra ocasión hemos venido solos.

Supongo que estoy nervioso por las expectativas. La oscuridad. La posibilidad de cogernos de la mano sin que nadie se dé cuenta. De besarnos a escondidas. Sí, está claro: decir que estoy nervioso sería quedarme muy corto.

El cine al que solemos ir se encuentra a unos veinte minutos en autobús, así que quedamos en la parada donde siempre nos vemos para ir al instituto. Una vez más, Adri camina directamente hasta los últimos asientos. Una vez más, nos devoramos con ansia hasta que alguien se sienta delante de nosotros. ¿Se nos pasarán alguna vez estas ganas mutuas? No tengo forma de saberlo, pero, sinceramente, espero que no.

Una vez en el centro comercial, vamos derechitos a la entrada del cine; Adri ya ha comprado las entradas por la aplicación. Aunque llevamos refrescos y golosinas de contrabando en las mochilas,

ninguno de los dos somos capaces de resistirnos a las palomitas del cine, así que nos dirigimos hacia la cola del bar.

—¡Adri! —dice una voz muy animada detrás de nosotros—. ¡Víctor! ¡Hola!

Me doy la vuelta, temiéndome lo peor, y mis sospechas se confirman de inmediato.

Es Sandra. La que faltaba. Me cago en mi vida.

—Hola —responde Adri, con una sonrisa, y ella se acerca para darle un abrazo con besazo incluido en la mejilla que hace que me hierva la sangre.

Entonces se acerca a mí, como dudosa, y me da dos besos mucho menos entusiastas. No me molesto en saludar.

—Estas son Lucía y Carlota, van a otro insti —dice, presentándonos a sus amigas.

No se me escapa el hecho de que una de ellas está literalmente devorando a Adri con la mirada, y eso me enfurece todavía más. Me quedo un poco al margen mientras se saludan entre ellos, aunque no rechazo los besos. Comienzan a hablar, pero desconecto de inmediato, tratando de concentrarme en el hecho de que muy pronto voy a poder estar a solas con Adri, en la oscuridad de la sala, justo en la última fila… Me doy cuenta de que Sandra y la otra tipa lo tocan mucho; los brazos, los hombros, hasta la cara en un par de ocasiones. Los celos se extienden por mi cuerpo como algo caliente, viscoso y desagradable, pero me esfuerzo por controlarlos. Adri es mi novio.

Por suerte, no tarda en llegarnos el turno del bar. Compramos unas palomitas gigantes para compartir y, antes de que el trío de sobonas pueda alcanzarnos, me apresuro a caminar directamente hacia la sala, deseoso de poner toda la distancia posible.

—Ya es casualidad —dice Adri, sonriendo—. Ellas van a la misma peli que nosotros.

No me jodas.

—Ah, qué bien.

Pero, antes de que pueda proponernos que las esperemos, entro en la sala y camino directamente hacia nuestros asientos, justo en la última fila. Aunque las entradas son numeradas, no hay mucha

gente en la sesión y, conociendo a Sandra, es perfectamente capaz de acoplarse a nosotros. Y no pienso permitirlo.

—¿Estás bien? —me pregunta Adri cuando ocupamos nuestros asientos.

—Sí, ¿por? —respondo con fingida inocencia.

—Te noto raro —señala, y yo me encojo de hombros.

—Es que no esperaba encontrarme con nadie aquí.

—Ah, ya. Pero bueno, no pasa nada. Sandra es buena tía.

Contengo las ganas de resoplar.

—Ya.

Entonces, Adri le echa un vistazo hacia la puerta para asegurarse de que no entre nadie y me besa en los labios. Tengo que admitir que eso me ayuda un poco con el mal humor.

Sandra y sus amigas no tardan mucho más en entrar. Me doy cuenta de que la sobona mira a su alrededor, como buscándonos, pero no nos encuentra. Por suerte, estamos demasiado lejos. Las tres ocupan sus asientos y, por fin, puedo suspirar aliviado. Me giro hacia Adri para darle un beso; ya estoy empezando a tranquilizarme un poco.

Tras una ronda interminable de anuncios y tráilers, la película comienza. Se suponía que era de terror, pero tampoco la ponían demasiado bien, así que asusta bastante poco. Mejor así. Aunque nos pasamos los primeros quince minutos devorando palomitas, cuando se nos acaban podemos hacer lo que hemos venido a hacer en realidad, que es acariciarnos, tocarnos y besarnos cada vez que podemos.

Ahora entiendo por qué las parejitas suelen irse a la última fila del cine.

De pronto, veo por el rabillo del ojo que una figura se pone en pie unas cuantas filas por delante de nosotros, justo donde se han sentado las sobonas. Me apresuro a mirar y, a pesar de la oscuridad, estoy casi seguro: es Sandra.

Meto la bolsa de gominolas en la mochila para que no se desparramen por ahí y me inclino hacia Adri.

—Voy al baño. Ahora vuelvo.

Me apresuro a salir de la sala, pero Sandra ya no está por ninguna parte. Con el corazón acelerado, aguardo junto a la puerta del baño de las mujeres, sin saber muy bien qué le voy a decir exactamente. Espero un par de minutos, y entonces, sale al fin por la puerta.

—¡Hola! —me saluda con su puta sonrisa llena de dientes blancos y perfectos que tiene—. Te has confundido, el baño de los chicos está por allí —añade, señalándolo.

—No he salido al baño.

Ella frunce el ceño, extrañada.

—¿No?

—No. Quiero hablar contigo.

—Claro —dice, sonriendo otra vez. Juro que lo hace a propósito —. ¿Qué pasa?

En otra situación, tal vez me gustaría tratar de optar por la vía diplomática, pero lo de antes me ha tocado demasiado los cojones.

—Que eres una pesada —respondo—. Eso es lo que pasa. Que quiero que me dejes en paz. Que pares con los mensajitos. Que dejes en paz a Adri. Que dejes de sobarle y de darle abracitos y besitos. Que no le gustas. Métetelo en la cabeza.

Quiero añadir «soy yo quien le gusta», pero soy demasiado cobarde para hacer eso.

Ella parece dolida por mis palabras, y hasta veo unas lágrimas brotando en sus ojos. Me arrepiento un poco por haber sido tan borde, pero sé que tengo que mantenerme firme.

—Víctor… ¿de qué estás hablando?

—No te hagas la tonta —le espeto—. ¿Te crees que no te vi el día de la fiesta, sobándolo todo lo que podías? ¿Y hoy también, con los abrazos y los besos, como si fuerais algo que no sois? ¿Te crees que no me he dado cuenta de cómo lo miras?

—Víctor…

—Y una cosa más —la interrumpo. Miro a mi alrededor antes de continuar, bajando la voz—: Como le cuentes a alguien que nos has visto juntos, te vas a enterar.

Me arrepiento de inmediato de mis palabras. Sin darme cuenta, prácticamente acabo de contarle lo que hay entre Adri y yo.

Ella sigue con los ojos húmedos, pero ahora parece más enfadada que dolida.

—¿Puedo hablar ya?

—Sí.

—No es lo que tú piensas.

Suelto un resoplido.

—Venga ya, Sandra. Que no soy tonto.

—Pensaba que ya podía hablar —me reprende.

—Lo siento —me obligo a decir, muy a mi pesar—. Sigue.

—No es lo que tú piensas. Adri y yo solo somos amigos. —Abro la boca para protestar, pero ella levanta un dedo, silenciándome de inmediato—. Es verdad que me gustaba. Y es verdad que en la fiesta intenté que pasara algo con él.

—¿Y pasó algo? —pregunto sin poder evitarlo; llevo un mes sin poder sacármelo de la cabeza, pero estos días no he querido sacar el tema con Adri.

—No —responde, tan tajante que no tengo más remedio que creerla—. No pasó absolutamente nada. ¿Te quedas más tranquilo así?

—Pues sí —admito a regañadientes.

—Lo único que pasó fue que Adri y yo empezamos a hablar mucho a raíz de eso… y de vuestro beso. Antes éramos conocidos, compañeros de clase y ya está, pero después nos hicimos amigos. Y entonces me contó lo que sentía por ti.

El corazón me da un vuelco al oír eso último.

—¿Lo que sentía por…?

—Venga ya, no te hagas el tonto. —Pone los ojos en blanco—. Sé perfectamente lo que hay entre vosotros. ¿Te crees que a Adri se le ocurrió solito la idea de las uvas falsas o qué?

Abro mucho los ojos, comprendiéndolo al fin.

—Entonces, ¿tú has…? ¿Nos has estado ayudando?

—Pues sí, pedazo de gilipollas. ¿Por qué te crees que te preguntaba qué tal con él? Estaba tratando de indagar, de sacarte información para saber si tú sentías lo mismo que él. El pobre estaba hecho un lío, no sabía qué hacer ni cómo actuar contigo.

Y yo que pensaba que tan solo estaba buscando provocarme, meter el dedo en la llaga… Y resulta que en realidad solo estaba tratando de ayudarme. De ayudarnos.

Decir que me siento fatal sería quedarme corto.

—Yo… Lo siento. No sé qué decir.

—Ya, bueno. Habría estado bien que no me hubieras dicho de todo sin saber, la verdad. Yo lo único que quería era que Adri fuera feliz. Aunque, sinceramente, no sé si se merece a alguien tan imbécil.

—De verdad que lo siento —susurro; ahora soy yo quien tiene los ojos húmedos.

—Ya. Pero, como me entere de que alguna vez le hablas así a Adri, te corto los huevos. —Hay algo en su expresión que me deja muy claro que lo dice totalmente en serio—. Y ahora me voy, que no quiero seguir perdiéndome la película por tu culpa. Chao.

Me quedo plantado donde estoy, completamente hecho polvo. Llevo un mes pensando fatal de ella, creyendo que era una especie de arpía que tan solo quería echarle el guante a Adri… y no podía haber estado más equivocado. Tengo que buscar la forma de pedirle perdón, de compensárselo si puedo.

Alicaído, vuelvo a la sala y me desplomo en mi asiento junto a Adri. Él me coge la mano de inmediato y me da un beso breve, pero me siento demasiado mal como para seguir como estábamos antes. En su lugar, aunque no le suelto la mano, trato de concentrarme en lo que queda de película.

—Un poco mierdosa, ¿no? —dice Adri con una media sonrisa cuando se encienden las luces.

—Ya te lo dije —señalo—. Las críticas la ponían fatal.

Veo por el rabillo del ojo que Sandra y sus amigas ya se están marchando; eso me hace sentir un poco más tranquilo.

—Bueno, pero hemos podido estar juntos —añade Adri, con un brillo de felicidad en los ojos—. Así que ha valido la pena.

—Eso siempre. ¿Te apetece que vayamos a tomar algo? —propongo—. No quiero irme a casa todavía.

Hay una cafetería nada más salir del cine, así que entramos ahí. Pedimos un par de chocolates y nos sentamos en la mesa más

alejada.

—Está rico —dice Adri tras dar el primer sorbo.

—¿Más que el café?

—No —responde con una sonrisa—. Eso no.

Nos reímos juntos, pero lo de Sandra no deja de darme vueltas por la cabeza. Sé que no voy a quedarme tranquilo hasta que se lo cuente, de modo que decido no esperar más y lo hago, sin dejarme nada. Mientras hablo, me siento todavía más imbécil.

Adri permanece unos instantes en silencio cuando termino.

—A ver… Es verdad que has sido un poco gilipollas.

Sus palabras escuecen, pero sé que me las merezco.

—Lo sé —respondo—. Y lo siento mucho.

—Aunque yo también tengo parte de culpa. Tendría que haberte dicho que nos habíamos hecho amigos, pero…

No necesito que termine la frase. Hemos estado demasiado ocupados conociéndonos como pareja, besándonos, abrazándonos y explorándonos mutuamente como para hablar de demasiadas cosas ajenas a nosotros.

—Entonces, lo que me ha contado es cierto.

—Sí —confirma—. Estaba muy rallado, la verdad. Nunca me había gustado un chico, ¿vale? Ni siquiera me había dado cuenta de que tú me gustabas. O sea, siempre estaba deseando verte, pero pensaba que era lo normal. Eras mi mejor amigo, mi bro. —Traga saliva, y veo en sus ardientes ojos grises que todavía no ha terminado—. Pero entonces me dijeron que besara a un chico, y solo podías ser tú. Y te besé. Y fue lo mejor que me había pasado en la vida. Y entonces supe que necesitaba seguir besándote.

Se ha puesto tan rojo que no me extrañaría que empezara a arder en cualquier momento. Yo, por mi parte, estoy casi sin palabras.

—Joder —digo al fin—. A mí me pasó algo parecido.

—Pues podías haberme mandado alguna señal, no sé —se queja.

Ahora me quedo boquiabierto.

—Venga ya, Adri. ¿En serio no estaba clarísimo?

—Pues no, ¿vale? O sea, a veces pensaba que sí, pero me daba miedo que no, que fuera a cagarla. No soportaba la idea de no

volver a besarte, pero pensé que era mejor eso que perderte como amigo.

—¿Y por eso te distanciaste?

—En mi cabeza tenía sentido, ¿vale? Si me alejaba un poco, si trataba de olvidar lo que sentí al besarte, a lo mejor dejaba de tener esos sentimientos tan fuertes. A lo mejor podía conformarme con ser tu amigo, aunque no pudiera volver a besarte nunca más. Pero era demasiado difícil.

Sus palabras me conmueven tanto que se me humedecen los ojos.

—¿Y cuándo entró Sandra en escena?

—A ver, el día de la fiesta ya le dejé claro que no quería nada con ella. Que me caía muy bien, pero que solo podíamos ser amigos. Y ella lo aceptó, y durante esos días, seguimos hablando. Solía pasarme los recreos con ella; a sus amigas no les hacía mucha gracia. Y, un día, le dije lo que sentía por ti. Se enfadó muchísimo.

—¿Por qué?

—Porque me estaba comportando como un imbécil contigo, evidentemente. Ella se había dado cuenta de que me había alejado de ti, y sospechaba la razón, pero no lo tenía claro. Me dijo que estaba siendo un gilipollas y que te pidiera perdón inmediatamente.

—Pero no lo hiciste —señalo.

—No —reconoce—, pero es que no sabía cómo hacerlo. Así que, en vez de eso, fui acercándome a ti poco a poco, intentando tantearte un poco. Tenía miedo de que me odiaras. Pero, el día que nos caímos en Educación Física… Joder, es que te juro que solo quería besarte. Me costó mucho controlarme cuando estábamos en el suelo, y después en el vestuario y todo.

—A mí también me pasó —confieso, recordando de repente cómo me secó el pelo, el cariño de ese simple gesto.

—El caso es que todos los días le contaba a Sandra lo que iba pasando. Ella estaba segura de que yo te gustaba, pero yo no lo tenía tan claro. Me daba miedo dar el paso y cagarla.

—¿Y en navidades…?

—Fue horrible —admite con una risita—. Tuve que estar una semana sin ti, y fue todavía peor de lo que esperaba. Por eso te dije

que nos viéramos nada más volver a casa, ya no podía aguantar ni un minuto más. Aunque me arriesgara a que te enfadaras, necesitaba saber si te gustaba o no. Te juro que me estaba volviendo loco.

—No eras el único —digo con una sonrisa—. Aunque me esperaba que lo de las uvas falsas fuera idea tuya.

Él se ríe.

—A ver, fue un poco idea de los dos. Pero lo de hacerlo con gominolas fue idea mía, que conste.

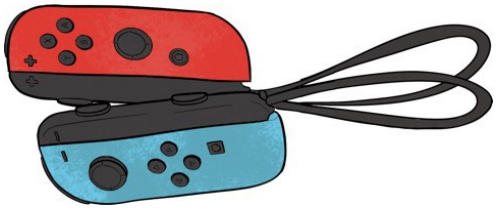
—Pues estaban ricas.

—Más rico estuvo lo de después.

—¿El qué? —pregunto, y él esboza una sonrisa traviesa.

—Tú.

Y me derrito.



61.

El lunes comienzan las clases, y con ellas, nuestra nueva rutina.

Todas las mañanas, Adri y yo nos vemos en la parada del autobús. Antes, siempre nos abrazábamos, pero ahora hay mucho más. Ahora hay besos. Nos besamos en la parada y, por supuesto, también nos besamos en el autobús, hasta que llegamos a la parada de Andrés. Para entonces, siempre colocamos nuestros abrigos estratégicamente sobre nosotros, con el objetivo de poder tener las manos unidas durante el resto del trayecto. Y, aunque no me gusta tener que escondernos de nuestros amigos, de momento me basta con tenerlo a él.

Durante el día en el instituto lo tenemos más difícil, pero tratamos de encontrar excusas para besarnos a escondidas, como ir al baño juntos. Aun así, esto es lo más complicado, así que cuando llega la hora de volver a casa y nuestros amigos se bajan del autobús, nosotros aprovechamos para recuperar el tiempo perdido. Después, por las tardes, intentamos buscar excusas para seguir juntos, como ir a estudiar a la biblioteca, o el uno a la casa del otro.

—Te veo más animado —me dice Eric un día, cuando me acerco para entregarle una redacción de Inglés—. ¿Te has quitado esos agobios de encima?

—Sí, la verdad. Ya estoy mucho mejor.

—Me alegro. Y también me alegra ver que Adrián y tú volvéis a estar como antes. —Me dirige una sonrisa cálida, aunque me parece ver nostalgia en su mirada—. Sois muy jóvenes, pero lo que hay entre vosotros es muy bonito. No lo pierdas.

No sé cómo lo ha hecho, pero lo sabe. Lo sabe todo. En otras circunstancias, con otro profesor, tal vez me asustaría, pero es Eric. Sé que me apoya. Y sé que puedo confiar en él.

Tímidamente, trato de acercarme un poco a Sandra a lo largo de la semana. Aunque el lunes pasó de mi cara cuando la saludé, he seguido insistiendo hasta que me devolvió el saludo.

—Ven conmigo —me dice Adri el viernes, cuando llegamos a clase y vemos que todavía hay poca gente.

Lo sigo hasta donde se encuentra Sandra, y él la sorprende con un abrazo de oso por la espalda. Trato de contener la débil oleada de celos que siento en mi interior; sé que no son más que amigos. Ella se da la vuelta, sorprendida, y le devuelve el abrazo.

—¿Y esto? —pregunta, claramente complacida.

—Me apetecía —responde Adri, con esa naturalidad tan propia de él.

Sandra me echa un vistazo. Me encuentro a apenas un metro de distancia de ellos, sin saber muy bien qué hacer. ¿Debería tratar de abrazarla también? ¿Y si me mete una hostia?

Entonces, pone los ojos en blanco y sonríe.

—Ven aquí, anda.

Abre los brazos y, sonriendo, me acerco a ella para abrazarla, no sin cierta torpeza. Se me hace raro, pero, de alguna manera, me siento cómodo con ella. Con un poco de suerte, tal vez llegaremos a ser amigos en el futuro.

—Lo siento —susurro cerca de su oído, para que solo ella pueda oírlo—. Fui un gilipollas y me merezco que me odies. Pero gracias por todo lo que has hecho por nosotros.

—De nada. Y sí, lo fuiste, pero supongo que no puedo culparte. Yo también me habría portado como una imbécil por él.

Sonriendo, Adri y yo nos dirigimos hacia nuestros asientos, bajo la mirada desconcertada de Andrés y la sonrisita sutil de Juan. Cada vez estoy más convencido de que se huele algo.

Por la noche, Adri se queda a dormir en mi casa aprovechando que mi padre va a pasar el fin de semana en el pueblo. Aunque seguimos pasando las noches completamente vestidos, poder abrazarnos para dormir es una de las mejores cosas que me han ocurrido en la vida. Nos pasamos el sábado juntos en casa, jugando a la Switch y besándonos cada vez que podemos, y todo es simplemente perfecto. Apenas soy capaz de creer que esta esté siendo realmente mi vida.

Para cuando se va acercando la noche del sábado, ninguno de los dos tenemos ganas de separarnos, así que le pido permiso a mi madre para que se quede otra vez. Ella acepta, aunque, como los fines de semana trabaja de noche en el restaurante, nos prohíbe pedir otra pizza. En su lugar, nos preparamos unos sándwiches en la cocina, y la situación tiene un aire tan cotidiano que no lo cambiaría por nada.

El domingo volvemos a quedar con nuestros amigos; en esta ocasión, se vienen todos a mi casa para seguir aprovechando la ausencia de mi padre. Nuestro plan no es muy distinto al habitual, Switch y película mientras comemos guarrerías, pero las miradas furtivas de Juan no hacen más que incrementar mis sospechas. Tengo que hablar con él, y pronto.

La siguiente semana transcurre de forma muy similar. Sin embargo, el fin de semana mi padre está en casa, lo que significa que solo puedo quedarme el viernes a dormir en casa de Adri y volver el sábado para cenar.

El domingo vuelvo a quedar con mis amigos, pero, en esta ocasión, le pido a Juan que nos veamos media hora antes. Si parece sorprendido por ello, no lo demuestra.

—Hola —me saluda al abrirme la puerta, sonriendo. Tal como solemos hacer cuando quedamos solos, nos damos un abrazo—. ¿Cómo estás?

—Bien, no me quejo. ¿Y tú?

—Todo guay.

Oigo el sonido de la tele en el salón, lo que significa que sus padres están en casa.

—¿Vamos a tu cuarto? —propongo.

—Claro. Vamos.

Una vez allí, me siento sobre su cama y lo miro mientras cierra la puerta y se acerca a mí. Decido ir directamente al grano; hace ya tiempo que todo es demasiado evidente.

—Te has dado cuenta, ¿verdad?

Él alza una ceja y sonríe ligeramente.

—¿De qué en concreto?

Trago una gran bocanada de aire, y entonces lo suelto.

—Adri y yo. Estamos juntos.

Él me mira durante un largo instante antes de asentir con la cabeza. Su sonrisa se ensancha.

—Me alegro mucho por vosotros. De verdad.

—¿En serio?

—Pues claro. ¿Por qué no me iba a alegrar?

—No sé —respondo, sintiéndome algo vergonzoso de repente—. A lo mejor no te gusta que seamos… así.

—No seas idiota. Sois mis amigos, ¿qué más me da lo que os guste? Si vosotros sois felices, yo también.

Sus palabras hacen que me tiemble un poco el corazón. De verdad, ¿qué clase de bondad tuve que hacer en otra vida para merecerme a un amigo como Juan?

—No te he visto muy sorprendido —señalo.

—A ver, sinceramente, ya me imaginaba algo por el estilo —dice con una risita—. Sois un poco cantosos.

El corazón me da un vuelco.

—¿Crees que alguien más se habrá dado cuenta? —pregunto alarmado—. ¿La gente de clase… y Andrés?

—No, qué va. Es que os conozco demasiado bien. Y Andrés nunca se entera de estas cosas, tranquilo.

—Menos mal.

—¿Es que no quieres contárselo?

—A ver, sí que quiero. Pero es que no sé cómo hacerlo.

—Andrés es un buen tío. Lo comprenderá.

—Ya lo sé. Si es que es culpa mía, que estoy rallado.

—¿Y eso?

Suelto un suspiro. Sé que es una tontería, pero aun así…

—Hace un par de años, Andrés dijo algo que no me gustó. Fue una tontería, algo sin maldad, pero a mí me dolió. Y, aunque lo he intentado, no me lo he podido quitar de la cabeza.

—¿Por eso te has ido alejando un poco de él?

—No lo sé, supongo. Es como que estoy bloqueado con él desde entonces. Y no quiero estarlo, pero tampoco sé cómo acercarme más a él.

Juan se queda pensativo unos instantes.

—Dale un abrazo.

Pestañeo un par de veces, confuso.

—¿Qué?

—Pues eso, que le des un abrazo. Siempre hay como un poco de tensión entre vosotros, como si no os soltarais del todo, pero seguro que así rompéis un poco el hielo.

—Bueno… Vale —respondo, aunque no demasiado convencido—. Te haré caso.

—Además, míralo así: si abrazas a Andrés, tendrás excusa para abrazar también a Adri.

Eso me hace reír.

—Eres el mejor amigo del mundo. ¿Lo sabías?

—Se hace lo que se puede —responde, riendo también.

Después, tal como solemos hacer, nos quedamos viendo vídeos absurdos hasta que suena el timbre.

—¿Quién es? —le pregunto a Juan cuando cuelga el telefonillo, incapaz de disimular mi nerviosismo.

—Es Adri —dice con una sonrisita; está claro que me ha calado por completo—. ¿Quieres abrir tú?

—Vale —respondo, y abro la puerta de su casa. El corazón se me acelera mientras escucho el sonido del ascensor descendiendo por el edificio antes de abrirse en la planta baja. Después, comienza a subir hasta que, al fin, las puertas se abren en el rellano. Y allí está él, tan guapo como siempre—. Hola.

—¡Hola! —responde, y sonríe sorprendido.

Se acerca a mí y levanta el puño para saludarme de nuestra forma hetero habitual al ver a Juan detrás de mí, pero entonces le cojo la mano para sujetársela, cierro mi otra mano sobre la parte del

pecho de su sudadera y lo acerco a mí para besarlo. Él parece sorprendido al principio, pero entonces me devuelve el beso con ganas. Por respeto a Juan, nos separamos después de diez segundos; no quiero hacerle sentir incómodo.

—Pero qué monos —dice él entre risas.

—Entonces… ¿deduzco que ya habéis hablado? —pregunta Adri, con una timidez evidente.

—Pues sí —respondo—. Aunque no ha habido mucho que hablar, se ve que somos muy cantosos. Mira que te lo dije.

—No jodas —dice Adri, preocupado, y nosotros nos echamos a reír con ganas.

—Nah, es que yo soy muy listo. —Entonces, Juan se acerca a él y lo abraza. Por lo que yo sé, es la primera vez que lo hacen—. Me alegro por vosotros, tío. En serio.

—Joder. Gracias, tío.

—De nada, hombre.

No tenemos tiempo para entretenernos más, porque el timbre vuelve a sonar.

—¿Andrés lo sabe? —me pregunta Adri, y yo niego con la cabeza —. ¿Quieres…? —Traga saliva antes de continuar; está claro que esto lo pone nervioso—. ¿Quieres que se lo digamos?

No necesito pensármelo.

—Todavía no. Prefiero hablar con él primero, ¿vale?

Él asiente con la cabeza y me dirige una leve sonrisa. Aunque esto significará tener que seguir siendo discretos hasta que surja la ocasión, prefiero ir poco a poco con Andrés.

Lo estoy esperando en el umbral de la puerta cuando sale del ascensor.

—¿Qué pasa tío? —me saluda.

Tal como hace siempre, al igual que ha hecho Adri hace un par de minutos, levanta la mano para chocarme el puño. Pero yo no lo hago, y él se quede plantado a medio metro de mí, confuso y con la mano en alto. Entonces, siguiendo el consejo de Juan, me acerco a él y lo abrazo con fuerza. Andrés se queda inmóvil al principio, pero entonces reacciona y me devuelve el abrazo con una torpeza evidente, dándome unas palmaditas en la espalda.

—¿Y esto? —dice cuando nos separamos tras unos segundos, claramente sorprendido, pero con una leve sonrisa en los labios.

—Somos amigos. —Me encojo de hombros—. Los amigos se abrazan.

—Ah, ¿sí?

—Pues sí. Así que más te vale que te acostumbres.

—Oye, que yo no me quejo —dice entre risas—. Es solo que nunca lo hacemos.

—Pero antes sí que lo hacíamos —señalo—. Cuando éramos pequeños, ¿recuerdas? Éramos más… cariñosos.

Me da un poco de vergüenza pronunciar la palabra, pero ya está en el aire.

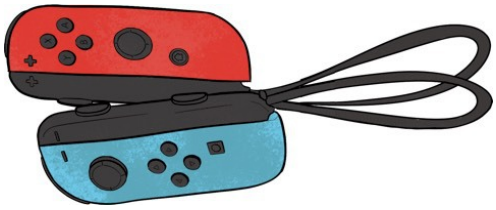
—Es verdad. ¿Qué pasó?

—La pubertad, supongo. —Me encojo de hombros una vez más —. Nos volvimos gilipollas, empezamos a creernos demasiado machitos o demasiado mayores, y dejamos de abrazarnos.

—Pues yo también quiero abrazos —dice Adri.

Se acerca para rodearnos a los dos con los brazos y Juan se suma enseguida, lo que nos deja fundidos a los cuatro en un abrazo grupal por primera vez desde… Bueno, a decir verdad, no recuerdo si lo habíamos hecho antes. Pero es un buen momento para empezar.

Sí, puede que todavía tenga que mantener esa conversación con Andrés. Pero, ahora mismo, no podría ser más feliz aquí, con tres de las personas que más quiero en el mundo.



62.

La siguiente semana transcurre con sorprendente rapidez. Es como si lo que está pasando con Adri me envolviera en una burbuja protectora; una que me hace inmune a todo lo que venga del exterior. Mi padre está más gilipollas que nunca y sus comentarios durante las comidas son más desagradables de lo habitual, pero hago lo que puedo por ignorarlo. Cuando llega el viernes, no pido permiso para irme a dormir a casa de Adri; simplemente informo de que voy a hacerlo. A fin de cuentas, llevamos años haciéndolo; es absurdo tratarlo como si fuera una novedad. Es algo que ya se da por hecho entre nosotros, algo fijo e inmutable, como las mareas o el amanecer.

Juan está resfriado estos días, así que optamos por no quedar los cuatro. A lo tonto, ya llevamos varias semanas de trimestre, así que tenemos que empezar a ponernos las pilas y estudiar un poco. Aunque Adri y yo solemos quedar para estudiar juntos por las tardes, nos hemos dado cuenta de que esas sesiones son mucho menos productivas que cuando estamos solos.

Y, por fin, llega el uno de febrero. Cae en miércoles, lo que significa que tenemos que ir a clase, pero no importa. Hoy es el día en que Adri y yo cumplimos oficialmente un mes juntos… un mes como novios. Y, sinceramente, todavía me cuesta creérmelo la mayoría de los días.

Nos encontramos por la mañana en la parada del autobús, como siempre. Hoy el beso es más profundo de lo habitual.

—Feliz mesiversario —susurro contra sus labios cuando nos separamos, y él se ríe.

—Feliz mesiversario.

La mañana se me hace interminable; en el instituto apenas tenemos ocasión para poder besarnos a escondidas. Por suerte, al menos podemos entrelazar los pies o acariciarnos con sutileza para aguantar un poco. Pero, al fin, las clases se terminan y somos libres para irnos a casa. O, en nuestro caso, a la cafetería de los dónuts, que es donde hemos decidido ir para celebrar este primer mes juntos.

Como de costumbre, ocupamos nuestra mesa favorita, en un rincón al fondo del local. Pedimos unos chocolates calientes con nata montada y los dónuts de rigor, y nos sentamos mientras comemos despacio y en silencio, con las manos entrelazadas; a veces, las palabras están de más. Nos comemos los dónuts por mitades; según Adri, las cosas saben mejor cuando son compartidas. No sé si será verdad, pero me gusta compartir con él.

Cuando terminamos de comer, ya saciados y atiborrados de azúcar, hablamos un poco sobre el instituto. Sobre Eric y lo majo que es. Sandra y lo bien que se ha portado con nosotros, aunque yo no me lo merezca. Ese examen de Historia que nos preocupa un poco. También hacemos planes para el fin de semana. Si todo va bien, trataré de quedar con Andrés a solas para contarle por fin lo que hay entre Adri y yo. Sé que no debo seguir retrasándolo si no quiero que todo esto me explote en la cara.

—Gracias por este primer mes —susurro de repente; no sé de dónde ha salido—. Ha sido el mejor de mi vida.

Él sonríe ampliamente; puedo ver una chispa de emoción en sus ojos grises.

—Lo mismo digo, bro. Gracias a ti.

Trato de contener la risa ante la palabrita; parece que da igual cuánto tiempo llevemos juntos ni cuántas veces nos besemos, porque es incapaz de sacarla de su vocabulario. Y, ¿a quién pretendo

engañar? Creo que está empezando a gustarme un poco. Pero solo un poco.

Continuamos hablando de todo y de nada, con los dedos entrelazados sobre la mesa. Estando aquí dentro con él es fácil olvidar el resto del mundo, demasiado fácil. Cuando queremos darnos cuenta, ya ha pasado una hora desde que nos terminamos nuestra comida y nos parece mal seguir ocupando una mesa, de modo que salimos al exterior. Hace frío, y comenzamos a caminar muy pegados, con las manos unidas.

—Tendría que ir volviendo a casa —digo con una mueca—. Prometí que no llegaría demasiado tarde.

—Te acompaño.

—No hace falta, puedes ir yendo desde aquí si quie…

—Te acompaño —me interrumpe, con voz tajante, y sé que no hay discusión posible. ¿Y cómo me voy a negar, cuando eso supone pasar quince minutos más con él?

Comenzamos a caminar en silencio, uno de esos silencios agradables que han empezado a ser cada vez más comunes entre nosotros. Y al fin, demasiado pronto, llegamos hasta mi portal.

—Bueno… pues ya estamos —digo—. Gracias por la tarde.

—Gracias por el mes —responde él, sonriente—. Lo de antes iba en serio; también ha sido el mejor de mi vida.

Entonces, me besa en los labios. Es un beso largo y profundo, un beso en el que puedo saborear el mes que llevamos juntos, en el que puedo probar un adelanto de todos los meses que nos esperan. No hemos hablado del futuro, pero ya no soy capaz de imaginármelo sin él, sin sus besos y sus abrazos. Lo que siento por él no es cosa de este último mes; es algo que lleva mucho tiempo gestándose. Y no soy capaz de ocultarlo en mi interior, no cuando es lo más bonito que me ha pasado en la vida.

—¿Adri? —digo cuando nos separamos, aunque seguimos con las manos unidas.

—¿Sí? —susurra contra mi boca.

—¿Te puedo decir una cosa?

—Claro, tonto.

—Te… —comienzo, pero un grito me interrumpe.

—¡Me cago en Dios y en la puta Virgen!

La voz estruendosa nos hace dar un respingo a los dos. Los dos nos giramos en su dirección, pero reconocería esa voz en cualquier parte, y el estómago se me llena de un terror viscoso y desagradable que hace que me entren ganas de vomitar.

Es mi padre.

Está caminando directamente hacia nosotros desde el estanco de la esquina, con una bolsa en la mano y la cara contorsionada en una mueca de furia y asco.

—¿Qué cojones estáis haciendo? ¿Qué sois? ¿Maricones?

—Papá, te juro que no es lo que…

—¡Ni papá ni hostias!

Tira la bolsa al suelo, ignorando el sonido de las botellas reventándose contra la acera mientras cruza el par de metros que nos separa. Levanta la mano y, cuando quiero darme cuenta, su palma abierta impacta contra mi mejilla con tanta fuerza que caigo despatarrado sobre el suelo. Al instante, unas lágrimas de dolor y humillación brotan en mis ojos.

—¿Qué coño haces? —grita Adri—. ¡No le pegues!

Oigo un golpe, pero no soy capaz de ver quién ha pegado a quién; tengo la visión nublada a causa de las lágrimas.

—¡Tú cállate, maricón! Si es que lo sabía, tanto tiempo juntitos… ¡Al final me lo has amariconado de verdad!

—Mira, gilipollas —replica Adri, más furioso de lo que jamás lo había oído—. Como vuelvas a…

—Adri —lo interrumpo, poniéndome en pie a trompicones. Me froto los ojos para deshacerme de las lágrimas, pero siguen derramándose—. Por favor. Para.

Entonces, mi padre se dirige hacia mí, con una mueca de asco y desprecio en la cara. Me doy cuenta de que tiene el ojo morado; ha sido Adri quien le ha pegado.

—Vamos a casa. Ahora mismo.

Sin darme opción a responder ni protestar, tira de mi brazo con fuerza y me mete en el portal. Cierra la puerta antes de que Adri pueda llegar y este se queda fuera, aporreando la puerta y gritando palabras que no alcanzo a comprender. Aturdido, dejo que mi padre

me arrastre hasta el ascensor; está despotricando sin parar, pero me siento extrañamente mareado y no soy capaz de comprender sus palabras.

Cuando quiero darme cuenta, estoy en mi habitación, aunque es como si diera vueltas a mi alrededor. Me doy cuenta de que me está vibrando el móvil en el bolsillo. De un tirón, mi padre me arranca la mochila de los hombros y la tira al suelo.

—Recoge lo que quieras llevarte —dice con voz tajante—. Y lárgate de aquí.

Tardo unos segundos en comprender sus palabras.

—¿Qué? —acierto a decir, confuso.

—Lo que has oído. No quiero maricones bajo mi techo.

Las lágrimas brotan en mis ojos de golpe y se derraman por mis mejillas. El móvil sigue vibrando de forma insistente contra mi pierna mientras trato de asimilar la situación.

—¿Me estás echando de casa?

—Cuando se te pase esta tontería, podrás volver. Pero yo no quiero maricones bajo mi techo. Si quieres vivir así, puedes hacerlo fuera.

—Pero… ¿Y dónde voy a ir? —mascullo, con la voz rota.

—Eso no es problema mío. Vete con tu amiguito si quieres. Pero por esta casa no vuelvas hasta que hayas recapacitado. Quiero que estés fuera de aquí en cinco minutos.

Y, sin más, se marcha de mi habitación.

Miro a mi alrededor, desolado, mientras las lágrimas siguen cayendo por mis mejillas. No sé por dónde empezar. Pero el tiempo corre, así que tengo que darme prisa. El móvil sigue vibrando en mi bolsillo, y eso me da la idea de meter el cargador en la mochila. A continuación, añado el resto de libros del instituto. Con eso ya apenas me queda espacio, así que meto un par de mudas de ropa interior y calcetines y un par de camisetas al azar. La mochila está a reventar, así que cierro la cremallera como puedo y me la cuelgo a la espalda. Con pasos temblorosos, voy hasta el salón, desde donde oigo el sonido estridente de la televisión. Camino como si estuviera en un sueño o, más bien, en una pesadilla, incapaz de creer que esto esté pasando de verdad.

—¿Papá? —susurro desde la puerta, deseando que haya recapacitado, que se le haya pasado, que me permita quedarme.

—No me llames así —responde él, tajante—. Prefiero tener un hijo muerto antes que un hijo maricón.

Se me escapa un sollozo sin poder evitarlo. No contesto, sino que camino lentamente hacia la puerta, deseando con cada paso que me llame, que me diga que no me vaya. Pero no lo hace. Pienso en mi madre. Ya debe de haber terminado el turno en el restaurante y, a juzgar por la hora, debe de estar de camino o haciendo la compra antes de volver a casa. Si ella estuviera aquí, tal vez sería capaz de impedir esto. Aunque, después de que mi padre me haya tirado al suelo de un bofetón, me aterroriza pensar en lo que podría hacerle a ella. Tal vez esto haya sido lo mejor después de todo.

Echo un último vistazo a mi alrededor, al hogar imperfecto donde he vivido durante quince años, el único que he conocido en toda mi vida, y salgo por la puerta. Una vez en el ascensor, presiono el botón de la planta baja, sin atreverme a mirar la cara roja e hinchada que atisbo en el espejo.

Pero no. En realidad, este no es el único hogar que he conocido. Hay dos más. Fran. Tengo que ir con Fran.

Sé que Adri me ofrecerá quedarme en su casa, pero no puedo hacerlo. Sus padres no saben nada de lo nuestro. No sabemos cómo se lo tomarán, y tampoco le puedo imponer que se lo cuente hoy. Y, por muy bien que se lo pudieran tomar, sería demasiado pedir que me dejen quedarme con ellos después de la bomba. Pero Fran y su familia lo comprenderán, estoy seguro.

Cuando las puertas del ascensor se abren, veo que Adri está todavía frente al portal, con el móvil pegado a la oreja. Ni siquiera me había dado cuenta de que el mío seguía vibrando. Al verme, baja el teléfono y la vibración se detiene. Me mira con ansiedad mientras me dirijo hacia la puerta.

—Lo siento —dice nada más abrir la puerta, rodeándome con los brazos y apretándome con todas sus fuerzas, como si quisiera juntar los pedacitos fragmentados que siento dentro de mí.

—No es tu culpa —respondo, pero la voz se me rompe en la última palabra.

—¿Qué haces aquí? ¿Te ha dejado salir?

Respiro hondo antes de decirlo en voz alta.

—Me ha echado de casa.

—¿Qué cojones? ¿Qué dices? ¿En serio? —Asiento con la cabeza y echo a caminar por la acera—. Pero no puedes irte. No te vayas. Quédate en el portal hasta que llegue tu madre; seguro que ella lo soluciona.

—No quiero meter a mi madre —replico, tajante—. Ya has visto cómo me ha pegado. Imagina lo que podría hacerle a ella.

—Pues vente a mi casa entonces. Hoy te quedas conmigo, y seguro que mañana ya se le habrá pasado.

—No, Adri. Tus padres preguntarán. Llamarán a mi casa. Y ellos ni siquiera saben que tú y yo… Eso. No quiero liarla más.

—¿Entonces? ¿Qué vas a hacer?

—Voy a ir con mi primo Fran. Allí lo entenderán. —Me detengo para sacar el móvil y veo que tengo veintisiete llamadas perdidas de Adri; todo un récord si tenemos en cuenta que he pasado menos de diez minutos en mi casa—. Voy a llamarle.

A continuación, todo ocurre de forma extraña, como si estuviera metido en un agujero negro que dilatara y contrajera el tiempo a su antojo. Como no podía ser de otra manera, Fran me dice que no puedo irme de casa; que tenemos que hacer algo. Se ofrece a venir con Belén y Antonio, pero me niego en rotundo. Me aterroriza la idea de que mi madre pueda sufrir represalias.

Así pues, quedamos en pillarme un Uber hasta su casa. Yo ni siquiera tengo la aplicación, pero Fran lo pide para la dirección que le indico, a un par de calles de mi casa. El coche tarda menos de diez minutos en llegar.

—Voy contigo —dice Adri—. Cuando llegues a casa de Fran, me vuelvo en metro.

—No seas tonto, anda. No me van a secuestrar ni nada, y vas a tardar casi una hora en volver a casa después.

—No me importa. —Sus ojos grises se llenan de lágrimas furiosas —. No quiero dejarte solo.

—A mí sí me importa. Además, creo que necesito este ratito solo. Para pensar y eso. ¿Vale?

El conductor hace sonar el claxon; le hago un gesto para indicarle que ya voy.

—¿Estás seguro? —pregunta Adri.

—Sí. Tranquilo. Estaré bien, ¿vale? Ya sabes que Fran y su familia son increíbles.

—Bueno. Vale. —Me abraza con fuerza durante un segundo antes de darme un beso en los labios—. Ve contándome todo.

El claxon vuelve a sonar; esta vez de forma insistente.

—Tengo que irme. Tranquilo, que yo te voy informando.

—Te quiero —susurra.

—Te quiero —respondo, y le doy un último beso fugaz.

Voy corriendo hacia el coche y me apresuro a subir.

—¿Francisco? —me pregunta el conductor, malhumorado.

—Sí —respondo; a fin de cuentas, es el nombre de mi primo.

Hasta que no se pone en marcha, no me percato de algo: es la primera vez que Adri me dice que me quiere. Es la primera vez que se lo digo yo a él, aunque estuve a punto de hacerlo tan solo unos minutos antes, cuando parecía que todo era perfecto.

Pero al final ha tenido que ser en estas circunstancias.

Cierro los ojos durante el trayecto; es la única forma que encuentro para contener el torrente de lágrimas que amenazan con desbordarse de un momento a otro.

Al principio, mi mente no deja de volver a lo que ha pasado con mi padre. Su bofetón, sus palabras. No sé qué va a ser de mí a partir de ahora. ¿Mi madre conseguirá hacerle entrar en razón? ¿Será capaz de encontrar una solución? ¿O, por el contrario, mi padre se negará a dejarme entrar hasta que renuncie a ser quien soy, como si eso fuera posible? ¿Tendré que quedarme a vivir en casa de Fran de forma indefinida?

Pero no puedo pensar en eso, porque entonces sí que voy a ponerme a llorar otra vez y no quiero hacerlo sin nadie que me abrace. En lugar de eso, pienso en Adri. En sus besos, sus ojos como una tormenta en el mar, su sonrisa, sus abrazos, su cariño. Adri, mi novio. Adri, que me ha dicho que me quiere. Hoy cumplimos un mes juntos, y debería sentirme feliz, pero el día no podría haber

acabado peor. ¿Cómo es posible que se hayan torcido las cosas así en tan poco tiempo?

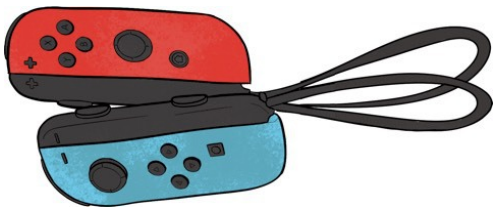
Sin embargo, mientras el coche atraviesa las calles a toda velocidad, me doy cuenta de algo: cumplir un mes juntos no era una meta, sino un principio. El principio de lo nuestro, pero también de mucho más. El principio de nuestra lucha por la aceptación. El principio de una vida sin tener que escondernos. El principio de aprender a no encogernos si alguien nos mira, de dejar de calcular cada beso y cada caricia por miedo a lo que puedan decir o hacer los demás.

Este mes no ha consistido solo en intercambiar besos a millones, en momentos robados y muchos nervios: también ha consistido en aprender que no estoy solo. Que Adri está a mi lado, que, si me caigo, siempre tendré su mano para ayudarme a levantarme, al igual que él siempre tendrá la mía.

Soy lo que soy. Y no me avergüenzo. Y, si mi padre no es capaz de aceptarlo, ese es su problema. Hoy necesito descansar, esta noche necesito estar lejos de él para poder tranquilizarme y pensar con calma. Pero mañana pienso luchar. Por Adri y por nosotros, pero, sobre todo, por mí mismo. Por ser quien soy. No sé cómo voy a hacerlo, y también sé que no podré hacerlo solo, pero encontraré la forma.

Cuando el coche se detiene frente al edificio de Fran, me hago una promesa silenciosa: jamás permitiré que nadie me impida ser quien soy. Esa es mi verdad. Y también es mi reto.

Pase lo que pase.



63.

Fran me está esperando en la acera cuando el coche se detiene. Sin decir palabra, se acerca a mí y me da un abrazo enorme mientras me acaricia el pelo con cariño. Ya somos de la misma altura, pero, cada vez que me abraza, vuelvo a sentirme como cuando era pequeño, como cuando él me parecía una especie de gigante, mi protector, mi ídolo. Supongo que, por mucho que haya crecido, no ha dejado de serlo.

—¿Cómo estás, enano? —me pregunta cuando nos separamos, mirándome con los ojos castaños llenos de preocupación.

—Mal —respondo con sinceridad—. Pero puedo con esto.

—Vamos arriba y hablamos, ¿vale? Que hace mucho frío.

—Vale.

De camino al ascensor, le mando un mensaje a Adri para contarle que ya estoy con mi primo, para que se quede tranquilo. Me doy cuenta de que Fran me mira de reojo mientras subimos, pero trato de ignorar su mirada. Cuando las puertas se abren, lo sigo mientras sale del ascensor y entra en su casa.

—¿Mamá? —llama—. Ya estamos aquí.

Mi tía Belén no tarda en aparecer por el pasillo mientras me quito los zapatos.

—Víctor, cariño. —Me da un abrazo tan fuerte que pienso que va a romperme las costillas—. ¿Cómo estás?

—Bien. No le has dicho nada a mi madre, ¿verdad? —añado, lleno de un pánico repentino.

—No, tranquilo. Cuéntame… ¿qué ha pasado?

—He discutido con mi padre y no quiero estar en casa esta noche —miento—. Pero no le digas nada a mi madre, ¿vale? Ya hablaré con ella, tú no te preocupes.

Belén no parece del todo convencida, pero entonces intercambia una mirada con Fran y asiente con la cabeza.

—Vale, cariño. Pero, si quieres hablar de algo, si necesitas algo… Estoy aquí, ¿vale? Sabes que para mí eres como otro hijo.

Mis ojos se humedecen ante sus palabras; ahora mismo estoy demasiado sensible.

—Gracias —susurro.

—Venga, vamos a mi cuarto —dice Fran, fingiendo no darse cuenta de mis lágrimas. Lo sigo por el pasillo y entro detrás de él. Cierro la puerta antes de sentarme en la cama a su lado—. ¿Quieres un abrazo?

Al fin, las lágrimas se derraman del todo y comienzan a correr libremente por mis mejillas.

—Por favor —acierto a mascullar.

Fran no necesita que se lo diga dos veces; me rodea con los brazos muy fuerte y, ahora sí, me permito llorar en condiciones. Dejo que todos los sentimientos acumulados salgan a la superficie en forma de lágrimas, y él no deja de abrazarme ni un solo segundo, murmurando palabras de cariño.

—Tranquilo, enano —susurra—. Estoy contigo. Ya lo sabes.

—Gracias —respondo al cabo de un rato, cuando consigo tranquilizarme.

—De nada. ¿Quieres contarme lo que ha pasado?

Asiento con la cabeza. Carraspeo un par de veces y trago saliva para aclararme la garganta, y le cuento lo que ha pasado. Siento que me rompo con cada palabra, pero me esfuerzo por mantenerme fuerte.

—Joder —susurra cuando termino—. Menudo cabrón.

—Ya ves.

—¿Y Adri qué tal?

—Pues bueno, mal. Espera, que igual me ha contestado. Saco el móvil y, efectivamente, tengo unos cuantos mensajes suyos del rato que he estado aquí.

Siento mucho todo esto

No tendría que haberte acompañado a casa

Es todo culpa mía

Tan solo espero que puedas perdonarme

Te quiero

Se me forma un nudo en el estómago al leer sus palabras. ¿De verdad piensa que lo culpo de lo que ha pasado? Me apresuro a responder; no puedo permitir que se martirice por esto.

Adri, no

Nada de esto es culpa tuya

Estoy bien, vale?

Te quiero

Joder

Te quiero

Siento no habértelo dicho antes

Y yo

Justo en ese momento, me llega un mensaje de mi madre

Cariño, dice tu padre que vas a dormir en casa de Adrián. Por qué no me lo habías dicho?

Pásatelo bien y ya nos vemos mañana. Te quiero.

Aprieto los dientes mientras leo sus palabras. El muy cobarde ni siquiera ha sido capaz de decirle que ha sido él quien me ha echado de casa. Pero, en fin, supongo que es lo mejor. No me gustaría que mi madre se enfrentara a él sin estar yo delante, así que decido seguir con la mentira.

Sí, perdona, es que el plan ha sido un poco improvisado

Yo también te quiero!!

—Mi madre piensa que estoy en casa de Adri —le explico a Fran —. Dile a tu madre que no le diga nada, ¿vale?

—Tranquilo. Pero mañana tienes que hablar con ella.

—Sí. No te preocupes.

Se queda pensativo durante un instante.

—Oye, enano. ¿Quieres que cenemos todos juntos, o prefieres que me venga aquí contigo? Si es lo segundo, nadie te lo echará en cara, así que tú eliges.

—Pues… Ahora que lo dices, ¿te importa si cenamos solos? No me veo preparado para estar con tanta gente.

—Claro. Voy a avisar a mi madre, ¿vale?

—Vale.

Mientras se marcha, intercambio unos cuantos mensajes más con Adri, que ya parece un poco más tranquilo. Fran no tarda en volver.

—La cena estará dentro de una hora o así. ¿Te parece si ponemos una peli mientras tanto? Así te distraes un poco y tal.

—Vale, genial.

Fran me deja elegir y, como no podría ser de otra manera, acabo escogiendo una de Marvel. Siempre las hemos visto juntos, así que sé que nos gustan a los dos. Nos acomodamos para verla y, en cuestión de un rato, mi mente olvida toda la mierda a mi alrededor y se concentra por completo en la película. Aunque la casa de Fran sea nueva, cuando estoy con él siempre logro sentirme tranquilo, en paz… en casa. Lo que debería ser un hogar, vaya. Mucho más que en el lugar donde he vivido los casi dieciséis años de mi vida.

Una hora después, aparece Belén con una bandeja. En ella hay una tortilla de patatas para los dos, vasos, el bote de kétchup y una botella de Coca-Cola. Comenzamos a comer con ganas; no me había dado cuenta del hambre que tenía. Mientras tanto, reviso los mensajes de Adri y aprovecho para responder. Fran y yo no tardamos en terminarnos la cena; como siempre digo, la única que puede competir con la comida de mi madre es mi tía.

Cuando termina la película, paso por el cuarto de baño para darme una ducha caliente; la necesito después de la tensión acumulada durante la noche. Con las prisas, se me olvidó meter el pijama en la mochila, así que Fran me presta uno de los suyos. Después, paso por el salón para dar las gracias y las buenas noches a Belén y a Antonio, que están viendo algo en la tele. Marcos y Natalia, los hijos de Antonio, deben de haberse ido ya a sus cuartos.

Al volver a la habitación de Fran veo que ya ha colocado la cama supletoria, pero me sorprendo al ver dos juegos de sábanas. Cuando retira la colcha de su cama, me doy cuenta de que debajo está el colchón con su funda puesta, pero nada más.

—¿Cómo es que no tienes sábanas?

—Es que siempre duermo con Marcos —me explica con cierta timidez poco propia de él—. Por eso solo tengo la colcha puesta.

—Ah —respondo, algo cohibido—. A ver, si prefieres irte a dormir con él, a mí no me importa.

—No hace falta, tranquilo. Me quedo contigo.

—¿Seguro? No os quiero fastidiar.

Él me mira con una sonrisa en los labios.

—Vamos a ver, dime la verdad. Después de lo que ha pasado, ¿prefieres dormir tú solo?

—No —admito.

—Pues ya está. Venga, ayúdame.

Juntos, colocamos las sábanas y después nos metemos cada uno en la cama.

—Muchas gracias por todo, Fran. Eres el mejor.

—De nada, enano. ¿Quieres hablar? ¿O prefieres intentar dormir?

Buena pregunta. Por un lado, siempre me gusta hablar con él, sobre todo cuando necesito desahogarme, pero, por otro, estoy cansado y sé que necesito descansar.

—Creo que prefiero intentar dormir.

—Vale, sin problema. Pero cualquier cosa me avisas, ¿eh?

—Gracias, Fran. Buenas noches.

—Buenas noches, enano. Descansa.

Sin embargo, me cuesta descansar. No dejo de dar vueltas y más vueltas a toda la situación, incapaz de creer que las cosas hayan

terminado así. Cuando me desperté por la mañana era feliz; lo único que quería era ver a Adri, celebrar nuestro primer mes juntos como pareja. Pero, ahora… Todo se ha ido a la mierda. No con él, claro; sé que va a seguir a mi lado. Pero, ¿qué voy a hacer con mi padre? ¿Qué voy a hacer con mi madre? Me aterroriza la posibilidad de que se enfrente a él sola, de que tenga que pagar ella por las consecuencias de mis acciones.

Mucho después de que la respiración profunda de Fran inunde la habitación, todavía sigo dando vueltas en la cama, incapaz de conciliar el sueño.

A pesar del cansancio, y de la presencia tranquilizadora de Fran en la habitación, es un sueño intranquilo y nervioso. No solo tardo en quedarme dormido, sino que me despierto tantas veces por la noche que apenas logro descansar. Cuando al fin me levanto por la mañana, tengo la extraña sensación de que el día no ha llegado a cambiar del todo. Pero tengo que ponerme en marcha, así que me obligo a salir de la cama. Me turno con Fran y con Marcos para ir al baño que comparten los dos, y después nos vamos a la cocina a desayunar.

—¿Qué tal has dormido? —me pregunta Marcos con una sonrisa que me hace sentirme un poco tímido. No me extraña que Fran se haya enamorado de él; además de majo, es guapo.

—Bueno, más o menos. Pero bien.

—He hablado con mi padre. Vamos a llevarte en coche al instituto —me informa—. En metro vas a tardar mucho, que estás en la otra punta de la ciudad.

—Ah. Vale. ¿No será una molestia para vosotros?

—No, qué va —me asegura Marcos—. Pero tendremos que salir dentro de quince minutos, ¿vale?

—Vale, sin problema. Gracias.

—Hola, chicos —saluda Belén mientras entra por la puerta, y se dirige directamente hacia mí para darme un beso—. ¿Cómo estás cariño?

—Bueno, bien. Gracias por todo.

—De nada, mi vida.

Me apresuro a comerme los cereales antes de ir al cuarto de baño a lavarme los dientes. Por suerte, ya me duché antes de irme a la cama y no he sudado, así que solo tengo que arreglarme un poco el pelo para estar presentable. Me pongo los mismos pantalones de ayer y una camiseta limpia de la mochila.

—¿Fran? —lo llamo mientras me pongo los calcetines—. ¿Me prestas una sudadera? Es que ayer no me cabía más ropa, así no me pongo la misma de ayer.

—Claro, enano. Coge la que quieras del armario.

Elijo una al azar y me la pongo. Después, saco de la mochila la ropa y los libros que no necesito, me la cuelgo de los hombros y salgo al recibidor, donde ya está Antonio cogiendo las llaves.

—¿Qué tal, campeón? —me saluda—. ¿Todo preparado?

—Sí. Muchas gracias por llevarme.

—De nada, chavalote.

En ese momento aparece Marcos, así que descolgamos los abrigos del perchero y salimos por la puerta. Durante el trayecto en coche, le mando un mensaje a mi madre para tranquilizarla, aunque ella sigue sin saber lo que ha pasado. Después, escribo por el grupo de mis amigos para avisarles de que no voy a ir en autobús; aunque Adri ya lo sabe, no he querido contarles nada a los demás por el momento.

Hay un poco de atasco en la carretera, así que llego al instituto con el tiempo justo. Mis amigos y Adri ya están sentados en sus respectivos asientos cuando entro en el aula, justo en el momento en que suena el timbre. Las ganas de besar a Adri son demasiado fuertes, pero logramos contenernos. En su lugar, nos cogemos de la mano con fuerza por debajo de los pupitres; su calidez y su cariño son como un bálsamo sanador.

—¿Estás bien? —me pregunta en voz baja.

—Sí —respondo mientras saco mis cosas—. Tranquilo.

En el cambio entre clase y clase, salimos disparados para «ir al baño». Solo hay un chaval en uno de los urinarios, así que nos apresuramos a encerrarnos en uno de los cubículos antes de que pueda vernos. Entonces, nuestros labios impactan como una colisión estelar. Nos besamos como si quisiéramos devorarnos, abrazándonos

con fuerza y, cuando noto algo húmedo en la cara, me doy cuenta de que estoy llorando.

Me separo un poco y veo que Adri también está llorando.

—Te quiero —susurra contra mis labios temblorosos—. Te quiero, te quiero, te quiero.

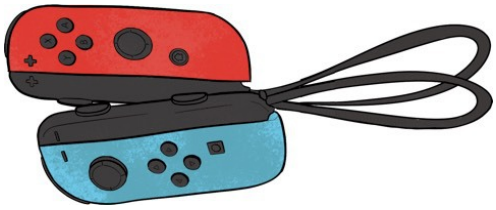
—Te quiero. Gracias por todo. De verdad.

—¿Has encontrado alguna solución?

—Todavía no. Pero esta tarde hablaré con mi madre.

—Vale. Si necesitas ayuda… Ya sabes.

Asiento con la cabeza y volvemos a besarnos. El timbre que da inicio a la segunda hora no tarda en sonar, así que nos apresuramos a volver a clase.



64.

Una vez de vuelta en clase, las dos horas siguientes transcurren con insoportable lentitud, hasta que al fin llega la hora del recreo.

—¿Vamos al baño? —me pregunta Adri, esperanzado.

Pero, aunque me muero de ganas por besarlo tanto como es, sé que hay algo que necesito hacer primero.

—Pues… ¿te importa si te sales fuera un rato con Juan? Puedes ponerle al día si quieres. Es que me gustaría hablar con Andrés, los dos solos.

—Ah. Claro —responde, comprendiendo al vuelo lo que pretendo —. No te preocupes.

Me da un apretón antes de alejarse hacia donde se encuentran nuestros amigos. Habla un momento con ellos, y entonces sale de la clase con Juan mientras Andrés se dirige hacia mí.

—Hey —dice con una sonrisa mientras me choca el puño, totalmente ajeno de lo que ha pasado en las últimas veinticuatro horas—. ¿Qué tal, tío?

—Mal, la verdad.

—¿Y eso? —pregunta, ocupando el asiento de Adri con el ceño fruncido—. ¿Qué ha pasado?

Respiro hondo para tranquilizarme. Estoy decidido: voy a contarle toda la verdad, aunque tal vez sea demasiado que asimilar de golpe.

—Mi padre me echó de casa ayer por la tarde. —Andrés abre la boca, sorprendido, pero continúo hablando antes de que él pueda hacerlo—. Me vio besando a Adri frente a mi casa. Estamos juntos desde hace unas semanas.

Prefiero omitir la fecha exacta; aunque quiero sincerarme con él, me da miedo que le duela que lleve un mes ocultándoselo.

—¿Estás…? ¿Lo estás diciendo en serio?

Asiento con la cabeza.

—Totalmente en serio. Me gustaba desde hacía meses, pero el día de la fiesta, todo cambió. Adri se dio cuenta de que yo también le gustaba, pero pensaba que no lo correspondía. Por eso se pasó unas semanas tan raro antes de Navidad, ¿recuerdas?

Ahora es él quien asiente con la cabeza. Permanece unos segundos en silencio antes de hablar.

—Entonces… ¿sois gays?

—Yo sí. Nunca me han atraído las chicas. Él es bisexual, aunque lo ha descubierto ahora.

—¿Por qué no me lo habías contado? —pregunta en voz baja, y me doy cuenta de que suena dolido.

Suelto un suspiro. Al fin ha llegado el momento que tanto temía. Pero, si quiero estar bien con él, tengo que dar el paso.

—Antes que nada, quiero que sepas que no es culpa tuya —comienzo—. Sé que es un bloqueo mío, así que no quiero que te sientas culpable. Pero, hace un par de años, decías mucho la palabra «mariconada». Sé que no iba en serio —me apresuro a añadir—. Sé que no eres homófobo ni nada por el estilo, que eran las típicas chorradas que se dicen sin pensar con doce o trece años. Pero en esa época yo ya sabía que mi primo Fran era gay. Y me dolía, porque lo veía como un insulto hacia él. Y, de verdad, sé que no era tu intención. Pero eso hizo que me empezara a bloquear contigo. Nunca he dejado de considerarte mi amigo, para nada. Pero, sin darme cuenta, empecé a alejarme un poco de ti, supongo que por miedo. Y, después, cuando empezó a gustarme Adri… pues eso. Eras la primera persona a la que quería contárselo, te lo juro. Pero, cada vez que pensaba en eso, me acordaba de esa palabra y volvía a

bloquearme, volvía a tener miedo. Y pues eso. Que siento haber estado así, y que no te lo echo en cara, pero necesitaba contártelo.

Él se queda por lo menos un minuto entero en silencio, como tratando de procesar mis palabras.

—Joder, Víctor —dice en voz baja—. Lo siento muchísimo. Ahora mismo me siento como una mierda.

—No, tío. En serio, no pasa nada. Sé que es culpa mía, que el bloqueo es mío. Sé que no lo hacías a malas. Es solo que necesitaba decírtelo, ¿sabes?

—Ya, pero eso no significa que no estuviera mal. Si tú hicieras bromas de gordos, a mí me dolería. Así que entiendo perfectamente que a ti te doliera.

—Ya, supongo. Tiene sentido.

—Sé que te he hecho daño con esto, pero de verdad que lo siento. —Por primera vez, veo que tiene los ojos húmedos, y ni siquiera recuerdo la última vez que vi llorar a Andrés—. ¿Podrás perdonarme al menos?

—Claro, joder. Ya estás perdonado.

Él asiente con la cabeza y esboza una leve sonrisa.

—Oye. ¿Y lo del abrazo del otro día…?

—No sé —respondo, encogiéndome de hombros—. Fue para intentar acercarme un poco a ti y tal, supongo. Romper el hielo y esas cosas.

—¿Te puedo dar yo un abrazo ahora?

—Claro que sí.

Entonces, acerca su silla a la mía y me abraza con fuerza.

—Gracias por contármelo, tío. Me alegro mucho por vosotros.

Y, mientras nos abrazamos, los dos lloramos un poco. Pero es un llanto bueno, un llanto que sana. Andrés y yo somos amigos desde pequeños, pero había algo que nos distanciaba, algo enquistado en nuestra amistad. Ahora, las barreras han desaparecido. Ya no tengo que esconderme de él, no tengo que ocultar lo que siento. He vuelto a recuperar a mi amigo de la infancia, la persona que siempre ha estado a mi lado. Sé que, con él junto a mí, todo será mucho más fácil.

Cuando salimos del instituto unas cuantas horas más tarde, Antonio me está esperando en el coche unos metros más allá. Me giro hacia mis amigos para despedirme.

—Bueno… pues os voy contando.

—Suerte —dice Andrés.

—Ya verás que todo va bien —añade Juan.

Los abrazo por turnos, feliz de poder hacerlo, y ellos me devuelven el abrazo con fuerza.

—Te quiero —susurra Adri cuando nos abrazamos.

—Te quiero.

Y entonces me da un beso rápido en los labios, fugaz como el roce de una mariposa. Sé que le aterroriza hacerlo aquí, al aire libre, pero sabe que lo necesito y se traga el miedo por mí. Como para no enamorarme de él.

—Joder, mira que sois empalagosos —dice Andrés entre risas mientras nos alejamos, yo hacia el coche y ellos en dirección a la parada del autobús.

—¿Qué pasa, estás celoso? —pregunta Adri—. Si quieres, siempre puedo darte uno a ti también.

—No, gracias.

—Pues a tu madre le gustan.

—¡Bum! —exclama Juan, y todos estallamos en carcajadas.

Todavía estoy riendo cuando llego al coche de Antonio.

—Te veo más animado, campeón —me saluda con una sonrisa afable—. ¿Has tenido un buen día?

—Sí, bueno. Ha estado bien.

—Me alegro.

Por suerte, Antonio no es de los que buscan cháchara sin fin, y se lo agradezco, porque apenas nos conocemos. Me habría resultado incómodo, pero él se limita a dejarme a mi aire, y tan solo me pregunta si me gusta la emisora de radio que ha puesto. Yo voy intercambiando mensajes con Adri y ni siquiera me había fijado en la música, así que le digo que sí.

—Oye —digo al cabo de un rato, al mirar por la ventana y darme cuenta de que ya estamos dirigiéndonos hacia su barrio—. ¿No vamos a recoger a Marcos?

—No, solo a tu tía. Marcos siempre sale pronto de clase, así que vuelve en metro —me explica—. Y tu primo también sale un par de horas antes los jueves, así que ya estarán los dos en casa.

Sonrío ligeramente al pensar en lo que pueden estar haciendo durante esas horas solos.

Unos minutos más tarde, llegamos al trabajo de Belén, que ya está esperando en la acera. Le da un beso a Antonio y después se inclina entre los asientos delanteros para darme otro a mí.

—¿Qué tal, cariño? ¿Has tenido un buen día?

—Sí, la verdad. Bastante bueno.

—Me alegro mucho. Le he pedido a Fran que vaya preparando espaguetis con Marcos, ¿te parece bien? —Asiento con la cabeza; ella sabe que es una de mis comidas favoritas—. No te preocupes, que es con la salsa especial. Siempre tengo congelada para emergencias.

—Genial.

La salsa especial en cuestión es una que hace también mi madre, heredada de mi abuela. Me gruñe la tripa solo de pensar en los espaguetis humeantes bañados en salsa y cubiertos de una montaña de queso rallado.

Cuando llegamos a la casa, el aroma del tomate y las especias hacen que se me haga la boca agua.

—¿Qué tal, enano? —me pregunta Fran con una sonrisa cuando me asomo a la cocina a cotillear—. ¿Todo bien?

—Sí. Huele genial.

—Gracias, pero el mérito es de mi madre —responde entre risas —. Venga, ve a lavarte las manos, que ya casi está.

La comida transcurre con calma, y el ambiente es tan bueno que una vez más no puedo evitar compararlo con el de mi propia casa cuando está mi padre. Marcos y Fran se interesan por mi día, y Natalia, la hermana de Marcos, me pregunta por las cosas que hemos dado en clase desde que nos vimos en navidades, ya que los dos vamos al mismo curso. Estar con ellos es estar en familia, ser feliz. ¿Llegaré algún día a sentir esta misma felicidad en casa?

Cuando terminamos de comer, los demás recogen la mesa, pero Fran y su madre se quedan conmigo.

—Bueno… —comienza ella, intercambiando una mirada con su hijo—. Vamos a hablar un momento, ¿vale?

—Vale… ¿Pasa algo?

—No, tranquilo. Tan solo te pido que me escuches hasta el final, por favor. No te enfades con Fran, pero me lo ha contado todo. —Abro la boca para hablar, pero ella continúa—. Lo ha hecho porque yo le he insistido. Y yo se lo he contado todo a tu madre, que ya está de camino hacia aquí. Por favor, entiende que necesitaba hacerlo, Víctor. Puede que no seas mi hijo, pero es prácticamente como si lo fueras. Y tu madre necesitaba saberlo, no podía seguir sin enterarse de nada. Espero que lo entiendas.

Me quedo en silencio durante un minuto entero, tal vez más. Al principio me siento traicionado. Furioso. Le pedí a Fran que no se lo contara a nadie. Le pedí a Belén que no le dijera nada a mi madre. Respiro hondo. Pero, a pesar de mi enfado, sé que tienen razón. Sé que pedirles que le ocultaran lo que había pasado no habría sido justo para ellos. Y sé que mi madre tenía que saberlo. Además, todavía no se me había ocurrido cómo hablar del tema con ella, cómo poder verla lejos de casa y de mi padre. Belén me ha dado la solución perfecta, así que no puedo echárselo en cara.

—Entiendo por qué lo habéis hecho —digo al fin—. Y os lo agradezco. De verdad.

—¿No estás enfadado? —me pregunta Fran, aliviado.

—Hace un minuto, puede que sí —admito, y todos soltamos una risita nerviosa—. Pero lo entiendo. Gracias por todo.

—De nada, cariño.

—Una pregunta —añado—. ¿Lo sabe… todo?

Ella capta al vuelo lo que pretendo decir.

—Le he contado lo de tu padre, pero no le he dicho nada de tu relación. He pensado que preferirías hacerlo tú.

—Sí. La verdad es que sí. Muchas gracias.

—De nada. Eres muy valiente —dice Belén con cariño—. Quiero que lo sepas. No es fácil pasar por lo que estás pasando tú, y estoy segura de que mucha gente no sería capaz de aguantarlo. Pero tú estás siendo muy valiente, y quiero que sepas también que estoy muy orgullosa de ti.

—Y yo también, enano —añade Fran.

Sus palabras hacen que se me llenen los ojos de lágrimas.

—Joder. Gracias. En serio.

Belén me mira con una sonrisa llena de infinito cariño.

—Ve recogiendo tus cosas si quieres, ¿vale? Tu madre no tardará mucho más en llegar.

—Pero no puedo volver a casa. Mi padre no me deja.

—Tranquilo. Tu madre tiene las cosas mucho más atadas de lo que piensas —me asegura, y entonces sonríe—. Y, si no fuera así, ya sabes que puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras.

—Puedes heredar mi cuarto —dice Fran en broma—. Si, total, para lo que lo uso yo.

Y así, entre risas, siento que la tensión que se ha ido acumulando en mi pecho desde ayer se alivia un poco.

Fran me acompaña a su habitación para preparar mi mochila. Hago ademán de quitarme la sudadera para dársela, pero él me interrumpe.

—No te preocupes. Quédatela y ya me la devolverás a la próxima, que hace frío.

—Gracias.

Mientras él quita las sábanas de la cama que he utilizado, yo meto en la mochila los libros y la ropa que había dejado fuera; si todo va según Belén piensa, mi estancia aquí ha sido mucho más breve de lo que esperaba.

Fran se espera a que termine antes de hablar.

—Por cierto… Tengo algo para ti.

—¿Sí? —digo con una sonrisa—. ¿El qué?

Él se estira para abrir el cajón de su mesita de noche, y entonces saca algo y lo cierra de nuevo. Vuelve a girarse hacia mí y me pone un par de objetos en las manos.

Bajo la mirada y, al ver lo que me ha dado, mis mejillas enrojecen tan rápido que casi me mareo.

Son preservativos. Y lubricante. Una caja nueva y un bote nuevo, ambos plastificados y listos para estrenar.

Levanto la mirada, abochornado.

—¿Y esto? —acierto a preguntar, con un hilo de voz.

Él pone los ojos en blanco, y entonces sonríe y me da un golpecito en el brazo.

—No te hagas el tonto, que cuando yo empecé, no era mucho mayor que tú. Sé que lo has pensado. Que los dos lo habréis pensado. Y que lo más probable es que tengáis muchas ganas.

—A ver… un poco sí. —Al menos por mi parte, porque jamás he tenido el valor de sacar el tema con Adri; apenas me he permitido pensar en el tema siquiera—. Pero me parece que no estamos preparados todavía.

No porque no quiera; por supuesto que quiero. Es lo único que pienso cuando me quedo solo por las noches y… En fin, *eso.* Pero sé que no es el momento. Lo mío con Adri es demasiado reciente. Incluso después de un mes, todavía estamos aprendiendo a conocernos de una forma nueva, a explorarnos más allá de los límites de nuestra amistad. Cada día descubrimos formas nuevas de besarnos, de tocarnos, de acariciarnos y de querernos. Y, aunque es inevitable que algún día demos un paso más, creo que todavía es pronto para utilizar lo que me ha dado Fran. Por muchas ganas que tenga. Aunque también presiento que el momento podría estar cada vez más cerca.

—Me parece genial —dice con una sonrisa, como si me estuviera leyendo la mente—. Y, sinceramente, mi consejo es que esperéis. ¿Sabes qué? Yo me apresuré, y a ver, no diré que me arrepiento del todo porque aprendí mucho, pero sí que me habría gustado que hubiera sido algo especial. Pero lo vuestro es especial y, cuando llegue el momento, también será especial. Eso es lo único que importa.

—Y, teniendo esto, estaré preparado —respondo, todavía con las mejillas rojas, mientras levanto su regalo antes de guardarlo en la mochila—. Gracias.

—De nada —contesta, sonriendo también—. Pero, en serio… valóralo. Tú no sabes la vergüenza que me dio la primera vez que tuve que entrar a una farmacia a comprar; te juro que me quería morir. Ya quisiera yo que a mí me hubieran regalado condones.

Se echa a reír y yo río con él; todavía me siento un poco tímido con el tema, pero la vergüenza va desapareciendo. Y lo mejor es

saber que, si sigo teniendo alguna duda cuando llegue el momento de dar el paso, siempre podré contar con él para ayudarme.

—Muchas gracias, Fran. En serio. Eres el mejor.

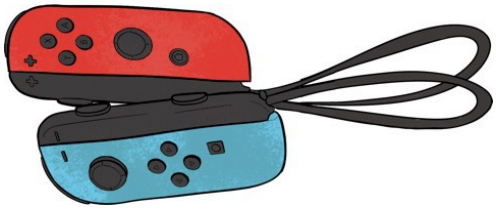
Él me frota el brazo y me observa con esa mirada de cariño que me dedica siempre, esa que me hace sentir como si realmente fuera su hermano pequeño. Una vez más, y no sé cuántas van ya, me doy cuenta de que siempre intenta hacer por mí todo lo que nadie hizo por él cuando lo necesitaba. Por muy difíciles que sean las cosas en mi casa, tengo mucha suerte de tenerlos a él y a su familia.

—De nada, enano. Eso sí, los próximos os los compráis vosotros. Que están caros.

Los dos nos echamos a reír una vez más. Sin poder evitarlo, me acerco a él y lo abrazo con fuerza.

—Gracias por todo, Fran. Te quiero —añado con sinceridad—. Siento haberme pasado tantos años sin decírtelo.

—Y yo a ti, enano.



65.

En ese momento, suena el timbre. Fran me dirige una sonrisa para darme ánimos, y yo voy a la puerta de entrada, donde Belén ya está esperando con la puerta abierta. Trago saliva, expectante. Unos segundos después, las puertas del ascensor se abren y emerge mi madre, con la cara roja. Primero le da un abrazo a su hermana, y después me espachurra con fuerza, echándose a llorar. Verla me destroza por dentro.

—Víctor, mi vida. Cariño. ¿Cómo estás?

—Estoy bien, de verdad. Tranquila.

—Te he preparado un tila —dice mi tía en voz baja—. Podéis hablar en el salón.

—Gracias —responde mi madre, con los labios temblorosos.

Nos vamos al salón. Belén lleva la taza de tila y la coloca delante de mi madre, en la mesita que hay frente al sofá.

—Os dejo solos.

Entonces, se marcha y cierra la puerta tras ella.

—Mamá, ¿estás bien? —le pregunto, lleno de preocupación—. ¿No habrás conducido estando así?

—No, tu tía me lo ha prohibido —responde—. Me pidió un Uber para que pudiera venir directamente.

—Belén es maravillosa.

—Sí que lo es. Cariño, ¿qué ha pasado? Tu tía me ha contado muy por encima lo de tu padre… Pero, ¿por qué? ¿Qué has hecho para que se enfadara tanto?

Respiro hondo antes de contestar. Sé que se lo va a tomar bien. Sé que mi madre no es homófoba, sé que ella quiere a Fran tal y como es. Sé que me quiere con locura, que no va a dejar de hacerlo. Pero, aun así, me da miedo. No puedo evitarlo.

Sin embargo, sé que tengo que ser más fuerte. Tengo que vencer al miedo. Ya me he enfrentado a cosas peores, de forma que me armo de valor y se lo suelto todo.

—Me gustan los chicos, mamá. Antes no lo tenía muy claro, pero en los últimos meses ha empezado a gustarme Adri, cada vez más. Y resulta que yo también le gustaba a él, aunque no entiendo por qué, pero somos novios. Desde que empezó el año. Ayer cumplimos un mes, así que quedamos, pero papá nos vio, y entonces… Pues eso. Me dijo que no quería un hijo maricón, que no podía seguir viviendo bajo su techo mientras fuera así. Me llevó a casa, me hizo llenar una mochila y me dijo que me fuera.

Ella se queda en silencio durante unos segundos mientras trata de asimilar mis palabras, impactada.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—No… No lo sé. Sé que con Fran no tienes ningún problema, pero a lo mejor no te hacía gracia que a mí también me gustaran los chicos, no lo sé.

—No, si eso ya me lo imaginaba, cariño. —Sonríe levemente mientras me acaricia la cara—. Me refiero a lo de tu padre.

—Ah —respondo; ahora soy yo quien intenta asimilar sus palabras—. Es que no quería que te preocuparas hasta que pudiéramos hablar. Y me daba miedo que te hiciera algo, no sé.

—Ay, mi vida —dice con un sollozo—. A veces eres demasiado bueno para tu propio bien.

—Oye, pero espera. ¿Cómo que ya te lo imaginabas?

Ella esboza una sonrisa, la primera desde que ha llegado.

—Víctor… Una madre lo sabe. Una madre siempre lo sabe, o casi siempre, no lo sé. Me lo imaginaba desde mucho antes de que tú lo supieras, desde que eras pequeño. Y al verte con Adri… era evidente

que estabais hechos el uno para el otro. Nunca te he visto tan feliz como cuando estás con él.

A estas alturas, tengo los ojos anegados de lágrimas. Sus palabras significan muchas cosas. Demasiadas. Me acepta. Lo acepta a él. Acepta nuestra relación. Acepta todas las noches que hemos pasado juntos, con independencia de lo que pudiéramos haber hecho durante esas noches. A diferencia de mi padre, este ha sido el mejor de los resultados posibles.

—Joder, mamá. Gracias.

Sin poder contenerme, le doy un abrazo enorme. Ella me lo devuelve y, entonces, los dos comenzamos a llorar.

—Te quiero, mi vida —susurra contra mi pelo—. Más que a nada. No lo olvides nunca, por favor.

—Te quiero, mamá. Te quiero.

Cuando nos separamos, su expresión se ha vuelto seria y decidida.

—Recoge tus cosas. Nos vamos a casa.

—Pero papá…

—Lo de papá se acabó. Venga, que nos vamos.

A continuación, todo ocurre muy rápido. Me despido a toda prisa de Fran y su familia. Cuando bajamos, el Uber ya está esperándonos. Aprovecho el trayecto para poner al día de la situación a Adri y a los demás por el grupo; ahora que los dos lo saben, ya no tengo que ocultarles nada a Juan ni a Andrés.

Llegamos tan rápido que por un momento pienso que tal vez hemos atravesado un agujero de gusano o algo por el estilo. El corazón me late con fuerza mientras subimos en el ascensor. Mi madre, tal vez sintiendo mi nerviosismo, me da la mano y me aprieta con fuerza. Cuando llegamos, trago saliva mientras miro la puerta, tratando de imaginar lo que va a ocurrir ahí dentro. Ella me da la mano y, juntos, entramos y subimos en el ascensor.

—Ya estoy en casa —anuncia al entrar en casa.

Pero sé que no es para avisar a mi padre, que nunca contesta, sino a Vero. Un segundo más tarde, esta se acerca por el pasillo y me abraza con fuerza.

—Joder, enano —susurra—. Tendrías que habérmelo dicho.

—Lo siento.

—¿Preparados? —pregunta mi madre. No sé a qué se refiere exactamente, pero asiento con la cabeza de todos modos; ahora mismo, me siento preparado para cualquier cosa—. Pues vamos.

Caminamos en fila hacia el salón. En lugar de sentarse en el sofá, como es habitual, mi madre aparta una de las sillas de la mesa que usamos para comer cuando hay más gente y la coloca justo delante de la tele. Vero y yo la imitamos y nos sentamos, uno a cada lado. Mi padre hace una mueca al verme, pero no dice nada. Entonces, mi madre se acerca al sofá, coge el mando que tiene mi padre a un lado y apaga la televisión. Después, vuelve a sentarse con toda la calma del mundo.

—¿Qué coño haces? —protesta él—. Estaba viendo eso.

—Pues te aguantas, porque ahora vamos a hablar —replica ella, y todos nos quedamos de piedra. Es la primera vez que la oímos hablándole así—. ¿Qué pasó ayer con Víctor?

Él permanece en silencio durante unos segundos, mirándonos por turnos. Por primera vez, parece que tiene miedo.

—Si ya lo sabes, ¿para qué preguntas? —dice al fin.

—Para ver si tenías ese par de huevos que siempre dices tener y eras capaz de admitirlo, pero ya veo que no. Sigues siendo el mismo cobarde miserable que has sido siempre.

Intercambio una mirada con Vero, abriendo mucho los ojos, aunque ella tiene una leve sonrisita en los labios.

—No me hables así —dice él, tratando de parecer amenazador. Pero ahora que mi madre lo ha llamado cobarde, eso es exactamente lo que veo ante mí. Un puto cobarde.

—Quiero informarte de que este matrimonio se ha terminado —añade mi madre, tajante.

Se hace un silencio atronador en el salón. Es como si hubiera caído una bomba. La miro con los ojos muy abiertos, incrédulo. ¿De verdad acaba de decir lo que he oído?

—Eso no te lo crees ni tú —replica él, prácticamente gritando.

—Pues ve haciéndote a la idea, porque lo es.

—No tienes ni donde caerte muerta. ¿Qué vas a hacer?

Ella levanta una ceja.

—Te recuerdo que soy tan trabajadora como tú. ¿Por qué te crees que he empezado a hacer más turnos en el restaurante, por qué piensas que estaba esforzándome para ascender? Hace tres semanas me nombraron cocinera jefe, lo que significa que ahora trabajo algunas horas menos y gano un poco más. No te necesito.

Joder. Mi madre está *on fire*.

—¿Y podrás pagar un alquiler tú sola? Lo dudo mucho.

—Tú no tienes ni idea de lo que gano. Además, te recuerdo que la hipoteca está a nombre de los dos, así que hay tres opciones. Podemos vender la casa, y en ese caso, cada uno de los dos nos quedaremos con la mitad del dinero. Puedes quedártela tú, pero entonces tendrás que pagarme la mitad de lo que ya hemos pagado. O puedo quedármela yo. Y, como por ley tendrías que pagar la manutención y los estudios de los niños, podemos compensarlo si sigues pagando tu mitad correspondiente de la hipoteca. No te preocupes, ya he hablado con mi abogado.

Nunca me había imaginado que diría esto de mi madre, pero sinceramente: tremenda jefaza. Es como si mi padre estuviera cortocircuitando, incapaz de creer lo que está ocurriendo.

—Pero… ¿por qué? —pregunta él, que parece estar comenzando a desmoronarse.

—Porque no te quiero. Porque llevo muchos años sin quererte —responde ella, con la más absoluta frialdad—. Porque tus propios hijos tampoco te quieren, y con razón. Porque no eres un buen marido ni un buen padre. Podía llegar a aguantar que no me respetaras como mujer por el bien de los niños, para no dejarlos sin padre. Pero lo que no puedo consentir es que le faltes el respeto a tu hijo. Lo que hiciste ayer fue inadmisible e imperdonable, así que ya no hay vuelta atrás. Y quiero que te vayas de casa.

—¡Todavía no hemos decidido si…!

—No te preocupes —lo interrumpe ella—, que de eso se encargarán nuestros abogados. Pero, de momento, vas a irte hasta que lleguemos a una solución. Ayer pegaste a tu hijo en plena calle, lo tiraste al suelo. No es solo su palabra; lo hiciste delante de un testigo. Y seguro que alguna cámara de seguridad ha grabado algo. Por si fuera poco, después lo echaste de casa. Así que no pienso

dejar que estés cerca de mis hijos ni un minuto más. Te vas a largar de aquí, y se acabó. De lo contrario, llamaré a la policía, así que tú verás si prefieres dejar en sus manos dónde vas a pasar la noche.

—Pero… —comienza, y su tono suena acobardado—. Pero no tengo adónde ir.

—Tu hijo tampoco lo tenía, pero eso no te impidió echarlo de casa siendo menor de edad. Puedes irte a un hostal, al pueblo de tus padres, o pasar toda la noche en un bar, a mí no me importa.

Por primera vez, mi padre no me da miedo mientras lo miro. No me resulta imponente en absoluto. Más bien me parece pequeño y patético, un ser mezquino y casi ridículo que siempre se ha envalentonado para ocultar toda la miseria de su interior.

—Vale —dice al fin.

—Voy a tener contigo la decencia que tú no fuiste capaz de tener con tu hijo, de modo que tienes quince minutos para recoger tus cosas. Ya deberías saber dónde están las maletas.

—Tu ropa sucia ya está dentro de una maleta en el lavadero —añade Vero, y de pronto comprendo que ella está en el ajo desde hace tiempo—. Como comprenderás, no vamos a seguir lavándotela, así que más te vale que aprendas. Si no te la llevas, esta noche la tiramos a la basura.

Él se pone en pie. Abre la boca para decir algo, pero entonces la cierra. Nos mira por turnos y, por primera vez, le devuelvo la mirada sin miedo, retándole a que se atreva a decir algo. Una parte de mí casi desea que lo haga, pero supongo que es demasiado cobarde. ¿Cómo he podido temerlo alguna vez?

Entonces, da media vuelta y se marcha del salón en silencio.

Sin decir palabra, Vero y yo nos levantamos para abrazar a nuestra madre. Esta comienza a sollozar en silencio; no me imagino lo difícil que ha tenido que ser esto para ella. Pero yo no podría sentirme más orgulloso.

Veinte minutos después, oímos el ruido de las ruedas de las maletas deslizándose por el pasillo. Mi madre se acerca al recibidor antes de que mi padre pueda marcharse y extiende la mano con la palma abierta.

—Las llaves.

—¿Qué?

—Que me des las llaves. Ahora mismo. Podrás volver a recoger tus cosas, pero será tras haberlo pactado previamente y solo cuando te demos permiso.

Él parece que está a punto de protestar, pero entonces suelta un gruñido y se mete la mano en el bolsillo. Saca su espantoso llavero de un toro con la bandera de España, extrae las llaves de casa una por una de la anilla y las deja caer al suelo, donde resuenan con un tintineo metálico.

Entonces, sin decir nada, abre la puerta y se marcha, arrastrando las tres maletas tras él. Cierra de un portazo y, por fin, desaparece de nuestra vista.

De nuevo, Vero y yo nos acercamos a mi madre para abrazarla con fuerza.

—Joder, mamá —dice mi hermana, tan impresionada como yo—. Eres una putísima diosa.

—Gracias, mamá —susurro entre lágrimas—. Gracias. Te quiero.

—Y yo a ti, mi vida. A los dos.

—¿De verdad no lo querías?

—No, cariño. Hace mucho tiempo que no. Tenía que aguantar por vosotros. Pero, ahora que tengo un puesto fijo…

—¿Por qué te casaste con él? No lo entiendo.

Ella suelta un suspiro.

—Antes era diferente, supongo. Era atento, generoso…, lo que se dice un caballero.

—Pues yo he visto vuestras fotos de boda y ni siquiera era guapo. Espero no acabar así.

Mi madre y Vero se ríen.

—No hables así de tu padre, cariño.

—Yo solo digo que menos mal que no hemos salido a ese lado de la familia.

—Tendremos que hacer una cena especial para celebrarlo, ¿no? —propone Vero—. ¿Qué tal si preparamos algo los tres?

—¿Sinceramente? —dice mi madre—. Perdón por la expresión, pero estoy un poco hasta los ovarios de cocinar. ¿Qué tal si pedimos unas pizzas y ya está?

—Me parece perfecto —respondo con una enorme sonrisa.

Cuando nos separamos, lo primero que hago es poner a Adri y a los demás al corriente de lo sucedido. También le mando un mensaje a Fran; sé que él se encargará de contárselo al resto de la familia y, de todos modos, lo más probable es que mi madre también esté informando a mi tía. Después, me meto directamente en la ducha; ha sido un día demasiado largo. Me tomo mi tiempo, inhalando el vapor y dejando que el agua caliente alivie mis músculos cargados. Cuando salgo de la ducha, ya ha pasado más de media hora.

En ese momento, mi móvil suena para anunciar la llegada de un mensaje. Es de Adri.

Oye… ¿qué tal si bajas a tirar la basura?

Sonriendo ampliamente, me apresuro a vestirme antes de salir al salón, donde mi madre está quitando todas esas figuras horribles de toros, toreros y vírgenes de mi padre.

—Mamá, voy a bajar un momento, ¿vale?

—¿Y eso, cariño?

Trago saliva y, muy sonriente, pronuncio las palabras con total libertad, orgulloso incluso.

—Es que mi novio ha venido a verme por sorpresa.

Y hacerlo es como si me quitara una montaña entera de los hombros.

Mi madre sonríe también mientras me mira.

—Pero no hace falta que os quedéis escondidos ahí abajo, hombre. Dile que suba. Puede quedarse a cenar si os apetece.

—¿De verdad?

—Pues claro, mi vida. Él ya es parte de la familia.

Le doy un abrazo rápido mientras se me humedecen los ojos una vez más.

—Gracias, mamá. Te quiero.

Me pongo el abrigo y los zapatos, y bajo a toda prisa por las escaleras, sin molestarme en llamar al ascensor. Adri sonríe ampliamente al verme llegar al portal y me abraza con fuerza cuando abro.

—De verdad que estás loco —susurro contra su cuello.

—Por ti. Ya te lo he dicho.

—Pues mi madre dice que subas. Y que puedes quedarte a cenar si quieres. Vamos a pedir pizza.

—Joder, qué vergüenza. ¿Voy a conocer a la suegra?

Pongo los ojos en blanco.

—No seas imbécil. Hace años que la conoces.

—Ya, pero entonces no era mi suegra.

—Pues acostúmbrate —respondo entre risas—. ¿Vamos?

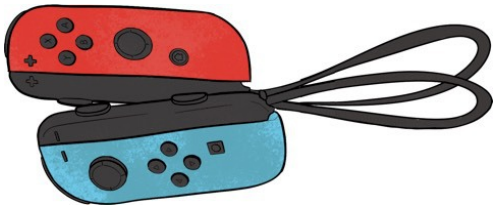
—Venga, va. Pero solo por la pizza.

Juntos, entramos en el portal y llamamos al ascensor. Mientras esperamos, mis labios encuentran los suyos y puedo besarlo al fin con libertad. Aunque saliera alguien del ascensor y nos viera así, sé que no pasaría nada.

Pero no sale nadie. Simplemente entramos, presiono el botón y vuelvo a besarlo.

—Te quiero —susurra contra mis labios.

—Te quiero.



66.

Los días van pasando y, sinceramente, la vida no podría ser mejor. Por primera vez desde que tengo memoria, en casa reina la calma, la paz, la tranquilidad. Hemos empezado a hacerla más nuestra. Vero y yo pasamos más tiempo en el salón, simplemente echando el rato junto a nuestra madre, en lugar de estar cada uno encerrado en su habitación. Adri sube conmigo casi todos los días, a estudiar y… En fin, otras cosas. Los fines de semana, no dormimos separados ni un solo día. Todo es perfecto.

A ver, todavía tengo un poco de miedo a veces, sobre todo al salir de casa, o al volver del instituto. Siempre me da miedo que pueda aparecer mi padre, que monte una escena o que pretenda entrar a la fuerza. Pero, de momento, no lo ha hecho. Y supongo que nunca lo hará, aunque todavía tengo que hacerme a la idea.

Por lo demás, todo va genial. Andrés y yo hemos reconectado como si nunca hubiera pasado nada. Juan se ha convertido en un amigo increíble. Y Adri y yo seguimos juntos y felices. También he estrechado lazos con Sandra, cosa que me alegra, aunque nunca pierde la oportunidad de recordarme lo gilipollas que fui con ella. A veces la hemos invitado a hacer algún plan con nosotros y, no sé si es cosa mía, pero juraría que entre ella y Andrés está empezando a surgir cierta complicidad.

Cuando quiero darme cuenta, ya han pasado casi dos semanas más. Pero, además, hoy es un día especial.

Hoy es San Valentín, y es el primero que paso con pareja.

Qué fuerte.

Vale, lo admito. Hasta hace muy poco, siempre había pensado que los días como hoy eran ridículos. Inventos capitalistas para vender más y todas esas mierdas. Pero, sinceramente… Ahora que tengo novio, es como que lo veo todo diferente.

Eso sí, nos hemos impuesto una regla para no caer en el consumismo: no podemos regalarnos nada que nos cueste dinero. Aunque puede que me la haya saltado un poquito.

Adri ya me está esperando en la parada del autobús cuando llego. No sé cómo lo hace, pero siempre se las arregla para llegar antes que yo.

—Buenos días —me saluda con una sonrisa.

—Buenos días.

Nos damos el beso de rigor y, como no podría ser de otra manera, continuamos así hasta que llega el autobús. Ya ha pasado casi un mes y medio, pero se ve que no nos cansamos.

El día continúa con la monotonía habitual, haciendo manitas bajo los pupitres y escondiéndonos en el baño para besarnos. Adri todavía no se siente preparado para que lo nuestro sea más público y, aunque no me gusta tener que esconderme, respeto sus deseos. Los únicos que lo saben de nuestra clase son Juan, Andrés y Sandra. Bueno, y Eric, si contamos también a los profesores. Con un poco de suerte, algún día querrá ser más abierto con lo nuestro.

Después de clase, pasamos por nuestra cafetería habitual. Se nota el día que es, porque tan solo queda una mesa libre. No es nuestra favorita, pero al menos está ligeramente apartada. Y me viene bien que solo haya una, porque tengo un plan.

—¿Te vas a pillarla para que no nos la quiten? —le digo a Adri—. Yo voy pidiendo mientras.

—Vale, genial.

Una vez en el mostrador, pido nuestras bebidas y le echo un vistazo a los dónuts. Con una sonrisa, veo que han hecho unos

especiales con forma de corazón. Algo avergonzado, pido una caja de esos, sintiéndome ridículo pero feliz.

Cinco minutos más tarde ya estoy sentándome en la mesa junto a Adri. Nunca nos sentamos el uno frente al otro, sino en lados contiguos de la mesa cuadrada, para poder besarnos fácilmente cuando queramos.

—¿Y esos dónuts? —pregunta con una sonrisa al abrir la caja.

—Me apetecía ser pasteloso hoy —respondo, algo cohibido.

—Pues me encanta que lo seas. —Toma uno de los dónuts, lo parte por la mitad y me da una de ellas a mí. Le damos un mordisco al mismo tiempo—. Pues está bueno.

—Pues sí.

Entonces, lo observo en silencio mientras le da un sorbo a su bebida.

—Oye, te has equivocado —señala con el ceño fruncido—. Me has pedido un café.

—No me he equivocado —respondo con una sonrisa—. Es lo que siempre pedías antes, ¿no? Un capuchino.

—Ya, pero a ti no te gusta —señala.

—Pero a ti sí. Así que más me vale empezar a acostumbrarme al sabor, ¿no? No es justo que te quedes sin café por mi culpa.

Entonces, me inclino sobre la mesa para besar sus labios. Tengo que reconocer que no sabe tan fuerte como si me tomara el café directamente, así que supongo que podré soportarlo.

—Eres el mejor —dice con una sonrisa—. ¿Lo sabías?

—Bueno, se hace lo que se puede.

—¿Quieres tu regalo?

—Venga, vale.

Entonces, abre su mochila y saca una bolsa. Dentro hay una sudadera… la reconozco al instante como una de sus favoritas. Y lo mejor es que huele a él.

—Sé que tienes un fetiche raro con mi olor —dice en broma, y yo le doy un manotazo en el brazo—. Así que viene con una cláusula: cuando se le gaste el olor, te la cambio por otra.

Me echo a reír, contento. Se me ocurren pocos regalos mejores, la verdad.

—Gracias. Me encanta. Venga, abre el tuyo.

Le entrego una bolsita pequeña, y él rompe el celo que la mantiene cerrada. De dentro, saca un llavero en forma del Joy-Con azul de la Switch, el que él utiliza siempre. Yo tengo uno rojo a juego. Adri sonríe ampliamente, captando el significado al vuelo. Al fin y al cabo, fue precisamente esto lo que nos unió.

—Gracias, jo. Es genial. Oye, pero has hecho trampa —añade, frunciendo el ceño—. Dijimos que no íbamos a gastar dinero.

—Me costó menos de tres euros el pack de dos en Temu, y el otro me lo he quedado yo —respondo entre risas—. No cuenta.

—Bueno… Si es así, vale.

A continuación, saca sus llaves del bolsillo y comienza a cambiar el llavero de inmediato.

Después, unimos nuestras manos sobre la mesa y continuamos comiendo y bebiendo, hablando de todo y de nada mientras el tiempo transcurre apaciblemente a nuestro alrededor. Todo es tan perfecto que apenas tengo palabras para describirlo.

—Oye, bro.

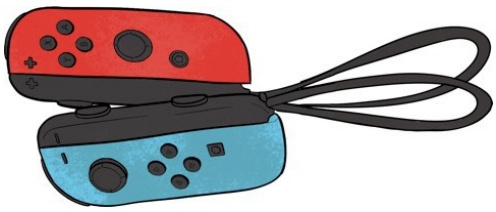
Todavía no he conseguido que deje de llamarme así, pero… ¿a quién quiero engañar? Le he acabado cogiendo tanto cariño a la palabrita que ya no me lo imagino llamándome de otra forma. Desde luego, espero que jamás se le ocurra llamarme nada remotamente parecido a «churri».

—Dime.

Él sonríe y me da un beso fugaz en los labios antes de continuar.

—Que te quiero mucho.

Y yo me derrito como los restos de nata montada al fondo de mi taza de chocolate.



EPÍLOGO

VARIAS SEMANAS DESPUÉS…

Hoy es viernes, el último día de marzo. Y resulta que esta noche pasan varias cosas.

Primero, tenemos una fiesta de cumpleaños. Volverá a ser en casa de Mati, pero esta vez es de su mejor amigo, Carlos.

Segundo, a las doce Adri y yo cumpliremos tres meses juntos como pareja.

Y, tercero, voy a quedarme a dormir en su casa. Hemos acordado que nos iremos de la fiesta a las doce, ni un minuto más tarde. Queremos que la noche sea solo para nosotros.

Pero, antes de la fiesta, paso por su casa para dejar las cosas. Lo llevo todo en una mochila, así que no va a ser más que una visita rápida a su habitación para dejarla. Cuando salgo del ascensor, Adri ya me está esperando en el umbral de la puerta. Me acerco a él y nos damos el beso de rigor.

—Tengo una sorpresa de casi tercer mesiversario —dice con una sonrisa tímida.

—¿En serio? —pregunto, sonriendo también—. ¿El qué?

—Ven conmigo.

Lo acompaño al salón, lleno de curiosidad. Para mi sorpresa, allí están sus padres, esperando en el sofá, pero se ponen en pie nada

más vernos entrar. Más sorprendente todavía es ver que se dirigen hacia mí y la madre de Adri me da un enorme abrazo. ¿Qué está pasando aquí?

—Víctor, cariño —me dice, y se detiene para darme dos besos—. Adrián nos lo ha contado todo.

Me quedo de piedra. ¿En serio?

Se separa de mí y llega el turno de su marido, que me hace esa heterada de darme la mano por un lado y una palmada en el brazo con otro. De verdad, nunca llegaré a saber cómo reaccionar en esta clase de situaciones.

—Tú ya eras como un hijo para nosotros desde hace mucho tiempo, cariño —continúa la madre de Adri, visiblemente emocionada—. Sabes que te queremos.

—Estamos encantados de que formes parte de la familia de esta forma.

—Joder, papá —dice Adri, aunque también parece emocionado—. Que tampoco es como si nos fuéramos a casar mañana.

—Solo queríamos que supieras que os apoyamos —continúa su madre, haciéndome una caricia en el brazo—. Adrián nos ha dicho lo de tu padre… Lo siento muchísimo, de verdad. No te lo mereces. Ojalá hubiéramos podido ayudarte.

—Gracias —acierto a decir, con la voz estrangulada.

—Si tu madre o tú necesitáis algo, contad con nosotros.

—Vale.

—Venga, anda —dice Adri—. Que tenemos que irnos.

—Además —añade su padre, ignorándolo—. Nos encantaría que se viniera a tomar un café algún día, que hace mucho que no la vemos. ¿Qué tal mañana, y que aproveche para recogerte cuando vayas a volver a casa?

—Vale, se lo digo.

—Oye, de verdad —protesta Adri—. Qué pesados que sois, soltadle el brazo ya. Si lo llego a saber, no os digo nada.

Entre risas, dejo que tire de mí hasta su habitación. Primero dejo la mochila, y después, lo beso en los labios.

—¿En serio se lo has dicho? —le pregunto con una sonrisa, y él asiente con la cabeza—. Joder. Eres supervaliente, que lo sepas.

—Será porque tú me haces ser valiente.

A continuación, nos vamos a la fiesta. A medio camino quedamos con Juan, Andrés y Sandra, para ir todos juntos. Y, conforme pasa el tiempo, tengo que reconocer que me lo estoy pasando bien, mucho mejor que la otra vez. Hasta me animo a bailar con mis amigos, cosa que no me habría esperado ni en un millón de años.

Pero, entonces, alguien propone jugar a la botella. Verdad o reto. Lo que me faltaba, vamos.

Los demás se acercan al círculo, entusiasmados, pero yo me quedo atrás.

—Venga, anda —me dice Adri, tirándome del brazo.

—No pienso volver a jugar a esta mierda.

Él se ríe.

—¿Por qué no? La última vez fue divertido.

Pongo los ojos en blanco.

—A ver, el beso sí. Pero lo que pasó después… pues ya no tanto, la verdad.

—Bueno, míralo por el lado positivo. Lo de hoy no puede ser peor.

Ahora soy yo quien se ríe.

—Viéndolo así…

Por supuesto, al final acabo cediendo. El círculo ya está formado, así que no podemos sentarnos juntos y acabamos una vez más en lados opuestos.

Ni que decir tiene que el juego es tan aburrido como siempre, pero al menos tiene un par de momentos interesantes. Para empezar, cuando apenas llevamos tres o cuatro rondas, la botella me señala a mí. No pienso elegir reto viendo cómo se las gasta esta gente, así que opto por la verdad.

—¿Te gusta alguien? —me pregunta Carlos, el cumpleañero.

—Sí —respondo sin dudarlo.

—¿Quién?

—Eso ya son dos preguntas —señalo, y todos echan a reír.

—Qué cabrón —responde él—. Venga, gira.

Hago girar la botella… y esta cae frente a Andrés.

—¿Verdad o reto?

—Reto —responde él.

Lo miro durante unos segundos, preguntándome si mis instintos serán ciertos. Estoy casi seguro de que sí, así que decido jugármela.

—Dale un beso a la chica que te guste, pero que ella elija si lo quiere en la cara o en la boca.

Él me mira con cara de querer matarme, pero se pone en pie y camina directamente hacia Sandra.

—Hola —la saluda con timidez.

—Hola —responde ella, sonriendo.

La observo durante un instante, casi tan expectante como el propio Andrés, y entonces… se señala los labios. Como si no pudiera creer lo que está pasando, él se arrodilla frente a ella y la besa en los labios. Es un beso breve, pero ella se lo devuelve mientras todos vitoreamos.

Si con esto no me perdona por haber sido un gilipollas, yo ya no sé.

La botella sigue girando.

Las mismas preguntas no dejan de repetirse una y otra vez.

Y, al fin, la botella cae sobre Adri.

—¿Verdad o reto?

Al contrario que esa última vez que lo cambió todo, hoy tarda un instante en responder. Teniendo en cuenta lo que pasó, tampoco puedo decir que me extrañe.

—Verdad —responde al fin.

Algo me dice que Mati tenía pensado proponerle un reto similar al de la última vez, porque tiene que pensárselo durante unos segundos.

—¿Te gusta alguien? —dice al fin. De verdad, esta gente no podría ser menos original.

Trago saliva al oír la pregunta, sin saber lo que pasará.

Por supuesto, Adri no va a decir la verdad; sé que es incapaz de hacerlo. Lo que hay entre nosotros es de las mejores cosas que me han pasado en la vida y, por lo que sé, él siente lo mismo. Pero no es capaz de hacerlo, todavía no. Sobre todo después de haber dado el paso gigante de contárselo a sus padres; sé que ha tenido que ser muy difícil para él.

Me siento mal mientras lo observo, con el rostro compungido. Traga saliva de forma visible, y entonces carraspea.

A continuación, se pone en pie. Frunzo el ceño, extrañado. ¿Qué está haciendo?

—¿Adri? —dice Mati, también sorprendido—. No era un reto, se supone que ahora tienes que responder la verdad. No hace falta que te levantes.

Pero él no contesta. En lugar de eso, comienza a caminar. Tardo apenas un instante en darme cuenta de que está dirigiéndose directamente hacia mí.

Estoy teniendo el *déjà vu* más brutal de toda mi vida, pero no lo entiendo. ¿Qué está haciendo ahora? ¿Por qué está acercándose a mí?

Mientras que la última vez todo eran gritos, risas y vítores, ahora hay un silencio absoluto. Nadie entiende lo que está pasando.

Entonces, se detiene a unos centímetros de mí. El corazón me da un vuelco; pienso que va a arrodillarse frente a mí como la última vez… pero no lo hace.

En lugar de eso, me tiende una mano. Se la tomo, confuso, y cuando noto que tira de mí, planto ambos pies en el suelo y dejo que me ayude a ponerme en pie. Pierdo un poco el equilibrio, y mi mano libre acaba sobre su brazo. Nuestras manos siguen unidas, y estamos delante de todos, pero no me importa. Por el rabillo del ojo, lo veo levantando su mano libre hasta mi mejilla. No la toca sin más, sino que me acaricia con los dedos, con un gesto lleno de infinita ternura.

Se me humedecen los ojos al comprenderlo: sí que está respondiendo a la pregunta, pero lo está haciendo a su manera. No con palabras, sino con actos. Con el acto más profundo y poderoso de todos. Está siendo valiente, más valiente que nunca. Está siendo valiente por mí. Por lo nuestro.

Cuando cierra los ojos y acerca los labios a los míos, una lágrima se desliza por mi mejilla.

Al fin, nuestros labios se rozan.

Al principio es algo suave; apenas una caricia sutil, el roce de una pluma sobre un lazo de seda. Entonces, pasa la mano por detrás de

mi cabeza y me besa de lleno, tal como me besa cuando estamos solos.

El caos estalla a nuestro alrededor. Oigo gritos, oigo vítores, oigo risas, oigo aplausos. Hasta escucho algún silbido. Pero, en este preciso instante, eso no me importa. Nada de eso importa. Lo único que me importa es este momento, este beso, sus labios contra los míos, nuestras bocas unidas como siempre deberían estar.

Deslizo la mano que tengo sobre su brazo hasta su espalda, y ejerzo una ligera presión para acercarlo todavía más a mí. Nuestras manos unidas han quedado atrapadas entre nuestros pechos, y nos las apretamos con fuerza, hasta el punto que pienso que nuestros dedos se van a fundir para siempre. Y, mientras tanto, seguimos besándonos. Sin miedo, sin preocupación, sin vergüenza de ninguna clase. Tan solo somos dos chicos que se quieren, y eso está bien. Todo está bien.

Entonces, mucho antes de lo que me gustaría, Adri se separa de mí.

Abro los ojos, veo el brillo gris de los suyos, y los dos soltamos sendas risitas de nerviosismo. Me sonríe antes de apartarse un poco más y apartar la mano de mi cabeza mientras yo quito la que tengo sobre su espalda, aunque las otras dos siguen unidas.

Se da la vuelta para dirigirse a Mati.

—¿Responde esto a tu pregunta?

De nuevo, nuestros compañeros comienzan a gritar y vitorear; algunos hasta están aplaudiendo.

—De hecho —comienza Mati, pero apenas se lo oye. Suelta una risita antes de continuar—. De hecho, no has respondido.

—¿En serio? —pregunto—. ¿Es que no ha quedado claro o qué?

—Las normas son las normas —se suma Carlota, sonriente—. Tienes que responder, y no lo has hecho.

Adri suelta un suspiro.

—Me vais a obligar a hacerlo, ¿verdad?

—¡Sí! —gritan al unísono la mitad de nuestros compañeros.

Él vuelve a suspirar.

—Me gusta Víctor. Evidentemente. Pero… En realidad, eso se queda un poco corto. —Me mira como para pedirme permiso antes

de continuar, y yo asiento con la cabeza—. Estamos juntos. Somos pareja. Novios. Esta misma noche hacemos tres meses juntos, y han sido los mejores meses de mi puta vida. Y, si alguien tiene un problema con eso, se puede ir a la mierda.

De nuevo, todos comienzan a aplaudir.

—¡Dilo! —grita Sandra.

Con los ojos llenos de lágrimas, miro a Adri, ese chico perfecto y guapísimo y maravilloso y que, por alguna razón, me ha elegido a mí. Adri. Mi novio. Mi compañero. Mi roca en los momentos difíciles. Mi mejor amigo.

Sin poder evitarlo, sin miedo ni vergüenza, lo beso en los labios.

—Te quiero —susurro.

—Te quiero.

Quién me iba a decir que lo que comenzó como un simple reto se iba a convertir en la verdad más auténtica de mi vida.



La historia de Víctor y Adri termina aquí, pero este libro es el primero de una serie de *spin-offs* de la bilogía *El chico de al lado*, lo que significa que tal vez volveréis a saber de ellos en el futuro.

Si queréis conocer la historia de Fran y Marcos a la que se alude entre estas páginas, la bilogía ya está disponible:





Muy pronto llegará también la versión de Marcos en…

El chico de la habitación prohibida

Primavera de 2026

AGRADECIMIENTOS

Estos días se cumple un año desde que me lancé en serio a la autopublicación con *El chico de la habitación de al lado*, pero ya llevo meses diciéndolo: ha sido una de las mejores decisiones que he tomado en la vida. Así que, en primer lugar, mil gracias a todos los que me estáis leyendo y apoyando tanto en esta aventura que, sinceramente, está superando todas mis expectativas.

Gracias a Juanka, por tantísimas cosas que ya te he dicho, y también por darle los llaveros a Víctor. La aventura de la autopublicación me ha dado cosas increíbles, y tú eres sin duda alguna la mejor de todas. Te adoro.

Gracias a Francesc, por tu cariño hacia mis libros y tu implicación con esta historia. Tu ayuda ha sido enormemente valiosa, así que espero que sea la primera vez de muchas.

Gracias también a Adela Aragón, la increíble ilustradora de la cubierta y las ilustraciones interiores. No tengo palabras para expresar lo gratificante que es trabajar contigo y lo feliz que soy con tu trabajo. Este libro no podría haber quedado más bonito.

Por supuesto, gracias siempre a Fátima Embark, por tantísimos años de amistad entre letras, por escucharme siempre y por apoyarme en todos mis proyectos.

Gracias a Daniel Durantes, por resolverme ciertas dudas docentes durante la revisión.

Gracias a Jony y Sergio, por el apoyo constante y los comentarios de NPC.

Gracias a mi pequeña pero bonita comunidad en redes sociales, sobre todo en Instagram, por la alegría y el entusiasmo con el que recibís siempre mis libros, y también por ayudarme a promocionarlos. Sois increíbles.

Como decía al principio, los lectores habéis sido una parte esencial de todo esto. Si os ha gustado esta novela, os agradecería mucho que dejarais reseñas en Amazon y Goodreads, y que contarais lo que os ha parecido por redes sociales y me mencionarais. Os prometo que ayuda muchísimo más de lo que creéis.

Este libro es el primero de una saga *spin-off* de mi bilogía *El chico de al lado.* Cada libro será una historia independiente y autoconclusiva centrada en una pareja diferente, pero todos los personajes están relacionados entre ellos, así que tal vez sepáis más sobre Víctor y Adri en el futuro…

De hecho, en la cabaña de alguna bruja en mitad del bosque se está cociendo a fuego lento en un caldero otro *spin-off* que llegará a tiempo para el próximo Halloween: *Truco o trato.* Ya descubriréis quién es la pareja protagonista…

Antes de terminar, y como mis lectores habituales tal vez hayan captado ya, el profesor de Inglés y tutor de Víctor, Eric, ya protagonizó su propia historia hace unos años en mi novela *Lo que nunca fuimos*, ganadora del I Premio eLit LGTBI. Si queréis saber más sobre él y Rubén, tal vez os interese leerla.

Una vez más, gracias por todo. ¡Nos vemos entre las páginas!

SOBRE EL AUTOR

Mike Lightwood nació en Sevilla, creció en Las Palmas de Gran Canaria y vive en Madrid. En 2016 publicó con Plataforma Neo *El fuego en el que ardo*, novela que cuenta con múltiples reediciones y está traducida al japonés, y a la que siguieron otras tres en la misma serie: *El hielo de mis venas* (2017, también en japonés), *La estrella de mis noches* (2018) y *Las llamas del incendio* (2020).

En 2017 publicó *Biónico*, cuyos derechos espera recuperar pronto. Probó la autopublicación con *El fantasma de los huevos* (2018), una novela corta humorística, así como varios relatos.

Además, fue el ganador del I Premio eLit LGTBI de Harlequin Ibérica con *Lo que nunca fuimos* (2021). Más recientemente, ha publicado *Al otro lado* (2023) con TBR, un sello del Grupo SM.

El chico de la habitación de al lado (2024) y *El chico de la habitación vacía* (2025) son sus primeras novelas largas autopublicadas y de ellas surge *Verdad o reto*, aunque próximamente habrá muchas más.

Compagina la escritura con su labor como traductor, que le ha permitido traducir más de un centenar de libros, aunque en los últimos años ha comenzado también a traducir series y videojuegos, uniendo sus mayores pasiones con su trabajo.

